

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXI-XXXV

EDITORIAL GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXXI-XXXV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 183

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ SOLÍS.



© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.

Depósito Legal: M. 18567-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.

ISBN 84-249-1620-4. Tomo VI.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6565.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen corresponde al texto latino de la edición de Oxford (1965, reimpresión de 1979) debida a A. H. McDonald. Las disidencias con respecto a dicho texto van siempre indicadas en nota a pie de página.

LIBRO XXXI

SINOPSIS

AÑO 201 a. C.

Preámbulo (1, 1 - 1, 5).

Prolegómenos de la segunda guerra de Macedonia (1, 6 - 4).

AÑO 200 A. C.

Se declara la guerra a Filipo (5 - 9).

Ofensiva en la Galia Cisalpina. Medidas del senado (10 - 13).

Ruptura de hostilidades entre Filipo y los atenienses. Átalo en Atenas y Egina (14 - 15).

Asedio de Abidos, con dramático final (16 - 18).

Occidente: embajada en África. Ovación a Lucio Cornelio Léntulo. Victoria sobre los galos (19 - 22, 3).

Oriente: toma de Calcis. Tentativa de Filipo contra Atenas (22, 4 - 24).

Filipo y la Liga Aquea. Tentativas en Eleusis. Los romanos y los pueblos macedonios (25 - 28).

AÑO 199 a. C.

Asamblea Panetólica (29 - 32).

Escaramuzas iniciales entre Sulpicio y Filipo (33 - 36).

Batalla favorable a los romanos. Críticas a los generales.

El cónsul, en Macedonia (37 - 40, 6).

Guerra entre Filipo, y los dárdanos y etolios (40, 7 - 43).

Operaciones navales (44 - 45).

Toma de Óreo. Retorno de las flotas a las bases (46 - 47, 3).

AÑO 200 a. C.

Roma y Occidente: discutido triunfo de Lucio Furio Purpurión.

Juegos y nombramientos (47, 4 - 50).

- 1 También yo me siento satisfecho de haber llegado al final de la Guerra Púnica, como si personalmente hubiera participado de los esfuerzos y los peligros.
- Preámbulo*
- 2 Pues si bien es cierto que, después de haber tenido la osadía de manifestar mi propósito de escribir hasta el final toda la historia de Roma, no estaría nada bien que diera muestras de cansancio en cada una de las
- 3 partes de una obra tan grande, sin embargo, cuando pienso que sesenta y tres años ¹ —pues tantos son los que van desde la Primera Guerra Púnica hasta el final de la
- 4 Segunda— me han llenado tantos volúmenes como los cuatrocientos ochenta y ocho que van desde la fundación de Roma hasta el consulado de Apio Claudio ², que inició
- 5 la primera guerra contra los cartagineses, empiezo a sentir, como el que se ha metido en aguas poco profundas cerca de la orilla y se interna a pie en el mar, que cada paso que doy me lleva hacia mayores profundidades, hacia una especie de abismo; que es como si se acrecentara la tarea, que parecía reducirse a medida que iba poniendo término a cada uno de sus tramos iniciales.

¹ De 264 a 201. Cómputo no inclusivo, en contra de lo usual.

² Apio Claudio Cándice fue cónsul en 264.

*Prolegómenos
de la
segunda guerra
de Macedonia*

A la paz con Cartago siguió la guerra 6
de Macedonia, que no tiene punto de
comparación con la precedente por la gra-
vedad del peligro, la valía del general o
la fuerza de las tropas, pero tal vez más 7

famosa debido a la nombradía de los antiguos reyes y el
tradicional renombre de esta nación, y a la extensión de
un imperio con el que desde antiguo había ocupado mili-
tariamente numerosas zonas de Europa y la mayor parte de
Asia. Por otra parte, la guerra contra Filipo iniciada 8
hacia unos diez años llevaba tres interrumpida, habiendo
sido los etolios los causantes tanto de la guerra como de
la paz. Ahora los romanos, que tenían libertad de acción 9
gracias a la paz con Cartago y sentían hostilidad contra
Filipo porque no había respetado la paz con los etolios
y otros aliados de la misma zona y por su reciente envío 10
de refuerzos y dinero a Aníbal y a los cartagineses, se vie-
ron impulsados a reemprender la guerra por las súplicas
de los atenienses, a los que Filipo había encerrado dentro
de su ciudad tras arrasar por completo su territorio.

Más o menos por esta misma época llegaron emba- 2
jadores del rey Átalo ³ y de los rodios con la noticia de
que también estaban siendo instigadas las ciudades de Asia.
Se respondió a estas embajadas que el senado se ocuparía 2
del asunto, y se remitió a los cónsules ⁴, que entonces se
encontraban en sus provincias, la cuestión de la guerra con
Macedonia en su totalidad. Entre tanto se enviaron a 3
Tolomeo ⁵, rey de Egipto, tres embajadores, Gayo Clau-

³ Aliado de Roma (hubiese o no *foedus* formal) desde 210.

⁴ Los cónsules del año 201, Publio Cornelio Léntulo y Publio Elio Peto, con mando en la flota y en la Galia respectivamente.

⁵ Tolomeo V Epífanés.

dio Nerón ⁶, Marco Emilio Lépido ⁷ y Publio Sempronio Tuditano ⁸, para informarle de la victoria sobre Aníbal y los cartagineses, para darle las gracias porque cuando la situación era incierta se había mantenido leal mientras abandonaban a los romanos hasta sus aliados vecinos, y para pedirle que conservara la misma disposición de ánimo hacia el pueblo romano si éste emprendía la guerra contra Filipo forzado por sus desafueros.

5 Aproximadamente por las mismas fechas, en la Galia, el cónsul Publio Elio, enterado de que antes de su llegada los boyos ⁹ habían hecho incursiones en territorios de los aliados, alistó con urgencia dos legiones para hacer frente
6 a la agresión, les añadió cuatro cohortes de su propio ejército y encargó a Gayo Ampio, prefecto de los aliados ¹⁰, de invadir el territorio de los boyos con estas fuerzas improvisadas, atravesando la Umbría por donde la tribu llamada Sapinia ¹¹. Él salió en esa misma dirección por una
7 ruta abierta a través de las montañas. Ampio, una vez en territorio enemigo, comenzó por realizar acciones de saqueo con bastante éxito y sin demasiado riesgo. Después eligió una posición favorable cerca de la población fortificada de Mútilo ¹² y salió a segar los trigales, pues estaba ya madura la mies. Como no hizo un reconocimiento de

⁶ Había sido pretor en 212, cónsul en 207 y censor en 204.

⁷ Sería pretor en 191, cónsul en 187 y 175, censor en 179, y *princeps senatus* desde 179 a 152.

⁸ Pretor en 213, censor en 209 y cónsul en 204. Había participado en la formalización de la paz de Fénice del 205: estaba familiarizado con los asuntos de Oriente.

⁹ Cf. XXI 25, 2.

¹⁰ Este cargo recaía en un ciudadano romano.

¹¹ Situada tal vez en el entorno del río Sapis (Savio). Tribu, en el sentido de circunscripción territorial.

¹² Al norte de Módena. ¿Modigliano?

los alrededores ni emplazó destacamentos suficientemente 8
fuertes como para garantizar la protección armada de los
que estaban entregados a la tarea sin llevar armas, los ga-
los lo rodearon a él y a los segadores en un ataque por
sorpresa. Inmediatamente fueron también presa del pánico 9
los hombres armados, que emprendieron la huida. Fueron
eliminados alrededor de siete mil hombres, desperdigados
entre los trigales, y entre ellos el propio prefecto Gayo
Ampio. El miedo empujó a los demás hasta el campamen- 10
to. Luego, a falta de un jefe reconocido, los soldados se
pusieron de acuerdo entre ellos y a la noche siguiente aban-
donaron gran parte de sus pertenencias y fueron a reunirse
con el cónsul por rutas boscosas casi impracticables. Regre- 11
só éste a Roma sin haber hecho en su provincia cosa que
merezca ser destacada si exceptuamos el saqueo del territo-
rio de los boyos y la conclusión de un acuerdo con los
lígures ingaunos ¹³.

La primera vez que reunió al senado, ante la petición 3
unánime de que se tratase con prioridad absoluta la cues-
tión de Filipo y las quejas de los aliados, inmediatamente
se sometió a debate este punto. El senado en masa decidió 2
que el cónsul Publio Elio enviase con plenos poderes a la
persona que le pareciera bien, para que se hiciese cargo
de la flota que Gneo Octavio ¹⁴ traía de Sicilia y se tras-
ladase con ella a Macedonia. Fue enviado Marco Valerio 3
Levino ¹⁵, como propretor, que hizo la travesía a Macedo-
nia con las treinta y ocho naves que recibió de Gneo Octa-
vio cerca de Vibón ¹⁶. Saliendo a su encuentro el legado 4

¹³ Cf. XXVIII 46, 9.

¹⁴ Pretor en 205, con mando prorrogado hasta este año.

¹⁵ Pretor en 215, y cónsul en 210.

¹⁶ Cf. XXI 51, 4. En 192 se fundó allí una colonia (XXXV 40, 5).

Marco Aurelio le informó detalladamente acerca de la importancia de los ejércitos y del gran número de navíos que había reunido el rey, y de la forma en que estaba levantando en armas a la población, en unos casos recorriendo personalmente todas las ciudades tanto del continente como de las islas, y en otros enviando delegados. Los romanos, les decía, tendrían que emplearse más a fondo para emprender aquella guerra, no fuera a ser que Filipo, si se andaban con vacilaciones, se atreviese a repetir el golpe de audacia que había dado Pirro anteriormente desde la base de un reino bastante más pequeño. Se acordó que Aurelio informara por escrito a los cónsules y al senado de estos mismos extremos.

A finales de este año se sometió a debate una proposición referente a la asignación de tierras a los veteranos que habían puesto punto final a la guerra de África bajo el mando y los auspicios de Publio Escipión. El senado acordó que el pretor urbano Marco Junio ¹⁷, se sirviera nombrar una comisión de diez miembros para medir y distribuir la parte del territorio samnita y apulio que era de dominio público del pueblo romano. Fueron nombrados Publio Servilio, Quinto Cecilio Metelo, Gayo y Marco Servilio —Géminos era el sobrenombre de estos dos—, Lucio y Aulo Hostilio Catón, Publio Vilio Tápulo, Marco Fulvio Flaco, Publio Elio Peto y Tito Quincio Flaminio ¹⁸.

¹⁷ Marco Junio Peno, pretor urbano (cf. XXX 40, 5).

¹⁸ Metelo, cónsul en 206. Gayo S. Gémino, cónsul en 203. Marco S. Gémino, cónsul en 202. Lucio H. Catón, embajador en 190. Aulo H. Catón, pretor en 207. Tápulo, cónsul en 199. Flaco, podría ser el tribuno de 198 (XXXII 7, 8). P. Elio Peto, cónsul en 201. Flaminio, personaje central de la 2.^a Guerra Macedónica, cónsul en 198. Sobre la posición de este último en la política romana puede verse J. BRISCOE, *A Commentary on Livy, Books XXXI-XXXIII*, 2.^a ed. Oxford, 1989, págs. 22-35.

Por aquellas fechas, en los comicios presididos por el 4
cónsul Publio Elio resultaron elegidos cónsules ¹⁹ Publio
Sulpicio ²⁰ Galba y Gayo Aurelio Cota ²¹. A continuación
fueron elegidos pretores Quinto Minucio Rufo, Lucio Fu-
rio Purpurión ²², Quinto Fulvio Gilón y Gayo Sergio Plau-
to. Aquel año los ediles curules Lucio Valerio Flaco y 5
Lucio Quincio Flaminio ²³ celebraron los juegos escéni-
cos romanos con magnificencia y suntuosidad, reinicián-
dolos dos días; distribuyeron entre el pueblo al precio de 6
cuatro ases la medida, ganando gran popularidad, la enor-
me cantidad de trigo que Publio Escipión había enviado
desde África. También los juegos plebeyos fueron reinicia- 7
dos por tres veces desde un principio por los ediles plebe-
yos Lucio Apustio Fulón ²⁴ y Quinto Minucio Rufo, que
había sido elegido pretor al dejar de ser edil; con ocasión
de los juegos se celebró también un banquete en honor
de Júpiter.

*Se declara
la guerra
a Filipo*

En el año quinientos cincuenta y uno 5
de la fundación de Roma ²⁵, durante el
consulado de Publio Sulpicio Galba y Ga-
yo Aurelio, comenzó la guerra contra el
rey Filipo pocos meses después de la
concesión de la paz a los cartagineses. El quince de marzo, 2
fecha en que los cónsules entraban en funciones por enton-

¹⁹ Para el año 200 a. C.

²⁰ Cónsul en 211, procónsul en la 1.ª Guerra Macedónica desde 210 a 206, dictador en 203.

²¹ Había sido pretor en 202.

²² Minucio Rufo, cónsul en 197. Furio Purpurión, cónsul en 196.

²³ Valerio Flaco, pretor en 199, cónsul en 195, censor en 184, pontífice desde 196 hasta 180. L. Quincio Flaminio, pretor en 199, cónsul en 192.

²⁴ Pretor en 196.

²⁵ Referencia, poco frecuente en Livio, que da solemnidad al comienzo de acontecimientos importantes.

ces²⁶, el cónsul Publio Sulpicio sometió esta cuestión
3 antes que ninguna otra a la deliberación del senado. Éste
decretó que los cónsules ofrecieran un sacrificio con vícti-
mas adultas a los dioses que ellos eligiesen, con esta súpli-
4 ca: «Que los proyectos del senado y del pueblo romano
que afectan al Estado y al inicio de una nueva guerra ten-
gan un final bueno y feliz para el pueblo romano, para
sus aliados, para la confederación latina»; después del sa-
crificio y de la súplica, consultarían al senado acerca de
5 la política general y de la asignación de provincias. Por
aquellas fechas, y como a propósito para incitar los áni-
mos a la guerra, llegó la carta del embajador Marco Aure-
6 lio y el propretor Marco Valerio Levino, y además llegó
una nueva embajada de los atenienses informando de que
el rey se estaba acercando a sus fronteras y que, si no ha-
bía alguna ayuda por parte de los romanos, sin tardar mu-
cho sería dueño no sólo del campo sino también de la ciu-
7 dad. Los consules manifestaron que se había celebrado
en debida forma el sacrificio; que, según el dictamen de
los arúspices, los dioses habían escuchado la súplica, las
entrañas habían sido favorables, y se vaticinaba una am-
pliación de las fronteras, una victoria, y un triunfo. A con-
8 tinuación se dio lectura a la carta de Valerio y Aurelio y
se dio audiencia a los embajadores atenienses. La conse-
cuencia inmediata fue la redacción de un senadoconsulto
dando las gracias a los aliados porque a pesar de haber
sido tentados largo tiempo, ni siquiera el miedo a un ase-
9 dio los había apartado de su lealtad. En cuanto al envío
de ayuda, se acordó que se daría la respuesta una vez que
los cónsules hubieran sorteado las provincias y que el cón-
sul al que correspondiera Macedonia hubiera presentado

²⁶ Hasta el año 153, en que pasó a ser el 1 de enero.

al pueblo la propuesta de una declaración de guerra a Filippo, rey de Macedonia.

La suerte asignó la provincia de Macedonia a Publio 6 Sulpicio, que preguntó oficialmente al pueblo «si quería, si mandaba que se declarase la guerra al rey Filippo y a sus súbditos los macedonios por los agravios y agresiones armadas contra los aliados del pueblo romano». Al otro cónsul, Aurelio, le tocó en suerte la provincia de Italia. Inmediatamente después se hizo el sorteo entre los preto- 2 res, correspondiendo a Gayo Sergio Plauto la jurisdicción urbana, Sicilia a Quinto Fulvio Gilón, a Quinto Minucio Rufo los Abruzos, y a Lucio Furio Purpurión la Galia. La propuesta referente a la guerra con Macedonia fue 3 rechazada por casi todas las centurias en los primeros comicios. Ello se debió en parte a una reacción espontánea de la población, harta de peligros y fatigas, agotada por una guerra tan larga y tan pesada, y en parte a que el 4 tribuno de la plebe Quinto Bebio, recurriendo al viejo método de atacar a los senadores, los había acusado de empalmar una guerra con otra para que la plebe no gozase de un momento de paz. Esto irritó profundamente a los 5 senadores, y el tribuno de la plebe fue cubierto de improperios en el senado; uno tras otro instaban al cónsul a convocar de nuevo los comicios para presentar la propuesta de ley, y a reprender al pueblo por su falta de energía, 6 haciéndole ver la magnitud de los daños y la deshonra que supondría un aplazamiento de aquella guerra.

Convocada la asamblea en el Campo de Marte el día 7 de los comicios, antes de proceder a la votación las centurias, dijo el cónsul: «Me parece que no os dais cuenta, 2 Quirites, de que no se os consulta si queréis la paz o la guerra —Filipo, que prepara por tierra y por mar una guerra de gran alcance, no os dejará esa elección—, sino si

preferís llevar las legiones a Macedonia o dar entrada en
3 Italia al enemigo. Sin duda la experiencia de la reciente
guerra púnica os ha enseñado, si no lo había hecho ninguna
experiencia anterior, qué distinta es una cosa de otra.
¿Quién duda, en efecto, que de haber prestado ayuda inmediata
a los saguntinos sitiados que imploraban nuestra protección
igual que nuestros padres se la habían prestado a los mamertinos ²⁷,
hubiéramos hecho gravitar sobre Hispania todo el peso de una guerra
a la que nuestras vacilaciones dieron entrada en Italia con tan grave
4 detrimento para nosotros? Está muy claro, además, que cuando este
mismo Filipo, a través de embajadores y de cartas, se había
comprometido ya con Aníbal a pasar a Italia, lo retuvimos
en Macedonia enviando a Levino con una flota para
5 meterle la guerra en casa. Y lo que hicimos entonces, cuando
teníamos en Italia a un enemigo como Aníbal, ¿dudamos
en hacerlo ahora que Aníbal ha sido expulsado de
6 Italia y los cartagineses aplastados? Dejemos que el rey, con la
toma de Atenas, compruebe nuestra renuencia a actuar, como
hicimos en el caso de Aníbal con la toma de
7 Sagunto: llegará hasta Italia no cuatro meses más tarde, como
Aníbal desde Sagunto, sino cuatro días después de zarpar
8 de Corinto. ¿Que no hay comparación entre Filipo y Aníbal,
ni entre macedonios y cartagineses? Sí lo pondréis al menos
al mismo nivel que un Pirro. ¡Qué digo al mismo nivel! ¡Pues
no es pequeña la diferencia entre
9 un hombre y otro, entre una y otra nación! El Epiro fue
siempre, y lo es hoy, un apéndice insignificante del reino de
Macedonia. Filipo es dueño de todo el Peloponeso, y

²⁷ Tras ocupar Mesana (Mesina) los mamertinos había pedido ayuda a los romanos frente a los cartagineses, episodio que formó parte de los desencadenantes de la 1.ª Guerra Púnica.

la propia Argos, tan célebre por la muerte de Pirro como por su antigua gloria. Estableced ahora la comparación 10 con respecto a nosotros. ¡Cuánto más floreciente estaba Italia, cuánto más intactas nuestras fuerzas, con nuestros generales incólumes, incólumes todos los ejércitos que después se llevó la guerra contra Cartago! Sin embargo Pirro atacó, quebrantó esas fuerzas, y llegó victorioso casi hasta la propia Roma. Y nos abandonaron no sólo los tarentinos 11 y los de toda la costa de Italia que llaman la Magna Grecia —cabría suponer que los atraía la afinidad de lengua y de nombre—, sino los lucanos, los brucios y los samnitas. ¿Creéis vosotros que si Filipo pasase a Italia todos 12 éstos iban a permanecer leales y no se iban a mover? Claro, así lo hicieron después, durante la guerra púnica. Jamás esos pueblos dejarán de traicionarnos, salvo que no tengan a quién pasarse. Si hubieseis tenido reparos en 13 pasar a África, hoy tendríais como enemigos en Italia a Aníbal y los cartagineses. Que sea Macedonia, y no Italia, el escenario de la guerra; que sean las ciudades y los campos enemigos los que sufran la devastación del hierro y el fuego. Sabemos ya por experiencia que nuestras armas 14 son más afortunadas y poderosas fuera que en casa. Id a emitir el sufragio, con la ayuda propicia de los dioses, y votad lo que estimaron los senadores. No es sólo el 15 cónsul quien os propone votar en este sentido, sino los dioses inmortales, los cuales, cuando ofrecí el sacrificio y dirigí la súplica para que esta guerra acabase bien y felizmente para mí, para el senado y para vosotros, para los aliados y los pueblos latinos, para nuestras flotas y nuestros ejércitos, sólo presagiaron éxitos y prosperidad».

Después de este discurso, el pueblo, llamado a emitir 8 sufragio, votó la guerra, en el sentido de la propuesta de ley. Después los cónsules, en virtud de un senadoconsulto, 2

decretaron un triduo de rogativas; se recorrieron todos los altares pidiendo a los dioses que finalizara bien y felizmente la guerra contra Filipo mandada por el pueblo. El cónsul Sulpicio consultó a los feciales si la declaración de guerra debía ineludiblemente ser notificada al propio Filipo en persona o si bastaba con notificársela a la guarnición más próxima dentro de las fronteras de su reino. Los feciales declararon que era válido cualquiera de los dos procedimientos. Los senadores autorizaron al cónsul a elegir, a su criterio, a alguien que no perteneciera al senado y enviarlo como embajador para declarar la guerra al rey.

Se pasó luego a la asignación de ejércitos a cónsules y pretores. Los cónsules recibieron orden de licenciar los antiguos ejércitos y reclutar dos legiones cada uno. Sulpicio, que había sido encargado de una guerra nueva y de gran trascendencia, fue autorizado a llevarse cuantos soldados voluntarios pudiera del ejército que había traído Publio Escipión de vuelta de África, pero no tendría derecho a llevarse a ningún antiguo soldado en contra de su voluntad. Los cónsules entregarían a los pretores Lucio Furio Purpurión y Quinto Minucio Rufo cinco mil aliados latinos a cada uno de ellos, tropas con las que controlarían uno la provincia de la Galia y el otro la del Brucio. También Quinto Fulvio Gilón recibió instrucciones de elegir entre los soldados que había tenido a sus órdenes el cónsul Publio Elio²⁸ a los que tuvieran menos años de servicios hasta reunir a su vez la cifra de cinco mil aliados y latinos; esta sería la guarnición de la provincia de Sicilia. A Marco Valerio Faltón, que había tenido a su cargo como pretor la provincia de la Campania el año anterior, se le prorrogó

²⁸ En realidad la referencia corresponde al pretor del 201 Publio Elio (Tuberón), no al cónsul Publio Elio (Peto).

el mando por un año; pasaría a Cerdeña como propretor, 10 y también él escogería a los cinco mil aliados y latinos que tuvieran menos años de servicios del ejército que se encontraba allí. Los cónsules, además, recibieron instrucciones 11 de reclutar dos legiones urbanas que serían enviadas a donde la situación lo requiriese, pues muchos pueblos de Italia se habían visto afectados por implicaciones en la guerra púnica y todavía reventaban de rabia. El Estado dispondría aquel año de seis ²⁹ legiones romanas.

En plenos preparativos bélicos llegaron embajadores de 9 parte del rey Tolomeo para informar de que los atenienses habían solicitado del rey ayuda contra Filipo, pero que, 2 a pesar de tratarse de aliados comunes, sin el consentimiento del pueblo romano el rey no pensaba enviar a Grecia ni flota ni ejército para atacar ni defender a nadie; él se mantendría en su reino sin intervenir si el pueblo 3 romano quería defender a sus aliados, o bien dejaría que los romanos se abstuvieran de intervenir, si así lo preferían, y él mismo enviaría refuerzos como para poder proteger a Atenas fácilmente contra Filipo. El senado dio 4 las gracias al rey y contestó que el pueblo romano tenía intención de proteger a sus aliados; si había necesidad de alguna ayuda para aquella guerra, se le haría saber al rey, pues era sabido que los recursos de su reino constituían un apoyo sólido y fiel para el Estado. Por decisión del 5 senado se envió luego a cada embajador un presente de cinco mil sestercios.

Mientras los cónsules llevaban a cabo el reclutamiento y hacían los preparativos necesarios para la guerra, la ciudad, animada de escrupulosidad religiosa sobre todo al comienzo de nuevas guerras, tras la realización de rogativas 6

²⁹ Dos de cada cónsul más las dos urbanas.

y plegarias en un recorrido por todos los altares no quiso omitir nada de lo que se había hecho en cualquier ocasión anterior y dispuso que el cónsul al que hubiese correspondido la provincia de Macedonia prometiera con voto a Júpiter unos juegos y una ofrenda. El voto público se retrasó porque el pontífice máximo Licinio ³⁰ declaró que no se debía hacer un voto sin determinar su valor en dinero, ya que esta suma no podía ser utilizada para la guerra, debía ser apartada en el acto y no mezclarse con otro dinero, pues si esto ocurría, no se podía formalizar el voto. Pese a que causaron su impacto tanto la observación como la personalidad de quien la formulaba, el cónsul recibió instrucciones de consultar al colegio de los pontífices si era válida la formulación de un voto de importe económico indeterminado. Los pontífices dictaminaron que sí se podía, y que incluso era mejor así. El cónsul pronunció el voto repitiendo las palabras que le iba dictando el pontífice máximo y que eran las mismas con las que tradicionalmente se formulaban los votos quinquenales ³¹, con la salvedad de que se comprometió con el voto a financiar los juegos y la ofrenda con la cantidad de dinero que el senado estableciese en el momento de su cumplimiento. Los Grandes Juegos habían sido prometidos con voto anteriormente en ocho ocasiones fijando previamente su coste; éstos fueron los primeros en que no se determinó la cifra.

³⁰ Publio Licinio Craso Divite, censor en 210, pretor en 208 y cónsul en 205.

³¹ Votos que debían cumplirse en el espacio de cinco años si la situación del Estado no iba a peor en ese tiempo.

*Ofensiva
en la
Galia Cisalpina.
Medidas
del senado*

Cuando la guerra de Macedonia era el ¹⁰ centro de atención general, de pronto, en el momento en que menos se esperaba, llegó la noticia de una sublevación de los galos. Los ínsubres, cenomanos y boyos, ² habían sublevado a los celinos y los ilvates ³² y demás pueblos ligustinos, y, capitaneados por el cartaginés Amílcar, un superviviente del ejército de Asdrúbal que se había quedado en aquella región, habían atacado Placencia ³³. Tras ³ entrar a saco en la ciudad y prender fuego a gran parte de la misma en un arrebató de rabia, dejando apenas dos mil hombres entre las llamas y las ruinas, cruzaron el Po y marcharon sobre Cremona para saquearla. La noticia ⁴ del desastre de la ciudad vecina llegó con tiempo para que los colonos cerraran las puertas y distribuyeran tropas por las murallas; al menos habría un asedio previo al asalto, y podrían enviar mensajeros al pretor romano. Tenía ⁵ entonces el mando de la provincia Lucio Furio Purpurión, el cual, en conformidad con el senadoconsulto, había licenciado a todo su ejército a excepción de cinco mil aliados y latinos; con estos efectivos se había estacionado en la zona más próxima de la provincia, en los alrededores de Arímimo. Entonces informó por escrito al senado acerca de la situación de perturbación en que se encontraba la provincia: de las dos colonias que se habían librado ⁶ por los pelos de la tremenda borrasca de la guerra púnica, una había sido tomada y saqueada por el enemigo y la

³² Los ínsubres tenían en Mediolano (Milán) su centro más importante. Los cenomanos vivían en torno a Brescia y Verona. Unos y otros eran celtas. Los ilvates eran una tribu lígur. Sobre los celinos no hay otras referencias.

³³ Placencia y Cremona eran colonias fundadas en 218 (cf. XXI 25, 2) para controlar los territorios conquistados de la Galia Cisalpina.

- 7 otra estaba siendo asediada; su ejército no iba a suponer un apoyo suficiente para los colonos en peligro, a no ser que quisiera exponer a una degollina a los cinco mil aliados enfrentándolos a cuarenta mil enemigos —pues tantos eran los que se habían levantado en armas—, y elevar aún más la moral del enemigo, ya envalentonado por el exterminio de una colonia romana.
- 11 Tras la lectura de esta carta, el senado decidió que el cónsul Gayo Aurelio diese orden al ejército de presentarse en Arimino en la misma fecha que le había señalado para
2 concentrarse en Etruria; en cuanto a él, o bien acudiría personalmente a sofocar la sublevación de los galos, si po-
3 día hacerlo sin perjuicio para el Estado, o comunicaría por escrito al pretor Quinto Minucio ³⁴ que cuando llega-
sen a donde él estaba las legiones procedentes de Etruria, enviara a ocupar su lugar a los cinco mil aliados, que defenderían Etruria mientras tanto, y él marchara a liberar la colonia del asedio.
- 4 También decidió el senado el envío de embajadores a África, primero a Cartago y después a Numidia, a Masini-
5 sa. A Cartago, para informar de que su conciudadano Amílcar, al que habían dejado en la Galia —no se sabía a ciencia cierta si procedía de la expedición de Aníbal o de la
6 posterior de Magón—, estaba haciendo la guerra, violando el tratado ³⁵, y había levantado en armas contra el pueblo romano ejércitos de galos y lígures; si estimaban la paz, debían hacerle volver y entregarlo al pueblo romano.
- 7 Al mismo tiempo, los embajadores recibieron instrucciones de comunicar que no habían sido devueltos todos los

³⁴ Según 8, 7, Quinto Minucio se encontraba en el Brucio. Puede tratarse de un error del propio Livio, o de una glosa.

³⁵ El tratado de paz de 201.

desertores, y que, según se comentaba, gran parte de ellos andaban abiertamente por Cartago; de acuerdo con el tratado, debían buscarlos, arrestarlos y devolvérselos. Éstas 8 eran las instrucciones en lo referente a Cartago. En cuanto a Masinisa, llevaban órdenes de felicitarlo por haber recuperado el reino paterno y haberlo engrandecido, además, con la anexión de la parte más rica del territorio de Sifax. Debían comunicarle también que se había emprendido la 9 guerra contra el rey Filipo porque había suministrado ayuda a los cartagineses; porque había cometido desafueros 10 contra los aliados del pueblo romano en plena conflagración bélica de Italia, obligando a enviar a Grecia flotas y ejércitos, y había sido una de las causas fundamentales de que se retrasase la expedición a África al forzar a dividir las tropas. Y debían pedirle que enviase un refuerzo de caballería nómada para dicha guerra. Se les entregaron 11 magníficos regalos para llevar al rey: vasos de oro y plata, una toga de púrpura y una túnica palmeada, un cetro de marfil, y una toga pretexta con una silla curul. Y se les 12 dieron instrucciones de que, si les hacía saber que necesitaba alguna cosa para consolidar y ampliar su reino, le asegurasen que el pueblo romano se esforzaría en proporcionársela, en reconocimiento por sus servicios.

También se presentaron ante el senado, por las mismas 13 fechas, unos embajadores de Vermina, hijo de Sifax, achacando su equivocación a su juventud y echando toda la culpa a la mala fe de los cartagineses: también Masinisa 14 había sido enemigo de los romanos antes de ser su amigo, y Vermina a su vez se iba a esforzar para que ni Masinisa ni ningún otro le ganase en buenos oficios para con el pueblo romano; pedía que el senado le reconociese el título de rey, aliado y amigo. Se les respondió a los embajadores 15 que su padre Sifax se había transformado de pronto, sin

motivo, de aliado y amigo en enemigo del pueblo romano, y que el propio Vermina había hecho sus primeras armas
16 guerreando contra los romanos. Por consiguiente, debía comenzar por pedir la paz al pueblo romano antes de recibir el título de rey, aliado y amigo: el pueblo romano tenía por costumbre conceder el honor de dicho título a los re-
17 yes que habían hecho grandes méritos para con él; pronto estaría en África una embajada a la que el senado encargaría de hacer saber a Vermina las condiciones de paz, y éste dejaría en manos del pueblo romano la decisión sobre el asunto: si quería añadir, quitar o cambiar algo en ellas,
18 tendría que dirigir una nueva petición al senado. Los embajadores enviados a África con estas instrucciones fueron Gayo Terencio Varrón, Espurio Lucrecio y Gneo Octavio ³⁶, asignándosele una quinquerre a cada uno de ellos.

12 Después se dio lectura en el senado a una carta del pretor Quinto Minucio, que tenía a su cargo la provincia de los Abruzos: en Locros ³⁷ había sido sustraído furtivamente durante la noche dinero del tesoro de Prosérpina, y no
2 había ninguna pista de los autores de la fechoría. El senado se indignó de que no cesaran los sacrilegios y que ni siquiera el caso de Plemínio, ejemplo tan llamativo y tan reciente
3 de culpa e inmediato castigo, disuadiera a la gente. Se encargó al cónsul Gayo Aurelio la tarea de escribir al pretor a los Abruzos comunicándole la decisión del senado de que se hiciera una investigación acerca del expolio de los tesoros, siguiendo la pauta de la que había llevado a cabo tres años

³⁶ Varrón es el cónsul del 216 derrotado en Cannas. Espurio Lucrecio y Gneo Octavio son los pretores de 205.

³⁷ Locros (cf. XXII 61, 12) era célebre por el santuario de Prosérpina. Sobre los saqueos ocurridos durante la Segunda Guerra Púnica véase XXIX *passim*.

antes el pretor Marco Pomponio ³⁸; el dinero que apareciese, sería devuelto; en caso de que no apareciese todo, ⁴ se pondría lo que faltase y se harían sacrificios expiatorios, si se estimaba oportuno, en la forma establecida por los pontífices en el caso anterior. El cuidado puesto en la ⁵ expiación de la violación de este templo se hizo más vivo al llegar noticias, precisamente entonces, de fenómenos extraños ocurridos en bastantes sitios. Se hablaba de que en Lucania había aparecido llamas en el cielo; en Priverno ³⁹, haciendo buen tiempo, el sol había estado rojo durante un día entero; en Lanuvio se había oído un ruido atronador ⁶ durante la noche en el templo de Juno Sóspita. Llegaban noticias recientes de nacimientos monstruosos de animales en muchos sitios: en la Sabina había nacido una criatura que no se sabía si era niño o niña, y había aparecido otro chico, de dieciséis años ya, también de sexo incierto; en Frusinón había nacido un cordero con cabeza de cerdo, ⁷ y en Sinuesa un cerdo con cabeza humana; en Lucania, en terreno del Estado, un potro con cinco patas. Se ⁸ consideró que todos estos seres eran monstruosos y aberrantes, fruto de una naturaleza que pervertía las especies; fueron rechazados con particular horror los hermafroditas dando orden de echarlos al mar inmediatamente, como se había hecho poco antes, durante el consulado de Gayo Claudio y Marco Livio, con un engendro parecido ⁴⁰. A pesar ⁹ de todo, se pidió a los decéviros que consultasen los Libros acerca de aquel portento. Ateniéndose a ellos, los

³⁸ Marco Pomponio Matón, edil plebeyo en 207 y pretor en 204 con prórroga de mando en Sicilia en 203.

³⁹ Antigua población volsca (cf. VIII 1, 1) sometida por Roma en 357, tal vez reconstruida más al norte tras la conquista.

⁴⁰ En 207. Véase XXVII 37, 5 ss.

decenviros prescribieron las mismas ceremonias que se habían realizado hacía poco a raíz del fenómeno similar. Mandaron, además, que tres coros de nueve doncellas recorrieran la ciudad cantando un himno a Juno Reina y le llevaran un presente. El cónsul Gayo Aurelio se ocupó de que se cumpliese todo ello de acuerdo con el dictamen de los decenviros. El himno lo compuso en esta ocasión Publio Licinio Técula, igual que la otra vez lo había hecho Livio ⁴¹, según recordaban los senadores.

13 Una vez cumplidas todas las obligaciones religiosas de expiación —pues también en Locros habían finalizado las investigaciones de Quinto Minucio respecto al sacrilegio y se había restituido al tesoro el dinero procedente de los bienes de los culpables—, los cónsules querían salir para
2 sus provincias; pero entonces se dirigieron al senado numerosos particulares a los que había que devolver aquel año el tercer plazo del dinero que habían prestado al Estado durante el consulado de Marco Valerio y Marco Claudio ⁴². El motivo era que los cónsules les habían asegurado que por el momento no había con que pagarles, ya que los fondos del erario apenas alcanzaban para la nueva guerra, que requería una gran flota y grandes ejércitos. El
4 senado reconoció los motivos de su queja: si el Estado pretendía utilizar para la guerra de Macedonia el dinero que habían prestado para la guerra púnica, como una guerra se sucedía a la otra, en realidad ello equivalía a confiscar el dinero por haber prestado un servicio como si se hubie-
5 ran hecho culpables de algo. En vista de que la reclamación de los particulares era justa pero el Estado no estaba en condiciones de devolver lo que debía, se tomó una deci-

⁴¹ Livio Andronico, en 207.

⁴² En 210 (cf. XXVI 35-36).

sión intermedia entre lo justo y lo factible; puesto que, según decía gran parte de ellos, había por todas partes tierras en venta y ellos necesitaban comprar, se pondrían a su disposición las tierras de titularidad pública que había en un radio de cincuenta millas; los cónsules tasarían las tierras y pondrían una renta de un as por yugada como reconocimiento de que se trataba de terrenos de dominio público, y de esta forma, cuando el Estado pudiese pagar, si alguno prefería el dinero a la tierra, devolvería ésta al pueblo. Los particulares aceptaron de buen grado la propuesta, y aquel terreno recibió el nombre de «trientábulo» porque había sido cedido en sustitución de la tercera parte del dinero prestado.

Entonces Publio Sulpicio, después de 14

*Ruptura
de hostilidades
entre Filipo
y los atenienses.
Átalo en Atenas
y Egina*

pronunciar sus votos en el Capitolio, salió de Roma con los lictores vestidos de uniforme militar y llegó a Brundisio. Incorporó a las legiones a los veteranos voluntarios del ejército de África, escogió

algunas naves de la flota de Gneo Cornelio ⁴³, y un día después de zarpar de Brundisio arribó a Macedonia. Allí se le presentaron unos embajadores de los atenienses pidiéndole que los liberara del asedio. Inmediatamente envió a Atenas a Gayo Claudio Centón con veinte navíos de guerra y un millar de hombres, pues el rey no dirigía personalmente el asedio de Atenas; en esos momentos precisamente estaba atacando Abidos ⁴⁴ después de probar fuerzas contra los rodios y contra Átalo en dos combates navales, ninguno de los cuales le había resultado favorable. Pero,

⁴³ Gneo Cornelio Léntulo, cónsul en 201.

⁴⁴ Abidos estaba estratégicamente situada dominando la entrada del Helesponto (Dardanelos) junto con Sestos, en la orilla opuesta.

aparte de su natural fogoso, le daba alas el tratado suscrito con Antíoco, rey de Siria, con el que ya se había estipulado el reparto de las riquezas de Egipto, que ambos amenazaban desde que se habían enterado de la muerte de Tolomeo.

6 Pues bien, los atenienses, que de su antigua grandeza no conservaban nada más que el orgullo, habían entrado en guerra con Filipo por un motivo que no lo justificaba
7 en absoluto. Dos jóvenes acarnanes, sin estar iniciados, habían entrado en el templo de Ceres durante los días de la iniciación, con el resto de la gente, sin saber que incur-
8 rían en sacrilegio. Sus palabras los traicionaron con facilidad, pues hicieron algunas preguntas fuera de lugar; conducidos ante los sacerdotes del templo, a pesar de que resultaba evidente que habían entrado por equivocación, se les dio muerte como si fueran culpables de un crimen ne-
9 fando. Los acarnanes pusieron en conocimiento de Filipo esta acción tan reprochable y provocadora y consiguieron de él autorización para hacer la guerra a los atenienses con
10 refuerzos dados por los macedonios. El ejército así formado comenzó por pasar a hierro y fuego el Ática, regresando después a Acarnania con toda clase de botín. Este fue el primer motivo de crispación de los ánimos; luego, se llegó a una guerra en toda regla, tomando Atenas la
11 iniciativa de una declaración formal. El rey Átalo, pues, y los rodios, llegaron hasta Egina persiguiendo a Filipo que se replegaba hacia Macedonia, y entonces el rey se trasladó al Pireo con el objeto de renovar y consolidar su
12 alianza con los atenienses. Todos los ciudadanos salieron en masa a su encuentro con sus mujeres e hijos, y los sacerdotes con sus distintivos, faltando poco para que los propios dioses salieran de sus santuarios a recibirlo a su entrada en la ciudad.

Inmediatamente se convocó al pueblo a asamblea para 15 que el rey expusiese públicamente sus proyectos; pero después pareció más acorde con su dignidad que expusiera por escrito las cuestiones que estimara conveniente para 2 evitarle el embarazo de estar presente en la exposición de sus buenos servicios a la ciudad, o bien que su modestia se viera abrumada por la incontrolada adhesión de la multitud con sus efusiones y aclamaciones. En la carta que 3 envió a la asamblea y que fue leída públicamente, en primer lugar se hacía una reseña de sus méritos para con la ciudad y, a continuación, de las acciones que había llevado a cabo contra Filipo; por último, se hacía una exhortación 4 a emprender la guerra mientras estaban con ellos él mismo, los rodios, y sobre todo los romanos: si entonces no hacían nada, en vano buscarían después la ocasión que habían dejado escapar. Se escuchó luego a los embajadores 5 de los rodios, que recientemente habían prestado un buen servicio al recuperar y devolver cuatro naves de guerra atenienses capturadas hacía poco por los macedonios. Así, pues, se aprobó la guerra contra Filipo por una mayoría abrumadora. Se tributaron honores primero a Átalo, des- 6 medidos, y después a los rodios: entonces por vez primera se hizo la propuesta de añadir a las diez tribus originarias una nueva que se llamaría Atálida; el pueblo rodio fue 7 galardonado por su valor con una corona de oro, y se les concedió a los rodios el derecho de ciudadanía igual que ellos se lo habían concedido ya a los atenienses. Después de esto el rey Átalo regresó con su flota a Egina; los ro- 8 dios se dirigieron por mar desde Egina a Cea ⁴⁵ y de allí a Rodas, pasando por las islas, que entraron en la alianza

⁴⁵ Cea, también llamada Ceo, es una de las Cícladas situada al sur del cabo Sunio del Ática.

co conocidas. Los habitantes de Abidos le cerraron las puertas al rey sin recibir siquiera a sus embajadores. El asedio de esta ciudad retuvo bastante tiempo a Filipo, y los asediados hubieran podido liberarse si Átalo y los rodios no hubieran andado remisos. Átalo se limitó a enviar tres- 7 cientos hombres en su ayuda, y los rodios una sola cuatrirreme de su flota, a pesar de que ésta estaba atracada ante Ténedos. El propio Átalo se desplazó hasta allí más tarde, 8 cuando ya apenas podían resistir el asedio, dándoles una fugaz esperanza de ayuda, dada su proximidad, pero sin hacer nada por socorrerlos ni por tierra ni por mar.

Con la artillería que habían emplazado sobre las mu- 17 rallas, al principio los abidenos impedían que el enemigo se acercara por tierra y al mismo tiempo hacían que corriera peligro si fondeaba las naves ⁴⁷. Luego, cuando se 2 derrumbó parte de la muralla y con labores de zapa los enemigos llegaron hasta el muro interior levantado precipitadamente, los asediados enviaron parlamentarios al rey para tratar de las condiciones de rendición de la ciudad. Pedían, en efecto, que se dejara marchar a la cuatrirreme 3 rodia con su tripulación y con las tropas de Átalo, y que se les permitiera a ellos salir de la ciudad con una prenda de vestir cada uno. La respuesta de Filipo fue que sólo 4 se trataría de la paz si se rendían sin condiciones, y cuando los parlamentarios volvieron con ella suscitó tal estallido de rabia, mezcla de indignación y desesperación, que, en 5 un arrebato de furor como el de los saguntinos, hicieron encerrar a todas las matronas en el templo de Diana y a

en la Tracia meridional. Eleunte en el extremo sur del Quersoneso de Tracia, Alopeconeso en la costa oeste, y Calípolis y Maditos en la costa este.

⁴⁷ En los capítulos 17 y 18 tenemos una versión abreviada del asedio de Abidos de Polibio XVI 29-34.

los muchachos y muchachas de condición libre e incluso a los niños pequeños con sus nodrizas en el gimnasio; 6 mandaron llevar al foro el oro y la plata, amontonar las prendas de valor en la nave rodia y en otra cicicena ⁴⁸ que estaban en el puerto, traer a los sacerdotes y las víctimas 7 y levantar un altar en el centro de la plaza. Luego, lo primero que hicieron fue elegir a los que, en cuanto vieran caer a los suyos que combatían delante del muro derrumbado, inmediatamente darían muerte a las mujeres e hijos, 8 tirarían al mar el oro, la plata y las ropas que había en las naves, y prenderían fuego a los edificios públicos y privados en el mayor número de puntos que pudieran. 9 Repitiendo la fórmula de execración que iban pronunciando por delante los sacerdotes, se comprometieron bajo juramento a ejecutar aquellos terribles actos. Después todos los hombres en edad militar juraron que nadie se retiraría vivo del combate si no era como vencedor. Éstos, 10 con el pensamiento puesto en los dioses, se batieron con tal tesón que el rey, asustado de su arrebato, se adelantó a poner fin al combate cuando la noche estaba a punto 11 de interrumpirlo. Los ciudadanos principales, a quienes se había encomendado la parte más horrible del horrible plan, al ver que eran pocos y además extenuados de cansancio o heridos los supervivientes del combate, al despuntar el día enviaron a los sacerdotes con sus cintas sagradas a entregar la ciudad a Filipo.

18 Antes de la rendición, el más joven de los tres embajadores romanos enviados a Alejandría, Marco Emilio ⁴⁹, de común acuerdo con los otros dos, fue al encuentro de 2 Filipo cuando llegó la noticia del asedio de Abidos. Se

⁴⁸ De Cícico, aliada de Átalo.

⁴⁹ Ver 2, 3.

quejó de la agresión contra Átalo y los rodios, y sobre todo del asedio de Abidos que se estaba produciendo en esos momentos. Cuando el rey dijo que habían sido Átalo y los rodios quienes habían iniciado las hostilidades contra él, le preguntó: «¿También fueron los abidenos los que te atacaron primero?» Como no estaba acostumbrado a 3 oír las verdades, estas palabras le parecieron más insolentes de lo que cabe cuando se habla con un rey, y dijo: «Tu edad, tu apostura y sobre todo tu nombre de romano te hacen bastante insolente. Por lo que a mí respecta, 4 mi mayor deseo sería que respetarais los tratados y os mantuvierais en paz conmigo; ahora bien, si me hacéis la guerra, os daréis cuenta de que también a mí me hacen sentirme orgulloso el reino y el nombre de macedonio, no menos noble que el romano.»

Después de despedir de esta forma al embajador, Filipo 5 se posesionó del oro, la plata, y todo el montón restante de objetos, pero se quedó sin todo el botín humano. En efecto, considerando de pronto, traicionados a los que 6 habían caído en el combate, acusándose de perjurio unos a otros y sobre todo a los sacerdotes por haber entregado vivos al enemigo a quienes estaban consagrados a la muerte, la población en masa fue presa de tal frenesí que todos 7 se precipitaron repentinamente en distintas direcciones a dar muerte a las mujeres y a los hijos y se suicidaron con todo tipo de muertes. Pasmado ante aquel arrebató el rey refrenó los ímpetus de sus soldados y dijo que les concedía a los abidenos tres días para morir. Durante este plazo 8 de tiempo los vencidos cometieron consigo mismos más atrocidades de las que habrían cometido los vencedores ena- ñados; salvo aquellos a quienes las cadenas u otra traba física impidió quitarse la vida, no cayó ni uno vivo en poder del enemigo. Filipo dejó una guarnición en Abidos y

Por la misma época regresó de Hispania el procónsul 20 Lucio Cornelio Léntulo. Dio cuenta al senado de las 2 operaciones que había llevado a cabo a lo largo de tantos años con energía y éxito, y pidió que se le autorizara a entrar en triunfo en la ciudad. El senado reconocía que sus 3 empresas merecían el triunfo, pero consideraba que la tradición no recogía ningún precedente de nadie que hubiese triunfado sin haber operado en calidad de dictador, cónsul o pretor, y él había gobernado la provincia de Hispania 4 en calidad de procónsul, no de cónsul o pretor. Se apun- 5 taba, sin embargo, a la solución de concederle la ovación para su entrada en la ciudad, pero el tribuno de la plebe Tiberio Sempronio Longo ⁵⁰ se oponía diciendo que tampoco esto sería conforme a la tradición o a precedente alguno. Al fin el tribuno, vencido por la unanimidad de 6 los senadores, cedió, y por decreto del senado Lucio Léntulo entró en la ciudad recibiendo la ovación. Aportó al 7 tesoro cuarenta y tres mil libras de plata y dos mil cuatrocientas cincuenta de oro, y repartió a cada uno de sus hombres ciento veinte ases procedentes del botín.

El ejército consular había pasado ya de Arrecio a 21 Arímino, y los cinco mil aliados latinos se habían trasladado de la Galia a Etruria ⁵¹. En consecuencia, Lucio Furio 2 partió de Arímino a marchas aceleradas para enfrentarse a los galos que entonces estaban sitiando Cremona, y estableció su campamento a mil quinientos pasos de distancia del enemigo. Tuvo la oportunidad de culminar brillante- 3 mente la empresa si hubiese atacado el campamento nada más llegar, pues los galos andaban dispersos por los cam- 4 pos sin haber dejado una guarnición lo bastante sólida.

⁵⁰ El cónsul de 194.

⁵¹ La narración retoma el final del cap. 11.

Pero tuvo miedo del cansancio de sus hombres, pues la
5 marcha de la columna había sido muy viva. Los gritos de
los suyos hicieron volver de los campos a los galos, que
abandonaron el botín que tenían en sus manos dirigiéndose
de nuevo al campamento. Al día siguiente salieron al
6 campo de batalla. Los romanos, por su parte, aceptaron
el combate sin vacilar, pero apenas tuvieron tiempo para
formarse, dada la rapidez con que el enemigo corrió al
7 combate. El ala derecha —las tropas aliadas estaban divi-
didas en alas— estaba situada en primera línea, y las dos
8 legiones romanas en la reserva. Marco Furio tomó el
mando del ala derecha, Marco Cecilio el de las legiones,
y Lucio Valerio Flaco —todos ellos eran legados— el de
9 la caballería. El pretor tenía consigo dos legados, Gayo
Letorio y Publio Titinio, para poder observarlo todo y ha-
10 cer frente a cualquier intento del enemigo. Al principio los
galos contaban con que, concentrando todos sus esfuerzos
sobre un único punto, podrían hundir y machacar el ala
11 derecha, que era la más avanzada. Como por esa vía no
conseguían gran cosa, intentaron rodear la formación ene-
miga haciendo un movimiento envolvente por los flancos,
maniobra que no parecía difícil dada su superioridad nu-
12 mérica. Cuando el pretor se percató de ello situó las dos
legiones de reserva a derecha e izquierda del ala que com-
batían en primera línea, para alargar también él su frente,
y prometió con voto a Júpiter un templo si aquel día de-
13 rrotaba al enemigo. Da orden a Lucio Valerio de lanzar
contra las alas enemigas la caballería de las dos legiones
por una parte, y la caballería de los aliados por otra, y
de impedir que los enemigos rodeen la formación propia;
14 mientras tanto él, al observar que el estiramiento sobre
las alas había debilitado el frente de los galos por su cen-
tro, ordena a sus hombres cargar cerrando filas y romper

la formación enemiga. La caballería rechazó las alas y 15
 la infantería el centro, y como muchos de los suyos caían
 abatidos en todos los sectores en una tremenda matanza,
 de pronto los galos volvieron la espalda y tomaron de nue-
 vo la dirección del campamento huyendo en desbandada.
 La caballería salió en persecución de los fugitivos; ense- 16
 guida salió también detrás la infantería, y se lanzó el ata-
 que contra el campamento. Menos de seis mil hombres es-
 caparon de allí; los muertos y prisioneros fueron más de 17
 treinta y cinco mil, y se cogieron setenta enseñas militares
 y más de doscientos carros galos cargados con abundante
 botín. En aquella batalla cayó Amílcar, el jefe cartaginés, 18
 así como tres famosos generales galos. Los prisioneros de
 Placencia, unos dos mil de condición libre, fueron devuel-
 tos a su colonia.

Fue una gran victoria que causó una gran alegría en 22
 Roma. Cuando llegó la carta con la noticia, se decretó un
 triduo de acción de gracias. En aquella batalla habían 2
 caído alrededor de dos mil entre romanos y aliados, sobre
 todo del ala derecha, contra la cual cargó en masa el ene-
 migo al iniciar el ataque. A pesar de que el pretor prác- 3
 ticamente había puesto fin a la guerra, el cónsul Gayo Aure-
 lio, una vez resuelto lo que había tenido que hacer en Ro-
 ma, partió también para la Galia, y el pretor le entregó
 el ejército victorioso.

Oriente:
toma de Calcis.
Tentativa de
Filipo
contra Atenas

El otro cónsul, que había llegado a 4
 su provincia cuando casi había finalizado
 el otoño, pasaba el invierno cerca de Apo-
 lonia. De la flota sacada a tierra en Cor- 5
 cira se había enviado a Atenas, como
 queda dicho anteriormente, a Gayo Claudio con unas tri-
 rremes romanas; su llegada al Pireo había abierto grandes
 esperanzas para los aliados, cuya moral estaba muy decaída.

6 En efecto, por una parte se habían interrumpido las in-
7 cursiones de devastación de los campos que solían hacerse
8 desde Corinto atravesando Mégara, y por otra parte las
naves corsarias que tenían su base en Calcis y habían vuel-
to peligroso para los atenienses tanto el mar como los cam-
pos de la costa, no se atrevían ya a doblar el Sunio ⁵²,
ni siquiera a aventurarse en mar abierto más allá del estre-
cho de Euripo ⁵³. A las naves romanas se sumaron tres
cuatrirremes rodias, aparte de las tres naves descubiertas
atenienses preparadas para la defensa de las costas. Clau-
dio consideraba que esta flota era suficiente de momento
si con ella se podía defender la ciudad y el territorio de
Atenas; pero se le presentó la oportunidad de una opera-
ción aún más importante.

23 Unos exiliados, obligados a salir de Calcis por los
desafueros de los hombres del rey, informaron de que era
2 posible apoderarse de Calcis sin el menor combate; en efec-
to, los macedonios, como no tenían en sus cercanías nin-
gún enemigo que temer, andaban vagando aquí y allá, y
los habitantes de la ciudad no se preocupaban de la defen-
sa de la misma, confiados en la guarnición macedonia.
3 Con las garantías que éstos le dieron partió Claudio, y aun-
que llegó al Sunio con tiempo suficiente como para poder
adelantarse hasta la entrada del estrecho de Eubea, mantu-
vo anclada la flota hasta la noche para evitar ser avistado
4 si doblaba el cabo. Al oscurecer se puso en movimiento
y navegó con tiempo bonancible llegando a Calcis poco
antes del amanecer, y con unos pocos hombres, por la zo-
na menos poblada de la ciudad, tomó con escalas la torre
más próxima y la muralla contigua: en unos puntos los

⁵² Cabo del extremo sur del Ática, al oeste del cual había un puerto.

⁵³ Estrecho de separación entre Eubea y el continente, con un ancho entre 30 y 60 metros.

centinelas estaban dormidos, y en otros no los había. Avanzando desde allí hacia las zonas más pobladas, dieron muerte a los centinelas y forzaron una puerta, franqueando la entrada al resto del contingente armado. Desde allí se expandieron por toda la ciudad, incrementándose además la confusión al prender fuego a los edificios que rodeaban el foro. Ardieron los graneros reales así como el arsenal, con un enorme contingente de maquinaria de guerra y de artillería. A continuación comenzó una matanza indiscriminada tanto de los que huían como de los que ofrecían resistencia; cuando hubieron caído o huido sin quedar uno todos los que estaban en edad militar, resultando muerto también Sópatro, el acarnán que mandaba la guarnición, se reunió en el foro todo el botín, que después fue cargado en las naves. Los rodios, además, asaltaron la cárcel y liberaron a los prisioneros que Filipo había encerrado allí por considerarlo un lugar muy seguro para su custodia. Tras derribar y mutilar las estatuas del rey se dio la señal de retirada; embarcaron y regresaron al Pireo, de donde habían partido. Si hubiera habido tropas romanas suficientes para poder ocupar Calcis sin abandonar la defensa de Atenas, se le habrían arrebatado al rey tanto Calcis como el Euripo, lo cual hubiera sido una operación importante en el inicio mismo de la guerra, pues tal como el desfiladero de las Termópilas es la llave de Grecia por tierra, así el estrecho de Euripo lo es por mar.

Filipo se encontraba entonces en Demetriáde. Cuando llegó allí la noticia del desastre de la ciudad aliada, aunque era tarde para enviar ayuda porque todo estaba perdido, buscando, sin embargo, la venganza, que es el mejor sucedáneo de la ayuda, salió inmediatamente con cinco mil soldados de infantería ligera y trescientos de caballería y se dirigió a Calcis casi a la carrera, plenamente convencido

3 de que podía aplastar a los romanos. Frustrada esta esperanza, pues al llegar se encontró únicamente con el horrible espectáculo de la ciudad aliada medio derruida y aún humeante, dejó unos pocos hombres, los imprescindibles para dar sepultura a los que habían muerto en el combate, y con tanta celeridad como a la ida cruzó el Euripo por el puente y se dirigió a Atenas a través de Beocia, pensando que a la misma maniobra respondería el mismo resultado. Y así hubiera sido de no ser porque un vigía —«hemeródromos» los llaman los griegos, porque en un solo día cubren corriendo una enorme distancia— divisó la columna del rey desde un puesto de observación y adelantándose a ella llegó a Atenas a media noche. Reinaba allí la misma entrega al sueño y la misma falta de precauciones que había traicionado a Calcis pocos días antes. Despertados por el despavorido mensajero, el pretor ⁵⁴ de los atenienses y Dioxipo, que mandaba la cohorte de los mercenarios, reunieron a los soldados en el foro y ordenaron que se diesen toques de trompeta desde la ciudadela para
7 hacer saber a todos que el enemigo se acercaba. De esta forma, desde todas partes corrieron hacia las puertas y las murallas. Algunas horas más tarde, pero bastante antes del alba, Filipo se acercaba a la ciudad, y al ver los numerosos puntos de luz y oír el barullo de la gente alarmada, lógico
8 en una conmoción semejante, detuvo la marcha y ordenó a sus hombres hacer alto y descansar, decidido a emplear la fuerza abiertamente ya que la sorpresa no había tenido
9 mucho éxito. Se acercó por el lado del Dipilón. Esta puerta, situada por así decir en la embocadura de la ciudad, es bastante más alta y ancha que las demás; las calzadas que parten de ella tanto hacia dentro como hacia fuera

⁵⁴ Romanización del término *strategós*.

son amplias, de suerte que los habitantes podían formar sus tropas en orden de combate desde el foro hasta la puerta, y en el exterior, una avenida de casi una milla que iba hasta el gimnasio de la Academia, ofrecía espacio libre a la infantería y la caballería enemigas. Los atenienses, con la guarnición de Átalo y la cohorte de Dioxipo, se formaron en orden de batalla en el interior de la puerta y salieron tras sus enseñas por esta avenida. Al ver esto Filipo pensó que tenía a los enemigos a merced suya y que iba a saciar su ira con una matanza largo tiempo esperada, pues era la ciudad griega hacia la que sentía mayor hostilidad; exhortó a sus hombres a combatir mirándole a él, y recordar que las enseñas y los combatientes debían estar allí donde estuviera el rey; y lanzó su caballo en dirección al enemigo, impulsado no sólo por la cólera sino por la vanagloria, porque le parecía excepcional que lo viera combatir la enorme multitud que abarrotaba las murallas como ante un espectáculo. Lanzándose en medio de los enemigos con unos pocos jinetes, bastante por delante de sus líneas, infundió gran ardor a los suyos y pánico a los enemigos. Hirió a muchos con sus propias manos tanto cuerpo a cuerpo como a distancia, rechazándolos hasta la puerta y persiguiéndolos; hizo una carnicería aún mayor entre los que se precipitaban al estrecharse el paso, y él pudo retirarse sin riesgo, a pesar de la temeridad de su acción, porque los que estaban en las torres de la puerta se abstenían de disparar sus dardos para no alcanzar a los suyos, confundidos entre los enemigos. Después, como los atenienses mantenían a sus combatientes dentro del recinto de las murallas, Filipo ordenó tocar a retirada y acampó en Cinosarges⁵⁵, donde había un templo de Hércules

⁵⁵ Al sur de la Acrópolis, fuera de las murallas.

18 y un gimnasio rodeado de un bosque sagrado. Pero Cinosarges y el Liceo ⁵⁶ y todos los centros religiosos o de recreo de los alrededores de la ciudad fueron incendiados, quedando destruidos no sólo los edificios sino incluso las tumbas: nada de lo que ampara el derecho divino o humano se salvó de su rabia incontenible.

25 *Filipo y la Liga Aquea. Tentativas en Eleusis. Los romanos y los pueblos macedonios* Al día siguiente, al principio las puertas estaban cerradas pero después fueron abiertas de repente porque habían entrado en la ciudad tropas de refuerzo enviadas desde Egina por Átalo y desde el Pireo por los romanos; entonces el rey retiró su campamento a unas tres millas

2 de la ciudad. De allí partió para Eleusis con la esperanza de tomar por sorpresa el templo ⁵⁷ y la fortificación que lo domina y rodea; pero cuando advirtió que la vigilancia estaba bien asegurada y que llegaba del Pireo una flota como refuerzo, renunció a su intento dirigiéndose a Mégara y de allí, sin detenerse, a Corinto; enterado de que se celebraba en Argos la asamblea de los aqueos, se presentó 3 en plena reunión, con gran sorpresa de los aqueos. Se estaba discutiendo acerca de la guerra contra Nabis ⁵⁸, tirano de los lacedemonios. Éste, viendo que las tropas de los aqueos se habían disgregado al pasar el mando de Filopemén ⁵⁹ a Cicliadas ⁶⁰, jefe de mucha menos talla, había

⁵⁶ Situado al oeste de la ciudad.

⁵⁷ El templo de los misterios de Deméter.

⁵⁸ Llegó a ser rey único de Esparta en 207. Propugnó medidas populares como el reparto de tierras. La denominación de tirano se debe a las fuentes hostiles. Roma lo reconoció como rey de Esparta (XXXIV 31, 13).

⁵⁹ Fue *hipparchos* de la Liga Aquea en 210, y *strategós* en 208, 206 y 201.

⁶⁰ *Strategós* en 210.

reemprendido la guerra devastando los territorios limítrofes, y ya constituía una amenaza incluso para las ciudades. Cuando se discutía acerca de la cantidad de efectivos 4 que cada ciudad debía alistar para hacer frente a este enemigo, Filipo se comprometió a librarlos de toda preocupación en lo que a Nabis y los lacedemonios se refería: no sólo impediría el saqueo de las tierras de sus aliados 5 sino que trasladaría a la propia Laconia los horrores de la guerra conduciendo allí inmediatamente su ejército. Estas palabras tuvieron una acogida entusiástica. «Es justo, 6 sin embargo —añadió— que mientras definiendo con mis armas vuestras posesiones, no queden las mías desprotegidas. Por consiguiente, si estáis de acuerdo, preparad las 7 tropas que hagan falta para defender Óreo, Calcis y Corinto, de forma que yo tenga las espaldas cubiertas y pueda llevar sin riesgo la guerra a Nabis y a los lacedemonios.» Los aqueos no se dejaron engañar acerca del propó- 8 sito de tan generosa promesa y del ofrecimiento de ayuda frente a los lacedemonios: lo que se pretendía era sacar del Peloponeso a la juventud aquea como rehén para implicar a la nación en la guerra contra Roma. Cíclidas, 9 el pretor de los aqueos, estimó que no valía la pena insistir sobre ello y se limitó a decir que los estatutos de la confederación aquea no permitían someter a debate cuestiones distintas de aquellas para las que habían sido convocados; una vez aprobado el decreto referente al alistamiento de 10 un ejército contra Nabis disolvió la asamblea que había presidido con energía e independencia, a pesar de que hasta aquella fecha se le había contado entre los partidarios 11 del rey. Filipo, frustrada su gran esperanza, alistó algunos voluntarios y retornó a Corinto y a tierras de Ática.

Durante las mismas fechas en que Filipo estuvo en 26 Acaya, Filocles, el prefecto del rey, salió de Eubea con

dos mil soldados tracios y macedonios para saquear el territorio ateniense en la zona de Eleusis y cruzó el paso de Citerón ⁶¹. A continuación envió la mitad de sus tropas a saquear los campos en todas direcciones y él con la otra mitad se apostó oculto en un lugar a propósito para una emboscada, para atacar con prontitud y por sorpresa a los enemigos dispersos en caso de que desde el fuerte de Eleusis se produjera un ataque contra los suyos mientras saqueaban. Pero la emboscada fue descubierta. Así pues, hizo volver a los hombres que se habían dispersado a la carrera para saquear, los incorporó a la formación y marchó al asalto del fuerte de Eleusis; de allí se retiró con muchos heridos y se unió a Filipo que volvía de Acaya. El rey intentó personalmente el asalto al mismo fuerte; pero unas naves romanas que llegaron del Pireo y una guarnición que fue introducida en la plaza lo obligaron a desistir de su propósito. Entonces el rey dividió el ejército enviando a Filocles a Atenas con una parte del mismo y él con la otra se dirigió al Pireo, que había quedado con una débil guarnición, contando con la posibilidad de asaltarlo mientras Filocles mantenía a los atenienses en la ciudad a base de acercarse a las murallas y amenazar con un ataque. Pero el asalto del Pireo no le resultó más fácil que el de Eleusis, pues los defensores de uno y otra eran casi los mismos. Desde el Pireo marchó súbitamente a Atenas. De allí fue rechazado por una salida brusca que hizo la infantería y caballería por el estrecho paso del muro semiderruido que une con sus dos brazos el Pireo y Atenas; renunciando al asalto de la ciudad, repartió de nuevo el ejército con Filocles y marchó a devastar los campos. Como en la ocasión anterior se había dedicado a la des-

⁶¹ Cadena montañosa entre Ática y Beocia.

trucción de los sepulcros de los alrededores de la ciudad, ahora, para que no quedara nada sin profanar, mandó 10 destruir e incendiar los templos de los dioses que habían consagrado en cada una de las aldeas. La tierra del Ática, 11 magníficamente embellecida con esta clase de monumentos debido tanto a la abundancia de mármoles locales como al genio de sus artistas, ofreció materia abundante para su furor destructivo. Pues ni siquiera se contentó con des- 12 truir los propios templos y derribar las estatuas, sino que además ordenó hacer añicos las piedras para que no permitieran reconstruir las ruinas si quedaban enteras. Y cuan- 13 do su rabia aún insatisfecha no tuvo ya materia en que desfogarse, salió del territorio enemigo en dirección a Beocia, y ya no hizo en Grecia nada que merezca ser reseñado.

El cónsul Sulpicio tenía por entonces su campamento 27 junto al río Apso ⁶², entre Apolonia y Dirraquio. Hizo venir allí a su legado Lucio Apustio, y lo envió con parte de sus tropas a saquear el territorio enemigo. Apustio, 2 después de saquear la zona fronteriza de Macedonia tomó al primer asalto los poblados de Corrago, Gerrunio y Or- geso ⁶³ y llegó hasta Antipatrea ⁶⁴, ciudad situada en un estrecho desfiladero. Primero llamó a una entrevista a 3 los ciudadanos más importantes y trató de convencerlos para que se pusieran bajo la protección ⁶⁵ de Roma; luego, en vista de que desdeñaban su sugerencia confiados en las dimensiones, el emplazamiento y las murallas de la ciudad,

⁶² El Apso (Semeni) desemboca en el Adriático entre Apolonia y Dirraquio (Durazzo, en griego Epidamno).

⁶³ No se conoce el emplazamiento preciso de estas plazas.

⁶⁴ ¿La moderna Berat?

⁶⁵ Equivale a una rendición incondicional, aunque con fundamento para confiar en la generosidad de Roma.

- 4 la atacó por la fuerza de las armas y la tomó; después de dar muerte a los adultos y entregar todo el botín a los soldados, hizo demoler las murallas e incendiar la ciudad.
- 5 El miedo a una suerte semejante hizo que Codrión ⁶⁶, una ciudad bastante sólida y bien fortificada, se rindiera a los
- 6 romanos sin resistencia. Dejando allí una guarnición, tomó por la fuerza Cnido ⁶⁷ —nombre más conocido por otra ciudad de Asia que por esta plaza—. Cuando el legado regresaba hacia el cónsul con un botín bastante considerable, un tal Atenágoras, prefecto del rey, atacó por retaguardia a la columna cuando atravesaba un río sembrando
- 7 el desconcierto entre los últimos. Ante los gritos y la confusión de los suyos acudió al galope el legado e hizo dar media vuelta, amontonar los bagajes en el centro y formarse en orden de combate. Los hombres del rey no resistieron la acometida de los soldados romanos: muchos de ellos fueron muertos, y muchos más cayeron prisioneros.
- 8 El legado llevó de vuelta ante el cónsul su ejército intacto, e inmediatamente fue enviado de nuevo a la flota.
- 28 Iniciada la guerra con esta expedición relativamente afortunada, se presentaron en el campamento romano reyezuelos y jefes de pueblos colindantes con Macedonia: Pléurato ⁶⁸, hijo de Escerdiledo; Aminandro ⁶⁹, rey de los atamanes, y, de los dárdanos, Bato, hijo de Longaro.
- 2 Este Longaro ya había hecho por su cuenta la guerra a

⁶⁶ Tal vez Rmait, al nordeste de Antipatrea.

⁶⁷ En la Dasarecia, pero no se sabe dónde. La otra Cnido, en la Dóride, entre Cos y Rodas.

⁶⁸ Aparece como rey único cuando se negocia la paz de Fénice (XXIX 5, 14) en 205.

⁶⁹ En principio asociado a Teodoro, aparece sistemáticamente con el título de rey, por derecho propio a partir de 200.

Demetrio ⁷⁰, el padre de Filipo. Ofrecieron su ayuda, y el cónsul les contestó que recurriría a la colaboración de los dárdanos y de Pléurato cuando entrase en Macedonia con su ejército; en cuanto a Aminandro, le encargó la 3 tarea de empujar a los etolios a la guerra. A los enviados de Átalo, que también habían llegado al mismo tiempo, les dio el encargo de que el rey esperase en Egina, donde pasaba el invierno, a la flota romana con la que se uniría para poner en aprietos a Filipo, como anteriormente, hostilizándolo por mar. También se enviaron embajadores 4 a los rodios para animarlos a tomar parte en la guerra. Tampoco Filipo, que había llegado a Macedonia, andaba menos activo preparando la guerra. Envío a su hijo Perseo ⁷¹, que era muy joven aún, a ocupar con una parte de sus tropas los desfiladeros que llevan a Pelagonia, asignándole algunos de sus amigos ⁷² para que lo orientasen en su corta edad. Demolió Esciatos y Pepareto ⁷³, ciuda- 6 des bastante conocidas, para evitar que se convirtieran en botín y recompensa de la flota enemiga. Envío embajadores a los etolios, en prevención de que este pueblo inestable cambiase de alianza por la llegada de los romanos.

*Asamblea
Panetólica*

La asamblea de los etolios llamada 29 Panetólica se iba a celebrar en la fecha señalada. Para poder asistir a ella los enviados del rey aceleraron la marcha; también acudió el legado Lucio Furio Purpurión, enviado por el cónsul; asimismo asistió a dicha 2 asamblea una delegación ateniense. Tomaron la palabra

⁷⁰ Demetrio II, que reinó de 239 a 229.

⁷¹ Rey de Macedonia desde 179 hasta 168 (batalla de Pidna).

⁷² En el sentido técnico del término (*philoi*), consejeros de la corte, de varios niveles.

⁷³ Islas del Egeo, en el extremo sur de Magnesia.

en primer lugar los macedonios, con los que se había hecho el tratado más reciente ⁷⁴. Éstos dijeron que como no había ocurrido nada nuevo, nada nuevo tenían que decir; los mismos motivos que habían llevado a los etolios a hacer la paz con Filipo después de experimentar la inutilidad de la alianza con Roma, debían llevarlos a conservar esa paz una vez acordada. «¿O es que preferís —dijo uno de los delegados—, imitar la desvergüenza, por no decir la frivolidad de los romanos? Aquellos que en Roma dispusieron que se diese esta respuesta a vuestros embajadores: ‘¿A qué acudís a nosotros, etolios, cuando habéis hecho la paz con Filipo sin nuestro consentimiento?’», esos mismos ahora os piden que hagáis con ellos la guerra contra Filipo. Antes pretendían haber empuñado las armas contra él por causa vuestra y en favor vuestro, ahora os impiden estar en paz con Filipo. Pasaron a Sicilia una primera vez para ayudar a Mesina, y una segunda para devolverle la libertad a Siracusa oprimida por los cartagineses; ahora tienen en su poder tanto Mesina como Siracusa y toda Sicilia, a la que han sojuzgado como provincia tributaria bajo sus hachas y sus fascas. Seguramente, igual que vosotros celebráis en Naupacto ⁷⁵, de acuerdo con vuestras leyes y con magistrados elegidos por vosotros, una asamblea en la que vais a elegir libremente a quien queráis como aliado o enemigo y decidir la paz o la guerra a vuestro arbitrio, de la misma manera, para las ciudades de Sicilia, se convoca asamblea en Siracusa, en Mesina o en Lilibeo. Pero es el pretor romano quien

⁷⁴ En 206, entre Filipo y los etolios; hubo otro anterior, entre etolios y romanos, cf. XXVI 24, 1-16.

⁷⁵ A la entrada del Golfo de Corinto, enfrente de Patras (cf. XXVII 29, 9).

preside la reunión; se reúnen convocados por su autoridad, se le ve a él impartir justicia con arrogancia desde lo alto de su tribuna flanqueado por sus lictores, con la amenaza de las varas sobre las espaldas y de las hachas sobre los cuellos; año tras año la suerte les asigna un amo tras otro. Y ello no debe ni puede causarles sorpresa, cuando 10 ven sometidas a la misma dominación ciudades de Italia como Regio, Tarento y Capua ⁷⁶, por no mencionar a las más cercanas, sobre cuyas ruinas ha crecido la ciudad de Roma. Ciertamente sobrevive Capua, monumento sepulcral 11 del pueblo campano, con la población enterrada o echada al destierro, como ciudad mutilada, sin senado, sin plebe, sin magistrados, algo monstruoso que hubiera sido menos cruel destruir que dejar habitable. Es un desatino confiar 12 en que algo va a permanecer como está si ocupan estas tierras unos hombres de otra raza de los que nos separan la lengua, las costumbres y las leyes en mayor medida que un trecho de mar o de tierra. Os parece que el reino de 13 Filipo limita de algún modo vuestra libertad; y sin embargo, cuando se convirtió en enemigo por culpa vuestra, lo único que os pidió fue la paz, y hoy sólo desea que se respete el acuerdo de paz. Dejad que unas legiones ex- 14 tranjeras se habitúen a estas tierras y aceptad su yugo: tarde y en vano buscaréis a Filipo como aliado cuando tengáis por amos a los romanos. A los etolios, acarnanes 15 y macedonios, gentes que hablan una misma lengua, los unen o dividen causas poco importantes que surgen con carácter transitorio; con los extranjeros, con los bárbaros, todos los griegos están y estarán siempre en guerra perpetua, pues son enemigos no por circunstancias que cambian.

⁷⁶ Sobre las diferencias de *status* de estas tres ciudades véase J. BRISCOE, *A Commentary...*, pág. 132.

de un día para otro sino por naturaleza, y ésta es permanente. Pero mi discurso concluirá por donde comenzó. En este mismo lugar, vosotros, las mismas personas, decidisteis hace tres años la paz con el mismo Filipo, una paz que desaprobaban esos mismos romanos que quieren desbaratarla ahora que está sellada y firmada. En cuanto a esta decisión, la fortuna no ha introducido ningún elemento nuevo; no veo razón para que cambiéis vosotros.»

30 A continuación de los macedonios y con el consentimiento y a petición de los propios romanos se dio paso a los atenienses, que al haber sufrido horrores podían con mayor fundamento fustigar la despiadada crueldad del rey. 2 Deploraban la lamentable devastación y el pillaje de sus tierras, pero no se quejaban de haber sido tratados como enemigos por el enemigo, pues existían unos derechos de guerra que legítimamente se padecían igual que se ejercían: 3 el que se prendiera fuego a los cultivos, se derruyeran las casas, se llevaran hombres y animales como botín, eran cosas más dolorosas que indignantes para quien las padecía. Pero de lo que ellos estaban realmente quejosos era 4 de que quien llamaba bárbaros extranjeros a los romanos hubiera violado simultáneamente todas las leyes divinas y humanas hasta el extremo de hacer una guerra sacrílega a los dioses de las profundidades en su primera correría, 5 y a los de las alturas en la segunda. Todos los monumentos sepulcrales de su país habían sido destruidos, habían quedado al descubierto los manes de todos sus muertos, la tierra no cubría los huesos de ninguno de ellos. 6 Ellos, antes, tenían santuarios que sus antepasados, cuando antiguamente vivían en circunscripciones rurales, habían consagrado en aquellos pequeños poblados y aldeas y que no habían dejado abandonados ni siquiera cuando

sus tribus se habían concentrado en una sola ciudad; la hostilidad de Filipo había ido prendiendo fuego a aquellos 7 templos en todo el contorno; las estatuas de los dioses, chamuscadas y mutiladas, yacían entre los pórticos derruidos de los templos. Lo que había hecho con la tierra 8 del Ática, embellecida y rica en otro tiempo, lo haría con Etolia y Grecia entera si se le dejaba hacer. Incluso su 9 ciudad habría ofrecido el mismo horrible aspecto si los romanos no hubieran acudido en su ayuda, pues de forma igualmente sacrílega habría atacado a los dioses tutelares de la ciudad, y a Minerva, protectora de la ciudadela, y al templo de Ceres en Eleusis, y a Júpiter y Minerva en el Pireo. Rechazado, por la fuerza de las armas, tanto 10 de sus templos como de sus murallas, se había ensañado con aquellos santuarios que no tenían más protección que su carácter religioso. De modo, pues, que rogaban enca- 11 recidamente a los etolios que se compadecieran de los atenienses y emprendieran la guerra guiados en primer lugar por los dioses inmortales, y en segundo lugar por los romanos, que, después de los dioses, eran los que más fuerza tenían.

A continuación habló el delegado romano: «Los mace- 31 donios primero y después los atenienses me han hecho cambiar el planteamiento de mi discurso. Cuando yo había 2 venido a protestar por los desmanes de Filipo contra tantas ciudades aliadas, los macedonios, adelantándose a inculpar a los romanos, me han obligado a dar más importancia a la defensa que a la acusación. Y en cuanto a 3 los atenienses, al relatar los abominables e inhumanos crímenes de Filipo contra los dioses de las profundidades y de las alturas, ¿se han dejado algo que yo o cualquier otro pueda aún achacarle? Haced la idea de que los habitantes 4

de Cíos ⁷⁷, de Abidos, de Eno, de Maronea, de Tasos, de Paros, de Samos, de Larisa, de Mesene, y de aquí, de Aca-
ya, se quejan de cosas parecidas e incluso más graves y
amargas porque las posibilidades que tuvo de hacerles da-
ño fueron mayores. Por lo que se refiere a los hechos
que nos imputa, reconozco que no son defendibles, si es
que no constituyen un motivo de gloria. Nos acusa con
Regio, Capua y Siracusa. En cuanto a Regio, durante la
guerra con Pirro, una legión que enviamos como guarni-
ción a petición de los propios reginos se apoderó criminal-
mente de la ciudad para cuya defensa había sido enviada.
¿Aprobamos, acaso, aquella fechoría? ¿O perseguimos
con las armas a la legión criminal, y tras reducirla a
obediencia y obligarla a dar satisfacción a los aliados con
sus espaldas y sus cabezas, les devolvimos a los reginos
su ciudad, sus tierras y todos sus bienes, junto con la liber-
tad y sus propias leyes? A los siracusanos, oprimidos por
tiranos extranjeros, lo cual era más indignante, les presta-
mos ayuda, y después de agotarnos a lo largo de casi tres
años asediando una ciudad tan bien fortificada, a pesar
de que los propios siracusanos preferían ya ser esclavos
de los tiranos a caer en nuestro poder, les devolvimos la
ciudad liberada por las mismas armas que la habían toma-
do. Y en cuanto a Sicilia, no vamos a negar que es una
provincia nuestra, y que las ciudades que tomaron partido
por los cartagineses y de acuerdo con ellos nos hicieron
la guerra nos pagan tributos e impuestos; bien al contra-
rio, queremos que sepáis, tanto vosotros como todos los
pueblos, que cada uno tiene la suerte que ha merecido en
su relación con nosotros. ¿Es que vamos a arrepentirnos

⁷⁷ Referencias a ciudades y pueblos que sufrieron los efectos de las campañas de Filipo que se narran en el libro XXIX.

de haber infligido a los campanos un castigo del que ni siquiera ellos mismos pueden tener queja? Por este pueblo sostuvimos una guerra de cerca de setenta años ⁷⁸ contra los samnitas, sufriendo graves reveses, lo unimos a nosotros primero por medio de una alianza, después por el derecho de matrimonio y el consiguiente parentesco, y por último con el derecho de ciudadanía; y ellos, en el momento de nuestra adversidad, fueron los primeros de todos los pueblos de Italia en pasarse a Aníbal después de dar una muerte ignominiosa a nuestra guarnición, y posteriormente, indignados porque los sitiábamos, enviaron a Aníbal a atacar Roma. Si de esta gente no sobreviviese ni la ciudad ni un solo individuo, ¿podría alguien indignarse por ello como si se hubiera empleado con ellos mayor rigor del que se merecían? Fueron más los que, conscientes de su culpa, se quitaron ellos mismos la vida, que los que nosotros mandamos al suplicio. A los que quedaban les quitamos la ciudad y los campos, pero les dimos una tierra y un lugar donde vivir, y dejamos que siguiera en pie incólume la ciudad, que no tenía culpa, de forma que quien la vea hoy no encontrará en ella ni una huella del asedio o la conquista. Pero ¿a qué hablar de Capua, si a la vencida Cartago le hemos dado la paz y la libertad? El peligro radica más bien en que, a base de perdonar con excesiva facilidad a los vencidos, animemos a muchos otros, por esa misma razón, a probar en contra nuestra la suerte de la guerra. Quede esto dicho en descargo nuestro y en contra de Filipo. Sus crímenes familiares, sus asesinatos de parientes y amigos, su desenfreno, casi más monstruoso que su crueldad, vosotros los conocéis mejor en la medida en que estáis más cerca de Macedonia. Por lo que a 18

⁷⁸ De 343 a 272.

vosotros concierne, etolios, nosotros emprendimos la guerra contra Filipo por vosotros, y vosotros hicisteis la paz
19 con él sin nosotros. Diréis, tal vez, que, como nosotros estábamos absorbidos por la guerra púnica, el miedo os forzó a aceptar las condiciones de paz del que entonces era el más fuerte; y que nosotros, urgidos por otros problemas más graves, nos desentendimos también de la guerra
20 rra que vosotros habíais abandonado. Ahora, nosotros, que por la benevolencia de los dioses hemos puesto fin a la guerra púnica, nos hemos volcado con la totalidad de nuestras fuerzas sobre Macedonia, mientras que a vosotros se os ha presentado la ocasión de retornar a nuestra amistad y nuestra alianza, a menos que prefiráis sucumbir con Filipo a vencer con los romanos».

32 Tras esta intervención del romano, el sentir general se inclinaba a favor de los romanos; entonces Damócrito ⁷⁹, el pretor de los etolios, que según rumores había recibido dinero del rey, sin pronunciarse a favor de ninguna de las
2 dos opciones dijo que en las decisiones de gran trascendencia no hay peor enemigo que la precipitación; enseguida llega el arrepentimiento, en efecto, pero tan tardío como inútil, cuando las decisiones tomadas precipitadamente no
3 pueden ser anuladas ni volver al punto de partida. Respecto a una toma de decisión como aquella, a su juicio había que esperar a que madurara, y se podía fijar ya una fecha sobre la base siguiente: puesto que, según los estatutos, solamente se podían tratar cuestiones referentes a la guerra o la paz en la asamblea Panetólica o en la de las
4 Termópilas, podían acordar en el acto que el pretor convocara legalmente la asamblea cuando quisiera tratar de la guerra y de la paz, y que lo que en ella se propusiese

⁷⁹ *Strategós* etolio en 200 y 193.

y decidiese tuviera plena validez legal como si hubiese sido tratado en la asamblea Panetólica o en la de las Termópilas. Despedidos así los delegados sin decidir la cuestión, 5 Damócrito decía que se había adoptado una resolución excelente para la nación, pues iban a poder inclinarse a favor de la alianza con aquel de los dos bandos que mejor fortuna tuviese en la guerra. Así fue el desarrollo de la asamblea de los etolios.

Filipo preparaba activamente la guerra 33

*Escaramuzas
iniciales
entre Sulpicio
y Filipo* por tierra y por mar. Las fuerzas navales las estaba concentrando en Demetriade, en Tesalia. Convencido de que Átalo y 2

la flota romana saldrían de Egina al comienzo de la primavera, confió el mando de la flota y de la costa a Heraclides, al que ya se la había confiado anteriormente. Él organizaba las fuerzas de tierra, conven- 3 cido de haber privado a los romanos de dos importantes apoyos: los etolios por una parte, y por otra los dárdanos, al haber bloqueado su hijo Perseo el desfiladero de acceso a Pelagonia. El cónsul no preparaba la guerra sino que ya 4 la estaba haciendo. Llevaba su ejército a través del territorio de los dasarecios, transportando el trigo que había sacado de los cuarteles de invierno sin echar mano de él, pues para las necesidades del ejército le bastaba con lo que proporcionaban los campos. Ciudades y aldeas se le ren- 5 dían en unos casos voluntariamente y en otros por miedo; algunas las tomaba por la fuerza, y otras las encontraba abandonadas porque los bárbaros habían buscado refugio en los montes cercanos. Estableció un campamento perma- 6 nente en las proximidades de Linco ⁸⁰, cerca del río Be-

⁸⁰ Se trata no de una ciudad sino de una comarca situada al noroeste de Macedonia, al este de Dasarecia.

vo ⁸¹; desde allí enviaba a recoger trigo por los alrededores, a los graneros de los dasarecios. Filipo advertía la agitación que reinaba en el contorno y el enorme pánico de la población, pero como no sabía a ciencia cierta qué dirección había tomado el cónsul, envió un escuadrón de caballería para descubrir hacia dónde habían dirigido su
7 marcha los enemigos. En la misma incertidumbre se encontraba el cónsul: sabía que el rey había abandonado los cuarteles de invierno, pero ignoraba qué dirección había tomado. También él envió unos jinetes en plan de reconocimiento. Estos dos destacamentos, que habían partido de direcciones opuestas, después de andar vagando largo tiempo sin rumbo fijo por territorio dasarecio, acabaron por
8 coincidir en la misma ruta. Al oír a distancia el ruido de hombres y caballos, unos y otros se percataron de que se acercaba el enemigo. Por eso, aun antes de avistarse ya habían preparado sus armas y caballos, y nada más divisar al enemigo se produjo el choque sin más tardar.
9 Dio la coincidencia de que estaban nivelados en número y en valor, puesto que unos y otros eran soldados escogidos, y combatieron durante varias horas en igualdad de fuerzas. El agotamiento de hombres y caballos hizo interrumpir el combate sin que la victoria se hubiera decanta-
10 do. Cayeron cuarenta jinetes macedonios y treinta y cinco romanos. Mas no por ello consiguieron enterarse mejor de dónde estaba el campamento enemigo e informar los
11 unos al rey y los otros al cónsul. Se tuvo conocimiento de ello a través de los desertores, cuya falta de carácter los lleva, en todas las guerras, a facilitar información acerca del enemigo.

⁸¹ Río de Macedonia, hoy Molca, que desemboca en el lago de Ochrid.

Filipo, convencido de que ganaría algo en el afecto de 34 sus hombres, y por ello en su disposición a arrostrar el peligro, si se preocupaba de que se diera sepultura a los 2 jinetes que habían caído en la expedición, mandó que los llevaran al campamento a fin de que todos presenciaran las honras fúnebres. Pero no hay nada tan poco seguro 3 ni tan imprevisible como los sentimientos de la masa. Lo que parecía que les daría mayor resolución para afrontar cualquier clase de combate, provocó en ellos miedo y falta de decisión. Y es que, acostumbrados a luchar contra 4 griegos e ilirios, habían visto heridas producidas por jabalinas, flechas, y rara vez lanzas; pero cuando vieron los cuerpos mutilados por la espada hispana ⁸², con los brazos cortados con hombro y todo, los cuellos seccionados por completo con las cabezas separadas del tronco, las vísceras al aire y otras horribles heridas, se daban cuenta, en una 5 reacción general de pánico, de la clase de armas y guerreros con que iban a tener que combatir. Incluso el propio rey, que no se había enfrentado aún a los romanos en una batalla en regla, quedó asustado. Llamó, pues, a su hijo 6 y a las tropas que defendían el desfiladero de Pelagonia para reforzar con ellas sus propias fuerzas, abriendo así a Pléurato y a los dárdanos el camino hacia Macedonia. Él, con veinte mil soldados de a pie y dos mil de a ca- 7 ballo, emprendió la marcha en dirección al enemigo, guiado por los desertores, y a poco más de una milla del campamento romano fortificó con foso y empalizada una colina cerca de Ateo ⁸³. Al ver allá abajo el campamento 8 romano quedó admirado, dicen, tanto del aspecto de conjunto del mismo como de la distribución de cada una de

⁸² La espada hispana, corta, era un arma de la infantería.

⁸³ No hay otras referencias que permitan precisar su localización.

sus partes, con las tiendas en hilera y las calles a intervalos regulares, y aseguró que aquel campamento no le podía parecer a nadie el de unos bárbaros. El cónsul y el rey mantuvieron a los suyos durante dos días dentro de la empalizada, cada uno a la espera de los movimientos del otro; al tercer día, el romano hizo salir a la totalidad de sus tropas para formar en orden de batalla.

35 El rey, temiendo ⁸⁴ aventurarse tan pronto a una batalla con la totalidad de sus fuerzas, envió a cuatrocientos trales —es éste un pueblo ilirio, como hemos dicho en otro pasaje ⁸⁵—, y trescientos cretenses, a hostigar a la caballería enemiga, añadiendo a este contingente de infantería otro igual de caballería al mando de Atenágoras, uno de sus
2 altos dignatarios. Los romanos, por su parte, cuyo frente estaba a poco más de quinientos pasos, lanzaron vélites y aproximadamente dos escuadrones de caballería, para equilibrar también en número sus efectivos de caballería
3 infantería con los del enemigo. Los soldados del rey creían que se iba a desarrollar el combate en la forma a la que estaban habituados: que la caballería avanzaría y retrocedería alternativamente, unas veces haciendo uso de las armas y otras volviendo grupas; que iban a sacar provecho de la rapidez de los ilirios para las salidas a la carrera y las cargas repentinas, y que los cretenses dispararían sus flechas contra un enemigo que avanzaría en desorden.
4 Esta táctica se vio desbaratada por el ataque de los roma-
5 nos, tan sostenido como denodado; en efecto, como si combatiese la totalidad del ejército, los vélites lanzaban sus jabalinas y después peleaban cuerpo a cuerpo con la espada, mientras que los jinetes, una vez lanzados al con-

⁸⁴ Seguimos a Madvig, excluyendo el *non* de los mss.

⁸⁵ Véase XXVII 32, 4.

tacto con el enemigo, frenaban los caballos y peleaban unos desde las propias monturas y otros saltando al suelo y mezclándose entre la infantería. De esta forma, la caballería del rey, no habituada a combatir a pie firme, estaba en inferioridad frente a la romana, y su infantería, que atacaba corriendo de acá para allá muy mal protegida por su tipo de armamento, estaba en desventaja frente a los vélites romanos provistos de escudo y espada, armados por igual para la defensa y para el ataque. Por consiguiente, no resistieron la confrontación y corrieron a refugiarse al campamento, poniéndose a salvo gracias únicamente a su velocidad.

Tras un día de intervalo, el rey que estaba dispuesto a dar la batalla con todas las tropas de caballería y de infantería ligera, había apostado durante la noche emboscados en un lugar a propósito entre los dos campamentos unos soldados equipados con *caetra*, que los griegos llaman 'peltastas', y había ordenado a Atenágoras y sus jinetes que sacaran provecho de la suerte si el combate en campo abierto se desarrollaba favorablemente; en caso contrario, que se replegasen poco a poco atrayendo al enemigo al lugar de la emboscada. La caballería, en efecto, retrocedió, pero los jefes de la cohorte *caetrata* no esperaron lo bastante la señal, y poniendo en movimiento a sus hombres antes de tiempo, perdieron la ocasión de llevar a buen fin la operación. Los romanos, vencedores en la batalla a campo abierto y sin caer en la trampa de la emboscada, se retiraron al campamento.

Al día siguiente el cónsul salió con la totalidad de sus tropas al campo de batalla y colocó los elefantes delante de la primera línea, siendo la primera vez que los romanos los utilizaron como apoyo, pues ya tenían un número aceptable que habían capturado durante la guerra púnica.

5 Cuando vio que el enemigo estaba escondido tras la empalizada, se adelantó hasta las colinas e incluso hasta el pie mismo de la empalizada, burlándose de su miedo. En vista de que ni siquiera así se ofrecía la posibilidad de combatir, como el aprovisionamiento de trigo era arriesgado debido a la proximidad de los campamentos, pues la caballería enemiga atacaría inmediatamente a sus hombres en
6 cuanto se dispersaran por los campos, trasladó el campamento a unas ocho millas de allí, a un lugar llamado Otolobo ⁸⁶, con el objeto de que la distancia permitiera realizar
7 el aprovisionamiento con menor riesgo. Mientras los romanos se proveían de trigo en los campos cercanos, en un principio el rey mantuvo a sus hombres dentro del recinto atrincherado para que los enemigos se volvieran más
8 osados y a la vez más descuidados. Cuando los vio dispersos salió con toda la caballería y con los auxiliares cretenses, acelerando la marcha en la medida en que estos velocísimos soldados de a pie eran capaces de aguantar corriendo el ritmo de la caballería, y tomó posiciones entre
9 el campamento romano y los forrajeadores. A continuación dividió sus tropas y lanzó en persecución de los forrajeadores a una parte de las mismas dándoles la consigna de no dejar ni uno con vida; él, con el resto, se quedó allí bloqueando los caminos por donde se suponía que
10 los enemigos regresarían corriendo al campamento. Se había extendido ya por todas partes la matanza y la huida cuando aún no había llegado nadie al campamento romano con la noticia del desastre, porque los que volvían huyendo iban a toparse con el destacamento del rey, y eran
11 más los muertos a manos de los que bloqueaban los cami-

⁸⁶ Sólo aparece aquí y en 40, 10, y no podemos precisar su emplazamiento.

nos que a manos de los que habían sido enviados para acabar con ellos. Al fin, algunos lograron infiltrarse por entre los enemigos apostados, y, despavoridos, llevaron al campamento más confusión que información precisa.

*Batalla
favorable a los
romanos.
Críticas
a los generales.
El cónsul,
en Macedonia*

El cónsul dio orden a los jinetes de 37 acudir, por donde cada uno pudiera, en ayuda de los que estaban en el aprieto, y él sacó a las legiones del campamento y las llevó contra el enemigo en formación cuadrada. Los jinetes se dispersaron 2 por el campo y unos anduvieron de acá para allá, confundidos por los gritos que se oían en distintos puntos, y otros se encontraron con el enemigo. Se 3 inició el combate en muchos sitios a la vez. El destacamento donde estaba el rey era el que peleaba con más dureza, pues por una parte casi constituía un ejército en regla debido al gran número de combatientes de a pie y de a caballo, y por otra, como bloqueaban el acceso central, la mayoría de los romanos iban a dar contra ellos. Los macedonios 4 llevaban además la ventaja de que el propio rey estaba allí para animarlos y de que los auxiliares cretenses, que luchaban agrupados y ordenados frente a los que estaban dispersos y en desorden, herían a muchos por sorpresa. Y si se hubieran controlado en la persecución, habrían con- 5 seguido la gloria de aquel combate y además les habría sido muy útil para la guerra en su conjunto. En esos 6 momentos, sin embargo, en su sed de sangre se lanzaron a una persecución incontrolada y fueron a dar con las cohortes romanas que se habían adelantado con los tribunos militares, y los jinetes romanos que iban huyendo, en cuanto 7 avistaron las enseñas de los suyos, volvieron los caballos contra los enemigos y en un instante cambió la suerte de la batalla, emprendiendo la huida los que poco antes eran

- 8 los perseguidores. Muchos resultaron muertos en el choque
cuerpo a cuerpo, y muchos mientras huían; no cayeron
sólo por el hierro, sino que algunos se arrojaron a los pan-
9 tanos, siendo tragados con caballos y todo por el espeso
cieno. También el rey estuvo en peligro, pues su caballo,
herido, cayó dando con él en tierra de golpe, y estuvo a
10 punto de ser aplastado cuando estaba tendido. Lo salvó
un jinete que saltó a su vez al suelo con prontitud e izó
al amedrentado rey sobre su propio caballo mientras que
él, al no poder correr a pie tanto como los jinetes que
huían, sucumbió acribillado por los enemigos que habían
11 acudido a galope al caer el rey. Éste, bordeando las
marismas, por donde había camino y por donde no, llegó
hasta el campamento cuando la mayoría no contaba ya
con que escapase con vida, tras una huida angustiosa.
12 Doscientos jinetes macedonios sucumbieron en aquella
batalla, y unos cien fueron hechos prisioneros; se cogieron
al menos ochenta caballos con sus arreos, así como los
despojos de armamento.
- 38 Hubo quienes, a propósito de esta jornada, acusaron
al rey de temeridad y al cónsul de falta de decisión, pues
Filipo debería haberse quedado quieto, puesto que sabía
que el enemigo, tras haber agotado por completo el campo
de los alrededores, en pocos días se vería reducido a la
2 más absoluta falta de provisiones; y en cuanto al cónsul,
después de haber derrotado a la caballería y la infantería
ligera del enemigo y haber estado a punto de capturar al
propio rey, debería haber marchado directamente sobre el
3 campamento enemigo; quebrantados como estaban los
enemigos, en efecto, no habrían resistido, y se hubiera po-
4 dido resolver la guerra en un instante. Esto, como casi
siempre, era más fácil de decir que de hacer. Si, efectiva-
mente, el rey hubiese combatido con todas sus tropas in-

cluida la infantería, tal vez podría haber sido despojado del campamento cuando, en plena confusión, todos ellos, vencidos y presa del pánico, huyeron de la batalla hasta dentro de la empalizada para huir, acto seguido, del enemigo victorioso que estaba pasando por encima de las fortificaciones; pero desde el momento en que sus fuerzas de infantería permanecieron íntegras en el campamento y se situaron puestos de guardia delante de las puertas así como retenes defensivos, ¿qué hubiera conseguido el cónsul salvo imitar la temeridad del rey que, poco antes, había perseguido en desorden a los jinetes despavoridos? Y, por otra parte, tampoco el plan inicial del rey de atacar a los forrajeadores dispersos por los campos habría sido criticable si hubiese puesto moderación a su victoria. Resulta, además, menos sorprendente que probase fortuna si se tiene en cuenta que corrían rumores de que Pléurato y los dárdanos, que habían salido de su tierra con fuerzas muy considerables, habían entrado ya en Macedonia; si estas tropas llegaran a rodearlo por todas partes, era para pensar que los romanos habrían terminado la guerra sin siquiera moverse. Considerando, pues, Filipo, que después de las dos derrotas de la caballería iba a ser mucho menos segura la permanencia en el mismo campamento, y queriendo salir de allí y que su partida pasase desapercibida al enemigo, hacia la puesta del sol envió al cónsul un parlamentario con caduceo a pedir una tregua para dar sepultura a los jinetes; engañado así el enemigo, emprendió la marcha en silencio durante el segundo relevo de la guardia, dejando muchos fuegos encendidos en todo el campamento.

Estaba ya el cónsul reponiendo fuerzas cuando se le informó de la llegada del parlamentario y del objeto de la misma. Se limitó a responder que al día siguiente por

la mañana habría oportunidad de reunirse, que era lo que pretendía Filipo, y éste dispuso de la noche y parte del día siguiente para emprender la marcha con rapidez. Tomó el camino de las montañas, a sabiendas de que los romanos no se internarían por esa ruta con su pesado equipo.

3 Al despuntar el día el cónsul despidió al parlamentario tras concederle la tregua, y poco después se percató de que el enemigo se había marchado; no sabiendo por dónde seguirlo, pasó algunos días en el mismo campamento ha-

4 ciendo acopio de trigo. Después se dirigió a Estuberra ⁸⁷, adonde hizo traer desde Pelagonia el trigo que había en los campos. Desde allí avanzó hasta Pluina ⁸⁸, sin haber descubierto aún a qué región se había dirigido el enemigo.

5 Filipo en un principio estuvo acampado en Bruanio ⁸⁹; de allí partió por caminos transversales provocando en el enemigo una alarma inesperada. Partieron, pues, de Pluina los romanos y establecieron el campamento junto al río

6 Osfago ⁹⁰. El rey se instaló no lejos de allí fortificándose a su vez a la orilla de un río que los habitantes del lugar

7 llaman Erígono. Luego, después de cerciorarse de que los romanos pensaban dirigirse a Eordea ⁹¹, les tomó la delantera y ocupó el desfiladero para que los enemigos no pudieran salvar el acceso encajonado entre las estrechas gargantas. Fortificó por completo el enclave a toda prisa,

8 en un punto con una empalizada, en otro con un foso, en otro con piedras amontonadas a guisa de muro, en otro

⁸⁷ La Estuberra de Macedonia estaba junto al río Erígono (actual Tcherná), en Bucinsko Kalé.

⁸⁸ Sobre Pluina no hay ninguna otra referencia.

⁸⁹ Estrabón la sitúa, al igual que Estuberra, junto al río Erígono.

⁹⁰ Afluente del Erígono, que a su vez lo es del Axio (Wardar).

⁹¹ La Eordea macedónica estaba en el sur de la Lincestide, cerca del lago Ostrovo.

con una barrera de árboles, según lo requería el lugar o el material lo permitía, y levantando barreras artificiales 9 en todos los puntos de paso, hizo inexpugnable, según él creía, una ruta naturalmente difícil. Pero los alrededores 10 estaban casi por entero cubiertos de bosque, lo cual era un estorbo especialmente para la falange macedonia, que no es de ninguna utilidad si no forma una especie de empalizada con sus larguísimas lanzas levantadas delante de los escudos, para lo cual necesita campo libre. También 11 las «rumpias» de los tracios, enormemente largas a su vez, eran un estorbo para ellos entre las ramas que se cruzaban por todas partes. Únicamente la cohorte de cretenses era de 12 alguna utilidad; pero incluso ésta, a pesar de que podía disparar sus flechas a caballos y jinetes expuestos a los golpes si se lanzaban a la carga, sin embargo no era muy eficaz contra los escudos romanos, que no lograba traspasar, y no había punto alguno al descubierto adonde disparar. Por 13 eso, cuando se dieron cuenta de la inutilidad de aquella clase de armas arrojadizas, atacaban al enemigo con las piedras que había tiradas por todo el valle. El impacto de éstas contra los escudos, que causaba más ruido que heridas, contuvo unos instantes el avance de los romanos; luego, despreocupándose también de estos proyectiles, unos 14 formaron la tortuga y se abrieron paso en el frente enemigo y otros dieron un pequeño rodeo saliendo a lo alto 15 de la colina, y desalojaron de sus guarniciones y puestos de guardia a los aterrados macedonios, e incluso degollaron a un gran número al ser difícil la huida en un terreno lleno de obstáculos.

De esta forma se logró franquear el desfiladero con 40 menos lucha de la que habían previsto, y llegaron a Eordea; allí el cónsul devastó los campos en distintas direccio-

nes y se retiró a Elimea ⁹², desde donde hizo un intento contra Orestide ⁹³ y atacó la plaza de Celetro ⁹⁴, situada en una península: un lago rodea sus murallas, y sólo un estrecho istmo permite el acceso desde tierra firme. Confiados en su posición, al principio los habitantes cerraron las puertas y se negaron a rendirse; después, cuando vieron que avanzaban las líneas y se acercaban a la puerta en formación de tortuga y que el enemigo en masa ocupaba el istmo, se rindieron por miedo sin intentar combatir. Desde Celetro el cónsul avanzó contra los dasarecios y tomó por la fuerza la ciudad de Pelión ⁹⁵. De allí se llevó a los esclavos con el resto del botín, soltó sin rescate a los hombres libres y les devolvió la ciudad; dejó allí una sólida guarnición, pues además se trataba de una ciudad muy bien situada para lanzar ataques contra Macedonia. Tras estas correrías por territorio enemigo, el cónsul condujo de nuevo sus tropas a la zona pacificada junto a Apolonia, punto de origen de su ofensiva.

7 A Filipo lo habían mantenido alejado de allí los etolios, los atamanes, los dárdanos y tantos otros conflictos armados que habían estallado súbitamente en distintos sitios uno tras otro. Contra los dárdanos, que ya se retiraban de Macedonia, envió a Atenágoras con infantería ligera y la mayor parte de la caballería con la orden de marchar sobre ellos desde atrás en su retirada y hostigar su retaguardia, para hacerlos menos proclives a sacar los ejércitos de sus fronteras. En cuanto

*Guerra
entre Filipo,
los dárdanos
y los etolios*

⁹² Al sur de Eordea, junto al río Haliacmón.

⁹³ Al oeste de Eordea, en el curso alto del Haliacmón.

⁹⁴ La moderna Kastoria.

⁹⁵ Sobre Pelión no hay otras referencias.

a los etolios, su pretor Damócrito, el mismo que en Nau-
pacto había propuesto el aplazamiento de la declaración
de guerra, ahora en una asamblea reciente los había llama-
do a las armas al tener noticia del combate de caballería 10
de Otolobo y de la entrada de los dárdanos y de Pléurato
con los ilirios en Macedonia, aparte de la llegada de la
flota romana a Óreo y la consiguiente amenaza de un blo-
queo marítimo añadida a la de tantos pueblos que jalona-
ban el contorno de Macedonia.

Estas razones habían hecho que Damócrito y los etolios 41
retornaran al lado de los romanos. Se pusieron en marcha
junto con Aminandro, rey de los atamanes, y sitiaron Cer-
cinio ⁹⁶. La ciudad había cerrado sus puertas, no se sabe 2
si de grado o por fuerza, porque tenía una guarnición del
rey; el caso es que en cosa de pocos días Cercinio fue 3
tomada e incendiada. Los que sobrevivieron a este gran
desastre, tanto esclavos como libres, fueron llevados con
el resto del botín. El miedo a algo parecido forzó a todos 4
los que vivían en torno a la marisma de Bebe a abandonar
las ciudades y dirigirse a las montañas. Ante la falta de 5
perspectivas de botín, los etolios se alejaron de allí diri-
giéndose directamente a Perrebia ⁹⁷. Aquí tomaron por la
fuerza Cirecia ⁹⁸ y la saquearon de mala manera; a los ha-
bitantes de Malea ⁹⁹ se les aceptó la rendición voluntaria
y la entrada en la alianza. Aminandro era partidario de 6

⁹⁶ Población de la Pelagóstide situada, posiblemente, en las cercanías de la marisma de Bebe (actual lago Karla).

⁹⁷ Llanura bañada por el Europo, en el nordeste de Tesalia, colindante con Macedonia.

⁹⁸ Donde la actual Domeniko.

⁹⁹ También cerca del Europo, como la anterior, pero en la margen derecha. La moderna Analipsis o la moderna Paljokastro, en el valle del Titaresio.

dirigirse desde Perrebia a Gonfos ¹⁰⁰, ciudad colindante con la Atamania que además parecía que podría ser tomada
7 sin gran esfuerzo. Pero los etolios se encaminaron a las
llanuras de Tesalia, muy fértiles con vistas al botín, y Ami-
nandro los siguió a pesar de que no estaba de acuerdo con
los poco metódicos saqueos de los etolios ni con el sistema
de instalar el campamento donde cuadraba, sin elegir el
8 sitio y sin preocuparse de fortificarlo. Para evitar, pues,
que el temerario descuido de los otros fuese también causa
de alguna desgracia para él y para los suyos, cuando vio
que ellos instalaban su campamento en una llanura domi-
9 nada por la ciudad de Farcadón ¹⁰¹, él ocupó, a poco
más de una milla de allí, una colina que podía ser segura
10 para los suyos incluso con una fortificación somera. Mien-
tras los etolios, que parecían acordarse de que estaban en
territorio enemigo sólo cuando saqueaban, los unos vaga-
ban medio desarmados y los otros no hacían diferencia
entre el día y la noche entregados al sueño y al vino en
un campamento sin puestos de guardia, llegó Filipo co-
11 giéndolos por sorpresa. Cuando algunos que huían despa-
voridos de los campos llegaron con la noticia de su llega-
da, se azoraron Damócrito y los otros jefes —coincidía
además que era la hora del mediodía, y la mayoría estaban
12 echados, cargados de comida y de sueño—; se despertaban
unos a otros, mandaban coger las armas, enviaban a otros
a llamar a los que se dedicaban al saqueo dispersos por
los campos. Fue tal el desconcierto que algunos jinetes sa-
lieron sin espadas, y la mayoría sin ponerse la coraza.
13 Después de salir con esta precipitación, alcanzando apenas

¹⁰⁰ Importante desde el punto de vista estratégico por su posición en el confín entre Tesalia y Atamania, en la vertiente oriental del Pindo.

¹⁰¹ Tal vez junto al Peneo, en la margen izquierda.

el número de seiscientos entre los de caballería y los de infantería todos juntos, fueron a dar con la caballería del rey, superior en número, armamento y combatividad. Fueron, pues, derrotados al primer choque casi sin intentar 14 combatir, y se dirigieron de nuevo al campamento en una huida vergonzosa; algunos, aislados de la columna de fugitivos por la caballería, fueron muertos o hechos prisioneros.

Cuando sus hombres estaban ya cerca de la empalizada, 42 Filipo ordenó tocar a retirada, pues hombres y caballos estaban agotados, no tanto por el combate como por lo prolongado de la marcha y al mismo tiempo por la especial celeridad de la misma. Ordenó, pues, que se turnasen 2 los escuadrones de caballería y los manípulos de infantería ligera para ir a buscar agua y comer, y retuvo a otros 3 de guardia, armados, a la espera de la columna de infantería que avanzaba más lentamente debido al peso de su equipo. Apenas llegó, recibió orden, a su vez, de hacer alto, 4 dejar las armas a mano y comer a toda prisa, yendo a lo sumo dos o tres de cada manípulo a coger agua; entre tanto, la caballería y la infantería ligera permanecieron formadas y listas, por si el enemigo realizaba algún movimiento. Los etolios, a cuyo campamento habían retornado 5 ya todos los que andaban diseminados por los campos, colocaron soldados en las puertas y a lo largo de la empalizada como si estuvieran decididos a defender las fortificaciones, observando con fiereza al enemigo desde seguro mientras éste permanecía quieto. Pero en cuanto iniciaron 6 el avance los macedonios y comenzaron a acercarse a la empalizada dispuestos en formación de ataque, todos abandonaron de pronto sus puestos y huyeron por la parte de atrás del campamento hasta la colina donde estaba el de los atamanes. También en esta huida atropellada fueron

7 hechos prisioneros o muertos muchos etolios. Filippo estaba seguro de que se podría tomar también el campamento de los atamanes si quedase día suficiente; pero como se había empleado toda la jornada en el combate y después en el saqueo del campamento, se detuvo al pie de la colina, en la zona más próxima de la llanura, dispuesto a atacar al enemigo al despuntar el día siguiente. Pero los etolios, presa del mismo pánico que los había llevado a abandonar el campamento, aquella misma noche se dispersaron huyendo. Aminandro les fue de gran ayuda; con él al frente, los atamanes, que conocían bien los caminos, los condujeron a Etolia por las crestas de los montes, por senderos desconocidos para el enemigo que iba tras ellos.

9 Fueron pocos, así, los que se extraviaron en aquella huida en desbandada y fueron a dar con los jinetes macedonios que Filippo con el fin de hostigar a la columna enemiga había enviado al amanecer cuando vio la colina abandonada.

43 Por aquellos días, también Atenágoras, el prefecto del rey, dio alcance a los dárdanos que se retiraban a sus fronteras; al principio creó desconcierto en su retaguardia;

2 luego, cuando los dárdanos dieron media vuelta y organizaron sus líneas, la lucha se equilibró en un combate regular. Cuando los dárdanos iniciaron de nuevo la marcha, la caballería y la infantería ligera del rey los hostigaban, carentes como estaban de ningún apoyo similar, y además cargados con armamento difícilmente manejable; incluso

3 el terreno favorecía a sus enemigos. Fueron poquísimos los muertos, más numerosos los heridos, ninguno hecho prisionero, porque no abandonan las filas sin más ni más sino que combaten y se repliegan en formación compacta.

4 De esta forma, Filippo había compensado los daños sufridos en la guerra contra Roma reprimiendo a dos na-

ciones con dos expediciones muy bien llevadas merced a una valiente iniciativa, aparte de los favorables resultados. Seguidamente, una circunstancia debida al azar se le presentó disminuyendo el número de sus adversarios etolios. Escopas ¹⁰², un dirigente de aquel pueblo, enviado desde Alejandría por el rey Tolomeo con una gran cantidad de oro, llevó a Egipto seis mil soldados de a pie y quinientos de a caballo reclutados como mercenarios. Y no habría dejado en Etolia a nadie en edad militar si Damócrito, llamando su atención unas veces sobre la guerra que amenazaba y otras sobre la despoblación que se produciría, no hubiese retenido en la patria a una parte de los jóvenes con sus recriminaciones; no está muy claro si actuó preocupado por su pueblo o por hacerle la contra a Escopas, que no le había hecho los honores con regalos suficientes.

*Operaciones
navales*

Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo por tierra durante aquel verano por los romanos y Filipo. La flota que había salido de Corcira a principios del mismo verano comandada por el legado Lucio Apustio, tras doblar el cabo Maleo ¹⁰³ se unió a la del rey Átalo cerca del Escileo ¹⁰⁴ de la región de Hermíone ¹⁰⁵. Pues bien, entonces el pueblo ateniense, ante la esperanza de una ayuda inmediata, dio rienda suelta a todo el odio hacia Filipo que, por miedo, había regresado desde hacía ya largo tiempo. Nunca faltan allí lenguas dispuestas para concitar a la plebe; es ésta una fauna que se alimenta del favor de las masas en todas las ciudades

¹⁰² *Strategós* en 220 y en 212, estrecho colaborador de Dorímaco.

¹⁰³ El promontorio del extremo sureste del Peloponeso.

¹⁰⁴ El promontorio más al este de la Argólide.

¹⁰⁵ En la costa sur de la Argólide.

libres, pero sobre todo en Atenas, donde el arte de la palabra goza del mayor ascendiente. Inmediatamente presentaron una propuesta de ley, que la plebe sancionó, a tenor de la cual serían retiradas y destruidas todas las estatuas y retratos de Filipo con sus inscripciones, e igualmente serían retiradas y destruidas las de todos sus antepasados de uno y otro sexo; serían privados de su carácter religioso todos los días festivos, los ritos y los sacerdocios instituidos en honor suyo y de sus antepasados; también serían execrados los lugares en que hubiese estado colocado algún signo o alguna inscripción en su honor, sin que en adelante fuese lícito colocar o dedicar en ellos nada de lo que la religión sólo permite colocar o dedicar en lugar no contaminado; cada vez que los sacerdotes del culto público hiciesen plegarias por el pueblo ateniense, por sus aliados, por sus ejércitos y sus flotas, pronunciarían maldiciones y execraciones contra Filipo, sus hijos y su reino, contra sus fuerzas terrestres y navales, contra toda la raza y el nombre de los macedonios. Se puso un añadido al decreto: siempre que en lo sucesivo alguien hiciese una propuesta que implicase una nota infamante para Filipo, el pueblo ateniense votaría a favor de la misma en su totalidad; si alguien decía o hacía algo en contra del decreto de infamia o en honor de Filipo, quien diese muerte a ese alguien estaría protegido por la ley. Una cláusula que se incluyó al final establecía la plena vigencia con respecto a Filipo de todo lo que en otro tiempo se había decretado en contra de los hijos de Pisístrato. La verdad es que los atenienses hacían la guerra contra Filipo a base de escritos y de palabras, única cosa en que tienen fuerza.

Átalo y los romanos, desde Hermíone, primeramente se dirigieron al Pireo. Allí permanecieron algunos días, abrumados por los atenienses con decretos tan desmedidos

en honor de los aliados como lo habían sido en resentimiento contra el enemigo, y después zarparon del Pireo rumbo a Andros ¹⁰⁶. Fondearon en el puerto, llamado 3 Gaurio ¹⁰⁷, y enviaron mensajeros a sondear el estado de ánimo de los habitantes, a ver si preferían entregar voluntariamente la ciudad en vez de experimentar la fuerza. La respuesta fue que la ciudadela estaba ocupada por una 4 guarnición del rey, y que ellos no podían decidir por sí mismos; entonces el rey y el legado romano, una vez desembarcadas las tropas y todo el material de asedio de una ciudad, avanzaron sobre ella desde distintos sitios. El es- 5 pectáculo nunca visto de las armas y las enseñas romanas y la decisión de los soldados que subían tan resueltamente hacia las murallas, infundieron en los griegos un miedo más que considerable; se produjo, pues, una huida ins- 6 tantánea hacia la ciudadela, y la ciudad fue tomada por el enemigo. Tras permanecer dos días en la ciudadela, confiados más en la posición que en las armas, al tercero entregaron la ciudad y la ciudadela tras llegar al acuerdo de que tanto ellos como la guarnición serían trasladados a Delio ¹⁰⁸, en Beocia, con una vestimenta por persona. Los romanos dejaron la ciudad y la ciudadela al rey Átalo, 7 y ellos se llevaron el botín y las obras de arte de la misma. Átalo, para no verse dueño de una isla desierta, convenció a casi todos los macedonios y parte de los andrios para que se quedaran. Después volvieron también de Delio 8 los que se habían trasladado allí de acuerdo con lo pactado, y ello gracias a las promesas del rey, en las que se

¹⁰⁶ Isla de las Cícladas que estaba ocupada por Filipo.

¹⁰⁷ En la parte noroccidental de la isla de Andros.

¹⁰⁸ En la costa de Beocia, cerca de Tanagra (hoy Dilisi); originariamente era un santuario de Apolo.

sentían inclinados a creer más fácilmente por la añoranza de la patria.

9 De Andros pasaron a Citnos ¹⁰⁹. Allí perdieron varios días en un vano intento de asaltar la ciudad, y como tam-
10 poco valía demasiado la pena, se retiraron. En Prasias ¹¹⁰,
localidad del Ática continental, se incorporaron a la flota romana una veintena de embarcaciones ¹¹¹ de los iseos ¹¹². Éstas fueron enviadas a devastar las tierras de los caristios ¹¹³; el resto de la flota zarpó rumbo a Geresto ¹¹⁴, conocido puerto de Eubea, en tanto regresaban de Caristos
11 los iseos. Luego, se hicieron todos a la vela rumbo a alta mar, y, dejando atrás la isla de Esciros por mar abierto
12 llegaron a Icos ¹¹⁵. Allí estuvieron retenidos algunos días por un violento Bóreas, y en cuanto llegó la primera bonanza pasaron a Esciatos, ciudad que poco antes había
13 devastado y saqueado Filipo. Los soldados se esparcieron por los campos y trajeron a las naves trigo y cualquier otra cosa que pudiera servir de alimento; botín no lo había en absoluto, y tampoco los griegos habían hecho nada que
14 justificara el saqueo. Navegando de allí hacia Casandrea ¹¹⁶, abordaron primero a Mendeo, poblado costero de aquella ciudad. Después, cuando una vez doblado el cabo, preten-

¹⁰⁹ Isla ocupada también por Macedonia.

¹¹⁰ En la costa este del Ática.

¹¹¹ El término latino, *lembi*, puede corresponder a embarcaciones de transportes menor, lanchas o poco más, o a navíos ligeros, bajos y alargados, muy rápidos (40 remeros).

¹¹² De la isla de Isa (Lissa), en la costa de Iliria, sometida a Roma desde 229.

¹¹³ De Caristos (Karystos), en el extremo suroccidental de Eubea.

¹¹⁴ Puerto al norte del cabo Geresto (Mandilo), no lejos de Caristos.

¹¹⁵ Esciros (al nordeste de Eubea) e Icos (Halonisos, al noroeste de Esciros), estaban bajo el control de Macedonia.

¹¹⁶ Cf. XXVIII 8, 14, nota.

dían rodear con la flota las murallas mismas de la ciudad, se desencadenó un violento temporal, y estuvieron a punto de hundirse en el oleaje, dispersándose y perdiendo gran parte de los aparejos hasta refugiarse en tierra firme. Aquella tempestad del mar fue también un presagio para 15 las operaciones que se iban a desarrollar en tierra. En efecto, cuando atacaron la ciudad después de reagrupar las naves y desembarcar las tropas, fueron rechazados, con gran número de heridos, pues había allí una fuerte guarnición del rey; fracasado el intento, se retiraron y navegaron hacia Canastreo ¹¹⁷, en Palene; doblando luego el cabo de Torona ¹¹⁸ navegaron en dirección a Acantos ¹¹⁹. Allí 16 comenzaron por devastar el territorio y después tomaron y saquearon la propia ciudad. No siguieron más allá, pues ya tenían las naves cargadas de botín; dieron la vuelta hacia el punto de partida dirigiéndose a Escíatos y de Escíatos a Eubea.

Dejaron allí la flota y se adentraron 46
Toma de Óreo. en el golfo Malíaco ¹²⁰ con diez naves li-
Retorno geras para una conferencia con los eto-
de las flotas lios sobre la forma de conducir la guerra.
a las bases

Fue el etolio Pirrias ¹²¹ el jefe de la de- 2
 legación que acudió a Heraclea ¹²² para intercambiar pun-
 tos de vista con el rey y el legado romano. Se le pidió 3
 a Átalo que, de acuerdo con el tratado, proporcionase un
 millar de soldados, pues tantos eran los que debía a los

¹¹⁷ Cabo situado en el extremo sur de Palene.

¹¹⁸ El saliente de la península al sur de la ciudad de Torona.

¹¹⁹ En la unión de la península con el continente.

¹²⁰ En la parte suroccidental de Tesalia, frente a Eubea (hoy Zeitun).

¹²¹ *Strategós* en 210.

¹²² Es la Heraclea fundada por Esparta (en 426), a la entrada del golfo Malíaco.

- 4 que hicieran la guerra contra Filipo. Pero se los negó a los etolios basándose en que también ellos anteriormente habían rehusado salir para devastar Macedonia en la ocasión en que, estando Filipo incendiando los edificios sagrados y profanos en los alrededores de Pérgamo, habrían podido alejarlo de allí para ocuparse de sus propios problemas. Así, los etolios se marcharon con más esperanzas —los romanos hicieron toda clase de promesas— que ayuda. Apustio regresó a la flota con Átalo.
- 6 Se comenzó luego a barajar la posibilidad de atacar Óreo. Esta ciudad estaba bien defendida tanto por sus murallas como por una fuerte guarnición debida al ataque que había sufrido anteriormente; a los aliados se habían unido, tras el asalto de Andros, veinte naves rodias, todas
7 ellas con cubierta, comandadas por Acesímbroto. Se envió este contingente de naves a fondear en Zelasio —se trata de un promontorio de la Ftiótide que domina Demetriadé muy oportunamente situado como barrera—, para que sirvieran de protección en caso de que las naves macedonias
8 hiciesen algún movimiento desde allí. Heraclides, prefecto del rey, mantenía allí su flota más a la espera de alguna oportunidad que le brindara un descuido del enemigo que dispuesto a intentar un golpe de fuerza abiertamente.
- 9 En cuanto a Óreo ¹²³, los romanos y el rey Átalo lo atacaban desde puntos opuestos: los romanos desde la parte de la ciudadela marítima, los del rey dirigiéndose al valle que se extiende entre las dos ciudadelas, donde además
10 la ciudad está protegida por un muro. Aparte de atacar desde puntos opuestos, lo hacían también con técnicas diferentes: los romanos se aproximaban a los muros formando la tortuga, con manteletes y ariete; los del rey, lanzan-

¹²³ En XXVIII 6, 2 aparecen datos descriptivos de Óreo.

do proyectiles y piedras de gran peso por medio de balles-
tas, catapultas, y todo tipo de máquinas de lanzamiento.
También hacían galerías y empleaban cualquier otro recur-
so cuya eficacia hubieran comprobado en el ataque ante-
rior. Pero no sólo era mayor que la otra vez el número 11
de macedonios que defendían la ciudad sino que era mayor
su resolución, pues se acordaban del castigo infligido por
el rey por la traición cometida, así como de sus amenazas
y al mismo tiempo sus promesas para el futuro. De modo,
pues, que, como aquello iba para más largo de lo que ha-
bían pensado y había que confiar más en el bloqueo y los
trabajos de asedio que en un asalto rápido, el legado pensó 12
que se podía, entretanto, emprender alguna otra operación;
dejó los hombres que le parecían suficientes para llevar
a término los trabajos de asedio, pasó a la zona continen-
tal más próxima y llegando por sorpresa tomó Larisa —no
la renombrada ciudad de Tesalia sino la otra, la que lla-
man Cremaste ¹²⁴—, exceptuada la ciudadela. Átalo, por 13
su parte, tomó por sorpresa Ptéleon ¹²⁵, estando muy lejos
sus habitantes de temerse nada parecido durante el ataque
a otra ciudad. En torno a Óreo estaban ya tocando a su 14
fin los trabajos de asedio, y, por otra parte, la guarnición
que se hallaba en su interior se encontraba agotada debido
al esfuerzo incesante, al hecho de estar alerta tanto de día
como de noche, y a las heridas. Además, parte de la 15
muralla, minada en su base por los golpes de ariete, se
había venido abajo ya en numerosos puntos, y por la bre-
cha abierta con el derrumbe, los romano irrumpieron du-
rante la noche en la ciudadela situada encima del puerto.
Cuando, al amanecer, los romanos hicieron una señal 16

¹²⁴ Véase XXVIII 5, 2, nota.

¹²⁵ En la costa nororiental de Larisa.

desde la ciudadela, Átalo penetró a su vez en la ciudad, cuyos muros estaban en gran parte abatidos. La guarnición y los habitantes se refugiaron en la otra ciudadela, donde se rindieron dos días después. La ciudad fue para el rey, y los prisioneros para los romanos.

47 Estaba ya encima el equinoccio de otoño, y el golfo de Eubea, que llaman Cela ¹²⁶, es inseguro para los navegantes. Queriendo, pues, salir de allí antes de los temporales de invierno, retornaron al Pireo, de donde habían partido para la ofensiva bélica. Apustio dejó allí treinta naves y navegó hasta Corcira, dejando atrás el Maleo. El rey se quedó a la espera de la fecha señalada para los misterios de Ceres, a cuyos ritos quería asistir. Inmediatamente después de la celebración de los misterios se retiró, a su vez, a Asia, después de mandar a casa a Acesímbroto y los 3 rodios. Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo durante aquel verano por tierra y mar contra Filipo y sus aliados por parte del cónsul y el legado romanos, con la colaboración del rey Átalo y de los rodios.

4 El otro cónsul, Gayo Aurelio, que
Roma
y Occidente:
discutido triunfo
de Lucio Furio
Purpurión.
Juegos
y nombramientos
 llegó a su provincia cuando la guerra había finalizado, no ocultó su resentimiento contra el pretor por haber combatido durante su ausencia. Lo envió, pues, a Etruria, y él entró al frente de sus legiones en territorio enemigo llevando a cabo una campaña a base de saqueos que le reportó mayor 6
 6 tén que gloria. Lucio Furio, dado que no tenía nada que hacer en Etruria, y como, al mismo tiempo, pretendía el triunfo sobre los galos y pensaba que podría conseguirlo

¹²⁶ Puede referirse, de forma genérica, a las costas de la parte sur de Eubea.

más fácilmente si el irritado y envidioso cónsul estaba ausente, se presentó en Roma de improviso; reunió al senado 7 en el templo de Belona, hizo una exposición de sus acciones y solicitó autorización para entrar en triunfo en Roma.

Tenía el apoyo de una gran parte del senado, debido 48 a la magnitud de sus hazañas y a su ascendiente personal. Pero los senadores de más edad le negaban el triunfo 2 porque no había operado con un ejército propio y porque había abandonado la provincia en sus ansias de arrancar el triunfo aprovechándose de una oportunidad, comportamiento del que no había precedente alguno. Sobre todo 3 los excónsules consideraban que debía haber esperado al cónsul; podía, en efecto, haber mantenido la situación 4 hasta que éste llegara, emplazando el campamento cerca de la ciudad ¹²⁷ para proteger la colonia sin necesidad de librar batalla; y lo que el pretor no había hecho, esperar al cónsul, debía hacerlo el senado. Una vez que hubieran 5 oído al cónsul y al pretor discutir en su presencia, podrían valorar la cuestión con más exactitud. Una gran parte de 6 los senadores opinaba que el senado debía fijarse exclusivamente en las empresas llevadas a cabo y en si habían sido realizadas por quien tenía mando y actuaba bajo sus propios auspicios; de las dos colonias puestas como barrera 7 para hacer frente a los ataques de los galos, una había sido saqueada e incendiada, y cuando el incendio iba a propagarse a la otra, tan cercana como si fuesen dos casas contiguas, ¿qué tenía que haber hecho, pues, el pretor? Ahora bien, si no procedía hacer cosa alguna sin el cónsul, 8 una de dos: o había hecho mal el senado al asignar un ejército al pretor —podía, en efecto, haber especificado en su senadoconsulto que dirigiese las operaciones el cón-

¹²⁷ Cremona.

sul y no el pretor, si su voluntad era que no se llevase a cabo la acción con el ejército del pretor sino con el del
9 cónsul—, o había obrado mal el cónsul, que después de haber ordenado que el ejército de Etruria pasase a la Galla, no había acudido personalmente a Arimino para inter-
10 venir en una guerra que no era legal hacer sin él. Las circunstancias de la guerra no admiten retrasos y aplazamientos de parte de los generales, y a veces es preciso combatir no porque se quiere sino porque el enemigo obliga
11 a ello. Había que fijarse en la batalla en sí y en los resultados de la batalla: el enemigo había sido abatido y destrozado, su campamento había sido tomado y saqueado, una colonia había sido liberada del asedio, los prisioneros de la otra colonia habían sido recuperados y devueltos a los suyos, se había puesto fin a la guerra en un solo com-
12 bate. No sólo se habían alegrado los hombres con aquella victoria, sino que también a los dioses inmortales se les había ofrecido un triduo de acción de gracias porque el pretor Lucio Furio había servido bien y con éxito al interés común, y no porque lo hubiera hecho mal y de cualquier manera. Una especie de fatalidad, por otra parte, había asignado a la familia Furia las guerras contra los galos ¹²⁸.

49 Con discursos de este estilo, del propio Furio y de sus amigos, la influencia del pretor presente prevaleció sobre el prestigio del cónsul ausente, y el senado en masa
2 decretó el triunfo de Lucio Furio. El pretor Lucio Furio triunfó sobre los galos durante su magistratura, y aportó al tesoro público trescientos veinte mil ases de bronce y

¹²⁸ Referencia a Lucio Furio Camilo y la derrota de los galos en 390 (V 49), a su hijo Lucio y la derrota de los galos en 349 (VII 25-26), y a la intervención de Publio Furio Filón, el cónsul de 223 en la guerra con los galos.

ciento setenta y una mil monedas ¹²⁹ de plata. Pero no 3
llevó ningún prisionero delante de su carro, ni lo precedie-
ron los despojos, ni desfilaron tras él los soldados: estaba
claro que todo le correspondía al cónsul, excepto la victoria.

Seguidamente se celebraron con gran pompa los juegos 4
que Publio Cornelio Escipión había prometido con voto,
siendo cónsul, en África. En cuanto a la asignación de 5
tierras a sus soldados, se aprobó que cada uno de los que
habían militado en Hispania o en África recibiese dos yu-
gadas de tierra por año de servicio; unos decénviro se en-
cargarían de la asignación de dicha tierra. Asimismo se 6
nombraron triúnviro para completar el número de colo-
nos de Venusia ¹³⁰, porque durante la guerra de Aníbal
se habían visto mermados los efectivos de esta colonia; fue-
ron Gayo Terencio Varrón, Tito Quincio Flaminio, y Pu-
blio Cornelio Escipión, hijo de Gneo, quienes enrolaron
colonos para Venusia.

Aquel mismo año, Gayo Cornelio Cetego ¹³¹, que tenía 7
el mando en Hispania como procónsul, desbarató en terri-
torio sedetano ¹³² un gran ejército enemigo. Se dice que
resultaron muertos en aquella batalla quince mil hispanos
y se capturaron setenta y ocho enseñas militares.

El cónsul Gayo Aurelio, que había vuelto de su pro- 8
vincia a Roma para los comicios, no se quejó, como se
esperaba, de que el senado no le hubiera esperado y no 9
le hubiera dado al cónsul la posibilidad de discutir con

¹²⁹ Mantenemos el texto sin *bigati* del suplemento de McDonald.

¹³⁰ Venusia (Venosa) era una colonia latina fundada en 291 en la con-
fluencia del Samnio, Lucania y Apulia, que se había mantenido leal en
la guerra contra Aníbal.

¹³¹ Sería cónsul en 197.

¹³² Ver XXVIII 24, 4.

el pretor, sino de que el senado hubiera decretado un triunfo oyendo sólo las declaraciones de quien pretendía triunfar y no las de quienes habían intervenido en la acción bélica: según la norma establecida por los antepasados, debían estar presentes en el triunfo los legados, los tribunos, los centuriones, y hasta los soldados, para que el pueblo romano viera a los testigos presenciales de las hazañas de aquel a quien se tributara tan alto honor. Y bien, de aquel ejército que había combatido contra los galos, ¿había estado presente alguien, un vivandero al menos, si es que no un soldado, a quien pudiese preguntar el senado qué había de verdad y qué de falso en lo que declaraba el pretor? A continuación fijó la fecha de los comicios, en los que fueron elegidos cónsules ¹³³ Lucio Cornelio Léntulo y Publio Vilio Tápulo. Después fueron elegidos pretores Lucio Quincio Flaminio, Lucio Valerio Flaco, Lucio Vilio Tápulo ¹³⁴ y Gneo Bebio Tánfilo ¹³⁵.

También durante aquel año bajó mucho el precio de los alimentos. Los ediles curules Marco Claudio Marcelo ¹³⁶ y Sexto Elio Peto ¹³⁷ distribuyeron entre la población, al precio de dos ases el modio, una gran cantidad de trigo llegado de África. Además celebraron con gran fastuosidad los Juegos Romanos, reiniciándolos un día más; con lo recaudado por multas erigieron cinco estatuas de bronce en el erario. Los Juegos Plebeyos fueron reinicia-

¹³³ Para el año 199.

¹³⁴ Edil plebeyo en 213.

¹³⁵ Sería cónsul en 182. Sobre la posición política de los Bebios puede verse J. BRISCOE, *A Commentary...*, pág. 70 s.

¹³⁶ Pretor en 198, cónsul en 196, censor en 189, pontífice desde 196 hasta 177.

¹³⁷ Cónsul en 198, censor en 194.

dos íntegramente por tres veces por los ediles Lucio Terencio Masiliota ¹³⁸ y Gneo Bebio Tánfilo, que era pretor designado. También se celebraron aquel año durante cuatro días unos juegos fúnebres en el Foro con motivo de la muerte de Marco Valerio Levino, ofrecidos por sus hijos Publio y Marco, que dieron también un espectáculo de gladiadores en el cual se enfrentaron veinticinco parejas. Falleció el decénviro de los sacrificios Marco Aurelio Cota, siendo reemplazado por Manio Acilio Glabión ¹³⁹.

Entre los ediles curules elegidos en los comicios coincidió que había dos que no podían ocupar el cargo de inmediato. En efecto, Gayo Cornelio Cetego estaba ausente, gobernando la provincia de Hispania, cuando fue elegido, y Gayo Valerio Flaco ¹⁴⁰, que sí estaba presente en el momento de su elección, no podía jurar fidelidad a las leyes porque era flamen de Júpiter, y un magistrado que no hubiese prestado juramento no podía ejercer durante más de cinco días. Flaco pidió quedar dispensado de este vínculo, y el senado decretó que si el edil presentaba a alguien que a juicio de los cónsules pudiese prestar juramento por él, los cónsules, si lo estimaban oportuno, se pondrían de acuerdo con los tribunos de la plebe para consultar al pueblo. Lucio Valerio Flaco, el pretor designado, fue presentado para prestar juramento en nombre de su hermano. Los tribunos hicieron la consulta a la plebe y ésta decidió que sería como si el propio edil prestase el juramento. También el otro edil fue objeto de un plebiscito. Los tribunos preguntaron a la plebe qué dos personas designaba para ir a Hispania con mando supremo sobre

¹³⁸ Pretor en 187, tribuno militar en Hispania de 182 a 180.

¹³⁹ Pretor en 196 y cónsul en 191.

¹⁴⁰ Pretor en 183.

los ejércitos, a fin de que el edil curul Gayo Cornelio viniese a desempeñar su magistratura y Lucio Manlio Acidino ¹⁴¹ dejase la provincia después de tantos años; la plebe decidió que Gneo Cornelio Léntulo ¹⁴² y Lucio Estertinio asumiesen el mando supremo en Hispania en calidad de procónsules.

¹⁴¹ Pretor en 210.

¹⁴² Debe de tratarse de Gneo Cornelio Blasió, que recibió la ovación en 196 según los Fastos; fue pretor en 194 y tuvo mando en Hispania hasta 197.

LIBRO XXXII

SINOPSIS

AÑO 199 a. C.

Asignación de mandos. Prodigios. Medidas referentes a Cartago, Cádiz y Narnia (1-2).

Oriente: motín en el ejército de Macedonia. Filippo asedia Taumacos y prepara la guerra (3-5).

AÑO 198 a. C.

Movimientos de Vilio. Roma: elecciones, mandos, prodigios (6 - 9, 5).

El cónsul Tito Quincio Flaminio en Macedonia. Estrategia y victoria romana (9, 6 - 12).

Operaciones en Tesalia (13-15).

Operaciones navales (16-18).

Congreso de la Liga Aquea (19-22).

Intento sobre Corinto. Elacia en poder del cónsul, Argos en el de Filippo (23-25).

AÑO 197 a. C.

Roma: conato de revuelta de los esclavos. Elecciones. Mandos. Colonias (26 - 29, 4).

Campaña en la Galia Cisalpina (29, 5 - 31).

Oriente: negociaciones de paz con Filippo (32-34).

Segundo encuentro. Embajada al senado romano (35-37).

Nabis toma Argos y busca la alianza con Roma (38-40).

- 1 Los cónsules y los pretores entraron
Asignación de en funciones el quince de marzo ¹⁴³ y sor-
mandos. tearon las provincias. A Lucio Léntulo
2 *Prodigios.* le tocó Italia; a Publio Vilio, Macedonia.
Medidas referentes En cuanto a los pretores, correspondió
a Cartago, la jurisdicción urbana a Lucio Quincio,
Cádiz y Narnia Arimino a Gneo Bebio, Sicilia a Lucio Valerio, y Cerdeña
3 a Lucio Vilio. El cónsul Léntulo recibió instrucciones de
alistar nuevas legiones, y Vilio, de hacerse cargo del ejérci-
to de Publio Sulpicio, siendo autorizado a reclutar cuantos
4 soldados considerase necesario para completarlo. Al pretor
Bebio le fueron asignadas las legiones que había mandado
el cónsul Gayo Aurelio, debiendo mantenerlas a su cargo
hasta que lo relevase el cónsul con el nuevo ejército.
5 Cuando éste llegase a la Galia, todos los soldados licencia-
dos serían enviados a sus casas salvo cinco mil aliados:
éstos eran suficientes para defender la provincia en torno
6 a Arimino. Se les prorrogó el mando a los pretores del
año anterior; a Gayo Sergio, con el objeto de que se encar-
gase de la asignación de tierras a los soldados que habían
servido durante muchos años en Hispania, Sicilia y Cerdeña,
7 y a Quinto Minucio para que llevase hasta el final, en el
Brucio, las investigaciones que como pretor había realiza-
do con honestidad y celo referentes a las conjuras ¹⁴⁴,
8 y enviase a Locros para su castigo a los convictos de sacri-
legio que había mandado a Roma encadenados; también
se ocuparía de que todo lo que había sido robado del tem-
9 plo de Prosérpina fuera restituido con las debidas expia-
ciones. Por decreto de los pontífices se reiniciaron las Fe-

¹⁴³ Del año 199.

¹⁴⁴ Véase XXXI 12.

rias Latinas ¹⁴⁵ porque los delegados de Árdea habían presentado una protesta ante el senado por no habérseles entregado, siendo latinos, la acostumbrada porción de carne en el monte Albano.

De Suesa llegaron noticias de que un rayo había alcan- 10
zado dos puertas y el tramo de muralla que las unía. Lo mismo había ocurrido con los templos de Júpiter de Formia y de Ostia, según unos emisarios de una y otra, y con los templos de Apolo y Sanco, según unos enviados de Vélitras, donde además había nacido un cabello en el templo de Hércules. Desde el Brucio había escrito el pro- 11
pretor Quinto Minucio diciendo que había nacido un potro con cinco patas, y tres polluelos con tres patas cada uno. Desde Macedonia había llegado una carta del pro- 12
cónsul Publio Sulpicio en la que se hablaba, entre otras cosas, de un retoño de laurel que había brotado en la popa de un navío de guerra. Con motivo de los primeros pro- 13
digios, el senado había decidido que los cónsules ofreciesen sacrificios con víctimas adultas a los dioses que considerasen oportuno; sólo por el último portentoso fueron 14
llamados al senado los arúspices y a tenor de su dictamen se decretó un día de rogativa popular y se celebraron sacrificios en todos los altares.

Aquel año los cartagineses llevaron por primera vez a 2
Roma la plata correspondiente al tributo que se les había impuesto ¹⁴⁶. Como los cuestores declararon que la plata 2
no era de ley, pues al someterla al fuego se había perdido la cuarta parte, pidieron en Roma dinero prestado y suplieron lo que faltaba de plata. Pidieron luego que se 3

¹⁴⁵ No tenían fecha fija. La señalaban los cónsules, habitualmente en primavera.

¹⁴⁶ Ver XXX 37, 5.

les devolvieran los rehenes si el senado lo estimaba ya oportuno y les fue devuelto un centenar prometiéndoles la devolución del resto si se mantenían fieles. Ante su nueva petición de que los rehenes que no eran devueltos fuesen trasladados a otra localidad desde Norba, donde no se encontraban muy bien, se autorizó el traslado a Signia y a Ferentino ¹⁴⁷. Igualmente, se accedió a la petición de los gaditanos de que no se enviase prefecto a Gades, contrariamente al acuerdo a que habían llegado con Lucio Marcio Séptimo ¹⁴⁸ cuando se habían puesto bajo la tutela del pueblo romano ¹⁴⁹. También, ante las quejas de una delegación de los narnienses ¹⁵⁰ en el sentido de que era insuficiente el número de colonos, mientras que algunos que no eran de los suyos se habían infiltrado entre los demás y se hacían pasar por colonos, se dieron instrucciones al cónsul Lucio Cornelio para que nombrase triúmviros. Fueron nombrados Publio y Sexto Elio —el sobrenombre de ambos era Peto— y Gneo Cornelio Léntulo. Lo que se les había concedido a los narnienses, un incremento del número de colonos, no lo consiguieron los cosanos ¹⁵¹, que también lo solicitaron.

¹⁴⁷ La Ferentino hérnica, a unos 20 Km. al este de Signia; no la etrusca.

¹⁴⁸ A la muerte de los Escipiones tomó el mando de Hispania (cf. XXV 37).

¹⁴⁹ Dato referido en XXVIII 37, 10; sobre las distintas interpretaciones de este pasaje cf. J. BRISCOE, *A Commentary...*, pág. 170 s.

¹⁵⁰ De Narnia (Narni), colonia fundada en Umbría en 299.

¹⁵¹ De Cosa, colonia latina fundada en 273, en la costa de Etruria.

*Oriente:
motín en el
ejército
de Macedonia.
Filipo
asedia Taumacos
y prepara
la guerra*

Una vez cumplimentado todo lo que 3
había que hacer en Roma, los cónsules
partieron para sus provincias. Cuando 2
Publio Vilio llegó a Macedonia lo espe-
raba una terrible sedición militar que se
había suscitado hacía ya tiempo y no ha-
bía sido debidamente sofocada en sus ini-
cios. Estaban implicados en ella dos mil 3
soldados que tras la derrota de Aníbal habían sido trasla-
dados de África a Sicilia y de aquí a Macedonia como vo-
luntarios aproximadamente un año después. Decían que 4
no se había contado con ellos para hacerlo, que los tribu-
nos los habían obligado a embarcar en contra de su volun-
tad, pero que en todo caso, fuese forzoso o voluntario el
servicio, el tiempo de servicio se había agotado y era justo
que se pusiera término al mismo. En muchos años no 5
habían visto Italia; se habían hecho viejos sirviendo a las
armas en Sicilia, en África, en Macedonia; estaban ya ago-
tados por los trabajos y fatigas, desangrados por tantas
heridas recibidas. El cónsul dijo que le parecían admisibles 6
las razones por las que pedían el licenciamiento siempre
y cuando se presentara la petición de forma moderada;
no era aquél, ni ningún otro, un motivo justificado para
un amotinamiento. Por consiguiente, si estaban dispuestos 7
a seguir prestando el servicio y obedecer las órdenes, él
escribiría al senado para proponer su licenciamiento; con
la disciplina conseguirían su propósito más fácilmente que
con el empecinamiento.

Mientras tanto, Filipo atacaba Taumacos ¹⁵² con el 4
mayor empeño a base de terraplenes y manteletes, y se dis-
ponía ya a aplicar el ariete a las murallas. Pero se vio for- 2

¹⁵² Moderna Domoko.

zado a desistir de su intento debido a la inesperada llegada de los etolios. Capitaneados por Arquidamo ¹⁵³, habían penetrado por entre los puestos de guardia macedonios, entrando en la plaza, y día y noche sin interrupción hacían salidas, unas veces contra los puestos de guardia y otras
 3 contra los trabajos de asedio de los macedonios. Se veían, además, favorecidos por la configuración del terreno. Taumacos, en efecto, está situada en un alto, según se viene de las Termópilas y del golfo Malíaco atravesando Lamia ¹⁵⁴, dominando la garganta de acceso a la Tesalia que
 4 llaman Cele. Cuando se cruzan los parajes boscosos y los caminos tortuosos de los valles y se llega a esta ciudad, se abre de pronto toda la llanura como un ancho mar, de forma que no resulta fácil abarcar con la vista la cam-
 5 piña que se extiende allá abajo. De esta maravilla ¹⁵⁵ proviene el nombre de Taumacos. La ciudad debe su seguridad no sólo a la altura sino a que la roca sobre la cual
 6 se asienta está cortada a pico en todo su contorno. Estas dificultades y el hecho de que la recompensa no justificaba tan grandes esfuerzos y peligros, hicieron que Filipo desis-
 7 tiera de su empeño. Además, se echaba ya encima el invierno cuando se alejó de allí y llevó sus tropas de vuelta a Macedonia, a los cuarteles de invierno.

5 Allí, los demás disfrutaban de un período de descanso más o menos duradero relajándose mental y físicamente;
 2 A Filipo, en cambio, cuanto más liberaba su ánimo de la tensión ininterrumpida de las marchas y los combates, mayores eran las preocupaciones que lo inquietaban, pendiente del resultado de la guerra en su conjunto; temía no sólo

¹⁵³ *Strategós* etolio por tres veces.

¹⁵⁴ Próxima al golfo Malíaco por su orilla norte.

¹⁵⁵ En griego *thaúma*.

la presión de los enemigos por tierra y mar sino la actitud 3 tanto de sus aliados como de sus propios compatriotas, no fuesen aquéllos a abandonarlo ante las perspectivas de amistad con los romanos, y éstos, los macedonios, a ser presa de un afán revolucionario. Envió, pues, emisarios 4 a Acaya a exigir el juramento de fidelidad a Filipo que se habían comprometido a renovar todos los años, y al mismo tiempo a devolverles a los aqueos Orcómeno ¹⁵⁶ y Herea así como Trifilia, que les había sido arrebatada a los eleos, y devolverles Alifera a los megalopolitas ¹⁵⁷. Estos últimos pretendían que esta ciudad nunca había per- 5 tenecido a Trifilia y que debía serles devuelta a ellos porque era una de las ciudades que por decisión de la asamblea de los árcades había contribuido a la fundación de Megalópolis. Con estas medidas afianzaba además, segura- 6 mente, la alianza con los aqueos. En cuanto a la actitud 7 de los macedonios, como veía que la razón principal de su impopularidad era su amistad con Heraclides, cargó sobre éste multitud de acusaciones y lo metió en la cárcel, con enorme satisfacción por parte de sus compatriotas. Hizo los preparativos para la guerra con gran dedicación, 8 mayor que en ninguna otra ocasión anterior, ejercitando en las armas tanto a los macedonios como a las tropas mercenarias, y a comienzos de la primavera ¹⁵⁸ puso todas 9 las tropas auxiliares extranjeras y todo el contingente de

¹⁵⁶ Orcómeno, primero aquea y después etolia, había sido tomada por Dosón en 224. Herea, en la Arcadia occidental. Trifilia denomina la zona del oeste del Peloponeso entre el Alfeo y el Neda. Al igual que Alifera, que estaba al sur de Herea, había sido tomada por Filipo a los eleos en 219.

¹⁵⁷ De Megalópolis, que había sido fundada en 370 c. y había entrado en la Liga Aquea en 225.

¹⁵⁸ Del año 198.

infantería ligera a las órdenes de Atenágoras y las mandó a Caonia ¹⁵⁹ a través del Epiro para ocupar los pasos de acceso a Antigonea ¹⁶⁰ —Estena, los llaman los griegos—. Él los siguió pocos días después con las tropas pesadas y, tras estudiar la configuración de toda la comarca, llegó al convencimiento de que la posición más apropiada para fortificarse era más allá del río Áoo. Fluye éste por un angosto valle entre dos montañas que los habitantes del lugar llaman Meropo a una y Asnao a la otra, y tiene un estrecho paso a lo largo de la orilla. Ordenó a Atenágoras ocupar y fortificar el Asnao con las tropas ligeras, y él emplazó su campamento en el Meropo. Donde había rocas cortadas a pico apostó un destacamento armado poco numeroso; fortificó los puntos menos protegidos, con fosos en unos casos, con una empalizada en otros, y en otros con torres. Emplazó además gran cantidad de máquinas de lanzamiento en lugares apropiados, para mantener alejado al enemigo con sus proyectiles. La tienda del rey fue colocada delante de la empalizada, en la elevación de terreno más visible, para infundir pánico a los enemigos y aliento a los suyos con tal muestra de confianza.

6 Por su parte el cónsul, informado por el epirota Caropo acerca de los pasos que había ocupado el rey con su ejército, después de pasar el invierno en Corcira se trasladó al continente a principios de la primavera y marchó en dirección al enemigo. Cuando estaba a unas cinco millas de distancia del campamento del rey, dejó las legiones en una posición for-

*Movimientos
de Vilio.
Roma:
elecciones
mandos,
prodigios*

¹⁵⁹ Nombre de la región nororiental del Epiro desde los montes Acroceraunos al lago Butrinto.

¹⁶⁰ Aunque es habitual identificarla con la moderna Tepelene, podría haber estado unos 25 Km. más al sur, cerca de Saraginishtë.

tificada y él se adelantó con tropas ligeras para hacer un reconocimiento del terreno. Al día siguiente reunió el consejo de guerra para decidir si intentaba el paso a través 3 del desfiladero ocupado por el enemigo, a pesar de los enormes trabajos y peligros que eran de prever, o si daba un rodeo y llevaba las tropas por el mismo camino por donde Sulpicio había penetrado en Macedonia el año anterior. La discusión de esta disyuntiva se prolongó durante mu- 4 chos días, y entretanto llegó la noticia de que Tito Quincio había sido elegido cónsul, de que le había tocado en suerte la provincia de Macedonia y que había llegado ya a Corcira tras una rápida travesía.

Valerio Anciate relata que Vilio, como no pudo mar- 5 char en línea recta al estar toda la zona ocupada por el rey, siguió el valle por cuyo centro discurre el río Áoo, tendió un puente a toda prisa, cruzó a la orilla donde 6 estaba el campamento del rey y libró batalla; el rey fue derrotado y puesto en fuga, perdiendo el campamento; fueron muertos en aquella batalla doce mil enemigos, 7 cayeron prisioneros dos mil doscientos, y se capturaron ciento treinta y dos enseñas militares y doscientos caballos; también durante la batalla se prometió con voto un templo a Júpiter si el resultado era favorable. Los demás his- 8 toriadores griegos y latinos, al menos aquellos cuyos anales yo he leído, refieren que Vilio no hizo nada digno de mención y le dejó íntegra la guerra a Tito Quincio, el cónsul que lo sucedió.

Mientras en Macedonia se desarrollaban estos aconte- 7 mientos, el otro cónsul, Lucio Léntulo, que había quedado en Roma, convocó los comicios para la elección de censores. De los muchos varones ilustres que presentaron su 2 candidatura fueron elegidos Publio Cornelio Escipión Africano y Publio Elio Peto. Éstos, muy bien avenidos entre 3

sí, completaron una nómina de senadores libres todos ellos de nota censoria; adjudicaron en arriendo los impuestos sobre tráfico de mercancías en Capua y Putéolos ¹⁶¹, así como los derechos de portazgo de Castro ¹⁶², lugar donde hoy hay una ciudad, y adonde enviaron trescientos colonos —pues ésta era la cifra límite fijada por el senado—; y pusieron en venta el terreno público de Capua al pie del Tifata.

- 4 Por la misma época Lucio Manlio Acidino, de regreso de Hispania, entró en Roma como simple ciudadano: el tribuno de la plebe Publio Porcio Leca ¹⁶³ se opuso a que entrase con los honores de la ovación, a pesar de habérselo concedido el senado. Aportó al tesoro público seis mil libras de plata y unas treinta libras de oro.
- 5 Aquel mismo año Gneo Bebio Tánfilo, que había recibido la provincia de la Galia del cónsul del año anterior Gayo Aurelio, se internó temerariamente en territorio de los galos insubres y quedó rodeado con casi todo su ejército.
- 6 Perdió más de seis mil setecientos hombres: tan importante fue el descalabro sufrido, en una guerra que ya
- 7 había dejado de suscitar temores. Este hecho hizo que saliera de Roma el cónsul Lucio Léntulo; cuando llegó a la provincia, en la que reinaba la confusión, asumió el mando del desmoralizado ejército, increpó con dureza al pretor y le ordenó abandonar la provincia y dirigirse a Roma.
- 8 Tampoco el cónsul llevó a cabo ninguna acción reseñable, al ser llamado a Roma con motivo de los comicios; los

¹⁶¹ Putéolos (Pozzuoli), al norte de Nápoles, formaba parte del *ager publicus* de Roma.

¹⁶² Sobre las dificultades que plantea este texto puede verse J. BRISCOE, *A Commentary...*, pág. 177 ss.

¹⁶³ El pretor de 195 que dio nombre a la *Lex Porcia de prouocatione*.

tribunos de la plebe Marco Fulvio ¹⁶⁴ y Manio Curio ponían trabas a los mismos, porque no consentían que Tito Quincio Flaminino presentara su candidatura al consulado inmediatamente después de ser cuestor. Ahora, decían, se menospreciaba la edilidad y la pretura, y los hombres de relieve no aspiraban ya al consulado demostrando su capacidad en cargos cada vez más altos sino que querían pasar directamente de los inferiores a los superiores saltándose los intermedios. El problema pasó del Campo de Marte al senado. Los senadores dictaminaron que era justo que el pueblo tuviera la facultad de elegir a quien quisiera siempre que el candidato pretendiese un cargo que la ley le permitiera asumir. Los tribunos acataron la decisión del senado. Fueron elegidos cónsules ¹⁶⁵ Sexto Elio Peto y Tito Quincio Flaminino. Se celebraron a continuación las elecciones de pretores. Resultaron elegidos Lucio Cornelio Mécula ¹⁶⁶, Marco Claudio Marcelo, Marco Porcio Catón ¹⁶⁷, y Gayo Helvio, que habían sido ediles plebeyos. Éstos celebraron los Juegos Plebeyos, y con motivo de los juegos se celebró un banquete en honor de Júpiter. También ofrecieron unos Juegos Romanos muy suntuosos los ediles curules Gayo Valerio Flaco, flamen de Júpiter, y Gayo Cornelio Cetego. Fallecieron aquel año los pontífices Servio y Gayo Sulpicio Galba, y fueron reemplazados por Marco Emilio Lépido y Gneo Cornelio Escipión ¹⁶⁸.

Después de tomar posesión de su cargo los cónsules Sexto Elio Peto y Tito Quincio Flaminino convocaron al

¹⁶⁴ Podría ser Flaco, el comisionado de 201 (XXXI 4, 3), o Nobilior, el cónsul de 189.

¹⁶⁵ Para el año 198.

¹⁶⁶ Cónsul en 193.

¹⁶⁷ Catón el Censor. Cuestor en 204, cónsul en 195, censor en 184.

¹⁶⁸ Probablemente el cónsul de 176, hermano de Escipión Nasica.

senado en el Capitolio. Éste decidió que los cónsules se repartieran de mutuo acuerdo o por sorteo las provincias
2 de Macedonia e Italia; aquel a quien correspondiera Macedonia reclutaría, como complemento de las legiones, tres mil romanos de infantería y trescientos de caballería, así como cinco mil aliados latinos de infantería y quinientos de caballería. Para el otro cónsul se decretó un ejército
3 nuevo por completo. Al cónsul del año anterior Lucio Léntulo se le prorrogó el mando por un año, con orden de no abandonar la provincia ni sacar de ella el antiguo ejército hasta que llegase el cónsul con las nuevas legiones.
4 Los cónsules sortearon las provincias; a Elio le tocó Italia,
5 y a Quincio, Macedonia. En cuanto a los pretores, a Lucio Cornelio Mérula le correspondió la pretura urbana; a Marco Claudio, Sicilia; Cerdeña a Marco Porcio, y la Galia a Gayo Helvio. A continuación comenzó el recluta-
6 miento, pues aparte de los ejércitos consulares se había dispuesto que también se alistaran tropas para los pretores:
7 para Marcelo, cuatro mil aliados y latinos de infantería y trescientos de caballería, para Sicilia. Para Catón, dos mil hombres de infantería y doscientos de caballería, del
8 mismo origen, para Cerdeña. Ambos pretores, al llegar a sus provincias, licenciarían a la infantería y caballería veteranas.

9 Después, los cónsules presentaron ante el senado a los embajadores del rey Átalo. Expusieron éstos que el rey estaba colaborando con la causa romana con su flota y todas sus tropas por tierra y mar, y hasta aquella fecha había cumplido pronta y dócilmente todas las órdenes de los
10 cónsules romanos y añadieron que se temía que el rey Antíoco no le permitiera seguir haciéndolo; Antíoco, en efecto, había invadido el reino de Átalo, desprovisto de

defensas tanto por mar como por tierra. Átalo, por con- 11
siguiente, rogaba a los senadores que le enviaran refuerzos
para defender su reino, si querían contar con su flota y
su colaboración para la guerra de Macedonia, y si no que-
rían hacerlo, que le permitieran a él volver para defender
sus dominios con su flota y el resto de sus tropas. La 12
respuesta que se dio a los embajadores por orden del
senado fue la siguiente: el senado agradecía que el rey Áta-
lo hubiera ayudado a los generales romanos con su flota
y demás fuerzas; no se enviarían refuerzos a Átalo en 13
contra de Antíoco, aliado y amigo del pueblo romano, pe-
ro tampoco se retendría a las tropas auxiliares de Átalo
más allá de lo conveniente para el rey; el pueblo romano 14
siempre había utilizado lo que pertenecía a otros de acuer-
do con el criterio de esos otros; tanto el principio como
el fin de la colaboración estaba en manos de aquellos que
querían que los romanos contaran con ella; se enviarían 15
embajadores a Antíoco para significarle que el pueblo ro-
mano se estaba valiendo de la colaboración de Átalo, de
sus navíos y sus soldados, en contra de Filipo, su enemigo
común, y que el senado vería con buenos ojos que él res- 16
petara el reino de Átalo y cesara en sus hostilidades, pues
era razonable que unos reyes aliados y amigos del pueblo
romano mantuvieran la paz también entre ellos.

El cónsul Tito Quincio, que había realizado el reclu- 9
tamiento escogiendo preferentemente a los soldados que
se habían distinguido por su valor militando en Hispania
y en África, tenía prisa por dirigirse a su provincia, pero
lo retuvo en Roma la expiación de extraños fenómenos de
los que habían llegado noticias. Habían caído rayos en 2
Veyos en la vía pública, en Lanuvio en el foro y en el
templo de Júpiter, en Árdea en el templo de Hércules, y

en Capua en la muralla, las torres, y el templo llamado
 3 Albo. En Arrecio se había visto arder el cielo; en Vélitras
 se había abierto en la tierra una enorme sima de tres yuga-
 das de extensión; según noticias, en Suesa Aurunca había
 nacido un cordero con dos cabezas y en Sinuesa un cerdo
 4 con cabeza humana. Con motivo de estos portentos se
 celebró un día de rogativas y los cónsules se entregaron
 a las prácticas religiosas, partiendo para sus provincias una
 5 vez aplacados los dioses. Elio marchó a la Galia con el
 pretor Helvio; el ejército que Lucio Léntulo le entregó y
 que debía licenciar se lo confió al pretor, para hacer la
 guerra con las legiones nuevas que había llevado consigo.
 Pero no hizo nada digno de mención.

6 El otro cónsul, Tito Quincio, zarpó
El cónsul de Brundisio con mayor rapidez de lo
Tito Quincio acostumbrado por los cónsules anteriores,
Flaminino y puso rumbo a Corcira con ocho mil sol-
en Macedonia. dados de a pie y quinientos de a caballo.
Estratagema
y victoria romana

7 Desde Corcira cruzó en una quinque-
 rreme al punto del Epiro más cercano y se dirigió al cam-
 8 pamento romano a marchas forzadas. Despidió a Vilio
 y se detuvo allí unos cuantos días dando tiempo a que las
 tropas le siguieran desde Corcira y reunió al consejo para
 decidir entre intentar un golpe de fuerza marchando en
 9 línea recta a través del campamento enemigo, o no inten-
 tar siquiera una acción tan dificultosa y arriesgada y entrar
 en Macedonia dando un rodeo sin peligro a través de Da-
 10 sarecia y Linco. Se hubiera dado preferencia a esta opción
 de no ser por miedo a que, si se alejaba del mar, se le
 escapara de las manos el enemigo en el caso de que el rey
 quisiese ponerse a salvo en bosques y parajes solitarios co-
 mo había hecho anteriormente; con ello malgastaría el ve-

rano sin resultado alguno. Saliera lo que saliera, pues, 11 se decidió atacar al enemigo incluso desde una posición tan desventajosa como aquélla. Pero era más clara la decisión de hacerlo que la idea de cómo ponerlo en práctica.

Habían permanecido quietos durante cuarenta días a 10 la vista del enemigo sin intentar ningún movimiento. Esto dio a Filipo esperanzas respecto a una tentativa de paz a través de la mediación del pueblo epirota. Se celebró un 2 consejo, y el pretor Pausanias y el jefe de la caballería Alejandro, elegidos para llevar adelante dicho proyecto, reunieron al cónsul y al rey en una entrevista en un punto donde las orillas del río Áoo se estrechan al máximo. Las peticiones del cónsul se resumían en que el rey retirase 3 sus guarniciones de las ciudades; que devolviese a aquellos cuyos territorios y ciudades había saqueado los bienes que se encontrasen y se hiciese una valoración del resto con un arbitraje imparcial. Filipo respondió que eran diferen- 4 tes las circunstancias de cada ciudad, que estaba dispuesto a liberar las que él había tomado, pero no iba a renunciar a la posesión, legítima y hereditaria, de las que le habían legado sus antepasados; si las ciudades con las que había 5 guerreado se quejaban de algún daño sufrido en la guerra, se sometería al arbitraje de alguno de los pueblos, el que ellos quisieran, con los que unos y otros estaban en paz. El cónsul replicó que para eso ciertamente no había nin- 6 guna necesidad de árbitro ni juez, pues a cualquiera le resultaba evidente que la injusticia está del lado de quien inicia las hostilidades, y que Filipo había sido el primero en atacar en todos los casos sin que mediara provocación armada por parte de nadie. Cuando se pasó a discutir qué 7 ciudades debían ser liberadas, el cónsul citó en primer lugar a los tesalios. Ante esto el rey se encendió de indigna-

ción hasta el extremo de exclamar: «¿Qué condición más dura me impondrías, Tito Quincio, si fuese un vencido?»

8 Y con esto abandonó precipitadamente la entrevista, faltando poco para que se enzarzaran en un combate, con
9 armas de lanzamiento al estar el río de por medio. Al día siguiente, primero se produjeron numerosas escaramuzas, a base de salidas desde los puestos de guardia, en una
10 explanada cuyas dimensiones lo permitían. Luego, los soldados del rey se replegaron hacia parajes angostos y abruptos en los que también se internaron los romanos enardecidos por las ansias de combate. Éstos tenían a su favor
11 la disciplina militar y el tipo de armamento, apropiado para cubrir el cuerpo; los enemigos contaban con la ventaja de la posición y las catapultas y ballestas emplazadas casi
12 en cada roca como sobre una muralla. Hubo por ambas partes muchos heridos y también algunos muertos, como en un combate en regla, y la noche puso fin a la batalla.

11 Así estaba la situación cuando fue conducido ante el cónsul un pastor enviado por Caropo, un jefe de los epirotas. Dijo que él solía apacentar su rebaño en la cañada que entonces ocupaba el campamento del rey, y que conocía todos los recovecos y senderos de aquellas montañas;
2 si el cónsul quería enviar con él algunos hombres, los llevaría por una senda no demasiado empinada ni difícil
3 hasta una posición por encima del enemigo. El cónsul, cuando oyó esto, mandó a preguntar a Caropo si a su juicio se podía confiar plenamente en el campesino en un asunto de tanta importancia. La respuesta remitida por Caropo fue que confiase, pero de forma que el control de toda
4 la operación lo tuviera él y no el otro. El cónsul quería fiarse pero no se atrevía, entrecruzándose en su ánimo la euforia y la prevención; animado por la garantía de Caro-

po decidió probar la posibilidad que se le ofrecía. Para 6
evitar que el rey sospechara, durante los dos días siguientes no cesó de hostigar al enemigo disponiendo tropas por
todas partes y reemplazando a los que estaban agotados
con otros de refresco. Seguidamente, entregó a un tribuno 7
militar cuatro mil soldados escogidos de infantería y tres-
cientos de caballería. Le ordenó que llevara a los jinetes
hasta donde el terreno lo permitiera; que, una vez llegados
al terreno impracticable para la caballería, apostara a los
jinetes en algún espacio llano, y que los de a pie siguieran
el camino que el guía les indicara. Cuando, como éste 8
prometía, hubiesen llegado al punto que dominaba la posi-
ción del enemigo, que hiciese una señal de humo, pero que
no lanzase el grito de guerra hasta recibir de él la señal
y poder deducir que la batalla había comenzado. Le dio 9
orden de efectuar la marcha durante la noche —coincidía,
además, que era luna llena— y dedicar el día a comer y
descansar. Colmó al guía de promesas para el caso de que
se cumpliera su palabra, pero se lo entregó maniatado al
tribuno. Una vez despedido así el cuerpo expedicionario, 10
el romano acentuó la presión sobre ¹⁶⁹ los puestos enemi-
gos por todas partes.

Entre tanto, al cabo de tres días los romanos anun- 12
ciaron con señales de humo que habían alcanzado y ocu-
paban la altura a que se dirigían. Entonces el cónsul divi-
dió sus tropas en tres cuerpos y avanzó por el centro del
valle con lo mejor de sus hombres, dirigiendo las alas, por
derecha e izquierda, hacia el campamento; los enemigos
les salieron al paso con igual prontitud. Mientras com- 2
batían fuera de las fortificaciones impulsados por sus an-
sias de pelea, los soldados romanos eran bastante superio-

¹⁶⁹ Seguimos la propuesta *apud*, de Madvig.

res tanto por su valor como por su técnica y tipo de
3 armamento; pero cuando los hombres del rey, tras sufrir
muchas bajas entre heridos y muertos, se replegaron hacia
posiciones protegidas por las fortificaciones o la naturale-
za del terreno, el peligro se volvió contra los romanos que
habían avanzado temerariamente hasta posiciones desfavo-
rables y lugares angostos de los que no era fácil volver
4 atrás. No se habrían retirado sin pagar cara su temeridad
si no fuera porque primero el grito de guerra que se oyó
a su espalda y después el ataque que se desencadenó enlo-
quecieron a los hombres del rey con un pánico repentino.
5 Parte de ellos huyeron en desbandada; otros permanecie-
ron en su puesto de combate, más por falta de una salida
por donde escapar que por presencia de ánimo, y fueron
envueltos por el enemigo que estrechaba el cerco por el
6 frente y por la espalda. Podría haber sido destruido todo
el ejército si los vencedores hubieran perseguido a los fugi-
7 tivos, pero la caballería se vio obstaculizada por la estre-
chez y la aspereza del terreno, y la infantería por el peso
8 de las armas. El rey en un principio se lanzó a una huida
desenfrenada sin mirar hacia atrás; después, tras recorrer
cinco millas, supuso que el enemigo no podría seguirlo de-
bido a las dificultades del terreno, como de hecho ocurría,
se detuvo en una de las colinas y envió a sus hombres por
todas las cimas y valles para reagrupar a los que andaban
9 dispersos. Las pérdidas no superaron los dos millares de
hombres; todos los demás, como obedeciendo alguna se-
ñal, se reagruparon en un solo cuerpo y se dirigieron a
10 Tesalia en columna compacta. Los romanos, mientras
pudieron hacerlo sin riesgo, los persiguieron dándoles muer-
te y despojando a los muertos; después saquearon el cam-
pamento del rey, de difícil acceso aun estando sin defenso-
res, y aquella noche la pasaron en su propio campamento.

*Operaciones
en Tesalia*

Al día siguiente el cónsul salió tras el 13
enemigo cruzando los encajonamientos a
través de los cuales serpentea el río por
el valle. El rey llegó en la primera jor- 2
nada hasta el Campamento de Pirro ¹⁷⁰.

El paraje así denominado está en Trifilia ¹⁷¹, en la región
de Molótide. En la jornada siguiente llegó hasta los mon-
tes Lincon ¹⁷², enorme caminata para un ejército en mar-
cha, pero el miedo acuciaba. Pertenecen al Epiro, y se 3
extienden entre Macedonia y Tesalia. La vertiente que da
a Tesalia mira al Este, y la cara norte queda frente a Ma-
cedonia. Están cubiertos de espesos bosques, pero en lo
alto de las cumbres hay llanos amplios y aguas perennes.
El rey mantuvo allí un campamento durante varios días 4
dudando si se retiraría directamente a su reino o si podría
reemprender el camino de Tesalia. Prevaleció la opción 5
de bajar con su ejército a Tesalia, y se dirigió a Trica ¹⁷³
por el camino más corto. Desde allí hizo un rápido recorri-
do por las ciudades que encontró en su camino. Sacaba 6
de sus casas a los hombres que podían seguirle, e incendia-
ba las poblaciones. Se les daba a sus dueños la posibilidad
de llevarse consigo todos los bienes que pudieran, y el res-
to quedaba para botín de los soldados: en nada hubieran 7
recibido los habitantes peor trato de unos enemigos que
el que les hacían sufrir sus aliados. Estas medidas le 8
resultaban también penosas al propio Filipo, que las apli-
caba, pero de una tierra que bien pronto iba a pertenecer

¹⁷⁰ Cerca de Konitsa, a unos 50 Km. de la salida de la garganta hacia el sureste.

¹⁷¹ La Trifilia del Epiro, homónima de la del Peloponeso.

¹⁷² Discutida su identificación.

¹⁷³ Situada a unas diez millas al norte de Gonfos.

al enemigo quería sacar al menos las personas de los aliados. Fueron así arrasadas las plazas de Facio, Piresias, Evidrio, Eretria y Palefársalo ¹⁷⁴. Al acercarse a Feras encontró resistencia, y como, si quería tomarla, la empresa requería tiempo y no lo tenía, renunció al intento y pasó a Macedonia, pues corrían rumores de que se estaban acercando también los etolios. Éstos, al tener noticia de la batalla librada a orillas del río Áoo, devastaron los alrededores de Esperquias y Macra —que ellos llaman Come—, y después pasaron a Tesalia y se apoderaron de Ctimene y Angeia ¹⁷⁵ al primer asalto. De Metrópoli ¹⁷⁶ fueron rechazados, pues mientras ellos devastaban los campos, los habitantes corrieron todos a una a defender las murallas. Atacaron luego Calitera, y sostuvieron con mayor tenacidad una salida similar de los habitantes de la plaza; rechazados murallas adentro los que habían efectuado la salida, ellos se retiraron dándose por contentos con este triunfo, porque no había absolutamente ninguna esperanza de tomarla al asalto. A continuación tomaron los poblados de Teuma y Celatara, y se hicieron con Acarras ¹⁷⁷ por rendición. El miedo a algo parecido hizo que Xinias fuera abandonada por sus habitantes. La columna de estos refugiados se topó con un destacamento de tropas que se dirigía a Taumacos para asegurar en mayor medida el apro-

¹⁷⁴ Pelefársalo podría ser la parte vieja de Fársalo, no una población diferente. Eretria, al este de Fársalo, a casi 30 Km. Feras, a unos 20 Km. al nordeste de Fársalo.

¹⁷⁵ Es discutida la localización de estas cuatro poblaciones.

¹⁷⁶ A unas diez millas al sureste de Gonfos, con Calitera un poco más al suroeste.

¹⁷⁷ Acarras podría identificarse con Ekkara. Xinias, en la orilla este del lago del mismo nombre. Es desconocida la posición de Teuma y Celatara.

visionamiento de trigo; la multitud desorganizada y desar-
mada, en la que se entremezclaba una masa de gente no
apta para las armas, fue masacrada por los hombres arma-
dos. Xinias, abandonada, fue saqueada. Los etolios, des- 15
pués, tomaron Cifera ¹⁷⁸, posición fortificada muy bien si-
tuada dominando Dolopia. Todas estas acciones las lleva-
ron a cabo los etolios con gran celeridad en cosa de pocos
días. Tampoco Aminandro y los atamanes permanecieron
inactivos tras la noticia de la victoria de los romanos.

Pero dado que Aminandro no confiaba demasiado en 14
sus tropas, pidió al cónsul un pequeño refuerzo y se dirigió
a Gonfos, tomando por la fuerza sobre la marcha una pla-
za llamada Feca, situada entre Gonfos y las gargantas que
separan Tesalia de Atamania. Después atacó Gonfos, cu- 2
yos defensores ofrecieron una tenaz resistencia durante va-
rios días; pero cuando ya se aplicaban escalas a los muros,
el miedo consiguiente los llevó a rendirse. Esta rendición 3
de Gonfos provocó un miedo cerval entre los tesalios y
unos tras otros se rindieron los habitantes de Argenta, Fe-
rinio, Timaro, Liginas, Estrimón y Lampso ¹⁷⁹, así como
otras plazas igualmente poco conocidas.

Mientras los atamanes y los etolios, perdido el miedo 4
a los macedonios, sacaban su propio botín de una victoria
ajena, y Tesalia sufría la devastación de tres ejércitos si-
multáneamente sin que pudiera saber con certeza a quién
considerar enemigo y a quien aliado, el cónsul cruzó a la 5
región del Epiro por el paso que habían abierto los enemi-
gos en su huida. Aunque sabía perfectamente a qué bando
habían apoyado los epirotas —excepción hecha del jefe

¹⁷⁸ Al oeste del lago Xinias, en Kaitsa.

¹⁷⁹ No hay referencias que permitan establecer el emplazamiento de estas poblaciones.

- 6 Caropo—, no obstante, viendo que en su afán por satisfacerlo ponían gran empeño en seguir sus órdenes, los juzgó más por su comportamiento presente que por el pasado, y precisamente con esa buena disposición para el perdón
- 7 se ganó sus voluntades para el futuro. Después mandó mensajeros a Corcira para que las naves de carga se dirigieran al golfo de Ambracia; él siguió adelante en etapas cortas y al cuarto día acampó en el monte Cercecio ¹⁸⁰, donde había citado a Aminandro con sus tropas auxiliares
- 8 no tanto porque necesitase sus fuerzas como por contar con guías para Tesalia. Con el mismo propósito fueron enrolados entre las milicias auxiliares muchos epirotas voluntarios.
- 15 La primera ciudad de Tesalia que atacó fue Faloria ¹⁸¹. Tenía una guarnición de dos mil macedonios que al principio se resistieron con gran tenacidad defendiéndose lo mejor que podían con sus armas y murallas. Pero el ininterrumpido ataque, que no daba tregua de día ni de noche porque el cónsul estaba convencido de que cambiaría la actitud de los demás etolios si los primeros no resistían la acometida de los romanos, quebró la tenacidad de los
- 3 macedonios. Tras la caída de Faloria llegaron diputados de Metrópoli y de Cierio ¹⁸² a rendir sus ciudades; pedían
- 4 clemencia, y se les dio. Faloria fue saqueada e incendiada. A continuación atacó Eginio ¹⁸³. Viendo que su posición era segura y casi inexpugnable incluso contando con una guarnición pequeña, tras disparar algunas armas arrojadas contra el puesto de vigilancia más próximo cambió el

¹⁸⁰ En la frontera entre el Epiro y Tesalia.

¹⁸¹ Al oeste del Peneo.

¹⁸² A unos 20 Km. de Metrópoli, hacia el este.

¹⁸³ ¿Kalabaka?

rumbo de la marcha hacia la comarca de Gonfos. Después 5
de bajar a las llanuras de Tesalia, como su ejército andaba
ya falto de todo porque había respetado las tierras de los
epirotas, averiguó primero si las naves de carga se habían
dirigido a Léucade o al golfo de Ambracia y envió por
turno las cohortes a Ambracia para aprovisionarse de trigo.
Si bien el camnio de Gonfos a Ambracia es difícil y lleno 6
de obstáculos, con todo es muy corto. De modo que en 7
cosa de pocos días el campamento quedó abundantemente
provisto de todo gracias a los suministros transportados
desde la costa. Salió luego hacia Atrage ¹⁸⁴, que se encuen- 8
tra a unas diez millas de Larisa; su población es oriunda
de Perrebia, y la ciudad está situada sobre el río Peneo.
Al principio los tesalios no se alarmaron en absoluto ante 9
la llegada de los romanos: si bien Filipo no se atrevía a
adentrarse él mismo en Tesalia, sin embargo había estable-
cido su campamento en los límites de Tempe ¹⁸⁵, y cada
vez que una localidad era amenazada por el enemigo, en-
viaba refuerzos según exigía el caso.

*Operaciones
navales*

Aproximadamente por la misma época 16
en que el cónsul estableció por primera
vez su campamento frente a Filipo en las
gargantas del Epiro, también Lucio Quin- 2
cio, hermano del cónsul, a quien el sena-
do había confiado la responsabilidad de la flota y el man-
do de las costas, cruzó a Corcira con dos quinquerre-
mes. Cuando se enteró de que la flota había partido de allí 3
pensó que no había tiempo que perder, le dio alcance en
la isla de Same, y desde allí, después de despedir a Gayo
Livio, al que reemplazaba, llegó al Maleo con lentitud, 4

¹⁸⁴ En Alifaka, al sur del Peneo.

¹⁸⁵ Es el valle del Peneo.

pues a menudo tenía que remolcar a las naves que lo seguían con el aprovisionamiento. Dando orden a los demás de que lo siguieran todo lo aprisa que pudieran desde el Maleo, se adelantó hasta el Pireo con tres quinquerremes y tomó el mando de las naves ¹⁸⁶ que había dejado allí el legado Lucio Apustio para la defensa de Atenas.

- 6 Al mismo tiempo salieron de Asia dos flotas, una con el rey Átalo formada por veinticuatro quinquerremes, y otra, rodia, de veinticinco naves cubiertas mandada por Acesím-
7 broto. Estas flotas se unieron cerca de la isla de Andros y de allí zarparon hacia Eubea, separada por una estrecha
8 lengua de mar. Primero devastaron las tierras de los caristios; después, como Caristos les pareció bien defendida al haber sido enviada a toda prisa una guarnición desde Cal-
9 cis, se acercaron a Eretria. También Lucio Quincio, enterado de la llegada del rey Átalo, acudió allí con las naves que estaban en el Pireo y dejó instrucciones de que todas las naves de su flota que llegaran se dirigieran a Eubea.
- 10 Eretria era objeto de un violentísimo ataque, pues las naves de las tres flotas que se habían unido portaban toda clase de máquinas de lanzamiento y artilugios para destruir ciudades, y además el campo suministraba madera abundante para la construcción de nuevas obras de asedio.
- 11 Los habitantes de la plaza al principio defendían las murallas denodadamente; después, extenuados y heridos buen número de ellos, y viendo además que una parte de la muralla había sido derribada por las máquinas de asedio del
12 enemigo, pensaron en rendirse ¹⁸⁷. Pero estaba la guarnición de macedonios, a los que temían tanto como a los romanos, y Filocles, el prefecto del rey, mandaba mensaje-

¹⁸⁶ Treinta, según XXXI 47, 2.

¹⁸⁷ Seguimos la propuesta de Tränkle, *inclinantur*.

ros desde Calcis diciendo que llegaría a tiempo si aguantaban el asedio. Esta mezcla de miedo y esperanza los 13 forzaba a prolongar la resistencia más de lo que querían y podían; después, cuando se enteraron de que Filocles 14 había sido rechazado y se había refugiado en Calcis presa del pánico, inmediatamente enviaron parlamentarios a Átalo a pedir su protección y clemencia. Mientras que, con la 15 atención puesta en la expectativa de paz, relajaban el cuidado de las tareas bélicas limitándose a colocar fuerzas armadas allí donde la muralla había sido abatida sin ocuparse de los otros puntos, Quincio lanzó un ataque durante la noche por donde menos era de esperar y tomó la ciudad por medio de escalas. La población en masa, in- 16 cluidos mujeres y niños, se refugió en la ciudadela, y después se rindió. El botín de dinero, oro y plata, la verdad 17 es que no fue mucho; pero se encontraron estatuas, cuadros de artistas antiguos y obras de arte por el estilo en mayor número del que correspondía a las proporciones y demás recursos de la ciudad.

El siguiente objetivo fue de nuevo Caristos, cuyos 17 habitantes abandonaron en masa la ciudad y se refugiaron en la ciudadela antes de que las tropas desembarcasen. Desde allí enviaron parlamentarios al romano para que los 2 acogiera bajo su protección. A los ciudadanos se les concedió de inmediato la vida y la libertad; a los macedonios se les exigió el pago de trescientas monedas por cabeza, permitiéndoseles marchar previa entrega de las armas. Tras el abono de esta suma por su rescate, fueron traslada- 3 dos a Beocia desarmados. Después de tomar en pocos días dos eminentes ciudades de Eubea, las fuerzas navales bordearon el Sunio, promontorio del Ática, y pusieron rumbo a Cencreas, puerto mercantil de los corintios.

4 Entretanto el cónsul encontró el ataque a Atrage más
largo y sangriento de lo que nadie hubiera esperado; los
enemigos ofrecían una resistencia con la que no había con-
5 tado en absoluto. Había creído, en efecto, que la única
dificultad radicaría en derribar la muralla, que una vez
abierta brecha para que entraran las tropas en la ciudad,
inmediatamente se produciría la huida y la matanza de ene-
migos que son habituales cuando es tomada una ciudad.
6 Pero cuando los arietes derribaron un tramo de la muralla
y las tropas penetraron en la ciudad saltando por encima
de los escombros, ello fue el inicio, por así decir, de una
7 nueva tarea que estaba por hacer. Pues los macedonios
que componían la guarnición, muy numerosos y escogidos,
convencidos de que sería un nuevo timbre de gloria si de-
fendían la ciudad con las armas y a base de valor más
8 que con las murallas, reforzaron su cerrada formación
con varias filas hacia dentro y cuando vieron a los roma-
nos pasando por encima de los escombros los obligaron
a salir por el mismo sitio, lleno de obstáculos que hacían
9 difícil la retirada. Esto significó una seria contrariedad
para el cónsul, que estaba convencido de que una humilla-
ción como aquella no sólo representaba un retraso en el
asalto de una ciudad concreta sino que repercutía en el
resultado de la guerra en su conjunto, que a menudo de-
10 pende de circunstancias poco importantes. Hizo limpiar
el sitio donde se habían acumulado los escombros del mu-
ro parcialmente derruido, e hizo avanzar una torre muy
alta que portaba un gran número de hombres armados dis-
11 tribuidos en numerosos pisos, y lanzó una tras otra sus
cohortes en formación para que rompieran por la fuerza,
si eran capaces, la formación en cuña de los macedonios
12 —«falange», la llaman ellos—. Pero, aparte de lo angosto
del espacio, pues el tramo de muralla derruida no era muy

ancho, también el tipo de armamento y de combate resultaban más favorables para el enemigo. Cuando los macedonios, en formación compacta, extendieron ante sí sus larguísimas lanzas, los romanos desenvainaron las espadas después de lanzar en vano sus jabalinas contra una especie de coraza formada por los escudos adosados; pero no podían ni acercarse más ni seccionar las lanzas, y si despuntaban alguna, el propio trozo roto, aguzado, formaba una especie de empalizada entre las puntas de las lanzas enteras. Además de esto, la parte de la muralla que seguía en pie a ambos lados protegía también sus flancos, y no era preciso retroceder o atacar desde larga distancia, maniobra que suele crear desorden en las filas. Contribuyó además a elevarles la moral un incidente fortuito: cuando se hacía avanzar una torre por un terraplén de tierra poco compacta, una de las ruedas se hundió en un surco bastante hondo e hizo que la torre se inclinara tanto que los enemigos tuvieron la impresión de que se iba a caer, e hizo enloquecer de pánico a los soldados que iban encima.

Como no se adelantaba gran cosa en ningún sentido, el cónsul tenía que soportar, mal que le pesara, que se establecieran comparaciones entre unos y otros soldados y tipos de armamento; al propio tiempo, no veía ni perspectivas de asaltar la ciudad a corto plazo ni forma alguna de establecer un campamento de invierno lejos del mar y en parajes arruinados por las calamidades de la guerra. Renunció, pues, al asedio, y como no había en toda la costa de Acarnania o de Etolia ningún puerto que tuviese cabida para todas las naves de carga que transportaban los suministros para el ejército y al mismo tiempo ofreciese alojamiento para las legiones en el invierno, pensó que

la mejor situada a tal efecto era Antícira ¹⁸⁸, en la Fócide, frente al golfo de Corinto, porque no quedaba lejos de Tesalia y de las posiciones enemigas, y además tenía enfrente el Peloponeso, separado por una estrecha lengua de mar, a su espalda tenía Etolia y Acarnania, y a los lados la Lócride y Beocia. Al primer intento y sin tener que combatir tomó Fanotea ¹⁸⁹, en la Fócide. El asalto de Antícira no le llevó mucho tiempo. A continuación se le rindieron Ambriso e Hiámpolis ¹⁹⁰. Dáulide ¹⁹¹, debido a su situación sobre una altura considerable, no podía ser conquistada ni con escalas ni con trabajos de asedio; a base de hostigar a la guarnición con lanzamientos de proyectiles los empujaron a hacer salidas; retrocediendo y avanzando alternativamente, con ligeras escaramuzas poco resolutivas, los romanos los llevaron a despreocuparse y sentirse superiores hasta tal extremo que irrumpieron por una de las puertas confundidos con ellos cuando se batían en retirada. Igualmente otras plazas poco importantes de la Fócide cayeron en poder de los romanos más por efecto del miedo que de las armas. Elacia ¹⁹² cerró sus puertas y no parecía que estuvieran dispuestos a dejar entrar dentro de sus murallas al general y a su ejército si no eran obligados por la fuerza.

¹⁸⁸ En la costa sur de la Fócide, en una entrada del golfo de Corinto.

¹⁸⁹ Cerca de Queronea, al norte.

¹⁹⁰ Cerca de Abas, en la Fócide este.

¹⁹¹ Actual Davlia.

¹⁹² La ciudad más importante de la Fócide.

*Congreso
de la liga
aquea*

Cuando el cónsul estaba sitiando Ela- 19
cia, brilló para él la esperanza de una ope-
ración de mayor alcance: desviar al pue-
blo aqueo de la alianza con el rey a la
amistad con los romanos. Habían expul- 2
sado a Cicliadas, líder de la facción partidaria del apoyo
a Filipo; era pretor Aristeno ¹⁹³, que quería la unión de
su nación con los romanos. La flota romana estaba fon- 3
deada en Cencreas con Átalo y los rodios, y de común
acuerdo preparaban entre todos el ataque a Corinto. Se 4
pensó, pues, que antes de abordar esta empresa, lo mejor
era enviar embajadores al pueblo de los aqueos compro-
metiéndose a hacer que Corinto entrase en la Liga Aquea,
como antiguamente, si ellos abandonaban al rey y se pasa-
ban a los romanos. Por iniciativa del cónsul, su hermano 5
Lucio Quincio, Átalo, los rodios y los atenienses enviaron
una embajada a los aqueos. Se reunió el congreso en Si-
ción para recibirla. Ahora bien, la situación anímica entre 6
los aqueos era compleja, sin duda: temían a Nabis, el lacede-
monio, enemigo enconado y constante; les causaban
espanto las armas romanas; estaban obligados a los mace- 7
donios por sus buenos servicios antiguos y recientes; sen-
tían recelo hacia el propio rey debido a su crueldad y per-
fidia, y sin sacar conclusiones de lo que entonces estaba 8
haciendo por oportunismo, tenían claro que después de 9
la guerra iba a ser un amo más duro. Y aparte de no saber
qué opinión exponer cada uno en el senado de su propia
ciudad o en las asambleas generales de la nación, ni siquie- 10
ra en sus reflexiones a solas estaban muy seguros de lo
que querían o consideraban lo mejor. Se introdujo a los
embajadores y se les dio oportunidad de hablar ante una

¹⁹³ *Stratégos* en 198.

11 audiencia agitada por esta incertidumbre. Habló primero el diputado romano Lucio Calpurnio, después los representantes del rey Átalo, y a continuación de éstos, los romanos. Se concedió luego la palabra a los representantes de Filipo; y los últimos en ser oídos fueron los atenienses, para que contestasen a las afirmaciones de los macedonios, y se despacharon en contra del rey en términos enormemente duros porque nadie había sufrido injusticias tan numerosas ni tan amargas. A la puesta del sol se disolvió aquella asamblea después de una jornada dedicada a los interminables discursos de tantos delegados.

20 La asamblea fue convocada de nuevo al día siguiente. Cuando los magistrados, según es costumbre entre los griegos, ofrecieron por medio del pregonero la posibilidad de presentar propuestas a todo el que quisiera hacerlo, nadie se adelantó, y durante largo rato guardaron silencio mirándose unos a otros. Y no es de extrañar, pues sus mentes se habían obnubilado ya en alguna medida a base de barajar internamente razones contrapuestas, y encima habían contribuido a un mayor aturdimiento los discursos pronunciados a lo largo de toda una jornada en los que se exponían y subrayaban dificultades en uno y otro sentido. Finalmente, Aristeno, el pretor de los aqueos, para no disolver la asamblea sin que nadie se pronunciara, dijo: «¿Dónde están, aqueos, esos apasionados debates en los que casi llegáis a las manos en banquetes y reuniones cuando se hace alusión a Filipo y a los romanos? Ahora, en una asamblea convocada exclusivamente para esa cuestión, cuando habéis escuchado las palabras de los delegados de ambas partes, cuando los magistrados someten la cuestión a debate, cuando el pregonero llama a hacer propuestas, ¿os habéis quedado mudos! ¿No puede sacarle una palabra a nadie no ya la preocupación por la salvación

común sino ni siquiera la pasión que os inclinaba hacia esta o aquella opción? Sobre todo si nadie es tan obtuso 6 como para ignorar que es ahora, antes de que tomemos ninguna decisión, el momento de exponer o proponer lo que cada uno desea o considera lo mejor. Cuando se haya tomado una decisión, todos, incluso aquellos que al principio no estaban de acuerdo con ella, deberán defenderla como buena y ventajosa.» Esta incitación del pretor no 7 logró que nadie hiciera una propuesta; es más, ni siquiera suscitó un comentario o un murmullo en una asamblea tan numerosa que congregaba a tantos pueblos.

Entonces habló de nuevo el pretor Aristeno: «Vosotros, 21 jefes de los aqueos, no andáis más cortos de ideas que de lengua; pero nadie quiere que se tome una decisión tendente al interés común a costa de su riesgo personal. Posiblemente también yo guardaría silencio si fuese un ciudadano de a pie; pero en mi actual condición de pretor veo que no se debía haber dado audiencia a los delegados, o bien no se les debe dejar marchar sin una respuesta. Ahora bien, ¿cómo puedo responder si no es a partir de 2 una decisión vuestra? Pero ya que ninguno de vosotros, que habéis sido convocados a esta asamblea, quiere o se atreve a decir algo como propuesta, examinemos los discursos pronunciados ayer por los delegados como si de propuestas se tratara, partiendo de la base de que no pre- 3 sentaban demandas en su propio interés sino que aconsejaban lo que consideraban útil para vosotros. Los romanos, 4 los rodios, y Átalo piden de nosotros alianza y amistad, y consideran justo que les prestemos ayuda en la guerra que sostienen contra Filipo. Filipo nos recuerda nuestra 5 alianza con él, y nuestro juramento, y únicamente pide que estemos a su lado; dice que se da por satisfecho con que no intervengamos en la lucha armada. ¿A nadie se le 6

ocurre por qué los que aún no son aliados piden más que nuestro aliado? Esto no se debe, aqueos, ni a moderación por parte de Filipo ni a pretenciosidad por parte de los
7 romanos; es su situación la que da o quita confianza a quienes hacen demandas. De Filipo no vemos nada más que un representante; la flota romana está en Cencreas ostentando los despojos de las ciudades de Eubea; vemos al cónsul y sus legiones, separados de nosotros por un estrecho brazo de mar, recorriendo de un extremo a otro la
8 Fócide y la Lócride. ¿Os sorprende la poca convicción con que Cleomedonte, el delegado de Filipo, ha tratado ahora de que empuñáramos las armas en favor del rey y
9 en contra de los romanos? Si nosotros, basándonos en el mismo tratado y el mismo juramento cuyo carácter sagrado nos recordaba, le pidiésemos que Filipo nos defienda de Nabis y sus lacedemonios y de los romanos, no encontraría no ya una guarnición con que protegernos sino
10 ni siquiera una respuesta que darnos; lo mismo, por Hércules, que ocurrió el año pasado con el propio Filipo, que intentó llevarse de aquí a Eubea a nuestra juventud prometiéndolo
11 haciendo él cargo de la guerra contra Nabis, y cuando vio que nosotros no aprobábamos esa ayuda armada ni queríamos vernos implicados en una guerra contra los romanos, se olvidó de esa alianza en la que ahora pone énfasis y nos dejó expuestos a la devastación y el pillaje
12 de Nabis y los lacedemonios. A mí, la verdad, me ha parecido que había una total falta de coherencia en el discurso de Cleomedonte. Quitaba importancia a la guerra con los romanos, y afirmaba que éstos iban a obtener el mismo resultado que en su anterior guerra contra Filipo.
13 Entonces, ¿por qué pide desde lejos nuestra ayuda en vez de estar aquí para defendernos a nosotros, sus aliados de antiguo, contra Nabis y a la vez contra los romanos? ¿A

nosotros, digo? ¿Pero si permitió que Eretria y Caristos fuesen tomadas! ¿No ocurrió lo mismo con tantas ciudades de Tesalia? ¿No ocurrió así con la Lócride y la Fócide? ¿No está permitiendo igualmente ahora el asedio de 14 Elacia? ¿Por qué abandonó las gargantas del Epiro y los reductos inexpugnables del río Áoo, y dejando el desfiladero que tenía ocupado se retiró al interior de su reino? O fue por fuerza mayor, o por miedo, o por propia voluntad. Si abandonó voluntariamente a tantos aliados ex- 15 puestos al pillaje del enemigo, ¿cómo puede oponerse a que los aliados se ocupen de su propia seguridad? Si fue 16 por miedo, que comprenda que también nosotros tengamos miedo. Si se retiró vencido por las armas, ¿cómo vamos a resistir los aqueos, Cleomedonte, las armas romanas que vosotros no resististeis? Cuando dices que los romanos no emplean en esta guerra de ahora más tropas ni más recursos que en la anterior, ¿hemos de creerte a ti en lugar de fijarnos en la realidad misma? En aquella ocasión 17 apoyaron a los etolios con una flota; no participaron en la guerra con un cónsul como jefe ni con un ejército consular. Entonces, la conmoción y la alarma afectaban a las ciudades costeras de los aliados de Filipo, pero la zona de tierra adentro estaba tan a salvo de las armas romanas que Filipo pudo saquear a los etolios mientras imploraban en vano la ayuda de los romanos. Ahora, en cambio, los 18 romanos, que se ven libres de la guerra púnica que durante dieciséis años soportaron, podríamos decir que en las entrañas de Italia, no han enviado refuerzos armados a los etolios en guerra sino que se han puesto ellos mismos al frente de la ofensiva y han atacado Macedonia por tierra y por mar simultáneamente. Es ya el tercer cónsul que 19 dirige la guerra con la mayor energía. Sulpicio combatió contra el rey en la propia Macedonia derrotándolo y po-

niéndolo en fuga, y entró a saco en la comarca más rica
20 de su reino; ahora Quincio lo despojó de su campamento
cuando ocupaba las gargantas del Epiro confiado en la po-
sición, en las fortificaciones y en el ejército, lo persiguió
en su huida hacia Tesalia, y casi a la vista del propio rey
tomó al asalto las ciudades aliadas de éste con sus guarni-
ciones.»

21 «Supongamos que no es cierto lo que ha expuesto hace
poco el delegado ateniense acerca de la crueldad, la codicia
y el desenfreno del rey; supongamos que no nos concier-
nen en absoluto los crímenes perpetrados en tierra ática
contra los dioses de las alturas y de las profundidades,
22 y mucho menos los que sufrieron los cianos y los abidenos,
que están tan lejos de nosotros; olvidémonos, si queréis,
23 de nuestras propias heridas, y de las matanzas y rapiñas
perpetradas en Mesena, en pleno Peloponeso; olvidemos
que Cariteles, huésped de Filipo en Ciparisia, fue asesina-
do casi en pleno banquete contra todo derecho divino y
humano, y que fueron muertos los Arato de Sición, padre
e hijo, a pesar de que Filipo solía llamar padre al desdi-
24 chado anciano, siendo además llevada a Macedonia la
esposa del hijo para satisfacer sus bajos instintos; reléguese
al olvido las violaciones de tantas otras doncellas y matro-
25 nas. Supongamos que la cosa no va con Filipo, cuya cruel-
dad os ha hecho enmudecer de espanto —¿qué otra razón
hay, en efecto, para que guardéis silencio cuando habéis
sido convocados a una asamblea?—; imaginemos que nues-
tro debate es con Antígono, el más atento y justo de los
reyes, que se ha portado inmejorablemente con todo noso-
tros; ¿nos pediría acaso que hiciésemos algo que es imposi-
26 ble? El Peloponeso es una península unida al continente
por la estrecha franja del Istmo, expuesta y a propósito
27 para un ataque naval más que para ningún otro. Si cien

naves cubiertas, cincuenta más ligeras descubiertas, y treinta lanchas de Isa se ponen a devastar las costas y atacar las ciudades que están casi asomadas a la orilla misma, ¡nos retiraremos, claro está, a las ciudades del interior como si no nos devorara una guerra intestina enquistada en nuestras mismas entrañas! Cuando nos acosen Nabis y los lacedemonios por tierra y la flota romana por mar, ¿cómo vamos a implorar la alianza con el rey y los refuerzos macedonios? ¿O es que vamos a defender de los romanos como enemigos, nosotros mismos con nuestras armas, las ciudades que sufrirán el ataque? ¡Defendimos muy bien Dimas ¹⁹⁴ durante la guerra anterior, en efecto! Bastantes ejemplos tenemos en los desastres de otros, no andemos buscando la forma de ser un ejemplo para los demás.»

«Ya que los romanos toman la iniciativa solicitando nuestra amistad, no desdeñéis lo que vosotros debíais haber deseado y pedido con el mayor encarecimiento. ¡Claro, como el miedo los acucia y están atrapados en tierra extranjera, como quieren esconderse a la sombra de vuestra protección, buscan refugio en una alianza con vosotros para tener entrada en vuestros puertos, para tener a mano suministros! Son dueños del mar; por dondequiera que avanzan lo someten todo a su dominio inmediatamente; lo que piden lo pueden imponer por la fuerza; como quieren que estéis a salvo, no permiten que hagáis algo que os acarree la ruina. Porque la salida política de no intervenir ni recurrir a las armas, salida que Cleomedonte os apuntaba hace poco como intermedia y como la más segura, no es una solución intermedia ni es solución alguna. Pues aparte del hecho de que tenéis que aceptar o rechazar la alianza con los romanos, ¿qué otra cosa vamos

¹⁹⁴ En la costa oeste del Peloponeso, en la orilla sur del golfo de Patras.

a ser más que el botín del vencedor si en ningún momento mantenemos una adhesión estable, como si estuviéramos a la espera del resultado para acomodar nuestras decisiones a la suerte? No toméis a mal el que se os ofrezca espontáneamente lo que debíais pedir con todo encarecimiento. No siempre tendréis la posibilidad de optar entre un partido y otro como la tenéis ahora: una oportunidad como ésta no se presentará a menudo ni por mucho tiempo. Desde hace ya tiempo tenéis ganas de liberaros de Filipo pero no os atrevéis. Sin esfuerzo ni riesgo por vuestra parte, otros han cruzado el mar con grandes flotas y ejércitos para reivindicar vuestra libertad. Si los despreciáis como aliados, no estáis en vuestros cabales; pero habréis de tenerlos por aliados o por enemigos.»

Tras el discurso del pretor se produjo un murmullo de los que aprobaban y de los que increpaban con acritud a quienes daban muestras de aprobación; al poco la discusión no era entre individuos sino entre pueblos enteros. Enseguida, la disputa entre los magistrados de la nación —los llaman «damiurgos», y se eligen en número de diez— era tan viva como entre la masa. Cinco de ellos afirmaban que presentarían una propuesta de alianza con Roma y la someterían a votación; cinco manifestaban que no estaban legalmente facultados ni los magistrados para proponer ni la asamblea para aprobar nada que fuese en contra de la alianza con Filipo. También aquel día se pasó en violentas discusiones.

Quedaba un solo día de asamblea reglamentaria, pues los estatutos establecían que el tercer día había que tomar una decisión. Para ese día era tal el acaloramiento de las distintas posturas que faltó poco para que los padres pusieran la mano encima a sus hijos. Había un tal Pisias, de Pelene, que tenía un hijo «damiurgo» llamado Mem-

nón en la facción opuesta a que se propusiera y votara la moción. El tal, después de rogar larga y encarecidamente a su hijo que permitiera a los aqueos velar por la salvación común y no llevara a la ruina con su empecinamiento a la nación entera, como con ruegos no adelantaba mucho, 7 juró que lo mataría con sus propias manos, considerándolo no un hijo sino un enemigo, y logró con sus amenazas 8 que al día siguiente se uniera a los que estaban a favor de presentar la moción. Éstos, obtenida así la mayoría, presentaron la proposición, dando casi todos los pueblos de forma clara su aprobación a la iniciativa y dejando entrever qué iban a votar. Pero antes de que se procediera 9 a la votación, los dimeos, los megalopolitanos y algunos argivos se levantaron a la vez y abandonaron la asamblea sin que nadie se sorprendiera ni lo censurara. Los megalopolitanos, en efecto, habían sido expulsados de su patria por los lacedemonios en tiempos de sus abuelos y Antígono los había devuelto a ella; los dimeos, recientemente hechos prisioneros y saqueados por el ejército romano, habían sido rescatados de la esclavitud, cualquiera que fuese su paradero, por orden de Filipo, que les había devuelto la patria además de la libertad; y los argivos, en fin, 11 aparte de estar persuadidos de que los reyes macedonios son oriundos de su país, estaban además gran parte de ellos ligados a Filipo por lazos de hospitalidad y estrecha amistad. Por estos motivos abandonaron una asamblea que se 12 inclinaba a favor de imponer la alianza con Roma, abandono que les fue disculpado dadas las obligaciones que tenían por tan grandes y recientes servicios.

- 23 *Intento*
 sobre Corinto.
 Elacia en poder
 2 *del cónsul,*
 Argos
 en el de Filipo
- Los otros pueblos aqueos, cuando se les pidió que se pronunciaran, aprobaron la alianza con Átalo y los rodios con un decreto de efectos inmediatos; en cuanto a la alianza con los romanos, como no podía ser firme sin el mandato del pueblo, quedó pospuesta hasta el momento en que fuese posible enviar embajadores a Roma, acordándose de momento enviar tres representantes a Lucio Quincio y concentrar todo el ejército aqueo en Corinto, pues tras haber tomado Cencreas, Quincio estaba atacando ya la ciudad misma.
- 4 Estas fuerzas aqueas acamparon en las cercanías de la puerta que lleva a Sición ¹⁹⁵. Los romanos atacaban por el lado de la ciudad que da a Cencreas ¹⁹⁶, y Átalo lo hacía por el Lequeo ¹⁹⁷, puerto del otro mar, después de pasar su ejército por el Istmo. Al principio no atacaban con mucha intensidad, a la espera de que se produjeran disensiones entre los habitantes y la guarnición del rey. En vista de que, todos de común acuerdo, los macedonios defendían la plaza como si fuera la patria común y los corintios dejaban que el jefe de la guarnición Andróstenes tuviese plena autoridad sobre ellos como si se tratara de un con-
- 5 ciudadano elegido por sufragio, a partir de ahí todas las esperanzas de los atacantes se cifraban en la fuerza de las armas y los trabajos de asedio. Por todas partes se construían terraplenes en torno a las murallas, a las que no
- 6 era fácil acceder. El ariete había derribado un tramo de la muralla por el lado que atacaban los romanos; al acudir
- 7

¹⁹⁵ En el lado oeste.

¹⁹⁶ Por el este.

¹⁹⁷ Por el norte.

a la carrera los macedonios para defender con sus armas este punto que había quedado desprovisto de defensa se entabló un encarnizado combate entre ellos y los romanos. En un principio los romanos, en inferioridad numérica, 8 eran rechazados con facilidad; después, al incorporarse refuerzos de los aqueos y de Átalo, equilibraron el combate, y estaba claro que no iban a tener dificultad en desalojar de la posición a los macedonios y los griegos. Pero había 9 un gran número de desertores itálicos, procedentes unos del ejército de Aníbal que habían seguido a Filippo por miedo a las represalias de los romanos, y otros, aliados navales, que habían desertado de la flota poco antes y se habían pasado al enemigo con expectativas de un servicio mejor pagado; todos éstos, como no tenían esperanzas de salvación si los romanos vencían, estaban inflamados de rabia más que de audacia.

Frente a Sición se adentra en el mar el promontorio ¹⁹⁸ 10 de Juno —Acrea es su advocación—; desde allí a Corinto hay una travesía de unas siete millas. Filocles, otro prefecto 11 del rey, condujo hasta allí a través de Beocia mil quinientos soldados; desde Corinto se pusieron a su disposición unas lanchas para embarcar y trasladar a Lequeo dicho contingente armado. Átalo era partidario de prender 12 fuego a las obras de asedio y abandonar inmediatamente el sitio; Quincio insistía en mantener la operación con mayor tenacidad. Pero al ver que había vigilancia armada apostada en todas las puertas y que no iba a ser fácil resistir los ataques de los que hicieran salidas bruscas, se sumó también él a la propuesta de Átalo. Frustrado así el inten- 13 to despidieron a los aqueos y volvieron a sus naves; Átalo se dirigió al Pireo, y los romanos a Corcira.

¹⁹⁸ Punta situada al noreste de la bahía de Corinto.

- 24 Durante el desarrollo de estas operaciones por las
fuerzas navales el cónsul acampó cerca de Elacia, en la
Fócide, e hizo una primera tentativa con negociaciones a
2 través de los elatenses principales. Ante la respuesta de que
ellos no podían hacer nada, que los hombres del rey eran
más numerosos y tenían más fuerza que los ciudadanos,
atacó la ciudad con armas y trabajos de asedio desde todos
3 los flancos simultáneamente. Después de entrar en acción
el ariete, todo un tramo de muralla entre dos torres se vino
abajo con enorme estrépito dejando la ciudad al descubier-
to; de forma simultánea una cohorte romana irrumpió por
4 la brecha abierta con el derrumbamiento reciente y desde
todos los puntos de la ciudad acudieron a la carrera los
defensores, dejando cada uno su puesto, hacia el lugar que
5 sufría el agobio del ataque enemigo. Al mismo tiempo los
romanos pasaban por encima de los escombros del muro
y otros aplicaban escalas a la muralla que seguía en pie;
y mientras el combate centraba las miradas y la atención
del enemigo en una sola dirección, la muralla fue asaltada
con escalas por muchos puntos y los asaltantes penetraron
6 en la ciudad. Al oír el alboroto que ello provocó, los
enemigos, aterrados, abandonaron la posición que defen-
día en bloque y corrieron todos a refugiarse en la ciudade-
la, yendo también tras ellos la multitud no combatiente.
7 De esta forma tomó el cónsul la ciudad; después de sa-
quearla mandó emisarios a la ciudadela garantizando la
vida a los hombres del rey, si aceptaban marchar, previa
entrega de las armas, y a los elatenses la libertad. Al reci-
bir garantías acerca de estas condiciones, a los pocos días
se entregó la ciudadela.
- 25 Pero la llegada a Acaya de Filocles, prefecto del rey,
significó no sólo la liberación de Corinto del asedio sino
además la entrega a Filocles de la ciudad de Argos por

obra de algunos principales que previamente habían sondeado la disposición de ánimo de la plebe. Era costumbre 2 que el primer día de los comicios los pretores pronunciaran en voz alta los nombres de Júpiter, Apolo y Hércules como señal de buen augurio; una regulación posterior establecía que se añadiera a éstos el nombre del rey Filipo. Como el pregonero, al haberse pactado la alianza con los 3 romanos, no añadió este último nombre, se suscitó entre la multitud primero un murmullo y después un clamor 4 añadiendo el nombre de Filipo y reclamando que se le tributase el honor legalmente establecido; al final su nombre fue pronunciado entre grandes aplausos. Con la confianza 5 que daban estas muestras de popularidad se hizo venir a Filocles, que durante la noche ocupó una colina que domina la ciudad —altura que llaman Larisa—; apostó allí una guarnición, y cuando al clarear el día bajó en formación ofensiva al foro que se extiende al pie de la colina, le hizo frente una formación de combate que salió a su encuentro. Era una guarnición aquea estacionada allí hacía poco: unos 6 quinientos jóvenes escogidos de todas las ciudades mandados por Enesidemo de Dimas. El prefecto del rey envió 7 un portavoz para ordenarles que se alejaran de la ciudad, pues ni siquiera se podían equiparar a los ciudadanos que estaban de acuerdo con los macedonios, cuanto menos si a ellos se sumaban los macedonios, a los que ni siquiera los romanos habían podido resistir en Corinto. Al principio el mensaje no hizo el menor efecto ni en el jefe ni 8 en los soldados. Cuando poco después vieron que también 8 llegaban armados los argivos desde el lado opuesto formando una gran columna, a pesar de ver que era seguro su exterminio parecían dispuestos a afrontar cualquier trance si su jefe hubiera sido más inflexible. Enesidemo, para 9

evitar que además de la ciudad se perdiera la flor de la juventud aquea, llegó a un acuerdo con Filocles para que pudieran marchar pero él se quedó con unos pocos seguidores, armado, en la posición en que había hecho alto.

- 10 Filocles mandó un hombre a preguntarle qué pretendía. Sin hacer el menor movimiento, erguido, con el escudo cubriéndole por delante, respondió que quería morir armado defendiendo la ciudad que le había sido confiada. Entonces, a una orden del prefecto, los tracios dispararon
11 sus armas arrojadizas y los mataron a todos. Así, aun después de la alianza pactada entre aqueos y romanos, las dos ciudades más notables, Argos y Corinto, estaban en
12 poder del rey. Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo por los romanos aquel verano en Grecia por tierra y por mar.

- 26 El cónsul Sexto Elio no hizo nada realmente digno de mención en la Galia.
 Roma:
 conato
 2 *de revuelta*
 de los esclavos
 Elecciones.
 Mandos. Colonias
 Tenía en la provincia dos ejércitos, uno que quedó retenido y debía ser licenciado, a cuyo mando había estado el procónsul Lucio Cornelio y él puso al pre-
 3 tor Gayo Helvio, y otro el conducido por él a la provincia; aun así, empleó casi todo el año en hacer que los cremonenses y placentinos volvieran a sus colonias desde donde andaban dispersados por los avatares de la guerra.

- 4 Así como la Galia, en contra de lo que era previsible, permaneció tranquila aquel año, en cambio en los alrededores de Roma estuvo a punto de estallar una revuelta
 5 de esclavos. Los rehenes de los cartagineses estaban bajo custodia en Secia; con ellos había un gran número de es-
 6 clavos, pues eran hijos de ciudadanos principales. Este número se veía incrementado con bastantes esclavos com-

prados por los propios setinos entre el botín procedente de la reciente guerra de África, pertenecientes a dicho pueblo. Tramaron una conjura, enviaron a algunos de entre ellos a sublevar a los esclavos del territorio de Secia ¹⁹⁹ primero y de las cercanías de Norba y Cerceyos ²⁰⁰ después, y una vez ultimados todos los preparativos, acordaron atacar a la población durante los juegos que iban a celebrarse en fecha próxima en Secia cuando la atención estuviera centrada en el espectáculo; después de tomar Secia, aprovechando la sorpresa del ataque y la matanza, ocuparían Norba y Cerceyos para liberar de su custodia a los rehenes y prisioneros cartagineses y hacer que se unieran a ellos los esclavos que los acompañaban. Esta intenciona tan infame fue denunciada en Roma ante el pretor urbano Lucio Cornelio Léntulo ²⁰¹. Antes del amanecer se presentaron a él dos esclavos y le expusieron detallada y ordenadamente todo lo que se había hecho y estaba a punto de hacerse. El pretor dio orden de retenerlos en su casa bajo custodia, convocó al senado y lo informó de la denuncia recibida. Se le dieron instrucciones de que se pusiera en camino para investigar la conspiración y reprimirla; partió con cinco delegados, y a cuantos encontraba por el campo los obligaba a empuñar las armas y seguirlo, tras pedirles que prestaran juramento. Con esta apresurada leva armó unos dos mil hombres y llegó a Secia sin que nadie supiera adónde se dirigía. Allí el arresto inmediato de los cabecillas de la conspiración hizo que los esclavos huyeran de la ciudad. A continuación envió ras-

¹⁹⁹ Secia (cf. VI 30, 9), fundada en 312, era una de las colonias que se habían «rebelado» en 209 (ver XXVII 9, 7).

²⁰⁰ En los libros anteriores aparece en la forma Circeyos. Cf. I 56, 3.

²⁰¹ Error por Mérula: cf. 7, 13.

14 treadores por los campos ²⁰²... Muy valiosa resultó la colaboración de dos esclavos denunciante y de un hombre libre. Los senadores dispusieron que se les entregaran a éste cien mil ases librales y a los esclavos veinticinco mil ases a cada uno y la libertad, siéndoles abonado a sus amos el precio del rescate con cargo al tesoro público.

15 No mucho más tarde, y como secuela de la misma conjura, se tuvo noticia de que los esclavos se disponían
16 a ocupar Preneste ²⁰³. Allí se fue el pretor Lucio Cornelio y llevó al suplicio a unos quinientos hombres implicados en aquella trama. En la ciudad se temió que los responsables de la maquinación fueran los rehenes y prisioneros
17 cartagineses. De ahí que también en Roma se establecieran guardias en los barrios y se diera a los magistrados menores orden de hacer rondas de vigilancia, y a los triúmviros ²⁰⁴ de la cárcel de las «lautumias» de intensificar la
18 vigilancia; además, el pretor mandó cartas a las ciudades latinas con instrucciones de que se mantuviese a los rehenes en domicilios particulares sin autorizarlos para aparecer en público, y que los prisioneros estuviesen custodiados exclusivamente en cárceles públicas aherrajados con cadenas de peso no inferior a las diez libras.

27 Aquel mismo año unos embajadores del rey Átalo depositaron en el Capitolio una corona de oro de doscientas cuarenta y seis libras y dieron las gracias al senado por el hecho de que Antíoco hubiera retirado su ejército

²⁰² Hay una laguna en el texto. La traducción de la propuesta de McDonald para suplirla sería: «en busca de los fugitivos... el propio pretor llevó la investigación... llevó al suplicio a cerca de dos mil hombres...».

²⁰³ Véase II 19, 2, nota.

²⁰⁴ Los *IIIviri capitales*.

del territorio de Átalo gracias a la intervención de los embajadores romanos.

Durante aquel mismo verano le llegaron al ejército ² que se hallaba en Grecia doscientos jinetes, diez elefantes y doscientos mil modios de trigo enviados por el rey Masi-nisa. Asimismo, desde Sicilia y Cerdeña se le enviaron al ejército importantes remesas de vituallas y ropas. En ³ Sicilia gobernaba Marco Marcelo, y en Cerdeña, Marco Porcio Catón, hombre recto e íntegro, al que sin embargo se consideraba un tanto duro en la represión de la usura: los usureros tuvieron que abandonar la isla, y se recorta- ⁴ ron o suprimieron los gastos que solían hacer los aliados para agasajar al pretor.

El cónsul Sexto Elio regresó de la Galia a Roma con ⁵ motivo de los comicios y proclamó cónsules ²⁰⁵ a Gayo Cornelio Cetego y Quinto Minucio Rufo. Dos días más ⁶ tarde se celebraron las elecciones de pretores. Por primera vez aquel año se eligieron seis pretores, pues el número de provincias iba en aumento y las fronteras del imperio se ensanchaban. Éstos fueron, pues, los elegidos: Lucio ⁷ Manlio Volsón, Gayo Sempronio Tuditano, Marco Sergio Silo, Marco Helvio, Marco Minucio Rufo y Lucio Atilio, de los cuales Sempronio y Helvio eran ediles de la plebe; Quinto Minucio Termo ²⁰⁶ y Tiberio Sempronio Longo ⁸ fueron elegidos ediles curules. Aquel año se reiniciaron cuatro veces los Juegos Romanos.

El primer asunto en ser tratado siendo cónsules Gayo ²⁸ Cornelio y Quinto Minucio fue la asignación de provincias a los cónsules y pretores. Se comenzó por los pretores, ² porque se podía resolver la cuestión mediante sorteo. A

²⁰⁵ Para el año 197.

²⁰⁶ Sería pretor en 196 y cónsul en 193.

Sergio le tocó la jurisdicción urbana, y a Minucio la de los extranjeros. Cerdeña le correspondió a Atilio, Sicilia a Manlio, la Hispania citerior a Sempronio y la ulterior a Helvio. Los cónsules se disponían a sortear Italia y Macedonia, pero los tribunos de la plebe Lucio Opio y Quinto Fulvio se oponían alegando que Macedonia era una provincia muy lejana y hasta aquella fecha el mayor obstáculo para la guerra había sido el hecho de que, apenas iniciadas las operaciones, precisamente cuando más metido estaba en la dirección de la guerra el cónsul saliente tenía que volver; se estaba ya en el cuarto año desde que se había declarado la guerra a Macedonia; Sulpicio se había pasado la mayor parte del año a la búsqueda del rey y de su ejército; Vilio había tenido que venirse cuando se estaba enfrentando al enemigo, dejando inconclusa la operación; Quincio, retenido en Roma la mayor parte del año por cuestiones religiosas, aun así había llevado tan bien las operaciones que podía haber resuelto la guerra si hubiera llegado antes a la provincia o se hubiera retrasado el invierno; ahora, aunque casi retirado a los cuarteles de invierno, estaba preparando de tal forma la guerra, según se decía, que daba pie a pensar que le pondría fin en el próximo verano si el relevo no se lo impedía. Con estos razonamientos lograron que los cónsules se declarasen dispuestos a someterse a la decisión del senado si lo hacían también los tribunos de la plebe. Unos y otros dejaron al senado libertad de decisión; los senadores asignaron por decreto a ambos cónsules la provincia de Italia, y a Tito Quincio le prorrogaron el mando hasta que un decreto del senado le enviase un sucesor. Se le asignaron dos legiones a cada uno de los cónsules, con orden de hacer la guerra contra los galos cisalpinos que se habían sublevado contra el pueblo romano. A Quincio, para Macedonia,

le fue aprobado un suplemento de seis mil soldados de infantería, trescientos de caballería, y tres mil aliados para la armada. Lucio Quincio Flaminio recibió orden de con- 11
tinuar al mando de la flota que ya tenía a su cargo. Para las Hispanias se le concedieron a cada uno de los pretores ocho mil aliados y latinos de infantería y cuatrocientos de caballería para que licenciaran a los veteranos de las Hispanias; también se les dieron instrucciones para que definieran los límites entre las provincias ulterior y citerior. Además fueron enviados como legados a Macedonia Publio Sulpicio y Publio Vilio, que habían estado como cónsules en dicha provincia. 12

Antes de que los cónsules y los pretores partieran 29 hacia sus provincias se decidió expiar los prodigios: habían sido alcanzados por rayos en Roma el templo de Vulcano y el de Sumano ²⁰⁷, y en Fregenas ²⁰⁸ la muralla y una puerta; en Frusinón había brillado la luz en plena noche; 2 en Éfula ²⁰⁹ había nacido un cordero con dos cabezas y cinco patas; en Formias habían entrado en la ciudad dos lobos y habían destrozado a varias personas que se habían cruzado en su camino, mientras que en Roma había entrado un lobo no sólo en la ciudad sino incluso en el Capitolio.

A propuesta del tribuno de la plebe Gayo Atinio se 3 enviaron cinco colonias a la costa: dos a las desembocaduras de los ríos Volturno y Lirerno ²¹⁰, una a Putéolos, una

²⁰⁷ El templo de Vulcano estaba en el Campo de Marte, y el de Sumano (posible denominación primitiva de Júpiter) en el Circo Máximo.

²⁰⁸ En Fregenas (Maccarese), situada a unos 15 Km. al norte de Ostia, se había fundado una colonia en 245 (cf. *Per.* XIX).

²⁰⁹ Cf. XXVI 9, 9.

²¹⁰ Las colonias recibieron los nombres de Volturno (actual Castelvoturno) y Lirerno (a orillas del Lago di Patria).

talecerse reuniendo sus fuerzas. Pero cuando llegaron ru-
mores de que uno de los cónsules estaba incendiando las
tierras de los boyos, inmediatamente surgieron las disen-
siones: los boyos pedían que todos los efectivos acudiesen
en ayuda de los que estaban en aprietos, y los ínsubres
aseguraban que no abandonarían sus dominios. Se pro-
dujo así la división de las tropas; los boyos marcharon
a defender su territorio, y los ínsubres con los cenomanos
tomaron posiciones a las orillas del Mincio. A su vez el
cónsul Cornelio emplazó su campamento dos millas más
abajo de esta posición a orillas del mismo río. Desde
allí envió emisarios a los poblados de los cenomanos y a
su capital Brixia, y cuando tuvo datos suficientes de que
la juventud estaba en armas sin el consentimiento de los
mayores y que los cenomanos no se habían unido a la su-
blevación de los ínsubres por decisión oficial, convocó a
los ciudadanos más importantes e inició tentativas y pasos
tendientes a que los cenomanos se separaran de los ínsubres
y emprendieran la marcha volviendo a casa o pasándose
a los romanos. Bien es verdad que esto no fue capaz
de conseguirlo, pero sí se comprometieron ante el cónsul
a que en el momento de la batalla no intervendrían, o in-
cluso ayudarían a los romanos si la ocasión se presentaba.
Los ínsubres ignoraban que se hubiera llegado a este
acuerdo; no obstante, les habían entrado algunas sospe-
chas de que la lealtad de los aliados se tambaleaba. Consi-
guientemente, cuando se formó el orden de combate no
se arriesgaron a asignarles ninguna de las alas, por temor
a que cediese toda la formación si ellos retrocedían come-
tiendo traición, y los colocaron en la reserva detrás de las
enseñas. Al comenzar la batalla el cónsul prometió con
voto un templo a Juno Sópita si aquel día eran derrota-
dos y puestos en fuga los enemigos; los soldados prorrum-

pieron en gritos diciendo que ellos harían que el cónsul cumpliera su promesa, y se produjo la carga contra el enemigo. Los ínsubres no aguantaron el primer choque. Según algunos historiadores, tuvieron que combatir en dos frentes, pues inesperadamente los atacaron también los cenomanos por retaguardia, y entre los dos frentes cayeron treinta y cinco mil enemigos y fueron cogidos vivos cinco mil doscientos, entre ellos Amílcar el general de los cartagineses que había sido el causante de la guerra; se capturaron ciento treinta enseñas militares y más de ²¹⁴... carros; ...ciudades de los galos, que habían secundado la rebelión de los ínsubres, se rindieron a los romanos.

31 El cónsul Minucio, primero, había recorrido el territorio de los boyos saqueándolo a lo largo y ancho; luego, cuando éstos abandonaron a los ínsubres para defender sus dominios, se mantuvo dentro del campamento, convencido de que tendría que enfrentarse al enemigo en batalla campal. De hecho los boyos no hubieran rehusado el combate de no haberles quebrantado la moral la noticia de la derrota de los ínsubres. Dejaron, pues, general y campamento dispersándose por las aldeas para defender cada uno sus propiedades, y obligaron al enemigo a cambiar la estrategia bélica. El cónsul, en efecto, perdidas las esperanzas de resolver la guerra en una sola batalla, comenzó de nuevo a saquear los campos, incendiar las casas, y asaltar los poblados. Por aquellos mismos días fue incendiado Clastidio. De allí las legiones marcharon contra los ligustinos ilvates, los únicos que no estaban sometidos. Pero también éstos se sometieron cuando se enteraron de que los ínsubres habían sido derrotados y que los boyos estaban atemorizados hasta el extremo de no atreverse a probar

²¹⁴ Se han perdido los numerales.

suerte en un combate. Las cartas de los cónsules informando de sus éxitos en la Galia llegaron a Roma al mismo tiempo. El pretor urbano Marco Sergio las leyó al senado, y después, con autorización del senado, las leyó al pueblo. Se decretaron cuatro días de pública acción de gracias.

Por entonces había comenzado ya el 32

*Oriente:
negociaciones
de paz
con Filipo*

invierno y Tito Quincio, una vez tomada Elacia, había dispuesto los cuarteles de invierno en la Fócide y la Lócride. Entonces se originó un enfrentamiento in-

terno en Opunte: un sector llamaba a los etolios, que 2
estaban más cerca, y el otro a los romanos. Llegaron 3
primero los etolios, pero la otra facción, más poderosa,
no les dejó entrar, envió un mensaje al general romano
y mantuvo controlada la ciudad hasta la llegada de éste.
La ciudadela estaba ocupada por una guarnición del rey, 4
y ni las amenazas de los opuncios ni la autoridad del general romano consiguieron que la abandonaran. El ataque 5
no fue inmediato debido al retraso que supuso la llegada
de un parlamentario con caduceo enviado por el rey para
solicitar lugar y fecha para una entrevista. Se accedió a 6
la petición del rey con cierta renuencia, no porque Quincio
no deseara dar la impresión de haber resuelto la guerra
en parte con las armas y en parte con negociaciones;
aún no sabía, en efecto, si se enviaría a uno de los nuevos 7
cónsules para relevarle o si se le prorrogaría el mando
—cosa que sus amigos y allegados intentarían por todos
los medios por encargo suyo—; por otra parte, estaba 8
convencido de que una entrevista le vendría bien para tener
la posibilidad de inclinar la situación hacia la guerra,
si él se quedaba, o hacia la paz, si tenía que irse. El lugar 9
elegido fue la playa del golfo Malíaco cerca de Nicea. El
rey se desplazó allí desde Demetriadé con cinco lanchas

10 y una nave de espolón; lo acompañaban dos importantes
macedonios y un exiliado aqueo, Ciclíadas, notable perso-
11 naje. Con el general romano estaban Aminandro; Dionisodoro, en representación de Átalo; Acesímbroto, comandante de la flota rodia; Feneas ²¹⁵, jefe etolio, y dos aqueos,
12 Aristeno y Jenofonte. Escoltado por ellos el romano se adelantó hasta la orilla, y cuando el rey avanzó hasta la
13 proa de la nave, que estaba anclada, le dijo: «Si saltas a tierra, desde cerca hablaremos y nos oiremos con mayor comodidad el uno al otro». Como el rey manifestó que no pensaba hacerlo, Quincio preguntó: «¿De quién tienes miedo, pues?» El otro replicó, en el tono altivo de los
14 reyes: «No temo a nadie en absoluto, salvo a los dioses inmortales; pero no me fío de la buena fe de todos los que veo a tu alrededor, y de los etolios de los que menos».
15 «Ése, dijo el romano, es un riesgo que corre todo el que acude a una entrevista con el enemigo si no hay buena
16 fe». «Sin embargo, Tito Quincio, replicó el rey, no son equiparables Filipo y Feneas como recompensa a la mala fe si se actúa a traición, pues no tendrán las mismas dificultades los etolios para encontrar otro pretor que los macedonios para encontrar un rey con que sustituirme.»

33 Tras estas palabras se hizo el silencio, pues el romano consideraba lógico que hablase primero quien había pedido la entrevista, y el rey pensaba que correspondía hablar antes al que dictaba las condiciones de paz, no al que las recibía. Por fin el romano dijo que su discurso era muy simple, pues iba a exponer las condiciones sin cuyo cumplimiento no habría posibilidad alguna de paz: el rey tenía que retirar sus guarniciones de todas las ciudades griegas, devolver a los aliados del pueblo romano los prisione-

²¹⁵ *Strategós* en 198 y 192.

ros y desertores, devolver a los romanos las localidades de Iliria que hubiera ocupado después del acuerdo de paz hecho en el Epiro, y devolverle a Tolomeo, rey de Egipto, ⁴ las ciudades que había tomado después de la muerte de Tolomeo Filópator; éstas eran las condiciones suyas y del pueblo romano, pero era justo que se oyeran también las demandas de los aliados. El representante del rey Átalo ⁵ reclamó las naves y los prisioneros capturados en la batalla naval de Quíos ²¹⁶, y la restitución a su primitivo estado del Niceforio y el templo de Venus que había expoliado y devastado. Los rodios reclamaban la Perea —comarca ⁶ continental, dominada por ellos desde muy antiguo, situada enfrente de su isla—, y pedían la retirada de las guarniciones de Jaso, de Bargilias y de la ciudad de los euromenes ²¹⁷, y de Sesto y Abidos en el Helesponto; la devolu- ⁷ ción de Perinto a los bizantinos de acuerdo con la fórmula de sus antiguos derechos; y la apertura de todos los mercados y puertos de Asia. Los aqueos reclamaban Corinto ⁸ y Argos. Después que intervino el pretor de los etolios Feneas pidiendo casi lo mismo que los romanos —la retirada de Filipo de Grecia, y la devolución a los etolios de las ciudades que anteriormente habían estado bajo su jurisdicción—, habló Alejandro, un notable etolio tenido por ⁹ hombre elocuente entre los suyos. Dijo que llevaba largo ¹⁰ rato callado no porque pensase que aquella entrevista iba a dar algo de sí sino por no interrumpir a alguno de los aliados en uso de la palabra; Filipo no era sincero cuando negociaba la paz, ni había demostrado nunca verdadero valor en la guerra; en las negociaciones tendía trampas y

²¹⁶ De 201 (cf. POLIBIO XVI 2-9).

²¹⁷ Tomadas todas ellas en el año 201, y Sesto en el 200. Perinto, tal vez en el 202.

11 se mantenía al acecho, y en la guerra no se enfrentaba
en terreno abierto ni combatía en batalla campal sino que
incendiaba y saqueaba las ciudades al batirse en retirada:
12 vencido, destruía el premio de los vencedores; sin embargo,
no era así como habían actuado los antiguos reyes macedo-
nios, sino que solían hacer la guerra en el campo de
batalla y respetar en lo posible las ciudades para tener un
13 imperio más floreciente; pero ¿qué estrategia era aquella
de destruir los objetivos por los que se combate no dejan-
14 do tras de sí más que la guerra? En Tesalia el año ante-
rior Filipo había arrasado más ciudades que todos los ene-
15 migos que Tesalia había tenido jamás; incluso a los pro-
pios etolios les había causado mayores pérdidas como alia-
do que como enemigo: había tomado Lisimaquia después
16 de echar al pretor y la guarnición etolia; había destruido
y arruinado completamente Cíos, ciudad igualmente de su
jurisdicción; de la misma forma traicionera tenía en su po-
der Tebas, Ptía, Equino, Larisa y Fársalo.

34 Alterado por las palabras de Alejandro, Filipo acercó
2 más a tierra la nave para que se le oyese mejor y cuando
había comenzado a hablar, contra los etolios especialmen-
te, Feneas lo interrumpió bruscamente diciendo que no era
cuestión de palabras, que había que vencer en la guerra
3 o bien obedecer a los que eran superiores. «Eso es evidente
hasta para un ciego» dijo Filipo ironizando con una afec-
ción de la vista de Feneas, pues era por naturaleza más
mordaz de lo conveniente en un rey y ni siquiera en los
4 momentos graves controlaba el humor. A continuación
comenzó a mostrar su indignación por el hecho de que
los etolios, igual que los romanos, le exigían que se retirase
de Grecia, ellos que no eran capaces de decir cuáles eran
las fronteras de Grecia, pues dentro de la propia Etolia
no pertenecían a Grecia los agreos, los apódotos ni los an-

filocos, o sea, una parte muy importante de los etolios. «¿O es que tienen razón al quejarse de que yo no he res- 5
petado a sus aliados, cuando ellos mismos hacen ley de su
inveterada costumbre de permitir que su juventud combata
contra sus propios aliados con el simple expediente de que
no medie autorización oficial, y con mucha frecuencia dos
ejércitos enfrentados tienen uno y otro tropas auxiliares
etolias? Y yo no asalté Cíos, sino que colaboré en su 6
asedio con mi aliado y amigo Prusias²¹⁸; liberé Lisima-
quia de los tracios, y si hoy éstos la tienen en su poder
es porque me vi obligado a desatender su defensa para aten-
der a esta guerra. Esto por lo que se refiere a los etolios. 7
En cuanto a Átalo y los rodios, en estricta justicia nada
les debo, pues no fui yo sino ellos quienes dieron origen
a la guerra. Ahora bien, en honor a los romanos devolveré 8
Perea a los rodios y a Átalo las naves con los prisioneros
que se encuentren. Por lo que se refiere, pues, al Niceforio 9
y la restauración del templo de Venus, ¿qué otra cosa 10
puedo responder a los que hacen tales demandas sino que
estoy dispuesto a correr con los gastos de una nueva plan-
tación, única forma en que se pueden restaurar los bos-
ques y arboledas taladas? Éstas son las demandas y las
respuestas que los reyes tienen a bien hacerse mutuamen-
te». La última parte de su discurso fue dirigida contra 11
los aqueos; en ella comenzó recordando los motivos de gra-
titud de este pueblo en primer lugar para con Antígono,
y en segundo lugar para con él mismo, y luego mandó
dar lectura a los decretos en los que se recogían todos los
honores divinos y humanos, y les echó en cara el decreto 12
reciente con que habían roto con él. Y después de atacar
con dureza su falta de lealtad dijo que a pesar de todo

²¹⁸ Prusias I de Bitinia.

13 estaba dispuesto a devolverles Argos, y en cuanto a Corinto, que lo trataría con el general romano y al mismo tiempo le preguntaría si le parecía justo que tuviera que retirarse no sólo de las ciudades que había tomado y ocupaba por derecho de guerra sino también de aquellas que había recibido de sus antepasados.

35 Los aqueos y los etolios se disponían a contrarreplicar, pero como el sol estaba próximo al ocaso se pospuso la entrevista para el día siguiente; Filipo regresó a la base de donde había partido, y

*Segundo
encuentro.
Embajada
al senado romano*

2 los romanos y sus aliados retornaron al campamento. Al día siguiente, Quincio llegó a Nicea —pues éste era el lugar convenido— a la hora prefijada; pasaron varias horas y Filipo no daba señales de vida, ni él ni mensajero alguno, y ya no se contaba con que fuera a venir cuando de pronto
3 aparecieron las naves. Él aseguraba que había dedicado el día entero a reflexionar, pues las exigencias presentadas eran graves e injustas, y no había llegado a una conclusión;
4 pero todos estaban convencidos de que había dejado a propósito el encuentro para última hora con el objeto de que los aqueos y los etolios no tuvieran tiempo para repli-
5 car, opinión que él mismo confirmó al pedir que se retiraran los demás y se le permitiera entrevistarse a solas con el general romano para no perder el tiempo en discusiones
6 y poder llegar a alguna conclusión. En un principio no
7 se aceptó esta petición para que no pareciera que los aliados quedaban al margen de la entrevista; después, como insistía en su solicitud, por acuerdo entre todos se retiraron los demás y el general romano se adelantó hasta el final de la playa con el tribuno militar Apio Claudio ²¹⁹.

²¹⁹ Nerón, el pretor de 195.

El rey bajó a tierra con los dos acompañantes de la vís- 8
pera. Allí hablaron en privado durante algún tiempo, y
no se sabe con certeza qué información llevó Filipo a los
suyos acerca de lo tratado. Quincio informó a los aliados 9
de que Filipo cedía a los romanos toda la costa de Iliria,
y devolvía los desertores y prisioneros que hubiera; a Átalo 10
le devolvía las naves y las tripulaciones capturadas con ellas,
y a los rodios la región llamada Perea, pero no pensaba
retirarse de Jaso y Bargilias; a los etolios les devolvía Fár- 11
salo y Larisa, pero no Tebas; a los aqueos les dejaba libre
tanto Argos como Corinto. Esta concreción de los sitios 12
que dejaría y de los que no dejaría no gustaba a nadie
en absoluto, pues así se perdía más que se ganaba, y si 13
no retiraba de toda Grecia sus guarniciones nunca iban
a faltar motivos de conflictos.

Como todos gritaban a cuál más desde toda la asam- 36
blea expresando estas razones, las voces llegaron incluso
a oídos de Filipo, que se encontraba lejos. Pidió, pues, 2
a Quincio que aplazase todo el asunto para el día siguiente,
que con toda seguridad le convencería o se dejaría con-
vencer. Se eligió como lugar de la entrevista la costa cerca-
na a Tronio, y allí se presentaron puntualmente. En la 3
entrevista, Filipo comenzó rogando a Quincio y a todos
los presentes que no desbarataran las expectativas de paz,
y concluyó pidiendo un plazo para poder enviar embaja- 4
dores a Roma, al senado: o bien conseguiría la paz en las
condiciones expresadas, o bien aceptaría cualquier condi-
ción de paz que pusiera el senado. Esta propuesta no 5
les gustaba nada a los otros, pues pensaban que su único
objetivo era un aplazamiento con que ganar tiempo para
reunir tropas; Quincio en cambio decía que esto sería 6
cierto si fuese verano, época de operaciones militares, pero
ahora que se acercaba el invierno no se perdía nada dando

7 tiempo para el envío de embajadores, pues sin el refrendo del senado ninguno de los acuerdos a los que ellos llegaran con el rey tendría validez, y se podía aprovechar el obligado paréntesis bélico que imponía el invierno para sondear
8 la voluntad del senado. Los otros jefes aliados se inclinaron también a favor de esta idea; se concedió una tregua de dos meses, y acordaron enviar también ellos un embajador cada uno para poner sobre aviso al senado a fin de
9 que no cayera en una trampa del rey. Al acuerdo de tregua se añadió una cláusula estipulando que las guarniciones del rey se retirarían inmediatamente de la Fócide y la Lócride. Quincio, por su parte, envió a Aminandro, rey de los atamanes, junto con los embajadores aliados para dar mayor relieve a la embajada, así como a Quinto Fabio —hijo de una hermana de su mujer—, y a Quinto Fulvio y Apio Claudio.

37 Una vez llegados a Roma se dio audiencia a los embajadores de los aliados antes que a los del rey. El resto de su discurso lo emplearon en invectivas contra el rey, pero
2 lo que llamó especialmente la atención de los senadores fueron sus explicaciones acerca de la geografía marítima
3 y terrestre de la zona, de las cuales se desprendía con claridad para todos que si el rey retenía Demetríade en
4 Tesalia, Calcis en Eubea, y Corinto en Acaya, Grecia no podría ser libre, tanto que el propio Filippo, con no menos acierto que insolencia, llamaba a estas plazas los grilletes
5 de Grecia. A continuación fueron introducidos los embajadores del rey; iniciaron un largo discurso, y cortó su intervención una simple pregunta: ¿estaba el rey dispuesto a retirarse de aquellas ciudades? Contestaron que no se les habían dado instrucciones expresas al respecto. Así, sin que se formalizara acuerdo de paz, fueron despedidos los embajadores del rey y se dejó a libre criterio de Quincio la

decisión acerca de la paz o la guerra. Cuando éste tuvo 6 la certeza de que el senado no estaba cansado de la guerra, como él deseaba más la victoria que la paz, a partir de ese momento no le concedió ninguna entrevista a Filipo y declaró que no pensaba recibir más embajada que la que anunciase que se retiraba de toda Grecia.

*Nabis
toma Argos
y busca
la alianza
con Roma*

Filipo comprendió que habría que re- 38
solver la cuestión en el campo de batalla y que precisaba concentrar bajo su mando fuerzas traídas de todas partes. Especialmente preocupado por las ciudades de Acaya, región muy lejana para él, y más preocupado por Argos que por Corinto, pensó que lo mejor era con- 2
fiársela como en usufructo a Nabis, tirano de los lacedemonios, de forma que si él resultaba vencedor se la devolviera, y si las cosas salían mal se quedara con ella. Escribió pues a Filocles, que gobernaba Corinto y Argos, para que se entrevistara personalmente con el tirano. Filocles, que se presentó llevando un presente, añadió 3
que además el rey quería unir en matrimonio a sus hijas con los hijos de Nabis como prenda de su futura amistad con el tirano. El tirano al principio afirmaba que sólo 4
aceptaría aquella ciudad si los propios argivos lo llamaban oficialmente en ayuda de la misma; luego, cuando se enteró 5
de que en una concurrida asamblea habían despreciado e incluso execrado el nombre del tirano, pensó que había encontrado una coartada para expoliarlos e indicó a Filocles que le entregara la ciudad cuando quisiera. Durante 6
la noche y sin que nadie se enterara se le franqueó al tirano la entrada en la ciudad; al amanecer las zonas altas estaban ocupadas y se cerraron las puertas. Algunos ciuda- 7
danos importantes escaparon aprovechando la confusión de los primeros momentos, y las fortunas de los que se

habían ausentado fueron saqueadas; a los que se habían quedado se les confiscó el oro y la plata y se les exigieron grandes sumas de dinero. A quienes hicieron la entrega sin demora se les dejó marchar sin insultos ni malos tratos físicos; los que infundieron sospechas de que ocultaban todo o una parte fueron maltratados y torturados como si fueran esclavos. Después convocó asamblea y promulgó dos disposiciones referentes una a la cancelación de las deudas y otra a la distribución de tierras a cada ciudadano: las dos teas con que los revolucionarios inflaman a la plebe en contra de la aristocracia.

Una vez en su poder la ciudad de Argos, el tirano olvidó por completo de quién había recibido la ciudad y con qué condición y envió emisarios a Quincio que estaba en Elacia y a Átalo que invernaba en Egina para informarlos de que Argos estaba en su poder y que estaba seguro de llegar a un acuerdo total con Quincio si éste acudía allí para una entrevista. Con la intención de quitarle también a Filipo aquella posición defensiva, Quincio dijo que iría, y mandó aviso a Átalo para que saliera de Egina a encontrarse con él en Sición. Con las diez quinquerremes que precisamente aquellos días había traído su hermano Lucio Quincio de la base de Corcira él cruzó de Antícira a Sición. Aquí se encontraba ya Átalo; éste le dijo que era el tirano quien debía presentarse ante el general romano y no el romano ante el tirano, y convenció a Quincio para que no fuera a la ciudad misma de Argos. No lejos de la ciudad hay una localidad llamada Micénica; se acordó que se celebrara allí la reunión. Quincio acudió con su hermano y varios tribunos militares, Átalo con su séquito real, y el pretor de los aqueos Nicóstrato²²⁰ lo hizo

²²⁰ *Strategós* en 198.

acompañado de un reducido número de auxiliares. Allí se 8
encontraron al tirano esperándolos con todas sus tropas.
Armado y escoltado por un cuerpo de guardia armado se
adelantó hasta el centro de la explanada que los separaba.
Quincio, junto con su hermano y dos tribunos militares,
iba desarmado, y también iba desarmado el rey, al que
flanqueaban el pretor de los aqueos y unos de sus dignata-
rios. Comenzó a hablar el tirano disculpándose por haber 9
acudido a la entrevista armado y escoltado por hombres
armados, mientras que al general romano y al rey los veía
desarmados; no es que tuviera miedo de ellos, en efecto,
sino de los exiliados argivos. Cuando a continuación se 10
comenzó a negociar acerca de las condiciones para una
alianza, el romano pedía dos cosas: una, que pusiera fin 11
a la guerra contra los aqueos, y la otra, que mandase con
él tropas auxiliares contra Filipo. Dijo que las mandaría,
y en cuanto a la paz con los aqueos consiguió una tregua
hasta que finalizara la guerra con Filipo.

A propósito de Argos el rey Átalo suscitó una nueva 40
discusión acusando a Nabis de estar ocupando por la fuer-
za la ciudad entregada a traición por Filocles, mientras que
él se defendía diciendo que había sido llamado por los pro-
pios argivos. El rey pedía una asamblea de los argivos 2
para poder aclarar este punto, y el tirano no se oponía.
Pero el rey decía que había que asegurar la libertad de
la asamblea retirando de la ciudad la guarnición, y así,
sin la injerencia de los lacedemonios, revelaría cuál era la
voluntad de los argivos; y el tirano dijo que no la retira- 3
ría. No se encontró una salida a este contraste. La entre- 4
vista se disolvió tras la entrega de seiscientos cretenses al
romano por parte del tirano y la formalización de una tre-
gua de cuatro meses entre el pretor de los aqueos Nicóstra-
to y el tirano de los lacedemonios.

5 Quincio partió de allí hacia Corinto y se acercó a la
puerta con la cohorte de cretenses para que Filocles, el
prefecto de la ciudad, tuviera la evidencia de que el tirano
6 había abandonado a Filipo. Filocles acudió a entrevistarse
también personalmente con el general romano, y cuando
éste lo instó a que cambiase de bando de inmediato y en-
tregase la ciudad, dio una respuesta que parecía más un
7 aplazamiento de la decisión que una negativa. Quincio mar-
chó de Corinto a Antícira, y desde allí envió a su hermano a
8 tantear al pueblo de los acarnanes. Átalo marchó de
Argos a Sición. Allí la ciudad añadió nuevos honores a
los ya concedidos al rey, y éste, que ya en una ocasión
anterior había rescatado para ellos con una fuerte suma
9 de dinero el terreno sagrado de Apolo, también esta vez,
para no pasar por la ciudad aliada y amiga sin dejar algu-
na muestra de munificencia, hizo una donación de diez
talentos de plata y diez mil medimnos de trigo, hecho lo
10 cual retornó a sus naves a Cencreas. Nabis, por su parte,
reforzó la guarnición de Argos y después regresó a Lacede-
monia. Como a los hombres de Argos los había despojado
11 él, para despojar a las mujeres envió a su esposa. Ésta,
a base de invitar a las damas distinguidas, individualmente
en unos casos y por grupos afines en otros, con buenas
maneras o con amenazas las dejó sin oro y al final hasta
sin las ropas y todos los artículos de belleza femeninos.

LIBRO XXXIII

SINOPSIS

AÑO 197 a. C.

Ocupación de Tebas. Alianza de los beocios con Roma (1 - 2).

Pasos previos a la batalla de Cinoscéfalas (3 - 7).

Cinoscéfalas (8 - 10).

Embajada y sumisión de Filipo. Discusiones en la asamblea de los aliados (11 - 13).

Acción en Corinto. Derrota de los macedonios. Rendición de los acarnanes (14 - 17).

Rodios, dárdanos, Antíoco. Muerte de Átalo (18 - 21, 5).

Insurrección en Hispania. Roma: triunfo disputado (21, 6 - 23).

AÑO 196 a. C.

Elecciones. Ratificación del acuerdo de paz con Filipo. Mandos y ovación (24 - 27, 5).

Problemas con los beocios: episodio de Braquiles (27, 5 - 29).

Condiciones de la paz con Filipo: reacciones de etolios y griegos (30 - 33).

Advertencias a Antíoco. Remate de la guerra con Filipo (34 - 35).

Acciones militares en Etruria y en la Galia. Triunfo del cónsul Marcelo (36 - 37).

Antíoco: operaciones, conferencia, desastre de la flota (38 - 41).

AÑO 195 a. C.

Roma: nombramientos, mandos, noticias de Hispania (42 - 44).

El fantasma de Aníbal. Huida de Cartago al encuentro de Antíoco (45 - 49).

- 1 *Ocupación* Esto fue lo que ocurrió durante el in-
 de Tebas. vierno. A comienzos de la primavera ²²¹,
 Alianza Quincio, deseoso de someter a su domi-
 de los beocios nio al pueblo beocio que hasta entonces
 con Roma se había mantenido indeciso en una acti-
 tud vacilante, llamó a Átalo a Elacia, avanzó a través de
 la Fócide, y acampó a cinco millas de Tebas ²²², la capital
 2 de Beocia. Desde allí, al día siguiente se dirigió a la ciudad
 con los soldados de un solo manípulo, con Átalo, y con
 las numerosas delegaciones que habían acudido de todas
 partes, dejando orden de que lo siguieran a una milla de
 distancia los *hastati* de una legión, que eran unos dos mil
 3 hombres. Aproximadamente a mitad de camino salió a su
 encuentro el pretor de los beocios, Antífilo; el resto de
 la población observaba desde las murallas la llegada del
 4 general romano y del rey. Eran escasas las armas y pocos
 los soldados que se veían en torno a éstos; la revueltas
 del camino y los valles que había en medio ocultaban a
 5 los *hastati* que los seguían de lejos. A medida que se
 iba acercando a la ciudad, Quincio caminaba más despa-
 cio, como para saludar a las gentes que salían a su encuen-
 tro, pero el motivo de retrasarse era dar tiempo a los *has-*
 6 *tati* para que le dieran alcance. Como iba mucha gente

²²¹ Del año 197.

²²² Primera mención que hace Livio a la Tebas de Beocia, la ciudad refundada por Casandro en 316.

delante del lictor, los habitantes de la plaza no avistaron a la columna de hombres armados que venía detrás a toda prisa hasta que se llegó al lugar de recepción del general. Entonces quedaron todos paralizados como si la ciudad 7 hubiese sido entregada a traición por el pretor Antífilo y tomada; era evidente, por otra parte, que no le quedaba ninguna libertad de decisión a la asamblea de los beocios convocada para el día siguiente. Ocultaron un malestar 8 que hubiera sido inútil y arriesgado poner de manifiesto.

En la asamblea fue Átalo el primero en hablar. Había 2 comenzado a recordar los buenos servicios prestados por sus antepasados y por él a toda Grecia en general y a los beocios en particular, cuando, demasiado viejo y débil como 2 para soportar los esfuerzos del discurso, se quedó sin habla y se desplomó. La asamblea quedó interrumpida momentáneamente mientras se llevaban al rey, afectado por una parálisis parcial, y le ayudaban a recuperarse. Después 4 habló Aristeno, el pretor de los aqueos, y sus palabras tuvieron tanto mayor eco por cuanto hacía a los beocios las mismas recomendaciones que había hecho a los aqueos. El propio Quincio añadió algunas palabras poniendo énfasis 5 más en la lealtad de los romanos que en sus armas o su poderío. A continuación, Dicearco de Platea presentó 6 y leyó una propuesta referente a la formalización de una alianza con Roma; nadie se atrevió a pronunciarse en contra, y fue admitida y aprobada con el voto de todas las ciudades de Beocia. Una vez disuelta la asamblea Quincio 7 se quedó en Tebas sólo el tiempo requerido por el inesperado achaque de Átalo; en cuanto se estimó que la enfermedad no entrañaba un peligro inmediato para su vida sino que se trataba de un debilitamiento físico, lo dejó para que se le prodigaran los cuidados necesarios y retornó a Elacia, de donde había partido. Una vez incorporados 9

también los beocios a la alianza, como antes los aqueos, y puesto que a su espalda quedaba asegurada y pacificada toda la zona, sus pensamientos se centraban ahora por entero en Filipo y la guerra aún pendiente.

3 También Filipo, una vez de vuelta de
Pasos previos Roma los embajadores sin ninguna pers-
a la batalla pectiva de paz, a comienzos de la prima-
de Cinoscéfalos vera decidió hacer una leva en todas las
 ciudades de su reino en vista de la gran

2 escasez de jóvenes. En efecto, las guerras ininterrumpidas
 durante muchas generaciones habían diezclado a los mace-
 3 donios y durante su propio reinado era considerable el
 número de caídos tanto en los combates navales contra
 Átalo y los rodios como en los terrestres contra los roma-
 4 nos. De modo que movilizaba jóvenes reclutas desde los
 dieciséis años y llamaba de nuevo a filas a algunos que
 habían cumplido el servicio de las armas sólo con que con-
 5 servaran algo de su antigua fortaleza física. Así completó
 su ejército, y después del equinoccio de primavera concen-
 tró todas sus tropas en Dío ²²³, donde estableció su cam-
 pamento permanente y aguardaba al enemigo entrenando
 6 a diario a sus soldados. Quincio, por su parte, salió de
 Elacia aproximadamente por las mismas fechas y llegó a
 7 las Termópilas atravesando Tronio y Escarfea ²²⁴. Allí se
 detuvo esperando a la celebración de la asamblea de los
 etolios convocada en Heraclea para debatir el número de
 tropas auxiliares con que colaborarían con los romanos en
 8 la guerra. Conocida la decisión de los aliados, dejó Hera-
 clea avanzando hacia Xinias y al tercer día acampó en la
 frontera entre los enianes y los tesalios, a la espera de los

²²³ Junto al monte Olimpo, por su cara norte.

²²⁴ En el golfo Malíaco, al oeste de Tronio.

refuerzos etolios. Éstos no se hicieron esperar en absoluto; 9 capitaneados por Feneas llegaron seis mil hombres de a pie con cuatrocientos de a caballo. Quincio, para que no quedase duda acerca del objeto de su espera, se apresuró a levantar el campamento. Cuando entró en territorio de 10 la Ftiótide se unieron a él quinientos gortinios de Creta comandados por Cidante y trescientos apoloniatas con un armamento similar, y también, no mucho después, Aminandro con mil doscientos atamanes de infantería.

Enterado de que los romanos habían partido de Elacia, 11 Filipo, consciente de la proximidad de la batalla decisiva, consideró que había que dirigir unas palabras de aliento a sus hombres; les habló del valor de los antepasados 12 tantas veces recordado y de la gloria militar de los macedonios, y después llegó al punto que mayores temores suscitaba en sus ánimos en aquel momento y a aquello que podía despertar en ellos algún motivo de esperanza.

A la derrota sufrida en los desfiladeros del río Áoo 4 contraponía la de los romanos, repelidos a viva fuerza por dos veces en Atrage por la falange macedonia. Además, 2 la culpa de que no hubieran retenido el paso del Epiro que tenían ocupado había sido en primer lugar de los que habían descuidado la vigilancia, y en segundo lugar, ya 3 durante el combate, de la infantería ligera y de los soldados mercenarios; en cambio la falange de los macedonios se había mantenido entonces y siempre se mantendría invicta en terreno llano y en batalla regular. Consta esta 4 de dieciséis mil hombres, lo más selecto de todas las tropas de su reino. Además estaban los dos mil *caetrati*, que ellos llaman peltastas, e igual número —dos mil en cada caso— de tracios e ilirios (el pueblo de los llamados trales), y unos mil quinientos auxiliares mercenarios y dos mil 5 jinetes, mezcla de muchos pueblos. Con estas tropas espe-

6 raba el rey al enemigo. Los romanos tenían aproximadamente el mismo número de hombres, sólo lo rebasaban en aquel momento en los efectivos aportados por los etolios.

5 Quincio trasladó su campamento de Ftiótide a Tebas, y abrigando la esperanza de que se le entregase la ciudad por obra de Timón, el ciudadano más importante, se acercó a las murallas con un reducido número de jinetes y soldados de armamento ligero. En este caso sus esperanzas se vieron frustradas hasta el extremo de que no sólo tuvo que combatir contra los habitantes de la ciudad que hicieron una salida, sino que además hubiera corrido un grave peligro de no haber llegado a tiempo para ayudarle tropas de infantería y caballería sacadas rápidamente del campamento. En vista de que no se cumplían en absoluto las esperanzas concebidas un poco a la ligera, de momento renunció a un intento sobre la ciudad en el que había que emplearse más a fondo; sabedor, por otra parte, de que el rey se encontraba ya en Tesalia, pero desconociendo aún a qué parte se había dirigido, envió a los soldados por los campos con la orden de cortar y preparar estacas para la empalizada.

5 Tanto los macedonios como los griegos utilizaron la empalizada, pero no adaptaron su utilización ni para facilitar el transporte ni para asegurar la fortificación en sí, 6 pues talaban árboles demasiado grandes y con demasiadas ramas como para que pudiera transportarlos un soldado armado, y cuando los hincaban formando una barrera en torno al campamento era fácil derribar la empalizada. 7 En efecto, como los troncos de los árboles de gran tamaño se alzaban distanciados unos de otros, y sus numerosas 8 y fuertes ramas ofrecían fácil asidero, el esfuerzo de dos o como mucho tres jóvenes bastaba para arrancar un tronco, y una vez arrancado uno, inmediatamente quedaba

abierto un espacio como una puerta y no tenían a mano con qué taponarlo. Los romanos cortan palos ligeros, la 9 mayoría de ellos bifurcados o con tres o a lo sumo cuatro ramas, de forma que un soldado puede llevar sin dificultad varios a la vez, portando además las armas colgadas a la espalda. Y los hincan tan juntos y entrecruzan sus ramas 10 de tal forma que no se puede distinguir a qué tronco pertenece cada rama y viceversa; además, las ramas están tan 11 aguzadas y se entrelazan unas con otras de tal manera que no dejan hueco para meter la mano, no siendo posible ni asir ni tirar, pues las ramas entrecruzadas se sostienen unas 12 a otras; y si por casualidad una estaca resulta arrancada no abre mucho hueco y además es muy fácil poner otra en su lugar.

Quincio, al día siguiente, hizo una pequeña marcha 6 portando los soldados las estacas para la empalizada con el fin de estar listos para plantar el campamento en cualquier lugar; hizo alto a unas seis millas de Feras y envió 2 patrullas de reconocimiento para averiguar en qué parte de Tesalia se encontraba el enemigo y cuáles eran sus planes. El rey estaba en las cercanías de Larisa ²²⁵, e infor- 3 mado a su vez de que el romano se había desplazado de Tebas a Feras, deseoso a su vez de un combate que decidiera cuanto antes, encaminó su marcha directamente hacia el enemigo y acampó a cuatro millas de Feras aproximadamente. Al día siguiente salieron tropas ligeras de 4 uno y otro campamento para tomar las colinas que dominan la ciudad; cuando estaban más o menos a la misma distancia de la cima que debían ocupar, se avistaron mutuamente; hicieron alto y enviaron mensajeros de vuelta 5 al campamento a preguntar qué debían hacer, dado que

²²⁵ La de Tesalia.

- se habían encontrado inesperadamente con el enemigo, y se mantuvieron a la espera sin realizar ningún movimiento.
- 6 Aquel mismo día fueron llamados de vuelta al campamento sin que se entablara ningún combate. Al día siguiente hubo un combate ecuestre al pie de las mismas colinas en el que fueron puestos en fuga y rechazados hasta el campamento los hombres del rey, a lo cual contribuyeron de
- 7 modo especial los etolios. Para el desarrollo de la acción constituyeron un serio obstáculo para unos y otros los numerosos árboles plantados en aquel terreno, los huertos —cosa corriente en los alrededores de una ciudad—, y los
- 8 tapias. Consiguientemente, los dos generales tomaron la misma decisión: salir de aquella comarca; y como si se hubiesen puesto de acuerdo se dirigieron ambos a Escotusa, Filipo con la esperanza de abastecerse allí de trigo, y el romano con la intención de adelantarse al enemigo y arrui-
- 9 narle las cosechas. Marcharon durante el día entero sin que en ningún sitio se avistaran entre sí las columnas porque los separaba una serie ininterrumpida de colinas.
- 10 Acamparon los romanos cerca de Eretria, en territorio de la Ftiótide, y Filipo a orillas del río Onquesto. Tampoco
- 11 al día siguiente, cuando Filipo emplazó su campamento en un lugar llamado Melambio en territorio de Escotusa y Quincio en las cercanías de Tetideo, en tierras de Farsalia, supieron con certeza ni unos ni otros dónde se encon-
- 12 traba el enemigo. Al tercer día cayó un chaparrón seguido de una niebla densa como la noche que mantuvo a los romanos inactivos por miedo a una emboscada.
- 7 Filipo quería apresurar la marcha y dio orden de ponerse en camino sin asustarse lo más mínimo por las nubes que habían descendido hasta tierra después de la lluvia.
- 2 Pero la niebla que oscurecía el día era tan espesa que no

veían ni los portaestandartes el camino ni los soldados las enseñas, y la columna iba de un lado a otro desconcertada entre los gritos inciertos como si se hubiese extraviado en la noche. Después de rebasar las colinas llamadas Cinos- 3 céfalas ²²⁶, donde dejaron un fuerte destacamento de infantería y caballería, acamparon. El romano permanecía 4 en el mismo campamento de Tetideo; sin embargo envió diez escuadrones de caballería y un millar de hombres de infantería a averiguar dónde se encontraba el enemigo, advirtiéndoles que fuesen atentos a las emboscadas que la oscuridad del día podría propiciar incluso en parajes abier- 5 tos. Cuando llegaron a las colinas ocupadas, ellos y los enemigos se asustaron mutuamente y quedaron como paralizados. Después enviaron mensajes a sus jefes a los cam- 6 pamentos y cuando se serenó la primera reacción de pánico provocada por el inesperado encuentro no tardaron mucho en entablar combate. En un principio se enzarzaron 6 en una refriega unos pocos que se adelantaron a la carrera; luego, al sumarse más hombres para apoyar a los que eran rechazados, la pelea se amplió. Los romanos, claramente inferiores, enviaban un mensajero tras otro a su general diciendo que se encontraban en un aprieto. Inmediata- 7 mente se enviaron quinientos hombres de caballería y dos mil de infantería, etolios en su mayoría, con dos tribunos militares, y reequilibraron un combate que se decantaba en contra; la suerte cambió, y los macedonios, ahora en 8 apuros, pedían ayuda al rey por medio de mensajeros. El rey, que lo último que esperaba era un combate debido a la niebla que se había extendido aquel día, había manda- 9 do a forrajear a buena parte de sus hombres, de todas

²²⁶ El pasaje de POLIBIO que sirve de fuente para la batalla de Cinoscéfalas es XVIII 19-27.

las armas, y quedó algún tiempo desconcertado sin saber
9 qué decisión tomar. Luego, como los mensajeros insistían
y la niebla había dejado al descubierto las cimas de los
montes y se podía ver que los macedonios, rechazados has-
ta la cima que más sobresalía entre el resto, se defen-
10 dían gracias a la posición más que con las armas, pensó
que era preciso correr el albur de un enfrentamiento decisi-
vo, pasara lo que pasara, para no perder una parte de sus
11 fuerzas por dejarla indefensa, y envió al jefe de los mer-
cenarios, Atenágoras, con todas las tropas auxiliares ex-
cepto los tracios, y con la caballería macedonia y tesalia.
12 Al llegar éstos, los romanos fueron desalojados de la colina
y no se detuvieron hasta llegar a la parte más llana del
13 valle. Si no se lanzaron a una huida desenfrenada fue
sobre todo gracias a la labor defensiva de la caballería eto-
lia. Éstos eran entonces, con gran diferencia, los mejores
jinetes de Grecia; en cambio en infantería les ganaban los
pueblos vecinos.

8 Las noticias del combate, pues de él
llegaban un hombre tras otro diciendo a
Cinoscéfalas gritos que los romanos huían despavori-
dos, eran más halagüeñas que la realidad,
2 y decidieron sacar todas sus tropas al
campo de batalla a un Filipo que se mostraba renuente
e indeciso y decía que era una imprudencia, que no le pa-
3 recían ni el lugar ni el momento apropiados. Lo mismo
hizo el romano, empujado más por lo inevitable que por
lo oportuno de la batalla. Colocó los elefantes delante de
las enseñas, dejó el ala derecha como reserva, y con la
izquierda avanzó frente al enemigo con todas las tropas
4 ligeras, al tiempo que recordaba a sus hombres que iban
a pelear contra los mismos macedonios a los que habían
derrotado en el campo de batalla superando las dificulta-

des de la naturaleza del terreno, tras desalojarlos de las gargantas del Epiro donde estaban protegidos por montes y ríos ²²⁷; los mismos a los que habían vencido ya antes ²²⁸, ⁵ a las órdenes de Publio Sulpicio, cuando tenían ocupado el acceso a Eordea; que era la fama, y no la fuerza, lo que había mantenido al reino de Macedonia en pie, y al final también esa fama se había desvanecido. Entretanto ⁶ habían llegado ya junto a sus hombres que resistían en lo hondo del valle; éstos, a la llegada de su ejército y su general, reanudan la lucha, se lanzan a la carga y obligan al enemigo a dar la vuelta. Filippo, con los *caetrati* y con ⁷ el ala derecha de la infantería —lo más consistente del ejército macedonio, la llamada falange— se lanza contra el enemigo casi a la carrera y ordena a Nicanor, uno de los ⁸ oficiales de su corte, que le siga de inmediato con el resto de las tropas. En un primer momento, cuando llegó a la ⁹ cima de la colina y por las pocas armas y cadáveres de enemigos que yacían tendidos allí, comprendió que había tenido lugar un combate en aquella posición, que los romanos habían sido desalojados de ella y que se estaba luchando cerca del campamento enemigo, se sintió invadido por una viva alegría; pero muy pronto, cuando los ¹⁰ suyos emprendieron la huida y cambió de campo el pánico, pasó unos momentos de confusión dudando si retirar sus tropas al campamento. Después, como el enemigo se ¹¹ estaba acercando, y aparte de que los suyos eran destrozados por la espalda y no tenían escapatoria si no acudía en su defensa, y ya ni siquiera él tenía un lugar seguro adonde retirarse, se vio constreñido a jugárselo todo cuando ¹² aún no había llegado hasta él la otra parte de sus hombres.

²²⁷ Referencia a la batalla narrada en XXXII 11-12.

²²⁸ Batalla narrada en XXXI 39.

Colocó junto a los *caetrati* en el ala derecha a la caballería y a las tropas de armamento ligero que habían intervenido
13 en el combate, y ordenó a los hombres de la falange macedonia que abandonaran las picas, cuya longitud era
14 una traba, y combatieran con la espada. Al mismo tiempo, para evitar que el frente sufriera cortes con facilidad, lo redujo a la mitad duplicando las filas hacia dentro para presentar una formación más en profundidad que a lo ancho; simultáneamente, dio orden de cerrar las filas de forma que quedaran juntos hombre con hombre y arma con arma.

9 Una vez integrados en las filas y bajo las enseñas los que ya habían combatido, Quincio manda dar la señal con
2 la trompeta. Dicen que pocas veces se alzó con tanta fuerza el grito de combate al comienzo de una batalla, pues coincidió que lo dieron a la vez los dos ejércitos, y no sólo los combatientes sino las fuerzas de reserva y especialmente los que en ese momento entraban en combate.
3 El rey llevaba ventaja en el lado derecho, gracias sobre todo a la posición, pues luchaba desde la parte más alta de las colinas; en el flanco izquierdo, precisamente donde se estaba incorporando la parte de la falange que había formado en la retaguardia, reinaba el desorden y el desconcierto; el centro de la formación que estaba más próximo
4 al ala derecha estaba inmóvil, como presenciando el espectáculo de una lucha en la que no tenía nada que ver.
5 La falange, que había llegado en columna más que en línea y estaba más preparada para una marcha que para un combate, apenas había alcanzado la cima de la colina.
6 Quincio, a pesar de ver que los suyos cedían terreno en el ala derecha, mandó a los elefantes por delante contra el enemigo y lanzó un ataque contra estas tropas desorganizadas, en la idea de que, si era derrotada una parte, arras-

traría consigo a los demás. Así ocurrió de hecho. Los macedonios, nada más ver las bestias, dieron la vuelta aterrados y emprendieron la huida de inmediato. Los demás, por su parte, siguieron a estos que habían sido puestos en fuga. Uno de los tribunos militares trazó un plan al hilo de los acontecimientos: dejando aquel sector de los suyos que estaba venciendo claramente, con los soldados de veinte manípulos dio un breve rodeo y cayó por la espalda sobre el ala derecha del enemigo. Un ataque por la retaguardia habría creado confusión en cualquier ejército, pero al desconcierto lógico ante semejante circunstancia se sumó el hecho de que la falange macedonia, pesada y con dificultades de maniobrabilidad, no era capaz de girarse ni se lo permitían los que poco antes retrocedían y ahora acosaban a su vez de frente a quienes eran presa del pánico. Aparte de esto pasaban también apuros a causa de la naturaleza del terreno, porque al perseguir pendiente abajo a los que retrocedían, habían dejado la cima en la que habían iniciado la lucha en poder del enemigo que había dado un rodeo cogiéndolos por la espalda. Durante algún tiempo fueron destrozados entre dos fuegos; después la mayor parte de ellos abandonaron las armas y emprendieron la huida.

Filipo, con un reducido número de hombres de infantería y caballería, primero ocupó una colina más alta que las demás desde donde poder observar cuál era la suerte de sus tropas en el ala izquierda; luego, cuando se dio cuenta de que la huida era general y que en todas las colinas circundantes rebrillaban las enseñas y las armas, abandonó también él el campo de batalla. Quincio, que se había lanzado en persecución de los que huían, cuando de pronto vio que los macedonios levantaban las lanzas, no sabiendo muy bien qué se proponían detuvo la marcha

4 unos instantes ante aquel extraño gesto. Luego se enteró
de que ese era el gesto habitual de los macedonios al ren-
dirse, y entonces pasó por su ánimo la idea de perdonar
5 a los vencidos. Pero como sus hombres no sabían que el
enemigo renunciaba a la lucha y desconocían las intencio-
nes de su general, se lanzaron a la carga, y al caer los
6 primeros, los demás huyeron en desbandada. El rey, en
una desenfrenada carrera, se dirigió a Tempe donde estuvo
un solo día, junto a Gonos, a la espera de los posibles
supervivientes de la batalla. Los romanos victoriosos irrum-
pieron en el campamento enemigo esperando encontrar bo-
tín, y lo encontraron en buena parte saqueado ya por los
7 etolios. Fueron ocho mil los enemigos muertos en aquella
jornada, y cinco mil los prisioneros. Los vencedores tuvieron
8 alrededor de los setecientos caídos. De creer a Valerio, que
aumenta todas las cifras de forma exagerada, aquel día
fueron muertos cuarenta mil enemigos, cayeron prisione-
ros —aquí la exageración es más moderada— cinco mil
setecientos, y se capturaron doscientas cuarenta y nueve
9 enseñas militares. También Claudio ²²⁹ consigna la cifra
de treinta y dos mil enemigos muertos y cuatro mil tres-
10 cientos prisioneros. Nosotros no hemos dado por buena
precisamente la cifra más baja sino que hemos seguido a
Polibio, autor fiable en todo lo referente a la historia de
Roma y de modo especial en la que se desarrolló en Grecia.

11 Filipo reagrupó tras la huida a los que
 habían seguido sus huellas después de ha-
 berse dispersado en las diferentes peripecias de la batalla; envió hombres a Lari-
 sa para quemar los documentos reales a
 fin de evitar que cayesen en poder del
2 enemigo, y se retiró a Macedonia. Quincio puso en venta

²²⁹ Cuadrigario.

una parte de los prisioneros y del botín, y la otra parte se la dejó a los soldados y partió para Larisa sin saber muy bien qué dirección había tomado el rey o qué se proponía. Allí acudió un emisario del rey, aparentemente para conseguir una tregua mientras eran retirados y enterrados los caídos en el campo de batalla, pero en realidad con el propósito de conseguir autorización para el envío de parlamentarios. El romano hizo ambas concesiones. Añadió también una frase, animando al rey a no desesperar, que molestó especialmente a los etolios, que ya andaban enfadados y quejosos de que el general había experimentado un cambio con la victoria: antes de la batalla, según ellos, solía hacer partícipes a sus aliados de todos los asuntos importantes o no; ahora los tenía al margen de todas las decisiones, lo hacía todo él de acuerdo con su propio parecer; ahora buscaba congraciarse con Filipo personalmente, y de esta forma los etolios habían cargado con los trabajos y las dificultades de la guerra mientras que el romano acaparaba en exclusiva la gratitud y los frutos de la paz. Era indudable que en cierta medida habían perdido el favor de que gozaban, pero ignoraban por qué se les daba de lado. Estaban convencidos de que estaba pendiente de los obsequios del rey aquel hombre cuyo carácter no se había dejado dominar por una pasión así. Él, a su vez, estaba molesto con los etolios, y no sin motivo, a causa de su insaciable codicia de botín y su arrogancia al atribuirse el mérito de la victoria, presuntuosidad que resultaba ofensiva a los oídos de todo el mundo, y por otra parte veía que una vez quitado de enmedio Filipo y quebrantado el poder del reino macedonio los etolios debían ser considerados los dueños de Grecia. Por estas razones, 10 muchas de sus actuaciones iban cuidadosamente encamina-

das a que la importancia y el peso de los etolios fuese y pareciese menor a los ojos de todos.

- 12 Se le habían concedido al enemigo quince días de tregua y se había fijado una entrevista con el propio rey; antes de que llegase la fecha de la misma, Quincio llamó a los aliados a consejo. Propuso que se expusieran las con-
2 diciones de paz que querían que se pusiesen. Aminandro, rey de los atamanes, expuso su opinión en pocas palabras: había que llegar a un acuerdo de paz tal que incluso en
3 paz de defender tanto la paz como la libertad. Más duro fue el discurso de los etolios. Éstos, tras una breve introducción para decir que el general romano obraba de forma correcta y regular al trazar un plan de paz en común con
4 quienes habían sido sus aliados en la guerra, dijeron que estaba completamente equivocado si creía que iba a dejar tras de sí una paz para los romanos o una libertad para Grecia suficientemente estables sin que Filipo fuera muerto o expulsado de su reino, cosas ambas factibles si quería
5 sacar provecho de la suerte. A esto respondió Quincio diciendo que la pretensión manifestada por los etolios no se compaginaba con la forma de comportarse de los roma-
6 nos ni se ajustaba a sus propias propuestas: ellos, en todas las asambleas y reuniones anteriores, siempre habían hablado de condiciones de paz, no de que se hiciese una guerra
7 de exterminio, y los romanos, aparte de su inveterada política de perdón para los vencidos, habían dado su más importante prueba de clemencia al conceder la paz a Aní-
8 bal y los cartagineses; y dejando aparte a los cartagineses, ¿cuántas veces no se había acudido a entrevistas con el propio Filipo? Y nunca se había tratado de su renuncia al trono. ¿Acaso se había vuelto implacable la guerra por
9 el hecho de que había sido vencido en una batalla? Contra

un enemigo armado hay que combatir con ánimo hostil, pero frente a los vencidos la benignidad debe ser mayor cuanto mayor es la grandeza de espíritu; parecía que los 10 reyes macedonios eran una amenaza para la libertad de Grecia, pero si se quitaba del medio este reino y este pueblo, se volcarían sobre Macedonia y sobre Grecia los tracios, los ilirios, y después los galos, pueblos salvajes e indómitos; no fuera a ocurrir que echando abajo todo lo 11 que estaba cerca franqueasen la entrada a males mayores y más graves. Cuando el pretor de los etolios Feneas lo 12 interrumpió aseverando que Filipo reemprendería una guerra más dura sin tardar mucho si se les escapaba en aquellos momentos, replicó: «Basta de alborotar cuando hay 13 que deliberar; se amarrará al rey con unas condiciones tales que no le sea posible iniciar la guerra».

Con esto se disolvió el consejo, y al día siguiente el 13 rey acudió al desfiladero que conduce a Tempe, lugar señalado para la entrevista; al tercer día se le dio audiencia 2 en una concurrida asamblea de romanos y aliados. En ella, 3 Filipo, con un tacto extraordinario, espontáneamente y sin esperar a que se las arrancasen en la negociación hizo aquellas concesiones sin las que no había posibilidad de conseguir la paz; dijo que estaba de acuerdo en todo lo que 4 le habían exigido los romanos y pedido los aliados de éstos en la entrevista anterior, y que se remitiría al senado para lo demás. Aunque parecía que había dejado a todos, incluso a los más hostiles, sin nada que decir, sin embargo Feneas el etolio, en medio del silencio general, dijo: «¿Qué, 6 Filipo? ¿Por fin nos devuelves Fársalo y Larisa Cremaste, y Equino y Tebas Ftías?» Filipo dijo que las recuperarían 7 sin demora alguna, y entonces se originó una discusión entre el general romano y los etolios a propósito de Tebas. En efecto, Quincio decía que había pasado al pueblo 8

romano por derecho de guerra, porque antes de la ruptura de hostilidades él se había acercado con el ejército y les había ofrecido amistad, y siendo plenamente libres para separarse del rey habían preferido la alianza de éste a la
9 de los romanos. Feneas consideraba justo, en nombre de la alianza bélica, que les fuera devuelto a los etolios lo
10 que tenían antes de la guerra, aparte de que se había estipulado en el primer tratado de alianza que, del botín de guerra, correspondería a los romanos lo que pudiese ser transportado o conducido, y a los etolios el territorio
11 y las ciudades conquistadas. «Fuisteis vosotros mismos, replicó Quincio, quienes no respetasteis los términos de esa alianza en el momento en que nos abandonasteis y ajustas-
12 teis la paz con Filipo. Aunque estuviese en vigor la alianza, esa condición, en todo caso, sería aplicable a las ciudades conquistadas, pero las ciudades de Tesalia se sometieron a
13 nosotros por su propia voluntad». Estas palabras, que contaron con la aprobación de todos los aliados, no sólo resultaron duras a los oídos de los etolios en aquel mo-
mento sino que fueron poco después causa de la guerra y de las grandes calamidades que de ella se derivaron para
14 ellos. Con Filipo se llegó al acuerdo de que entregaría, además de doscientos talentos, a su hijo Demetrio y algunos de sus amigos como rehenes; en cuanto a lo demás, enviaría embajadores a Roma, para lo cual habría una tre-
15 gua de cuatro meses. Para el caso de que no obtuviera del senado la paz, se dieron garantías de que el dinero y los rehenes le serían devueltos a Filipo. El motivo principal que tuvo el general romano para agilizar las negociaciones de paz fue, dicen, el hecho de que había constancia de que Antíoco preparaba la guerra y el paso a Europa.

*Acción
en Corinto.
Derrota
de los
macedonios.
Rendición
de los acarnanes*

En la misma época, y el mismo día ¹⁴ según algunos han transmitido, los aqueos derrotaron en Corinto a Andróstenes, un general del rey, en batalla regular. Filipo ² tenía intención de hacer de aquella ciudad un baluarte frente a las ciudades de Grecia y había convocado a sus principales con el pretexto de discutir cuántos jinetes podían aportar los corintios a la guerra, y los había retenido como rehenes; además, aparte de los quinientos macedonios y ³ los ochocientos auxiliares de todas clases que ya se encontraban allí anteriormente, había enviado otros mil mace- ⁴ donios y mil doscientos ilirios y tracios y ochocientos cretenses, que combatían en uno y otra bando. Sumados a ⁵ éstos un millar de beocios y acarnanes, todos ellos armados de escudo, y setecientos jóvenes de los propios corintios, de forma que se llegó a un total de seis mil combatientes, hicieron que Andróstenes cobrara confianza para someterse a la decisión de una batalla. Nicóstrato, el ⁶ pretor de los aqueos, se encontraba en Sición con dos mil soldados de infantería y cien de caballería, pero, viéndose inferior tanto por el número como por la calidad de sus soldados, no salía fuera de las murallas. Tropas reales ⁷ de infantería y caballería andaban acá y allá saqueando los territorios de Pelene, Fliunte ²³⁰ y Cleonas ²³¹, y últi- ⁸ mamente entraban en el de Sición echando en cara al enemigo su miedo, e incluso bordeaban con sus naves y saqueaban toda la costa de Acaya. Como los enemigos, al ⁹ llevar a cabo estas acciones, andaban bastante dispersos y descuidados como es habitual cuando hay excesiva con-

²³⁰ Ver XXVIII 7, 16.

²³¹ Cerca de Fliunte, al este.

fianza, Nicóstrato concibió esperanzas de atacarlos por sorpresa y mandó secretamente un mensajero a las ciudades vecinas señalando la fecha y el número de hombres armados de cada una de las ciudades que debían acudir a Ape-
10 lauro ²³², localidad ésta perteneciente a Estinfalia. Una vez hechos todos los preparativos para el día fijado emprendió la marcha inmediatamente, cruzó las fronteras de Fliunte, y llegó a Cleonas de noche sin que nadie supiera qué se
12 proponía. Tenía consigo cinco mil hombres de infantería, de ellos... con armamento ligero, y trescientos de caballería. Con estos efectivos permanecía a la espera después de enviar hombres a explorar por dónde andaban los enemigos.
15 Ignorante de todo ello Andróstenes partió de Corinto y estableció su campamento junto al Nemea, río ²³³ que
2 discurre entre los territorios de Corinto y Sición. Una vez allí envió la mitad de la infantería, dividida en tres cuerpos, y toda la caballería, con orden de tomar distintas direcciones y saquear simultáneamente los territorios de Pe-
3 lene, Sición y Fliunte. Estas tres columnas salieron con rumbos diferentes. Cuando Nicóstrato recibió noticia de ello en Cleonas, envió por delante de forma inmediata un
4 numeroso contingente de mercenarios a ocupar el paso que conduce al territorio de Corinto, y colocando delante a la caballería para que pudiera adelantarse salió él detrás a toda prisa con su ejército dividido en dos columnas.
5 En una iban tropas mercenarias con las de armamento ligero, y en la otra los soldados armados de escudo; éste era el componente más importante de los ejércitos de aque-

²³² Monte situado al sureste de Estinfalia, que estaba a su vez al oeste de Fliunte, a menos de 20 Km.

²³³ El río, moderno Kutsomodí, discurría entre Nemea y Sición desembocando en el golfo de Corinto.

llos pueblos. Cuando infantería y caballería estaban ya a corta distancia del campamento y algunos tracios habían atacado a los que andaban merodeando dispersos por los campos, cundió de pronto la alarma en el campamento. El general estaba desconcertado, pues nunca había visto a los enemigos más que en pequeños grupos sobre las colinas de enfrente de Sición sin atreverse a bajar al llano, y ciertamente nunca hubiera creído que llegarían hasta allí desde Cleonas. Da orden de que se haga volver a toque de trompeta a los que andan dispersos fuera del campamento, ordena a sus soldados que empuñen las armas a toda prisa, sale por la puerta con sus mermados efectivos y forma el frente de combate a la orilla del río. El resto de sus tropas, que a duras penas habían logrado reagruparse y alinearse, no aguantaron la primera carga del enemigo. Los macedonios fueron los más numerosos en acudir junto a las enseñas y mantuvieron largo tiempo incierta la expectativa de victoria; finalmente, desgarnecidos por la huida de los demás, como eran ya dos las formaciones enemigas que presionaban sobre ellos desde puntos diferentes —los de armamento ligero por el flanco y los armados con *clipeus* y *caetra* por el frente—, comenzaron a retroceder también ellos al llevar las de perder y después, al verse arrollados, volvieron la espalda y la mayoría de ellos arrojaron las armas y, perdida toda esperanza de conservar el campamento, se dirigieron a Corinto. Nicóstrato envió a los soldados mercenarios en su persecución, y a la caballería y los tracios auxiliares contra los que devastaban los campos de Sición, causando entre unos y otros una gran matanza, mayor casi que en la batalla misma. También, parte de los que habían estado saqueando en Pelene y Fliunte se metieron en los puestos de guardia enemigos al confundirlos con los suyos cuando regresaban al

campamento en desorden e ignorantes de todo lo ocurrido, 15 y otra parte, que sospecharon lo que pasaba por las carreras en distintas direcciones, se dispersaron huyendo por todas partes de tal forma que los propios campesinos 16 los atraparon cuando andaban sin rumbo. Los caídos aquel día fueron mil quinientos, y los prisioneros, trescientos. Todo Acaya se sintió liberada de un acusado temor.

16 Con anterioridad a la batalla de Cinoscéfalas, Lucio Quincio había convocado en Corcira a los jefes de los acarnanes, único pueblo de Grecia que había permanecido fiel a la alianza con los macedonios, y había sembrado en ellos 2 en cierto modo un germen de rebelión. Los motivos que los habían mantenido en buenas relaciones con el rey eran sobre todo dos: el primero, la lealtad innata en aquel pueblo, y el segundo, el miedo y el odio a los etolios. Se 3 convocó una asamblea en Léucade. No asistieron a ella todos los pueblos acarnanes ni todos los que acudieron pensaban lo mismo. Pero entre dos principales y un magistrado consiguieron que se aprobara un decreto particular de 4 alianza con Roma. Esto sentó mal a todos aquellos que no habían participado, y aprovechando este malestar general Filipo envió a dos jefes acarnanes, Androcles y Eque- 5 demo, los cuales consiguieron no sólo que se anulase el decreto de alianza con Roma sino que además fuesen condenados por la asamblea como traidores los promotores de la iniciativa, Arquelao y Bianor, personas ambos muy 6 cualificadas dentro de su pueblo, y que se le quitara el mando al pretor Zeuxida que había presentado la propuesta sobre el particular. Los condenados dieron un paso arriesgado pero al final salió bien. En efecto, mientras que sus amigos les aconsejaban que se plegasen a las circunstancias y se fueran a Corcira al lado de los romanos,

ellos decidieron ponerse en manos de la multitud y aplacar 7 sus iras con ese gesto o bien afrontar lo que les deparase la suerte. Cuando se presentaron en la asamblea, muy 8 concurrida, primero surgieron murmullos y muestras de sorpresa y enseguida se hizo el silencio, por respeto a su anterior dignidad y al mismo tiempo por conmiseración hacia su actual situación. Después se les dio también opor- 9 tunidad de hablar; al principio su tono fue suplicante, pero a medida que avanzaba su discurso, cuando llegaron a la refutación de las acusaciones se expresaron con toda la firmeza que les daba el saberse inocentes; al final tuvie- 10 ron incluso el valor de expresar algunas quejas y protestas por el trato injusto y cruel que habían recibido, y causaron tal impresión en los ánimos que todas las medidas tomadas contra ellos fueron anuladas por una gran mayoría, cosa 11 que no impidió, no obstante, que se decidiera retornar a la alianza con Filipo y rechazar la amistad de los romanos.

Éstas fueron las resoluciones adoptadas en Léucade, 17 que era la capital de Acarnania donde se reunían en asamblea todos los pueblos. Así pues, el legado Flaminio, 2 cuando recibió en Corcira la noticia de este cambio repentino, salió inmediatamente con la flota hacia Léucade y atracó las naves en un sitio llamado Hereo ²³⁴. Desde allí 3 se acercó a las murallas con toda la variedad de máquinas de lanzamiento y de asedio que se emplean en el asalto de las ciudades, convencido de que ante la primera amenaza se produciría un cambio de actitud. Después, en vista 4 de que no había el menor indicio de que quisieran la paz, comenzó a montar manteletes y torres y aplicar el ariete a las murallas.

²³⁴ Desconocido su emplazamiento.

5 Toda Acarnania, situada entre Etolia y el Epiro, mira
6 hacia el oeste, hacia el mar Sículo. Leucadia ²³⁵ es ahora
una isla separada de Acarnania por un estrecho vadeable
excavado artificialmente; entonces ²³⁶ era una península uni-
da a Acarnania en la parte occidental por una estrecha
7 franja de unos quinientos pasos de largo y no más de cien-
to veinte de ancho. En esta franja está situada Léucade,
recostada sobre una colina que da al este, hacia Acarnania;
8 la parte baja de la ciudad es llana y se extiende hasta
el mar que separa Leucadia de Acarnania. Es posible, pues,
asaltarla por tierra y por mar, porque las aguas parecen
más las de un estanque que las del mar, y la zona llana
es toda de tierra y a propósito para los trabajos de asedio.
9 Así pues, los muros se venían abajo en muchos puntos
a la vez al socavarlos o batirlos con el ariete; pero cuanto
más fácil de asaltar era la ciudad en sí, más inexpugnable
10 era el valor de los enemigos. Día y noche permanecían
atentos a rehacer los tramos abatidos de la muralla, tapo-
nar las brechas abiertas por los derrumbes, entablar com-
bate infatigablemente, y defender los muros con sus armas
11 en vez de protegerse a sí mismos con los muros; y hubieran
prolongado el asedio más tiempo del que calculaban los
romanos si unos exiliados de origen itálico que vivían en
Léucade no hubiesen franqueado el acceso a los soldados
12 desde la ciudadela. Con todo, cuando éstos bajaron a la
carrera en medio de un gran alboroto desde la posición
más elevada, los leucadios, formados en orden de combate
en el foro, les hicieron frente durante algún tiempo en una
13 batalla en toda regla. Entretanto se tomaron las murallas
con escalas en numerosos puntos y además se produjo la

²³⁵ Otra denominación para la isla de Léucade.

²³⁶ En realidad, en el año 197 ya era isla.

irrupción en la ciudad saltando por encima de los montones de piedras y escombros, y el propio legado ya había rodeado a los combatientes con un largo cordón. Parte de ellos murieron entonces entre los dos fuegos, y otros arrojaron las armas y se rindieron al vencedor. Y en cosa de pocos días se sometieron al legado todos los pueblos de Acarnania al tener conocimiento de la batalla librada en Cinoscéfalas.

Por las mismas fechas, cuando la es-
Rodios, dárdanos, trella de Filipo declinaba en todos los
Antíoco. campos al mismo tiempo, también los ro-
Muerte de dios, para reclamarle la región del conti-
Átalo nente llamada Perea, que había pertene-
cido a sus antepasados, enviaron al pretor Pausístrato con 2
ochocientos aqueos de infantería y unos mil ochocientos
hombres armados sacados de entre los auxiliares de diver-
sa procedencia: eran galos y mniesutas, pisuetas, tarmia- 3
nos, y tereos de Perea y laudicenos de Asia. Con estas 4
fuerzas, Pausístrato ocupó la estratégica posición de Tende-
ba, en territorio de Estratonicea, sin que se percataran
las tropas del rey que había en Tera ²³⁷. En momento oportu- 5
no llegó un refuerzo que se había pedido para ese fin
preciso: mil aqueos de infantería y un centenar de jinetes,
a las órdenes de Teoxeno. Dinócrates, prefecto del rey, 6
desplazó sus tropas primero hacia la propia Tende-
ba, a fin de recuperar este enclave fortificado, y de allí a otro
llamado Astragón, perteneciente asimismo al territorio de
Estratonicea. Hizo que se concentraran allí todas las guar- 7
niciones que estaban diseminadas por muchos sitios y los
auxiliares tesalios de la propia Estratonicea y se dirigió di-

²³⁷ Poblaciones de Caria; sobre Estratonicea puede verse J. BRISCOE, *A Commentary...*, pág. 283.

rectamente hacia Alabanda ²³⁸, donde se encontraba el enemigo. Los rodios, a su vez, no rehusaron el combate. Emplazados así los campamentos cerca uno del otro, salieron rápidamente al campo de batalla. Dinócrates colocó a quinientos macedonios en el ala derecha, a los agrianes en la izquierda, en el centro metió a los que había hecho venir de los enclaves fortificados —eran sobre todo de Caria—, y rodeó los flancos con la caballería y los auxiliares cretenses y tracios. Los rodios tenían en el ala derecha a los aqueos, en la izquierda a los soldados mercenarios, contingente de infantería escogida, en el centro a las tropas auxiliares mezcla de numerosos pueblos, y en torno a los flancos la caballería y las tropas que había de armamento ligero. Aquel día se limitaron a permanecer formados ambos ejércitos en las orillas de un pequeño torrente que entonces discurría con poco caudal, retirándose a los campamentos después de disparar unas cuantas armas arrojadas. Al día siguiente, formados de la misma manera, entablaron una batalla de proporciones bastante mayores de lo que correspondía al número de combatientes, pues no eran más de tres mil hombres de infantería y unos cien de caballería por cada bando; pero se batieron con igual coraje e igual moral, aparte de la igualdad numérica y del tipo de armamento. Los aqueos cruzaron el riachuelo los primeros y se lanzaron al ataque contra los agrianes; a continuación cruzó el cauce todo el ejército casi a la carrera. La lucha se mantuvo largo tiempo incierta. Apoyados en el número, los aqueos, que eran casi un millar, desalojaron de su posición a cuatrocientos enemigos, y cuando retrocedió el ala izquierda, todos centraron sus esfuerzos sobre la derecha. A los macedonios no hubo forma de

²³⁸ Situada cerca de 50 Km. al norte de Estratonicea.

moverlos de su puesto mientras no se descompusieron sus filas y la falange estuvo como protegida por los flancos. Luego, al quedar desguarnecido su flanco izquierdo, intentaron volver sus lanzas en torno contra el enemigo que atacaba transversalmente y muy pronto se descompusieron creando la confusión entre ellos mismos, después volvieron la espalda, y por último arrojaron las armas y se dispersaron en una huida precipitada. Huyeron en dirección a Bargilias, donde también buscó refugio Dinócrates. Los rodios los persiguieron durante el resto del día y se retiraron al campamento. Se puede dar por seguro que si los vencedores hubiesen atacado rápidamente Estratonicea, se hubiera podido tomar esta ciudad sin combatir. Se dejó pasar la oportunidad de hacerlo, mientras se perdía tiempo reconquistando fuertes y aldeas de Perea. Entretanto se fortaleció la moral de la guarnición que ocupaba Estratonicea; al poco tiempo, además, entró Dinócrates en el recinto amurallado con las tropas supervivientes de la batalla. A partir de ese momento, el asedio y los sucesivos ataques resultaron infructuosos, y sólo bastante más tarde fue posible, por obra de Antíoco, tomar la ciudad. Éstas fueron las operaciones que se desarrollaron en Tesalia, en Acaya y en Asia casi por las mismas fechas.

Enterado Filipo de que los dárdanos, en un gesto de menosprecio hacia su entonces quebrantado reino, habían traspasado sus fronteras y estaban devastando la zona norte de Macedonia, a pesar del acoso que por imperativo del destino estaban sufriendo él y los suyos por todos lados en casi todo el mundo, estimó que el hecho de ser desposeído de Macedonia era un infortunio peor que la muerte; hizo un precipitado llamamiento a filas en todas las ciudades de Macedonia, y cayó de improviso sobre el enemigo con seis mil hombres de a pie y quinientos de

- a caballo en las proximidades de Estobos ²³⁹, en Peonia.
- 4 Fue grande el número de muertos durante la batalla, y mayor aún entre los que se habían dispersado por los campos en su afán de botín. Los que tuvieron campo libre para huir retornaron a su territorio sin intentar siquiera
- 5 la eventualidad de un combate. Fortalecida la moral de sus hombres con esta expedición, la única que no estuvo en consonancia con su suerte restante, Filipo se retiró a Tesalónica.
- 6 Si la guerra púnica había finalizado justo a tiempo para no tener que simultanearla con la guerra contra Filipo, más oportuna aún fue la derrota de Filipo en el momento en que Antíoco estaba ya desencadenando la guerra
- 7 desde Siria; porque aparte del hecho de que fue más fácil hacer la guerra con cada uno de ellos por separado que si se hubieran unido las fuerzas de ambos en un solo bloque, hubo además en Hispania por la misma época una insurrección armada de grandes proporciones.
- 8 Durante el verano anterior Antíoco, después de hacer pasar del dominio de Tolomeo al suyo propio a todas las ciudades de Celesiria ²⁴⁰, se había retirado a Antioquía a los cuarteles de invierno, y desde ellos tuvo que desplegar
- 9 tanta actividad como desde los de verano. Poniendo en juego, en efecto, todas las fuerzas de su reino, había reunido un gran contingente de tropas terrestres y navales; a comienzos de la primavera envió por delante con el ejército de tierra a sus dos hijos Ardie y Mitridates con orden
- 10 de esperarlo en Sardes; él zarpó con una flota de cien

²³⁹ Estobas (Pustogradsko) estaba situada en la confluencia de los ríos Axio y Erígono.

²⁴⁰ Denominación, aquí, de la región situada al sur de Siria objeto de disputa entre Siria y Egipto.

naves cubiertas y doscientas embarcaciones ligeras, botes ²⁴¹ y lanchas, con un doble propósito: tantear las ciudades ¹¹ que había bajo el dominio de Tolomeo a lo largo de toda la costa de Cilicia, Licia, y Caria, y ayudar a Filipo con el ejército y la flota, pues la guerra no había llegado aún a su punto final.

Los rodios llevaron a cabo muchas y brillantes accio- ²⁰ nes por tierra y por mar como prueba de lealtad hacia el pueblo romano y a favor del conjunto de la nación griega. Pero la más espléndida tuvo lugar cuando, en unas cir- ² cunstancias como aquéllas, sin atemorizarse ante la perspectiva de una guerra como la que se avecinaba, enviaron una diputación al rey para advertirle que no fuera más allá de Quelidonias ²⁴² —se trata de un promontorio de Cilicia célebre por un antiguo tratado entre los atenienses y los reyes persas—; si no mantenía dentro de ese límite a su flota y su ejército, ellos le saldrían al paso, no por ³ odio de ninguna clase sino para impedir que se uniera a Filipo y obstaculizase a los romanos en su acción liberadora de Grecia. En ese momento Antíoco estaba atacando ⁴ Coracesio ²⁴³ con obras de asedio después de haber rendido Zefirio ²⁴⁴, Solos ²⁴⁵, Afrodisiade ²⁴⁶ y Córico, y, doblado ya el Anemurio ²⁴⁷, que es otro promontorio de Cilicia, Selinunte ²⁴⁸. Todas estas plazas, y otras de la misma ⁵

²⁴¹ El término latino *cercuri* se refiere a unas embarcaciones originarias de Chipre según PLINIO (*NH* VII 208) de mayor tamaño que los *tembi*.

²⁴² Pequeñas islas de Licia, más allá del golfo de Panfilia.

²⁴³ En Cilicia, al oeste.

²⁴⁴ En Cilicia, al este, cerca de Tarso.

²⁴⁵ Al oeste de Cefirio.

²⁴⁶ En el promontorio de Cefirio, con Córico al este.

²⁴⁷ Cabo del suroeste de Cilicia.

²⁴⁸ Al noroeste del Anemurio.

costa, se le sometieron de grado o por miedo sin oponer resistencia, pero Coracesio, contra lo que era de esperar, 6 había cerrado sus puertas y detenía su avance. Allí fueron oídos los embajadores de los rodios. Y aunque se trataba de una embajada como para crispar el ánimo del rey, con- tuvo su cólera y respondió que enviaría embajadores a Ro- 7 das y les encomendaría la misión de renovar los lazos establecidos desde antiguo con aquella ciudad por él y sus antepasados, y decirles que no estuviesen inquietos por la llegada del rey, pues no iba a significar daño o perjuicio 8 alguno para ellos o para sus aliados ya que no tenía intención de dañar la amistad con los romanos puesta de mani- fiesto en su reciente embajada a Roma y en los honrosos decretos y respuestas del senado con respecto a su persona. 9 Precisamente entonces acababan de regresar de Roma sus embajadores, que habían sido escuchados y despedidos con la cortesía que las circunstancias exigían al ser aún incierto 10 el resultado de la guerra con Filipo. Cuando los embaja- dores estaban exponiendo estos extremos ante la asamblea de los rodios llegó la noticia de que se había llegado al fin de la guerra en Cinoscéfalas. Al recibir esta noticia, los rodios, que ya no tenían nada que temer de Filipo, renunciaron a su propósito de salir al paso de Antíoco con 11 la flota, si bien no se desentendieron de su otro motivo de preocupación, el de salvaguardar la libertad de las ciudades aliadas de Tolomeo sobre las que se cernía la 12 amenaza de la ofensiva bélica de Antíoco. A unas las ayudaron, en efecto, con tropas auxiliares, y a otras, man- teniéndose atentos a los movimientos del enemigo y advirtiéndolas de ellos con antelación, y gracias a los rodios conservaron su libertad Cauno²⁴⁹, Mindo, Halicarnaso y

²⁴⁹ Cauno, en la costa de Caria, enfrente casi del extremo norte de Roda. Mindo y Halicarnaso, en la orilla norte del golfo de Cos.

Samos. No es cosa de seguir al detalle el desarrollo de 13 todos los hechos ocurridos en estas localidades, cuando apenas me basto para lo que guarda relación directa con la guerra romana.

Por la misma época, el rey Átalo, que había sido 21 trasladado enfermo de Tebas ²⁵⁰ a Pérgamo, murió cuando tenía setenta y un años y había reinado durante cuarenta y cuatro. Aparte de la riqueza, la fortuna no le había 2 dado a este hombre nada en que basar sus aspiraciones al trono. Haciendo uso de ella con prudencia y a la vez con generosidad, logró parecer digno del trono primero ante sus propios ojos y después ante los de los demás. Cuando más adelante venció en una sola batalla a los 3 galos, el pueblo que acababa de llegar y era entonces el más temido en Asia, tomó el título de rey y siempre mostró un talante a la altura de la grandeza de ese título. Gobernó a su pueblo con la mayor justicia, se mostró leal 4 como nadie con sus aliados, fue atento con su mujer y sus hijos, cuatro de los cuales le sobrevivieron, y cortés y generoso con sus amigos. Dejó un reino tan estable y 5 consolidado que su posesión se transmitió hasta la tercera generación.

Así estaban las cosas en Asia, Grecia 6 y Macedonia apenas finalizada la guerra con Filipo y obviamente con la paz sin formalizar aún, cuando estalló en la Hispania ulterior una guerra de gran envergadura. El mando en aquella provincia lo tenía Marco 7 Helvio; éste informó por carta al senado de que los régulos Culca ²⁵¹ y Luxinio se habían levantado en armas; que 8

²⁵⁰ La Tebas de Beocia.

²⁵¹ Cf. XXVIII 13, 3.

estaban con Culca diecisiete plazas fortificadas, y con Luxinio las importantes ciudades de Carmone ²⁵² y Bardón ²⁵³; que a lo largo de toda la costa podrían unirse a la insurrección de sus vecinos los malacinos y sexetanos ²⁵⁴ y toda la Beturia ²⁵⁵, y los que aún no habían desvelado sus intenciones. Leída esta carta en voz alta por el pretor Marco Sergio, al que correspondía la jurisdicción en los litigios entre ciudadanos y extranjeros, el senado decretó que se celebrasen elecciones de pretores y que el pretor al que hubiese correspondido la provincia de Hispania sometiese cuanto antes a la deliberación del senado la cuestión de la guerra de Hispania.

- 22 Los cónsules llegaron a Roma más o menos al mismo tiempo. Convocaron al senado en el templo de Belona, y solicitaron el triunfo como premio a sus éxitos bélicos.
- 2 Entonces los tribunos de la plebe Gayo Atinio Labeón y Gayo Afranio pidieron que los cónsules trataran por separado la cuestión del triunfo, que ellos no estaban dispuestos a permitir que se tratase el asunto de forma conjunta, para evitar que fuese igual el honor cuando los méritos
- 3 eran desiguales. Quinto Minucio decía que la provincia de Italia les había correspondido a los dos, y que las operaciones habían sido dirigidas por él y su colega con un mis-
- 4 mo sentir y pensar; Gayo Cornelio añadió que cuando los boyos se les habían enfrentado y habían cruzado el Po para ayudar a los insubres y cenomanos, su colega, arrasando sus campos y aldeas, los había obligado a dar la
- 5 vuelta para defender sus dominios. Los tribunos admitían que Gayo Cornelio había llevado a cabo tales gestas béli-

²⁵² Carmona.

²⁵³ Desconocida.

²⁵⁴ Malaca (Málaga) y Sexi (Almuñécar) eran antiguas colonias fenicias.

²⁵⁵ Región comprendida entre el Guadiana y el Guadalquivir.

cas que sin lugar a dudas se le debía conceder el triunfo, e igualmente indudable era el deber de dar gracias a los dioses inmortales, pero ni él ni ningún otro ciudadano, 6 aun consiguiendo para sí un triunfo merecido, había tenido tanto ascendiente ni tanto poder como para conceder el mismo honor a un colega que tenía el atrevimiento de solicitarlo sin haberlo merecido. Según ellos Quinto Minu- 7 cio en Liguria había librado combates intrascendentes apenas dignos de mención, y en la Galia había perdido un gran número de hombres; citaban incluso los nombres de 8 los tribunos militares Tito Juvencio y Gneo Ligurio de la cuarta legión, caídos junto con otros muchos valerosos guerreros, ciudadanos y aliados, en una batalla adversa; se había llegado a falsear la rendición de varias plazas 9 y aldeas, simulada por algún tiempo, sin entrega de rehenes. Estos altercados entre los cónsules y los tribunos se 10 prolongaron durante dos días, y los cónsules, vencidos por la tenacidad de los tribunos, presentaron su petición por separado.

A Gayo Cornelio se le concedió el triunfo por unani- 23 midad, y los placentinos y cremonenses hicieron mayor la popularidad del cónsul al darle las gracias y recordar que 2 gracias a él habían sido liberados del asedio, y también habían sido rescatados de la esclavitud muchos que estaban en poder del enemigo. Quinto Minucio sólo hizo un intento 3 de presentar la petición, y al percatarse de que todo el senado estaba en contra declaró que él celebraría el triunfo en el monte Albano por el derecho de la suprema autoridad consular y de acuerdo con el precedente de muchos hombres ilustres ²⁵⁶. Gayo Cornelio triunfó sobre los insubres y 4

²⁵⁶ LIVIO sólo ha referido un caso, el de Marcelo en 211 (XXVI 21, 6), y añadirá otro en 172 (XLII 21, 7).

cenomanos cuando aún desempeñaba su cargo. Hizo desfilar muchas enseñas militares, y transportar en carros capturados muchos despojos de los galos, y llevó delante de su carro a muchos nobles galos, entre los cuales, según algunos historiadores, iba el jefe de los cartagineses Amílcar. Pero lo que más atrajo las miradas fue el gran número de colonos cremonenses y placentinos que seguían su carro tocados con el púleo ²⁵⁷. Llevó en su desfile triunfal doscientos treinta y siete mil quinientos ases de bronce y setenta y nueve mil monedas de plata acuñada. Repartió entre los soldados setenta ases de bronce a cada uno; a los jinetes y centuriones, el doble. El cónsul Quinto Minucio triunfó sobre los lígures y los boyos galos en el monte Albano. Si bien este triunfo resultó menos honroso en razón del lugar y de las hazañas celebradas, aparte de que todos sabían que no había corrido con los gastos el erario público, sin embargo casi igualó al otro en enseñas, carros y despojos. También la suma de dinero fue aproximadamente la misma en el desfile: doscientos cincuenta y cuatro mil ases de bronce y cincuenta y tres mil doscientas monedas de plata acuñada; a cada uno de los soldados, centuriones, y jinetes, les dio la misma cantidad que había dado su colega.

²⁵⁷ El gorro característico del esclavo manumitido.

Elecciones.

Ratificación

del acuerdo

de paz

con Filipo.

Mandos y ovación

A continuación del triunfo se celebra-²⁴ ron los comicios consulares²⁵⁸. Resultaron elegidos cónsules Lucio Furio Purpurión y Marco Claudio Marcelo. Al día² siguiente fueron elegidos pretores Quinto Fabio Buteón, Tiberio Sempronio Longo, Quinto Minucio Termo, Manio Acilio Glabrión, Lucio Apustio Fulón y Gayo Lelio²⁵⁹.

Hacia finales de año llegó una carta de Tito Quincio³ informando de que había combatido con Filipo en Tesalia en batalla campal, y que el ejército enemigo había sido derrotado y puesto en fuga. Esta carta fue leída primera-⁴ mente en el senado por el pretor Marco Sergio, y después, por decisión del senado, en la asamblea del pueblo, y se decretaron cinco días de pública acción de gracias por los éxitos obtenidos. Poco tiempo después llegaron las em-⁵ bajadas enviadas tanto por Tito Quincio como por el rey Filipo. Los macedonios fueron conducidos a la *villa* pública²⁶⁰, en las afueras de la ciudad, donde se les dio alojamiento y fueron agasajados. El senado les dio audiencia en el templo de Belona. En este caso no se pronunciaron⁶ largos discursos, pues los macedonios manifestaron que el rey estaba dispuesto a hacer lo que el senado acordara. Se nombró una comisión de diez miembros, de acuerdo⁷ con una antigua costumbre, con cuyo asesoramiento expondría Tito Quincio a Filipo las condiciones para la paz; una cláusula adicional del decreto establecía que entre esos diez figurarían Publio Sulpicio y Publio Vilio, que habían

²⁵⁸ Para el año político 196 a. C.

²⁵⁹ El cónsul de 190, amigo del Africano, que sirvió en Hispania; había sido cuestor en 202.

²⁶⁰ En IV 22, 7, aparece la primera referencia a la misma.

estado como cónsules al frente de la provincia de Macedonia.

8 En aquella época los cosanos solicitaron que se incrementase el número de componentes de su colonia, y se dispuso que se les asignaran mil, con la condición de que
9 ninguno de éstos hubiese sido enemigo de guerra con posterioridad al consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio ²⁶¹.

25 Los ediles curules Publio Cornelio Escipión ²⁶² y Gneo Manlio Volsón ²⁶³ dieron aquel año en el circo y en el teatro unos Juegos Romanos más espléndidos que los de otras veces; resultaron éstos más gratos a los espectadores por los éxitos obtenidos en la guerra, y fueron repetidos desde
2 un principio tres veces. Siete veces se repitieron los Juegos Plebeyos ofrecidos por Manio Acilio Glabrión y Gayo Le-
3 lio, que además erigieron, con el dinero ingresado por multas, tres estatuas de bronce a Ceres, Líber y Líbera ²⁶⁴.

4 Cuando entraron en funciones los cónsules Lucio Furio y Marco Claudio Marcelo, al debatirse la cuestión de las provincias y asignarles el senado a los dos la provincia de Italia, ellos intentaban que junto con Italia entrase en el
5 sorteo Macedonia. Marcelo, que tenía mayores aspiraciones a esta provincia, dijo que la paz era ficticia y engañosa, que el rey iniciaría de nuevo la guerra si era retirado de allí el ejército, y dejó a los senadores con la duda sobre
6 qué propuesta hacer; probablemente se habría llevado el

²⁶¹ El consulado del 218, de Publio Cornelio Escipión (padre del Africano) y Tiberio Sempronio Longo.

²⁶² Escipión Nasica.

²⁶³ El que sería pretor en 195 y cónsul de 189; oponente de los Escipiones.

²⁶⁴ El templo, dedicado en 493, estaba al pie del Aventino.

cónsul la provincia si los tribunos de la plebe Quinto Marcio Rala y Gayo Atinio Labeón no hubieran declarado que pondrían el veto a no ser que ellos tuviesen previamente la posibilidad de preguntar a la asamblea del pueblo si quería y mandaba que se acordase la paz con Filipo. Esta 7 cuestión fue presentada al pueblo en el Capitolio; las treinta y cinco tribus votaron todas afirmativamente. Una 8 triste noticia llegada de Hispania hizo que la alegría general por la confirmación de la paz en Macedonia fuese mayor, pues se hizo pública una carta según la cual el pro- 9 cónsul Gayo Sempronio Tuditano había sido derrotado en una batalla en la Hispania citerior, su ejército había sido deshecho y puesto en fuga, muchos guerreros famosos habían caído en el campo de batalla, y Tuditano había sido retirado del combate gravemente herido falleciendo poco después. Se decretó que Italia fuese la provincia de los 10 dos cónsules con las legiones que habían estado a las órdenes de los cónsules salientes, y que se alistasen cuatro legiones nuevas, dos para la ciudad y dos para ser enviadas donde el senado decidiera; se dispuso que Tito Quincio 11 Flaminio siguiera en su provincia con el mismo ejército, y en cuanto al mando, se consideró que con la prórroga anterior era suficiente.

A continuación sortearon sus provincias los pretores, 26 correspondiendo a Lucio Apustio Fulón la jurisdicción urbana; a Manio Acilio Glabrión, la referente a ciudadanos y extranjeros; a Quinto Fabio Buteón la Hispania ulte- 2 rior; a Quinto Minucio Termo, la citerior; Sicilia, a Gayo Lelio, y Cerdeña, a Tiberio Sempronio Longo. Un decreto 3 dispuso que de las cuatro legiones que habían reclutado los cónsules entregaran a Quinto Fabio Buteón y a Quinto Minucio, a los que habían correspondido las provincias de Hispania, una a cada uno, la que ellos estimaran, así 4

como cuatro mil soldados aliados y latinos de infantería y trescientos de caballería a cada uno de ellos, que recibieron orden de partir cuanto antes para sus provincias.

5 La guerra recomenzó en Hispania cuatro años después de haber finalizado a la vez que la guerra púnica.

6 Antes de que estos pretores partieran para una guerra hasta cierto punto nueva, porque por primera vez en este caso los hispanos habían tomado las armas por su propia cuenta sin ejército ni general cartaginés alguno, y antes de que los cónsules mismos salieran de la ciudad, se dieron instrucciones de proceder, como de costumbre, a la expiación de los prodigios de que se tenía noticia. Publio Vilio, un jinete romano que se dirigía a la Sabina había sido fulminado por un rayo él y su caballo; en territorio capenate, el templo de Feronia había sido alcanzado por un rayo; junto al templo de Moneta ²⁶⁵ habían ardido las puntas
7 de hierro de dos lanzas; un lobo había penetrado por la puerta Esquilina, había bajado hasta el foro por la zona más poblada de la ciudad, y siguiendo por el barrio Tusco y luego por el Cermallo había escapado por la puerta Capena casi ileso. Estos portentos fueron expiados con víctimas adultas.

27 En las mismas fechas, Gneo Cornelio Blasió, que había tenido a su cargo la Hispania citerior antes que Gayo Sempronio Tuditano, entró en Roma recibiendo la ovación por decreto del senado. Desfiló llevando delante mil
2 quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata, y treinta y cuatro mil quinientos denarios de plata acuñada. Lucio Estertinio, que venía de la Hispania ulterior, ni si-
3 quiera tanteó la posibilidad del triunfo y aportó al erario público cincuenta mil libras de plata, y con el producto

²⁶⁵ De Juno Moneta, en el Capitolio.

de la venta del botín construyó dos arcos en la plaza de los bueyes ²⁶⁶, delante de los templos de la Fortuna y de Mater Matuta, y otro en el Circo Máximo, y sobre estos 5 arcos colocó estatuas doradas. Esto fue a grandes rasgos lo que se hizo durante el invierno.

*Problemas
con los beocios:
episodio
de Braquiles*

Estaba entonces Tito Quincio pasando el invierno en Elacia, y los aliados le hacían muchas peticiones; los beocios pidieron y consiguieron que les fueran devueltos todos aquellos que pertenecían a su pueblo y habían combatido al lado de Filipo. No tuvieron 6 dificultad en conseguir esto de Quincio, no porque él considerase que tenían suficientes méritos para ello sino porque el rey Antíoco suscitaba ya recelos y era preciso granjearse el favor de aquellas poblaciones. Efectuada la devolución, 7 quedó enseguida patente que no se había logrado en absoluto el reconocimiento de los beocios. En efecto, enviaron diputados a Filipo para darle las gracias por la devolución de sus compatriotas, como si se tratase de una concesión hecha a ellos directamente y no a través de Quincio y de los romanos; además, en los comicios siguientes eligieron 8 beotarca a un tal Braquiles por la única razón de haber sido prefecto de los beocios que habían militado en el ejército del rey, y dieron de lado a Zeuxipo, Pisístrato y 9 otros que se habían mostrado partidarios de la alianza con los romanos. Éstos se sintieron molestos entonces, y además cogieron miedo de cara al futuro, pues si esto ocurría con el ejército romano acampado prácticamente a las puertas de la ciudad, ¿qué iba a ser de ellos cuando los romanos partieran para Italia y Filipo ayudase desde cerca a 11

²⁶⁶ Entre el Circo Máximo y el Tíber.

sus aliados y mostrase su hostilidad a los que habían pertenecido al bando contrario?

- 28 Aprovechando que tenían cerca al ejército romano decidieron eliminar a Braquiles, líder de los partidarios del rey.
- 2 Eligieron el momento apropiado. Cuando, después de haber asistido a un banquete público, regresaba borracho a casa acompañado por unos calaveras que habían asistido
- 3 al banquete por diversión, lo rodearon seis hombres armados, tres itálicos y tres etolios, y lo mataron. Luego vinieron la huida de sus acompañantes, los gritos de socorro, el alboroto de los que corrían de un lado a otro con antorchas por toda la ciudad. Los agresores escaparon por la
- 4 puerta más próxima. Al amanecer estaba reunida en el teatro una asamblea tan concurrida como si estuviese fijada con antelación o hubiese sido convocada por la voz del
- 5 pregonero. Externamente, los asistentes manifestaban que había sido muerto por aquellos crápulas que lo acompañaban, pero para sus adentros consideraban a Zeuxipo responsable del asesinato. De momento se decidió coger a
- 6 los que habían estado con él e iniciar a partir de ellos una
- 7 investigación. Mientras eran buscados, Zeuxipo, firmemente decidido a alejar de sí las sospechas, se presentó ante la asamblea y dijo que estaban equivocados quienes creían que en un crimen tan atroz estaban implicados aquellos
- 8 medio hombres, y expuso muchos argumentos que abonaban esa tesis; con ellos hizo que muchos creyeran que, de saberse culpable, nunca se habría presentado ante la multitud ni habría hecho alusión a aquella muerte de no verse
- 9 forzado a ello por alguien. Otros estaban convencidos de que trataba de desviar las sospechas saliendo cínicamente al paso de la acusación. Sometidos luego a tortura los que no tenían culpa, que realmente no sabían nada, tomaron como base la creencia general y dieron los nombres de Zeu-

xipo y Pisístrato sin añadir ninguna prueba que hiciera pensar que sabían algo. Sin embargo Zeuxipo huyó durante la noche a Tanagra ²⁶⁷ con un tal Estratónida, temeroso más por saberse personalmente culpable que por la delación de unos hombres que nada sabían. Pisístrato no se preocupó por los delatores y se quedó en Tebas. Zeuxipo tenía un esclavo que había sido intermediario y participante directo en aquel asunto; Pisístrato temía su delación, y precisamente por ese temor lo empujó a la delación. Envió una carta a Zeuxipo para que eliminara al esclavo cómplice, pues no le parecía tan capaz para mantener el hecho en secreto como lo había sido para su realización. El que había llevado la carta con orden de entregarla a Zeuxipo cuanto antes, como no pudo encontrarse enseguida con él se la entregó precisamente a aquel esclavo, al que consideraba el más fiel a su amo, y añadió que era de Pisístrato y que se refería a algo de gran importancia para Zeuxipo. El otro, puesto en guardia, aseguró que entregaría inmediatamente la carta, la abrió, la leyó hasta el final, huyó a Tebas presa del pánico y presentó la denuncia ante los magistrados. Zeuxipo, por su parte, alarmado por la huida del esclavo, se trasladó a Antedón ²⁶⁸ por considerarlo lugar más seguro para su exilio. Pisístrato y los demás fueron interrogados bajo tortura y castigados con la pena capital.

Aquel asesinato desencadenó en todos los tebanos y beocios un odio implacable hacia los romanos, pues estaban convencidos de que Zeuxipo, personalidad destacada de su pueblo, no habría cometido un crimen semejante sin la instigación del general romano. Para emprender una gue-

²⁶⁷ Al este de Tebas, a unos 25 Km.

²⁶⁸ En la costa, al norte del Euripo.

2 rra no tenían ni fuerzas ni caudillo, y se dedicaron a lo
más parecido a la guerra, el bandidaje; a unos soldados
los cogían por sorpresa cuando estaban como huéspedes,
a otros cuando andaban por los cuarteles de invierno aten-
3 diendo a diversos menesteres. Algunos eran sorprendidos
en los caminos mismos por gentes emboscadas en escond-
drijos que conocían, y otros lo eran después de ser atraí-
4 dos con engaños a refugios abandonados; al final no era
sólo el odio lo que hacía que se cometieran estos atentados
sino también la codicia, porque los soldados que estaban
de permiso llevaban en sus cinturones dinero para traficar.
5 Al principio eran pocos los que desaparecían, después iban
siendo más cada día; las malas noticias afectaban a toda
Beocia, y los soldados salían del campamento con mayor
6 prevención que si estuvieran en territorio enemigo. Enton-
ces Quincio envió emisarios a las ciudades para interesarse
por los actos de bandidaje. Se descubrió que había habido
muchas muertes en torno al pantano de Copaide ²⁶⁹, don-
de fueron desenterrados del fango o sacados del agua ca-
dáveres que tenían atadas piedras o ánforas para que el
peso los arrastrara al fondo. Se iban descubriendo muchos
7 crímenes perpetrados en Acrefia y Coronea. Quincio comen-
zó por exigir que le fueran entregados los culpables y que
los beocios pagasen quinientos talentos por los quinientos
8 soldados, pues ese era el número de muertos. Como no
se hizo ninguna de las dos cosas, pues las ciudades se
limitaron a excusarse con que en ninguno de aquellos actos
había mediado decisión oficial, envió diputados a Atenas
y Acaya para poner a los aliados por testigos de que era
justa y legítima la guerra que iba a emprender contra los

²⁶⁹ Al noreste de Tebas, con Acrefia al este y Coronea al oeste.

beocios; después ordenó a Apio Claudio ²⁷⁰ que se dirigie- 9
 ra a Acrefia con la mitad de las tropas, y él con la otra
 mitad puso sitio a Coronea, siendo previamente devasta-
 dos los campos que había en la ruta de las dos columnas
 salidas de Elacia en distinta dirección. Los beocios, muy 10
 afectados por este azote, pues el pánico y la huida cundían
 ya por todas partes, enviaron embajadores. Como no se
 les dio entrada en el campamento, intervinieron los aqueos
 y los atenienses. Fue más efectiva la petición de los aqueos, 11
 porque habían decidido que si no conseguían la paz para
 los beocios harían la guerra junto a ellos. Gracias a la 12
 intervención de los aqueos se les concedió a los beocios
 la posibilidad de ver al general romano y hablar con él.
 Se les concedió la paz y se levantó el asedio tras exigirles
 la entrega de los culpables y el pago de treinta talentos
 como sanción.

Pocos días más tarde llegaron de Roma 30

*Condiciones
 de la paz
 con Filipo:
 reacciones
 de etolios
 y griegos*

los diez miembros de la comisión, de
 acuerdo con cuyo consejo se le concedió
 la paz a Filipo con las condiciones siguien-
 tes: todas las ciudades griegas de Europa 2
 y de Asia gozarían de libertad y tendrían
 sus propias leyes; Filipo retiraría sus guarniciones de aque-
 llas ciudades que habían estado bajo su dominio y que en-
 tregaría libres a los romanos antes de la fecha de los
 Juegos Ístmicos; retiraría asimismo, en Asia, las guar- 3
 niciones de las ciudades de Euromo, Pedasos, Bargilias,
 Jaso, Mirina ²⁷¹, Abidos, Tasos y Perinto, pues se preten-
 día que también éstas fuesen libres; en cuanto a la libertad 4
 de los cíanos, Quincio escribiría a Prusias, rey de Bitinia,

²⁷⁰ Apio Claudio Pulcro, el cónsul de 185.

²⁷¹ En la isla de Lemnos.

informándole de lo que habían decidido el senado y los
5 diez comisionados; Filipo devolvería a los romanos los
prisioneros y desertores y entregaría todas las naves cu-
biertas a excepción de cinco y de la nave real, poco manio-
brable a causa de su tamaño, impulsada por dieciséis ban-
6 cadas de remos; no conservaría ningún elefante ni más
de cinco mil hombres armados; no haría la guerra fuera
de las fronteras de Macedonia sin la autorización del sena-
7 do; entregaría mil talentos al pueblo romano, la mitad
8 al contado y la otra mitad en diez anualidades. Valerio
Anciate habla de un tributo de cuatro mil libras de plata
anuales impuesto al rey para un período de diez años, y
Claudio, de cuatro mil doscientas libras a pagar durante
9 treinta años y veinte mil en el acto. Este mismo escribe
que se añadió una cláusula prohibiendo expresamente a
Filipo hacer la guerra a Éumenes, el hijo de Átalo que
10 era entonces el nuevo rey ²⁷². Como garantía de estas
condiciones se tomaron diez rehenes, entre ellos Demetrio,
hijo de Filipo. Valerio Anciate añade que se le dieron co-
mo regalo a Átalo, que estaba ausente, la isla de Egina
11 y los elefantes; a los rodios, Estratonicea y otras ciudades
de Caria que había ocupado Filipo, y a los atenienses, las
islas de Lemnos, Imbros, Delos y Esciros.

31 Todas las ciudades de Grecia estaban de acuerdo con
este convenio de paz, únicamente los etolios criticaban en
privado la decisión de los diez comisionados murmurando
2 que se trataba de palabras vacías envueltas bajo vana apa-
riencia de libertad. En efecto, si unas ciudades eran entre-
gadas a los romanos sin nombrarlas y otras eran mencio-
3 nadas y se las declaraba libres sin entregarlas, ¿qué otra
razón había sino dejar libres a las de Asia, más segu-

²⁷² Eumenes II reinó de 197 a 159.

ras gracias precisamente a su lejanía, y coger las de Grecia, que ni siquiera eran nombradas, Corinto, Calcis y Oreó junto con Eretria y Demetriadé? Y no era del todo 4 infundada la crítica. Había dudas, en efecto, respecto a Corinto, Calcis y Demetriadé, porque en la resolución del senado con la que habían sido enviados de Roma los diez diputados, las demás ciudades de Grecia y Asia eran declaradas libres sin lugar a dudas, mientras que en lo 5 referente a estas tres ciudades los diputados tenían instrucciones de hacer y decidir, en bien del Estado y de acuerdo con su conciencia, lo que demandaran las circunstancias del interés común. Se trataba del rey Antíoco, que, no 6 cabía duda, tenía intención de pasar a Europa en cuanto le pareciera que sus fuerzas eran las adecuadas, y no se quería dejar a su merced unas ciudades tan a propósito para ser ocupadas. Quincio salió de Elacia hacia Antícira 7 con los diez diputados, y de aquí cruzó a Corinto. Allí dedicaba los días casi por entero a barajar, en reunión con los diez diputados, planes para la liberación de Grecia. Quincio insistía una y otra vez en que debía quedar libre 8 toda Grecia si se quería tapan la boca a los etolios y que el nombre de Roma gozase de la estima y el respeto sincero de todos, si se quería hacer creíble que él había cru- 9 zado el mar para liberar a Grecia y no para hacerse con el dominio que tenía Filipo. Los otros no ponían ninguna 10 objeción en lo referente a la liberación de las ciudades, pero sostenían que era más seguro para las propias ciudades permanecer algún tiempo bajo la tutela militar de Roma en lugar de recibir como dueño a Antíoco en vez de Filipo. Finalmente se llegó a la decisión siguiente: Corinto 11 sería devuelto a los aqueos, pero con la condición de que siguiese la guarnición en el Acrocorinto; y Calcis y Deme-

tríade seguirían retenidas hasta que desapareciese la pre-ocupación por Antíoco.

- 32 Se acercaba la fecha señalada para los Juegos Ístmicos, que siempre habían sido muy concurridos debido tanto a la afición al espectáculo innata en aquel pueblo, que lo lleva a asistir a todo tipo de competiciones artísticas, de
2 fuerza o de agilidad, como a las ventajas de su emplazamiento. En efecto, su situación, a caballo entre dos mares opuestos, facilitaba a las gentes el acceso a toda clase de mercancías, y aquel centro comercial era un lugar de en-
3 cuentro de Asia y Grecia. Pero en esta ocasión habían acudido gentes de todas partes no sólo por el interés de costumbre sino por la expectación despertada acerca de cuál iba a ser en el futuro la situación de Grecia y cuál la suerte que ellos iban a correr. Las opiniones acerca de lo que harían los romanos eran diversas y no sólo las pensaban en silencio sino que las exponían en sus conversaciones; casi todos estaban convencidos de que no se retirarían de
4 toda Grecia. Habían tomado asiento para el espectáculo y el pregonero, acompañado como de costumbre por el trompetero, se adelantó hasta el centro del espacio desde el que suele darse inicio a los festejos con una fórmula tradicional; una vez que la trompeta impuso silencio hizo
5 esta proclama: «El senado romano y el general Tito Quincio, después de haber sido derrotados el rey Filipo y los macedonios, disponen que sean libres, queden exentos de tributos, y tengan sus propias leyes los corintios, los focenses, todos los locrenses y la isla de Eubea, y los magnetes,
6 los tesalios, los perrebos y los aqueos ftiotas». Había citado a todos los pueblos que habían estado bajo el dominio de Filipo. Al oír las palabras del pregonero la alegría de la gente fue tan grande que no podían asimilarla en
7 toda su intensidad. Apenas podían creer lo que habían

oído y se miraban unos a otros asombrados como ante la ilusión de un sueño; sin acabar de fiarse de sus propios oídos, cada uno preguntaba a los que tenía más próximos acerca de lo que a él le concernía. Se reclamó de nuevo 8 la presencia del pregonero, pues todos estaban ansiosos no sólo de oír sino de ver al mensajero de su libertad, y otra vez repitió la misma proclama. Ahora, al no haber 9 duda acerca del motivo de su alegría, prorrumpieron en unos aplausos tan clamorosos y tantas veces repetidos que resultaba fácilmente evidente que para la gente el más preciado de todos los bienes es la libertad. A continuación 10 se celebraron los festejos con tal rapidez que el espectáculo no atrajo las miradas ni la atención de nadie; hasta ese extremo un solo motivo de alegría había acaparado la sensibilidad frente a todos los demás disfrutes.

Finalizados pues los juegos, casi todo el mundo corrió 33 hacia el general romano, de forma que corrió cierto peligro 2 al irrumpir en masa los que querían llegar hasta él para estrecharle la mano y arrojarle coronas y cintas de honor. Pero andaba en torno a los treinta años de edad, y aparte 3 del vigor de la juventud le daba fuerzas también la euforia por el fruto de una gloria tan brillante. La efusión de 4 alegría no fue sólo momentánea sino que se repitió muchos días con una gratitud sentida y manifestada en los comentarios: existía sobre la tierra un pueblo que cargaba 5 con los gastos, las fatigas y los riesgos de la guerra por la libertad de otros, y no prestaba este servicio en favor 6 de gentes vecinas o cercanas o pertenecientes a su mismo continente sino que cruzaba los mares para que no existie- 7 ra ningún dominio injusto en ninguna parte del orbe y para que prevaleciera en todas partes la fuerza del derecho divino y humano y de la ley; con una simple proclama de un pregonero habían quedado en libertad todas las ciu-

dades de Grecia y Asia; hacía falta un espíritu audaz para proponerse un objetivo como éste, y una gran dosis de valor y buena suerte para llevarlo a efecto.

- 34 *Advertencias* Inmediatamente después de los Juegos
 a Antíoco. Ístmicos, Quincio y los diez diputados re-
 Remate cibieron a las delegaciones de reyes, pue-
 de la guerra blos y ciudades. Los primeros en ser
 con Filipo convocados fueron los embajadores del
 rey Antíoco. Cuando pronunciaron las mismas nada con-
 vincentes palabras que habían dicho en Roma, esta vez
 no se emplearon rodeos como en el caso anterior cuando
 la situación era incierta al no haber sido aún vencido Fili-
 po, sino que se les conminó abiertamente a que Antíoco
 saliera de las ciudades de Asia que hubiesen pertenecido
 a los reyes Filipo o Tolomeo, y que respetara las ciudades
 libres y no hiciese objeto de una agresión armada a ningun-
 a de ellas: las ciudades griegas debían permanecer en paz
 y libertad todas y en todas partes; se le instó sobre todo
 a que no pasara a Europa ni él ni sus tropas. Una vez
 despedidos los embajadores del rey comenzaron a celebrar-
 se reuniones respecto a ciudades y pueblos, y la tarea avan-
 zaba con gran rapidez porque simplemente se daba lectura
 a las decisiones de los diez diputados para cada ciudad
 en concreto. A los orestas —es un pueblo de Macedonia—
 les fueron restituidas sus propias leyes por haber sido los
 primeros en abandonar la causa del rey. También fueron
 declarados libres los magnetes, los perreos y los dólopes.
 Al pueblo tesalio se le concedió, aparte de la libertad,
 el territorio aqueo de la Ftiótide con excepción de la Tebas
 Ftiótide y de Fársalo. Los etolios, que pedían la devolu-
 ción de Fársalo y Léucade en virtud de la alianza, fueron
 remitidos al senado, siéndoles adjudicados los territorios
 focense y locrense, que anteriormente les habían perteneci-

do, con la garantía adicional de un decreto. Corinto, 9 Trifilia y Herea —ciudad ésta que también pertenece al Peloponeso— fueron devueltas a los aqueos. Los diez di- 10 putados eran partidarios de dar Óreo y Eretria al rey Éumenes, hijo de Átalo, y Quincio no estaba de acuerdo; fue el único punto que se sometió a la decisión del senado; éste concedió la libertad a aquellas ciudades, así como a Caristos. A Pléurato se le concedieron Licnido y el terri- 11 torio de los partinos, pueblos ilirios ambos que habían estado bajo el dominio de Filipo. Aminandro fue autorizado a quedarse con las plazas que había conquistado arrebatándoselas a Filipo en el transcurso de la guerra.

Finalizadas las reuniones los diez diputados se repar- 35 tieron el trabajo y marcharon a formalizar la liberación de las ciudades de la región que le correspondió a cada uno. Publio Léntulo ²⁷³ a Bargilias, Lucio Estertinio a He- 2 festia ²⁷⁴ y Taso y las ciudades de Tracia, Publio Vilio y Lucio Terencio a encontrarse con Antíoco, y a reunirse con Filipo, Gneo Cornelio. Éste, después de dar traslado 3 a las cuestiones de importancia menor, preguntó al rey si estaba dispuesto a prestar oídos a un consejo no ya útil sino de importancia vital. El rey contestó que incluso le 4 daría las gracias si le hacía alguna sugerencia provechosa para él; entonces puso gran empeño en convencerlo para 5 que, puesto que había conseguido la paz, enviase embajadores a Roma a pedir un tratado de alianza y amistad, a fin de evitar que pudiera parecer que se había man- 6 tenido a la expectativa y aprovechado la ocasión propicia para reiniciar la guerra, en el caso de que Antíoco realizase algún movimiento hostil. Se celebró en Tempe, en Tesalia, 7

²⁷³ El pretor de 203, miembro de la comisión de los diez en Apamea.

²⁷⁴ En Lemnos.

durante todo el día a los soldados abriendo un camino, cuando estaba emplazando el campamento sobre una loma, un tal Corolamo, régulo de los boyos, lo atacó con una gran partida de hombres y le mató cerca de tres mil soldados; cayeron además en aquel desordenado combate algunos hombres brillantes, entre ellos Tiberio Sempronio Graco y Marco Junio Silano, prefectos de los aliados, y Marco Ogulnio y Publio Claudio, tribunos militares de la legión segunda. Sin embargo los romanos se emplearon a fondo en la fortificación del campamento y lo retuvieron cuando el enemigo, crecido por su victoria, lo atacó sin resultado. Después se mantuvo durante algunos días en el mismo campamento estable mientras se curaba a los heridos y se recuperaba la moral de los soldados del tremendo susto. Los boyos, que son un pueblo incapaz de soportar la inactividad de la espera, se dispersaron aquí y allá por sus fuertes y aldeas. Marcelo cruzó el Po a toda velocidad y marchó al frente de sus legiones a territorio comense, donde tenían su campamento los ínsubres, que habían levantado en armas a los comenses. Los galos, envalentonados por el combate de los boyos de pocos días antes, entablaron la lucha durante la marcha misma y en un primer momento cargaron con tal brío que hicieron retroceder a los hombres de vanguardia. Cuando Marcelo se percató de esto temió que este movimiento desencadenase una huida y les puso delante una cohorte de marsos, y después lanzó contra el enemigo todos los escuadrones de jinetes latinos. La primera y la segunda carga de estos jinetes contuvieron el furibundo ataque de los enemigos, y el resto de las tropas romanas, recuperado el ánimo, primero dejó de retroceder y después cargó con brío. Los galos no aguantaron el combate por mucho tiempo sino que volvieron la espalda y huyeron en desbandada. Valerio

Anciate relata que murieron en aquella batalla más de cuarenta mil hombres y se capturaron ochenta y siete enseñas militares, setecientos treinta y dos carros y muchos collares de oro, uno de los cuales, de gran peso, fue depositado en el templo del Capitolio como ofrenda a Júpiter, según
14 escribe Claudio. El campamento de los galos fue asaltado y saqueado, y pocos días más tarde fue tomada la plaza de Como ²⁷⁵. Seguidamente se rindieron al cónsul veintiocho
15 plazas fuertes. Hay otra cuestión que es objeto de discusión entre los historiadores: si el cónsul marchó primero contra los boyos o contra los insubres al frente de su ejército, y si borró una derrota con una victoria o por el contrario la victoria obtenida en Como quedó afeada por la derrota sufrida en el territorio de los boyos.

37 Coincidiendo con el desarrollo de estos acontecimientos de suerte tan diversa, el otro cónsul, Lucio Furio Purpurión, llegó al territorio de los boyos atravesando la tribu
2 Sapinia. Se estaba acercando ya al fuerte de Mútilo cuando, temiendo verse atrapado simultáneamente por los boyos y los lígures, dio la vuelta con su ejército por el mismo camino por donde había venido, y describiendo un amplio círculo por campo abierto y por tanto seguro, llegó hasta
3 su colega. Una vez reunidos los ejércitos, su primer movimiento fue recorrer el territorio de los boyos devastándolo
4 hasta la plaza de Felsina ²⁷⁶. Esta ciudad y las demás poblaciones fortificadas del contorno se sometieron, así como casi todos los boyos exceptuados los jóvenes que habían tomado las armas para saquear y entonces estaban
5 refugiados en bosques de difícil acceso. El ejército marchó

²⁷⁵ No estaba donde la moderna Como sino más al suroeste, en las cercanías de Grandate.

²⁷⁶ La actual Bolonia.

seguidamente al territorio de los lígures. Los boyos pensaron que iban a poder atacar por sorpresa a la columna romana, que marcharía bastante desprevenida por creerlos muy alejados, y la siguieron por rutas escondidas. Como 6 no le dieron alcance, repentinamente cruzaron el Po en lanchas y después de arrasarlo a conciencia el país de los levos y los libuos, se encontraron con la columna romana cuando regresaban, atravesando los últimos confines del país de los lígures, con el botín cogido en los campos. Se entabló combate con más rapidez y violencia que si 7 hubiesen estado mentalmente preparados para enfrentarse en una batalla en momento y lugar determinados. Allí 8 quedó muy clara la enorme fuerza que tiene la rabia para estimular el coraje, pues los romanos pelearon con más sed de sangre que de victoria, hasta el extremo de que casi no dejaron ni un enemigo para llevar la noticia de la derrota. Al recibirse en Roma la carta de los cónsules se 9 decretaron tres días de acción de gracias por estas gestas. Poco tiempo después llegó a Roma el cónsul Marcelo, y el senado, por gran mayoría, le concedió el triunfo. Desem- 10 peñaba aún el cargo cuando celebró el triunfo sobre los ínsubres y los comenses; dejó para su colega la expectativa del triunfo sobre los boyos, pues en este país, propiamente había cosechado una derrota él solo, y una victoria juntamente con su colega. Muchos despojos enemigos y muchas 11 enseñas militares desfilaron en los carros capturados; se acarrearón trescientos veinte mil ases de bronce y doscientas treinta y cuatro mil monedas de plata acuñada; cada 12 soldado de infantería recibió ochenta ases de bronce, y el triple cada jinete y cada centurión.

- 38 *Antíoco:*
operaciones,
conferencia,
desastre
de la flota
- 2 Aquel mismo año, el rey Antíoco, que había pasado el invierno en Éfeso, intentó reducir de nuevo a la antigua fórmula de dependencia ²⁷⁷ a todas las ciudades de Asia. Lo cierto es que veía que las demás ciudades estaban dispuestas a aceptar el yugo sin mayores dificultades, bien por estar situadas en terreno llano o bien porque no confiaban demasiado en sus murallas, sus armas, o sus combatientes. Pero Esmirna y Lámpsaco ²⁷⁸ aspiraban a la libertad, y si a éstas se les concedía lo que pretendían, había el peligro de que otras ciudades siguieran el ejemplo de Esmirna en la Eólida y Jonia, y de Lámpsaco en el Helesponto. Envió, pues, tropas desde Éfeso para sitiar Esmirna, y para atacar Lámpsaco dio orden de llevar las tropas que se encontraban en Abidos, dejando sólo una pequeña guarnición. Y no se limitaba a intimidar mediante el empleo de la fuerza, sino que, a través de emisarios, se dirigía a sus ciudadanos en tono persuasivo o de reconvención por su temeridad y obstinación, en un intento de infundirles esperanzas de que conseguirían en breve lo que pretendían siempre y cuando quedase patente para ellos y para todos los demás que la libertad se la debían al rey y no la habían arrancado aprovechando una oportunidad. A esto contestaban que Antíoco no debía extrañarse ni irritarse por el hecho de que ellos no acabaran de resignarse a aceptar un aplazamiento en sus aspiraciones de libertad.
- 8 Antíoco, a principios de la primavera, partió de Éfeso con su flota y se dirigió al Helesponto dando orden a las fuerzas terrestres de desplazarse de Abidos al Quersoneso.

²⁷⁷ Consecuente a la victoria de Seleuco de 281.

²⁷⁸ En Lidia y en Misia (al noreste de Abidos) respectivamente.

Después de unirse los ejércitos de tierra y de mar en el Quersoneso cerca de la ciudad de Maditos, como ésta 9 había cerrado sus puertas, rodeó las murallas de hombres armados y estaba ya acercando las máquinas de asedio cuando se produjo la rendición. El miedo a algo semejante hizo que se rindieran los habitantes de Sesto y otras ciudades del Quersoneso. A continuación se trasladó a Lisimaquia 10 con todas las fuerzas navales y terrestres al mismo tiempo. Al encontrarla abandonada y reducida a escombros casi por completo, pues había sido tomada, saqueada e incen- 11 diada por los tracios hacía pocos años, sintió deseos de reconstruir aquella renombrada ciudad estratégicamente situada. De modo, pues, que se entregó de lleno a la tarea 12 de restaurar edificios y muros y a la vez de rescatar a los lisimaquenses reducidos a la esclavitud, de buscar y traer a otros que la huida había dispersado por el Helesponto y el Quersoneso, y también de atraer nuevos colonos 13 presentándoles la perspectiva de grandes ventajas, poniendo todos los medios para incrementar su población. Al 14 mismo tiempo, para alejar el temor a los tracios, participó personalmente en una expedición con la mitad de las tropas de tierra para devastar la zona de Tracia más próxima, dejando la otra mitad y toda la marinería para los trabajos de reconstrucción de la ciudad.

Mientras tanto, Lucio Cornelio ²⁷⁹, enviado por el se- 39 nado para dirimir los puntos de conflicto entre los reyes Antíoco y Tolomeo, se detuvo en Selimbria ²⁸⁰, y tres de 2 los diez diputados se dirigieron a Lisimaquia, Publio Léntulo desde Bargilias y Publio Vilio y Lucio Terencio desde Taso. A Lisimaquia acudieron también Lucio Cornelio des-

²⁷⁹ Léntulo.

²⁸⁰ En la costa de Tracia, en la Propóntide.

de Selimbria y pocos días después Antíoco desde Tracia.

3 El primer encuentro con los diputados y la posterior invitación fueron cordiales y acogedores. Pero en cuanto se comenzó a hablar de la misión que traían y de la situación
4 de Asia en aquel momento, los ánimos se crisparon. Los romanos no trataban de ocultar que al senado no le había gustado nada de lo que Antíoco había hecho desde el momento en que había zarpado de Siria con la flota, y consideraban justo que le fueran devueltas a Tolomeo todas las
5 ciudades que le habían pertenecido, pues con respecto a aquellas otras que pertenecían a Filipo y que Antíoco había tomado aprovechando la circunstancia de que aquél
6 estaba absorbido por la guerra con Roma, les parecía realmente intolerable que los romanos hubieran afrontado tantos peligros y tantos trabajos por tierra y mar a lo largo de tantos años, y que Antíoco se llevase los frutos de la
7 guerra; y en la hipótesis de que pudieran los romanos pasar por alto su llegada a Asia como si no les concerniera, ¿qué decir del hecho de que hubiera pasado ya también a Europa con la totalidad de sus tropas terrestres y navales?, ¿qué diferencia había entre esto y una declaración de guerra a los romanos? Ciertamente que él iba a negar esto incluso si pasaba a Italia; pero los romanos no estaban dispuestos a esperar a que pudiera hacerlo.

40 A esto respondió Antíoco diciendo que estaba sorprendido de que los romanos se interesasen tanto por lo que el rey Antíoco debía hacer o hasta dónde debía haber avanzado por tierra o por mar, y que en cambio no se parasen a pensar que Asia no les incumbía a ellos, ni tenían mayor derecho a inquirir qué hacía Antíoco en Asia que Antíoco a interesarse por lo que hacía el pueblo romano
3 en Italia. En lo referente a Tolomeo y a su queja por las ciudades que le había quitado, él tenía amistad con Tolo-

meo y trataba de que en breve los unieran además lazos de parentesco. Ni siquiera había pretendido sacar prove- 4 cho alguno de la suerte adversa de Filipo, ni su paso a Europa era una ofensiva contra los romanos, pero consideraba que formaba parte de sus dominios el territorio que anteriormente había sido del reino de Lisímaco, y que una vez derrotado éste, todas sus posesiones habían pasado a poder de Seleuco por derecho de conquista. Mientras sus 5 antepasados estaban ocupados en otros asuntos, primero Tolomeo y después Filipo habían ocupado una parte de estos dominios, apropiándose de lo que pertenecía a otro. ¿Podía alguien, en efecto, poner en duda que habían pertenecido a Lisímaco el Quersoneso y la zona adyacente de Tracia que circundaba Lisimaquia? Él había venido a 6 recuperar su antiguo derecho sobre aquellos dominios y refundar Lisimaquia, destruida en el asalto de los tracios, para que su hijo Seleuco hiciese de ella la capital de su reino.

Se habían prolongado durante varios días estas dis- 41 cusiones cuando llegó un rumor, cuya procedencia no estaba muy clara, referente a la muerte del rey Tolomeo, impidiendo que las conversaciones se plasmaran en alguna conclusión. Ambas partes hacían como que no lo habían oído; 2 Lucio Cornelio, encargado de la gestión entre los dos reyes, Antíoco y Tolomeo, solicitaba un breve aplazamiento para reunirse con Tolomeo, en realidad con el propósito 3 de llegar a Egipto antes de que se originara algún disturbio ante la toma de posesión del nuevo rey, y Antíoco por su parte estaba convencido de que Egipto sería suyo si lo ocupaba en aquellos momentos. Se despidió, pues, de los 4 romanos, dejó a su hijo Seleuco con todas las tropas de tierra para reconstruir Lisimaquia tal como había decidido, y él con toda la flota navegó hasta Éfeso después de enviar 5

unos emisarios a Quincio para darle seguridades de que el rey no cambiaría en nada en lo referente a la alianza. Bordeando la costa de Asia llegó hasta Licia, y al enterarse en Pátaras ²⁸¹ de que Tolomeo seguía con vida renunció a su propósito de navegar hasta Egipto. No obstante, se dirigió a Chipre ²⁸², y cuando había doblado el promontorio de Quelidonias, un motín de los remeros lo tuvo retenido durante algún tiempo en Panfilia ²⁸³, en las proximidades del río Eurimedonte. Cuando reanudó la marcha, cerca de los llamados brazos del río Saro ²⁸⁴ lo sorprendió una tremenda borrasca que estuvo a punto de hundirlo con toda la flota. Muchas naves quedaron destrozadas, muchas se dispersaron, y otras muchas fueron tragadas por el mar de forma que nadie pudo salir a tierra a nado. ⁸ Perecieron allí un gran número de hombres, no sólo remeros y soldados de la masa anónima sino hombres de relieve ⁹ amigos del rey. Una vez reunidos los restos del naufragio, puesto que la situación no estaba como para intentar algo contra Chipre, regresó a Seleucia ²⁸⁵ con unos efectivos mucho menos completos que a la partida. Una vez allí ordenó sacar a tierra las naves, pues además se echaba ya encima el invierno, y él se retiró a Antioquía a los cuarteles de invierno. Ésta era la situación en que se encontraban los reyes.

²⁸¹ En la Licia meridional, con un famoso templo de Apolo.

²⁸² Chipre había pasado a manos de Tolomeo en 316, de Demetrio Poliorcetes en 306, otra vez de Tolomeo en 295, y de Antíoco Epífanés en la sexta guerra siria.

²⁸³ Situada entre Cilicia y Licia.

²⁸⁴ Desemboca en el mar cerca de Tarso.

²⁸⁵ Seleucia Pieria, situada en la costa cerca de Antioquía, fundada, como ésta, por Seleuco I.

*Roma:
nombramientos,
mandos,
noticias de
Hispania*

Aquel año se nombraron triúnviros ²⁸⁶ 42
epulones en Roma por primera vez, y fue-
ron Gayo Licinio Lúculo, el tribuno de
la plebe que había presentado la propuesta
de ley sobre su creación, Publio Man-

lio y Publio Porcio Leca. A estos triúnviros se les concedió
por ley el derecho a llevar toga pretexta igual que los pon-
tífices. Pero hubo este año un grave enfrentamiento entre 2
el conjunto de los sacerdotes y los cuestores urbanos Quinto Fabio Labeón ²⁸⁷ y Lucio Aurelio. Había falta de 3
recursos económicos, porque se había decidido reembolsar
a los particulares el último plazo del dinero que habían
prestado para la guerra. Los cuestores reclamaban a los 4
augures y pontífices la contribución que no hubieran in-
gresado durante la guerra. Los sacerdotes apelaron en va-
no a los tribunos de la plebe, y la exacción por todos los
años en que no habían contribuido fue llevada a cabo.
En este mismo año murieron dos pontífices, y otros nuevos 5
ocuparon los puestos: el cónsul Marco Marcelo cubrió la
plaza de Gayo Sempronio Tuditano, fallecido siendo pre-
tor en Hispania, y Lucio Valerio Flaco la de Marco Corne-
lio Cetego ²⁸⁸. También murió el augur Quinto Fabio 6
Máximo, muy joven aún, antes de ejercer ninguna magis-
tratura, y no se eligió augur aquel año para ocupar su
puesto.

Los comicios consulares fueron presididos por el cónsul 7
Marco Marcelo. Resultaron elegidos cónsules Lucio Vale-
rio Flaco y Marco Porcio Catón. Seguidamente fueron ele-
gidos pretores Gneo Manlio Volsón, Apio Claudio Nerón,

²⁸⁶ Pasarían luego a siete, y a diez en tiempos de César.

²⁸⁷ Que sería pretor en 189 y cónsul en 183.

²⁸⁸ Pretor en 211, censor en 209 y cónsul en 204.

Publio Porcio Leca, Gayo Fabricio Luscino, Gayo Atinio Labeón y Publio Manlio.

8 Aquel año los ediles curules Marco Fulvio Nobilior ²⁸⁹ y Gayo Flaminio distribuyeron entre la población un millón de modios de trigo a dos ases. Lo habían enviado a Roma los sicilianos como homenaje personal a Gayo Flaminio ²⁹⁰ y a su padre, y Flaminio había querido compartir con su colega la popularidad del gesto. Los Juegos Romanos fueron preparados con suntuosidad y repetidos desde el principio tres veces. Los ediles de la plebe Gneo Domicio Ahenobarbo ²⁹¹ y Gayo Escribonio Curión ²⁹² sometieron al juicio del pueblo a muchos arrendadores de pastos públicos; tres de éstos fueron condenados, y con el dinero de las multas que les fueron impuestas se construyó un templo en la isla de Fauno. Los Juegos Plebeyos fueron repetidos dos días, y se celebró un banquete con motivo de los mismos.

43 El quince de marzo ²⁹³, fecha en que entraron en funciones, los cónsules Lucio Valerio Flaco y Marco Porcio Catón sometieron a debate en el senado la asignación de 2 provincias. En vista de que la guerra de Hispania iba tomando tal incremento que se necesitaba ya un general y un ejército consular, el senado aprobó una resolución disponiendo que los cónsules se repartieran de mutuo acuerdo o por sorteo las provincias de Hispania citerior y de 3 Italia; aquel a quien correspondiera Hispania llevaría con-

²⁸⁹ Pretor en 193, cónsul en 189, y censor en 179.

²⁹⁰ Cuestor en 209, pretor en 193 y cónsul en 187.

²⁹¹ Pretor en 194 y cónsul en 192.

²⁹² Pretor en 193; curión máximo en 174, fecha en que podría haberse impuesto el *cognomen* de Curión.

²⁹³ Del año 195.

sigo dos legiones y quince mil aliados latinos y ochocientos jinetes, e iría al frente de veinte navíos de guerra; el otro 4
cónsul alistaría dos legiones; éstas eran suficientes para defender la provincia de la Galia, al haberse quebrantado la moral de los insubres y los boyos el año anterior. El sorteo dio Hispania a Catón, e Italia a Valerio. Des- 5
pués sortearon sus provincias los pretores, correspondiendo a Gayo Fabricio Luscino la jurisdicción urbana y a Gayo Atinio Labeón la peregrina, Sicilia a Gneo Manlio Vol-
són, la Hispania ulterior a Apio Claudio Nerón, Pisa a Publio Porcio Leca, como contención de los lígures a su
espalda. Publio Manlio fue asignado al cónsul como colaborador para la Hispania citerior. A Tito Quincio le fue 6
prorrogado el mando por un año, pues se recelaba tanto de Antíoco y los etolios como de Nabis, el tirano lacedemonio, y contaría con dos legiones; los cónsules recibieron instrucciones de alistar tropas complementarias y enviarlas a Macedonia en caso de que hicieran falta. Apio Claudio 7
fue autorizado a reclutar dos mil soldados de infantería y doscientos de caballería nuevos, aparte de la legión que había mandado Quinto Fabio. Igual número de hombres 8
de infantería y caballería nuevos le fue asignado a Publio Manlio para la Hispania citerior, además de la legión que había estado a las órdenes del pretor Quinto Minucio. Un decreto asignó a Publio Porcio Leca, para las cerca- 9
nías de Pisa en Etruria, diez mil hombres de a pie y quinientos de a caballo procedentes del ejército de la Galia. En Cerdeña se le prorrogó el mando a Tiberio Sempronio Longo.

Distribuidas de esta forma las provincias, en virtud de 44
un dictamen de los pontífices se pidió a los cónsules que antes de salir de la ciudad celebrasen los ritos de la prima-

2 vera sagrada ²⁹⁴ que por mandato del pueblo y de acuerdo con el criterio del senado había prometido con voto el pretor Aulo Cornelio Mámula durante el consulado de Gneo Servilio y Gayo Flaminio ²⁹⁵. Fue celebrada veintiún años después de haber sido prometida. Por las mismas fechas, Gayo Claudio Pulcro ²⁹⁶, hijo de Apio, fue elegido y consagrado augur para ocupar la plaza de Quinto Fabio Máximo, que había fallecido el año anterior.

4 Cuando todo el mundo manifestaba sin rébozo su extrañeza por la pasividad ante la guerra desencadenada en Hispania, llegó una carta de Quinto Minucio en la que informaba de que se había enfrentado con éxito en una batalla campal a los generales hispanos Budare y Besadine cerca de la plaza de Turda ²⁹⁷; que habían muerto doce mil enemigos, el general Budare había caído prisionero, y los demás habían sido derrotados y puestos en fuga.

5 Tras la lectura de esta carta era menor la alarma con respecto a Hispania, donde se había temido una guerra de grandes proporciones. Las preocupaciones se centraron por entero en el rey Antíoco, especialmente después de la

6 llegada de los diez diputados. Éstos comenzaron por dar cuenta de lo que se había negociado con Filipo y de las condiciones en que se había concedido la paz, y después hicieron ver que la amenaza de guerra representada por

7 Antíoco era igualmente grave: había pasado a Europa con una enorme flota y un respetable ejército de tierra, y si no lo hubiera llevado a cambiar de rumbo la ilusoria espe-

²⁹⁴ Antiguo rito de origen sabélico sobre el cual se dan detalles en XXII 9-10.

²⁹⁵ Año 217.

²⁹⁶ Sería pretor en 180, cónsul en 177, censor en 169.

²⁹⁷ Sin otras referencias. En otra variante, Turba.

ranza de invadir Egipto, generada por un rumor aún más ilusorio, bien pronto se habría visto Grecia envuelta en las llamas de la guerra; ni siquiera los etolios, un pueblo inquieto por naturaleza, y resentido, además, con los romanos, habrían dejado de intervenir; había también otro 8 gravísimo mal enquistado en las entrañas de Grecia: Nabis, tirano entonces de los lacedemonios, pronto lo sería de toda Grecia si se le dejaba, y además un tirano que igualaría en codicia y crueldad a todos los tiranos famosos; si se le permitía mantener Argos como ciudadela que 9 dominaba el Peloponeso, apenas retirados a Italia los ejércitos romanos iba a resultar inútil haber liberado de Filipo a Grecia, que en lugar de un rey por lo menos lejano iba a tener por amo a un tirano cercano.

*El fantasma
de Aníbal.*

*Huida de Cartago
al encuentro
de Antíoco*

Al escuchar estas palabras de labios 45
de personas de tanto peso que además ha-
blaban de cosas que habían constatado
por sí mismos en su totalidad, se con- 2
sideró que lo que se refería a Antíoco

era más importante, pero era más urgente el debate con respecto al tirano, puesto que el rey, por la razón que fuera, se había retirado a Siria. Se discutió largo tiempo si 3 se consideraba que había motivo suficiente para una declaración inmediata de guerra o si se dejaba que Tito Quincio actuase de la forma que estimase más conveniente para el Estado en lo referente a Nabis el lacedemonio. Se hizo 4 esto último, en el convencimiento de que se trataba de una cuestión cuyo adelanto o retraso no tenía demasiada importancia para los intereses generales del Estado; más aten- 5 tos había que estar a cómo reaccionarían Aníbal y los cartagineses si estallaba una guerra con Antíoco.

6 Los miembros del partido contrario a Aníbal ²⁹⁸ escri-
bían con frecuencia a los romanos importantes, cada uno
a sus conocidos, diciendo que Aníbal había enviado cartas
y mensajeros a Antíoco, y que habían llegado en secreto
7 enviados del rey; que así como no hay forma de amansar
a algunas fieras, también el espíritu de aquel hombre se-
guía siendo salvaje e implacable, y se quejaba de que la
población se estaba enervando por falta de actividad y amo-
dorrando debido a la indolencia, y sólo con el ruido de
8 las armas era posible despertarla. El recuerdo de la última
guerra, no sólo dirigida sino desencadenada por él solo,
hacía creíbles estas referencias. Además, una de sus recien-
tes disposiciones había crispado los ánimos de muchos
poderosos.

46 En aquella época era dominante en Cartago el esta-
· mento judicial, debido sobre todo a que los jueces lo eran
2 de por vida. En su poder estaban la hacienda, la fama
y la vida de todos; cualquiera que ofendiese a un solo miem-
bro de aquel estamento los tenía a todos en contra, y con
3 unos jueces tan hostiles no faltaban acusadores. Cuando
éstos detentaban un poder tan incontrolado, pues no ha-
cían de sus desmedidas atribuciones un uso respetuoso con
los derechos civiles, Aníbal, nombrado pretor, mandó lla-
4 mar a su presencia al cuestor. El cuestor hizo caso omiso,
pues por una parte pertenecía al partido contrario y por
otra, como de la cuestura se pasaba a la judicatura, esta-
mento poderosísimo, adoptaba ya unas maneras acordes
5 con el poder que pronto iba a tener. Aníbal estimó que
esto era francamente inadmisibile y envió un subalterno a
arrestar al cuestor. Una vez conducido ante la asamblea,

²⁹⁸ Sobre el episodio de la huida de Aníbal de Cartago, que otras
fuentes sitúan en el año anterior, véase J. BRISCOE, *A Commentary...*,
págs. 335 ss.

lanzó sus acusaciones tanto contra él en particular como contra el estamento de los jueces, cuya arrogancia y prepotencia eran la causa de que ni las leyes ni los magistrados sirvieran para nada. Cuando se percató de que su discurso 6 tenía una favorable acogida, y que hasta los más modestos sentían la arrogancia de los jueces como un peso para la libertad, inmediatamente propuso y sacó adelante una ley según la cual los jueces serían elegidos por un año, y 7 nadie lo sería dos años consecutivos. Pero todo lo que esta medida tuvo de popular entre la plebe lo tuvo de ofensiva entre gran parte de los influyentes. A ésta añadió otra 8 que sirvió al interés común pero suscitó animosidades en contra suya. Los recursos públicos se perdían en parte por dejadez y en parte repartidos como botín entre algunos principales y magistrados, llegando incluso a faltar dinero 9 para pagar cada año el tributo a los romanos, y parecía cernirse sobre los particulares la amenaza de una onerosa contribución.

Cuando Aníbal descubrió a cuánto ascendían las re- 47 caudaciones de impuestos de tierra y mar, en qué se invertían, cuánto se empleaba en los gastos corrientes del Estado, y qué cantidad era distraída hacia peculios privados, declaró ante la asamblea que el Estado tendría recursos 2 suficientes para hacer efectivo el tributo a los romanos, sin imponer contribuciones a los particulares, si se exigía todo el dinero atrasado; y cumplió lo prometido.

Pero entonces, todos aquellos que durante bastantes 3 años habían engordado a costa de los fondos públicos, ofendidos como si los hubieran despojado de bienes suyos en vez de hacerles soltar el botín de sus robos, instigaban en contra de Aníbal a los romanos que ya de por sí buscaban una coartada para su odio. Insistentemente se opuso Publio 4 Escipión Africano, que consideraba impropio del pueblo

romano implicarse en los odios de los acusadores de Aníbal y comprometer el prestigio del Estado en las banderías de los cartagineses, y, no contentos con haber vencido a Aníbal en la guerra, actuar como acusadores prestando juramento y declarando contra él. Pero al fin consiguieron que se enviasen emisarios a Cartago para acusar a Aníbal, ante el senado cartaginés, de estar urdiendo planes con el rey Antíoco para hacer la guerra. Los tres diputados enviados fueron Gneo Servilio, Marco Claudio Marcelo y Quinto Terencio Culeón ²⁹⁹. Llegados a Cartago, cuando les preguntaron por el motivo de su visita, la respuesta que dieron, por consejo de los enemigos de Aníbal, fue que habían venido para resolver las diferencias que hubiera entre Masinisa, el rey de los númidas, y los cartagineses. Así lo creyó todo el mundo. Únicamente a Aníbal no se le escapaba que él era el objetivo de los romanos, y que se les había concedido la paz a los cartagineses con el propósito de que continuase una guerra implacable sólo contra él. Decidió, pues, plegarse a las circunstancias y a la suerte; ya desde antes lo tenía todo preparado para la huida; aquel día se dejó ver por el foro para alejar los motivos de sospecha, y nada más oscurecer, en ropa de calle, llegó hasta la puerta con dos acompañantes que no estaban al tanto de sus planes y salió.

Los caballos estaban preparados en el lugar que había indicado. Durante la noche recorrió la región del país llamada Bizacio, y al día siguiente llegó a la costa, a una torre de su propiedad, entre Acila y Tapso ³⁰⁰. Allí lo esperaba una nave equipada y dotada de remeros. Así aban-

²⁹⁹ Sería pretor en 187.

³⁰⁰ Acila y Tapso, en la costa oriental de Túnez (al sur de Adrumeto), estaban a considerable distancia entre sí.

donó Aníbal el África, lamentando más la suerte de su patria que la suya propia. Aquel mismo día hizo la travesía hasta la isla de Cercina ³⁰¹. Allí encontró en el puerto varias naves fenicias de transporte cargadas de mercancías, y en cuanto desembarcó, se arremolinó la gente para saludarlo, y a los que preguntaban mandó responderles que lo habían enviado a Tiro como embajador. No obstante, ante el temor de que alguna de aquellas naves zarpara durante la noche y llevara a Tapso o Adrumeto ³⁰² la noticia de que había sido visto en Cercina, mandó hacer los preparativos para un sacrificio e hizo invitar a los capitanes de los barcos y a los mercaderes y pedir las velas y antenas de los navíos para hacer un quitasol —estaban en pleno verano— para los comensales en la playa. Se celebró el banquete aquel día con todo el lujo que las circunstancias y el momento permitían, y el festín se prolongó hasta muy avanzada la noche con vino en abundancia. Aníbal, en cuanto encontró un momento oportuno para pasar inadvertido a los que estaban en el puerto, soltó amarras a su nave. Los demás quedaron sumidos en el sueño y cuando al día siguiente despertaron al fin, en plena resaca, aparte de que era ya tarde emplearon varias horas en transportar los aparejos a las naves, colocarlos y ponerlos en funcionamiento.

En Cartago, la multitud que solía visitar la casa de Aníbal se conglomeró a la entrada del edificio. En cuanto se hizo público que Aníbal no aparecía, la gente corrió al foro en masa preguntando por el primer ciudadano; unos decían que había emprendido la huida, cosa que en efecto ocurría; otros, cuyas voces predominaban, decían que

³⁰¹ Islas Kerkennah, al sur de Acila.

³⁰² Ver XXX 29, 1 nota.

había muerto en una trampa de los romanos. En los rostros se podían ver expresiones diferentes, como es lógico en una población compuesta por partidarios de opciones diferentes divididos en facciones. Finalmente se supo que había sido visto en Cercina con posterioridad.

- 49 Los enviados romanos expusieron ante el senado que los senadores de Roma tenían constancia de que el rey Filipo primero había hecho la guerra al pueblo romano por
2 instigación sobre todo de Aníbal, y de que éste había enviado recientemente cartas y mensajeros a Antíoco y a los etolios y urdido planes para empujar a Cartago a la rebelión; que no se había dirigido a ninguna otra parte más que a presencia del rey Antíoco, y que no descansaría
3 hasta desencadenar la guerra en el mundo entero; no debían los cartagineses dejar esto impune si querían demostrar al pueblo romano que nada de todo ello se había hecho con
4 su consentimiento ni por decisión oficial. Los cartagineses respondieron que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que los romanos considerasen adecuada.
- 5 Aníbal, en una travesía sin problemas, llegó a Tiro y fue recibido por los fundadores de Cartago como un hombre distinguido con toda clase de honores procedente de su segunda patria. Se quedó unos pocos días y navegó hacia Antioquía. Allí se enteró de que el rey había marchado
6 ya para Asia y se reunió con su hijo, que estaba celebrando los tradicionales Juegos de Dafne. Fue objeto de una acogida cordial por parte de éste y siguió su travesía sin
7 la menor demora. En Éfeso dio alcance al rey, que andaba aún con dudas y vacilaciones con respecto a la guerra con Roma; pero la llegada de Aníbal influyó no poco en su ánimo para que acabara de decidirse.
- 8 También por aquella época la actitud de los etolios se hizo más distante con respecto a la alianza con Roma;

enviaron una diputación a reclamar Fársalo y Léucade y algunas otras ciudades tomando como base el tratado primigenio, y el senado los remitió a Tito Quincio.

LIBRO XXXIV

SINOPSIS

AÑO 195 a. C.

- La abrogación de la ley Opia: discurso de Catón (1 - 4).
- Discurso de réplica de Lucio Valerio (5 - 8, 3).
- Catón en Hispania. Ampurias (8, 4 - 12).
- Batalla cerca de Ampurias y victoria romana (13 - 16).
- Turdetania. Lacetanos. Bergio (17 - 21).
- Oriente: la guerra contra Nabis (22 - 25).
- Ofensiva contra Esparta. Toma de Giteo (26 - 29).
- Entrevista del tirano Nabis con Quincio Flaminio (30 - 34).
- Condiciones de paz ofrecidas Nabis (35 - 37).
- Asalto a Esparta. Nabis capitula (38 - 41).

AÑO 194 a. C.

- Roma: elecciones, colonias, triunfo de Catón (42 - 46, 3).
- Galia Cisalpina: batalla contra los boyos (46, 4 - 47).
- Fin de la campaña en Grecia (48 - 51).
- Roma: triunfo de T. Quincio Flaminio (52 - 53).

AÑO 193 a. C.

- Elecciones, juegos, mandos. Embajada de Antíoco (54 - 59).
- Aníbal y Antíoco. Repercusiones en Cartago (60 - 62).

- 1 *La abrogación de la ley Opia: discurso de Catón* En medio de las preocupaciones ocasionadas por grandes guerras apenas finalizadas o ya inminentes ocurrió un episodio poco importante en sí mismo pero que desembocó en un grave enfrentamiento por la pasión que suscitó. Los tribunos de la plebe Marco Fundanio y Lucio Valerio presentaron al pueblo una propuesta de derogación de la ley Opia ³⁰³. Había sido promulgada a propuesta del tribuno de la plebe Gayo Opio en pleno fragor de la Guerra Púnica durante el consulado de Quinto Fabio y Tiberio Sempronio ³⁰⁴, y establecía que ninguna mujer poseería más de media onza de oro ni llevaría vestimenta de colores variados ni se desplazaría en carruajes tirados por caballos en ciudades o plazas fuertes o a una distancia inferior a una milla salvo con motivo de un acto religioso de carácter público. Los tribunos de la plebe Marco y Publio Junio Bruto ³⁰⁵ estaban a favor de la ley Opia y declaraban que no permitirían que fuese derogada. Muchos nobles intervenían en el debate para hablar a favor o en contra. Una multitud de partidarios y contrarios a la ley llenaba el Capitolio. Ni la dignidad ni el pudor ni las órdenes de sus maridos podían de ninguna forma mantener a las matronas en casa; se apostaban en todas las calles de la ciudad y en los accesos del foro, y pedían a los hombres que acudían al foro que en vista del florecimiento del Estado y de que todas las fortunas privadas crecían de día en día, permitieran que también a las matronas les fuera devuelto su antiguo esplendor. El nú-

³⁰³ Sobre los problemas referentes a la derogación de la ley Opia puede verse J. BRISCOE, *A Commentary on Livy, Books XXXIV-XXXVII*, Oxford, 1981, págs. 39-43.

³⁰⁴ Fabio Máximo Cunctátor y Sempronio Graco, año 215.

³⁰⁵ Marco, el pretor de 191 y cónsul de 178. Publio, el pretor de 190.

mero de mujeres que afluían aumentaba cada día, pues acudían también desde las poblaciones y centro rurales. Se atrevían incluso a acercarse a los cónsules y pretores 7 y a otros magistrados y rogarles; pero se encontraban con que eran absolutamente inflexibles, al menos uno de los cónsules, Marco Porcio Catón, que pronunció el siguiente discurso en apoyo de la ley cuya derogación se proponían:

«Si cada uno de nosotros, Quirites, hubiese aprendido 2 a mantener sus derechos y su dignidad de marido frente a la propia esposa, tendríamos menos problemas con las mujeres en su conjunto; ahora, nuestra libertad, vencida 2 en casa por la insubordinación de la mujer, es machacada y pisoteada incluso aquí en el foro, y como no fuimos capaces de controlarlas individualmente, nos aterrorizan todas a la vez. Yo, la verdad, pensaba que era una fábula, 3 una historia de ficción lo de que todo el sexo masculino había sido suprimido de raíz en cierta isla ³⁰⁶ por una conspiración de las mujeres. Cualquier clase de gente represen- 4 ta un gravísimo peligro si se consiente que haya reuniones, conciliábulos y encuentros clandestinos. Y yo en mi fuero interno no llego a establecer si es peor el hecho por sí mismo o por el precedente que sienta; en el primer sentido 5 nos concierne a nosotros los cónsules y magistrados, y en el segundo a vosotros, Quirites. Es a vosotros, en efecto, a los que vais a emitir vuestro voto, a quienes corresponde valorar si la propuesta que se presenta es o no conforme a los intereses del Estado. Este tumulto mujeril, tanto si 6 se ha producido de forma espontánea como si lo ha sido por instigación vuestra, Marco Fundanio y Lucio Valerio, y que sin duda tiene que ver con la responsabilidad de los magistrados, no sé si va más en desdoro vuestro, tribunos,

³⁰⁶ Leyenda de la isla de Lemnos donde las mujeres dieron muerte a sus maridos.

- o de los cónsules; vuestro, si habéis llegado ya al extremo de llevar a las mujeres a avivar los disturbios tribunicios; nuestro, si ahora tenemos que aceptar leyes de una secesión de mujeres igual que en otro tiempo de una secesión de la plebe. La verdad, he sentido cierto rubor cuando hace poco he llegado hasta el foro por entre un ejército de mujeres. Y si, por respeto a la dignidad de cada una en particular más que de todas en conjunto, no me hubiese contenido por reparo a que se dijese que el cónsul les había llamado la atención, les habría dicho: '¿Qué manera de comportaros es ésta de salir en público a la carrera, invadir las calles e interpelar a los maridos de otras? ¿No pudisteis hacer este mismo ruego en casa cada una al suyo? ¿O es que sois más convincentes en público que en privado, y con los extraños más que con los vuestros? Y eso que, si el recato contuviera a las matronas dentro del ámbito de sus propios derechos, ni siquiera en casa debíais ocuparos de qué leyes se aprueban o se derogan aquí'. Nuestros mayores quisieron que las mujeres no intervinieran en ningún asunto, ni siquiera de carácter privado, más que a través de un representante legal; que estuvieran bajo la tutela de sus padres, hermanos o maridos. Nosotros, si así place a los dioses, incluso les estamos permitiendo ya intervenir en los asuntos públicos y poco menos que inmiscuirse en el foro, en las reuniones y en los comicios. Porque, ¿qué otra cosa hacen por calles y cruces sino influir en la plebe a favor de la propuesta de los tribunos y manifestar su criterio de que la ley debe ser derogada? Soltad las riendas a una naturaleza indisciplinada, a un animal indómito, y esperad, que ellas mismas pondrán co-
- to a su desenfreno. Si vosotros no lo ponéis, ésta es una pequeñísima muestra de lo que, impuesto por la costumbre o por las leyes, soportan las mujeres a regañadientes. Lo

que añoran es la libertad total, o más bien, si queremos decir las cosas como son, el libertinaje. Realmente, si en esto se salen con la suya, ¿qué no intentarán?».

«Examinad todas las leyes referentes a la mujer con 3 las que vuestros mayores pusieron freno a su incontinencia y la sometieron a su marido; aun constreñidas por todas ellas, a duras penas podéis dominarlas. Qué, si dejáis que 2 desgajen una a una y os arranquen de las manos esas ataduras y se equiparen completamente a sus maridos, ¿creéis que podréis aguantarlas? Desde el momento mismo en que 3 comiencen a ser iguales, serán superiores. Pero, ¡por Hércules!, no es que se resistan a que se apruebe una medida nueva contra ellas, que se opongan a un desafuero y no a una ley; más bien se trata de que deroguéis una ley que 4 fue aprobada y sancionada con vuestros votos, sometida por vosotros a la prueba de la experiencia práctica de tantos años; es decir, se trata de que aboliendo una ley debilitéis todas las demás. Ninguna ley es del todo ventajosa 5 para todos; lo único que se pretende es que sea útil a la mayoría, y en su conjunto. Si cada cual destruye y echa abajo una ley que personalmente le perjudica, ¿de qué servirá que la colectividad apruebe unas leyes que al poco tiempo pueden ser derogadas por aquellos contra quienes van dirigidas? Quisiera, no obstante, que se me dijera cuál 6 es el motivo que ha llevado a las matronas a presentarse en público a la carrera de forma tumultuosa, faltando poco para que entrasen en el foro e interviniesen en las asambleas. ¿Para que se rescate a sus padres, maridos, hi- 7 jos, hermanos, prisioneros de Aníbal? Semejante trance está lejos, y ojalá lo esté siempre, de nuestra nación; pero sin embargo, cuando se dio el caso, dijisteis que no a sus piadosos ruegos. Pero no fue la piedad ni la preocupación 8 por los suyos lo que las ha congregado, sino la religiosi-

dad: se disponen a recibir a la Madre del Ida que llega de Pesinunte, de Frigia ³⁰⁷. ¿Qué excusa, que al menos pueda ser manifestada sin rubor, se aduce para este amotinamiento de las mujeres? 'Queremos estar radiantes con el oro y la púrpura, se dice, y desplazarnos en carruaje por la ciudad los días de fiesta y los de diario, en una especie de desfile triunfal sobre la ley vencida y abrogada y sobre vuestros sufragios, apresados y anulados; queremos que no haya límite alguno para el gasto y el despilfarro'».

«A menudo me habéis oído quejarme de los gastos de las mujeres y también de los hombres, no sólo de los particulares sino de los magistrados, y de que la ciudad estaba aquejada de dos vicios contrarios, la codicia y el despilfarro, plagas estas que dieron al traste con todos los grandes imperios. Cuanto mejor y más boyante es cada día que pasa la situación del país, cuanto más se ensancha nuestro imperio —y ya hemos penetrado en Grecia y en Asia ³⁰⁸, llenas de todos los atractivos del placer, e incluso ponemos nuestras manos sobre los tesoros de los reyes—, más me estremezco por temor a que todo esto nos esclavice en lugar de hacernos nosotros sus dueños. Las estatuas procedentes de Siracusa, creedme, fueron enseññas enemigas introducidas en nuestra ciudad. Son ya demasiadas las personas a las que oigo ponderar en tono admirativo las obras de arte de Corinto y Atenas y reírse de las antefijas de arcilla de los dioses romanos. Yo prefiero que nos sean propicios estos dioses, y confío en que seguirán siéndolo si permitimos que permanezcan en sus moradas. Nuestros padres recuerdan cómo Pirro, por medio de su emisario Cineas, trató de ganarse a base de regalos la voluntad no

³⁰⁷ Cf. XXIX 14, 10 ss.

³⁰⁸ La entrada del ejército romano en Asia ocurrió en 190.

sólo de los hombres sino de las mujeres. Todavía no se había promulgado la ley Opia para refrenar el despilfarro femenino, y sin embargo ninguna aceptó. ¿Cuál creéis que fue la razón? La misma por la que nuestros mayores no consideraron necesario legislar nada sobre este particular: no había despilfarro que refrenar. De la misma manera que hace falta conocer las enfermedades antes que sus remedios, también las pasiones aparecen antes que las leyes destinadas a ponerles límites. ¿Qué fue lo que dio origen a la ley Licinia referente a las quinientas yugadas, sino el afán desmedido de juntar tierras con tierras? ¿Por qué surgió la ley Cincia referente a regalos y compensaciones sino porque la plebe había comenzado ya a ser tributaria y estipendiaria del senado? No es nada de extrañar, por consiguiente, que no se echase entonces en falta ni la ley Opia ni ninguna otra para contener el gasto de las mujeres cuando rechazaban los regalos de oro y púrpura que se les ofrecían sin haberlos pedido. Si Cineas recorriera ahora la ciudad con aquellos regalos, encontraría de pie en las calles mujeres dispuestas a aceptarlos. Por lo que a mí respecta, hay algunos afanes cuya causa o explicación no alcanzo ni siquiera a imaginar. Pues así como el hecho de que a otro se le permita lo que a ti no te está permitido genera probablemente un sentimiento natural de vergüenza o de indignación, también, si la norma sobre el vestir es la misma para todas, ¿cómo puede temer ninguna de vosotras que nadie se fije en ella? Lo que más humilla es sin duda la tacañería o la pobreza; pero la ley os elimina este doble motivo de humillación, puesto que no tenéis aquello que no está permitido tener. 'Precisamente ese igualitarismo es lo que no soporto', dice la que es rica. '¿Por qué no puedo llamar la atención, distinguirme con el oro y la púrpura? ¿Por qué la indigencia de las demás se esconde

bajo la cobertura de esta ley de modo que pueda parecer que, si estuviera permitido, poseerían lo que no poseen?»

15 ¿Queréis provocar esta rivalidad entre vuestras esposas, Quirites, de forma que las ricas quieran tener lo que no está al alcance de ninguna otra, y las pobres, para no sentirse humilladas precisamente por ese motivo, vayan más allá

16 de sus posibilidades? Una vez que comiencen a avergonzarse de lo que no deben, dejarán de avergonzarse de lo que deben. La que tenga posibilidades por sí misma, hará esas adquisiciones; la que no pueda, pedirá a su marido.

17 Desdichado de ese marido si accede a las peticiones, y desdichado si no accede, cuando vea que otro ha concedido

18 lo que él no concedió. Ahora hacen peticiones en público a los maridos de otras, y, lo que es más grave, solicitan el voto respecto a una ley, y de algunos lo consiguen. Eres receptivo ante sus súplicas en perjuicio tuyo, de tu patrimonio y de tus hijos; en cuanto deje la ley de poner límite

19 a los gastos de tu mujer, tú nunca se lo pondrás. No penséis, Quirites, que la situación será en el futuro la misma que era antes de promulgarse una ley sobre este particular.

20 Es menos peligroso no llevar a juicio a un malvado que absolverlo, y el afán de despilfarro sería más tolerable no habiendo sido excitado que lo va a ser ahora sí, como un animal salvaje, queda libre después de haber sido exas-

21 perado por sus cadenas. Mi opinión es que la ley Opia de ningún modo debe ser derogada; y quisiera que los dioses todos hagan que sea para bien lo que vosotros decidáis.»

5

*Discurso
de réplica
de Lucio Valerio*

Después de este discurso añadieron también algunas palabras en el mismo sentido los tribunos de la plebe que habían manifestado su intención de poner el veto. A continuación habló así Lucio Valerio en favor de la proposición de ley que él mismo ha-

bía presentado: «Si sólo hubiesen salido ciudadanos privados a hablar en favor o en contra de la cuestión sometida a nuestra consideración, también yo habría esperado en silencio vuestros votos, por considerar que se ha hablado lo suficiente en ambos sentidos. Pero ya que el cónsul Marco 2 Porcio, un hombre tan brillante, se ha lanzado contra nuestra propuesta no sólo con su autoridad, que habría tenido bastante peso aun sin expresarse de palabra, sino además con un largo y estudiado discurso, es necesario dar una breve respuesta. Sin embargo, sus palabras han ido enca- 3 minadas en mayor medida a reprender a las matronas que a pronunciarse en contra de nuestra propuesta, dejando además en la duda, por cierto, si lo que censuraba lo habrían hecho las matronas por iniciativa propia o por instigación nuestra. El objeto de mi defensa será la proposi- 4 ción de ley, no nuestras personas, contra las que ha lanzado esas acusaciones de palabra más que yendo al fondo del asunto. Ha calificado de conciliábulo, sedición, y a ve- 5 ces secesión mujeril el hecho de que las matronas os hayan pedido públicamente que ahora, en tiempos de paz, cuando la república está floreciente y próspera, derogaseis una ley promulgada contra ellas en las difíciles circunstancias de la guerra. Sé que son éstas y otras por el estilo las gran- 6 des palabras que se buscan para magnificar un hecho, y todos sabemos que Marco Catón es un orador enérgico y a veces incluso violento, aun siendo suave de carácter. Porque en definitiva, ¿qué han hecho de extraordinario las 7 matronas por haberse presentado en público masivamente en una causa que las afecta directamente? ¿Nunca aparecieron en público hasta ahora? Volveré contra ti tus *Origines* ³⁰⁹. Observa cuántas veces lo hicieron, y siempre por 8

³⁰⁹ Se trata de una referencia anacrónica, pues en realidad Catón comenzó sus *Origines* siendo ya de edad avanzada.

el bien común, por cierto. Ya en un principio, cuando reinaba Rómulo, en el momento en que se combatía en medio del foro tras la toma del Capitolio por los sabinos, ¿no cesó la batalla al precipitarse las matronas en medio
9 de los dos ejércitos? Bien, y después de la expulsión de los reyes, cuando las legiones volskas capitaneadas por Marco Coriolano acamparon a cinco millas, ¿no fueron las matronas quienes hicieron dar la vuelta a aquel ejército que hubiera aplastado esta ciudad? Y cuando Roma había sido ya tomada por los galos, ¿no fueron las matronas las que por acuerdo unánime pusieron a disposición de to-
10 dos el oro con que fue rescatada la ciudad ³¹⁰? Durante la última guerra, para no irme tan atrás, cuando hubo falta de dinero, ¿no fueron las viudas las que ayudaron al tesoro con sus aportaciones económicas ³¹¹? Y cuando se llamó a nuevos dioses para que nos ayudasen en unos momentos de crisis, ¿no salieron todas las matronas hasta la
11 costa para recibir a la Madre del Ida? Se trata de casos diferentes, dirás. Tampoco es mi intención equiparlos; me basta con demostrar que no se trata en absoluto de
12 un hecho sin precedentes. Ahora bien, lo que hicieron sin que nadie se sorprendiera en situaciones que afectaban indistintamente a hombres y mujeres, ¿nos sorprende que lo hayan hecho en un caso que las afectaba a ellas específicamente? Después de todo, ¿qué han hecho? Muy altivos
13 son nuestros oídos, válgame Júpiter, si nos indignamos ante los ruegos de unas mujeres decentes, cuando los amos no se sienten molestos por las súplicas de sus esclavos».

6 «Entro ya en la cuestión que se debate. Ahí, el discurso del cónsul ha tenido dos partes; se ha opuesto, indignado,

³¹⁰ Ver V 50, 7.

³¹¹ Cf. XXIV 18, 14.

a la derogación de cualquier ley, por principio, y particularmente de la ley promulgada para refrenar el lujo de las mujeres. En la primera parte, en favor de las leyes en general, el discurso me pareció el propio de un cónsul, y en la segunda, contra el despilfarro, el que correspondía a una moralidad muy estricta. Por eso, si no ponemos de manifiesto lo que hay de inconsistente en ambos razonamientos, hay el peligro de que os ofusque algún error de apreciación. Yo, desde luego, admito que no se debe derogar ninguna de aquellas leyes que han sido promulgadas para siempre, en razón de su utilidad permanente, y no para unas circunstancias concretas —salvo el caso de que la experiencia demuestre su nocividad, o que algún cambio en la situación política las vuelva inoperantes—; pero al mismo tiempo veo que las leyes que se han echado en falta en unas circunstancias particulares, son, por así decir, mortales, y mudables con las propias circunstancias. Las más de las veces, la guerra deroga las leyes aprobadas en tiempo de paz, y la paz, las aprobadas en tiempo de guerra, de la misma manera que para gobernar una nave son distintas las maniobras en momentos de bonanza o de borrasca. Siendo pues tan distintas las leyes por su propia naturaleza, ¿a cuál de las dos clases nos parece que pertenece la ley cuya derogación proponemos? ¿Es antigua, acaso? ¿Es una ley de la época de los reyes nacida a la vez que la propia ciudad? ¿O de la época siguiente, y fue escrita en las doce tablas por los decénviro nombrados para sentar las bases del derecho, una ley sin la cual a juicio de nuestros antepasados no era posible preservar la decencia de las matronas, y cuya derogación deberíamos temer también nosotros para no abolir junto con ella la honestidad y la dignidad de la mujer? Pues bien, ¿quién ignora que esa es una ley reciente aprobada hace una veintena de años

cuando eran cónsules Quinto Fabio y Tiberio Sempronio? Si las matronas han vivido sin ella durante tantos años con una moralidad intachable, ¿qué peligro hay, realmente, de que una vez derogada se entreguen al desenfreno?

10 Pues, si se tratara de una ley antigua o promulgada expresamente para poner coto a los excesos de las mujeres, sería de temer que su supresión las incitase; pero precisamente el momento de su aprobación nos descubrirá el por qué

11 de la misma. Aníbal estaba en Italia, y había vencido en Cannas; tenía ya en su poder Tarento, Arpos y Capua; era de prever que marcharía sobre Roma al frente de

12 su ejército; los aliados nos habían abandonado; no teníamos reservas para completar el ejército, ni soldados de marina para mantener la armada, ni dinero en el erario público; se compraban esclavos a los que entregar armas ³¹², con la condición de pagar su precio a los amos una vez finalizada la guerra; con la misma condición en cuanto al cobro

13 se habían comprometido los publicanos a hacerse cargo del suministro de trigo y lo demás que la guerra requería ³¹³. Contribuíamos con esclavos para el remo en número fijado en proporción a la renta, y nosotros corríamos

14 mos con los gastos; ingresábamos en el tesoro público ³¹⁴ todo el oro y la plata, dando ejemplo en esto los senadores los primeros; las viudas y los menores llevaban su dinero al erario; se había establecido el tope máximo de oro y plata labrada y de monedas de plata y bronce que podíamos

15 tener en casa. En unas circunstancias así, ¿estaban tan preocupadas las matronas por el lujo y los adornos que se sintió la necesidad de una ley Opia para poner coto a ese afán? ¿Si fue entonces cuando el senado dispuso que

³¹² Cf. XXII 57, 11.

³¹³ Ver XXIII 48, 5 ss. (año 215).

³¹⁴ Véase XXVI 36 (año 210).

se limitara el luto a treinta días porque se había suspendido el sacrificio a Ceres debido a que todas las matronas estaban de luto ³¹⁵! ¿Quién no ve claro que la falta de 16 recursos y la penuria de la población, que obligaban a dedicar a las necesidades públicas el dinero de todos los particulares, dictaron una ley destinada a durar lo que durasen las causas de su redacción? Pues si todo lo que en 17 razón de las circunstancias decretó entonces el senado o mandó el pueblo debe ser mantenido indefinidamente, ¿por qué reembolsamos su dinero a los particulares? ¿Por qué adjudicamos las obras públicas con pagos al contado? ¿Por qué no se compran esclavos para el servicio militar? 18 ¿Por qué los particulares no suministramos remeros como hicimos entonces?».

«¿Todos los demás estamentos sociales, todos los indi- 7 viduos van a notar el cambio a mejor en la situación del país, y serán únicamente nuestras esposas quienes no se beneficiarán de los frutos de la paz y tranquilidad pública? Los hombres utilizaremos la púrpura vistiendo la pretexta 2 como magistrados y sacerdotes; nuestros hijos vestirán togas ribeteadas de púrpura; a los magistrados en las colonias y municipios y aquí en Roma a los jefes de distrito, el más bajo de los cargos, les reconocemos el derecho a llevar toga pretexta, y no sólo a que lleven en vida ese 3 distintivo sino a que sean quemados con él a su muerte; ¡solamente a las mujeres les vetaremos el uso de la púrpura! Y mientras que tú, marido, estarás autorizado para utilizar la púrpura en la prenda que te cubre, ¿no dejarás que la madre de familia lleve un pequeño adminículo purpúreo, y el jaez de tu caballo será más lujoso que el atuendo de tu mujer? Con todo, en el caso de la púrpura, que 4

³¹⁵ Ver XXII 56, 4 (año 216).

se deteriora y se gasta, veo una razón para ese empeño; que no se justifica, pero que de alguna manera es una razón; mas en el caso del oro, que no sufre más menoscabo que el de la mano de obra, ¿qué mezquindad es esa? Más bien representa una salvaguarda con vistas a necesidades tanto privadas como públicas, como sabéis por experiencia.

5 Decía Catón que no habría envidia alguna entre unas y otras, puesto que ninguna sería poseedora. Pero, por Hércules, todas ellas sufren y se sublevan cuando ven que a las mujeres de los aliados latinos se les permiten los ornatos que a ellas se les niegan, cuando las ven llamando la atención con el oro y la púrpura y yendo en coche por la ciudad mientras que ellas las siguen a pie, como si el imperio tuviera su sede en las ciudades de las otras y no

6 en la suya. Una cosa así bastaría para herir el orgullo de los hombres; ¿qué creéis que ocurre con el de las mujeres,

7 que son sensibles incluso a los pequeños detalles? En ellas no pueden recaer ni las magistraturas, ni los sacerdocios, ni los triunfos, ni las condecoraciones, recompensas o despojos de guerra; la elegancia, los adornos, el atavío, éstos son los elementos de distinción de las mujeres; con esto disfrutan y se sienten orgullosas, esto constituye lo que nuestros mayores llamaron el “mundo femenino”.

8 ¿De qué otra cosa prescinden en señal de luto, más que de la púrpura y el oro? ¿Qué vuelven a ponerse cuando el luto ha terminado? En los momentos de alegría y de acción de gracias, ¿qué hacen más que engalanarse con mayor esplendidez?

9 Evidentemente, si derogáis la ley Opia, no tendréis autoridad en caso de que queráis prohibir algo de lo que ahora prohíbe esa ley; algunos tendrán además un menor control

10 sobre sus hijas, esposas y hermanas. Mientras viven los suyos, las mujeres nunca dejan de estar bajo tutela, y ellas mismas detestan la libertad que les llega con la viude-

11

12

dad o la orfandad. Prefieren que su forma de engalanarse dependa de vosotros antes que de la ley; y vosotros debéis tenerlas bajo control y tutela, no en situación de esclavitud, y preferir que os den el nombre de padres o maridos antes que el de amos. El cónsul utilizaba hace muy poco unos términos odiosos cuando hablaba de sedición y secesión femenina. ¡Claro, hay el peligro de que ocupen el monte Sacro o el Aventino, como en otro tiempo la plebe encolerizada! Esta situación de debilidad las obligará a someterse a cualquier decisión que toméis. Cuanto mayor es vuestro poder, mayor es la medida con que debéis ejercerlo».

Al día siguiente de pronunciarse estos discursos a favor y en contra de la ley fue bastante mayor la afluencia de mujeres que se desbordaron por los lugares públicos y todas ellas se agolparon en masa ante las puertas de los Brutos, que se oponían a la propuesta de sus colegas; no depusieron su actitud hasta que los tribunos renunciaron a la interposición del veto. Después de esto ya no hubo duda de que todas las tribus votarían por la derogación de la ley. Ésta quedó derogada veinte años después de su promulgación.

Inmediatamente después de la derogación de la ley Opia, el cónsul Marco Porcio partió hacia el puerto de Luna con veinticinco navíos de guerra, cinco de los cuales eran de los aliados, dejando orden de que se concentrara allí el ejército. Tras enviar un bando

Catón
en Hispania³¹⁶.
Ampurias

³¹⁶ Sobre la campaña de Catón en Hispania (en la que probablemente la fuente de Livio es el propio Catón) ver J. BRISCOE, *o. c.*, págs. 63-66, y J. M. ROLDÁN, «Catón en Hispania», en *Historia de España Antigua*, II (v. *supra*, n. 303), Madrid, 1988, págs. 59 ss.

³¹⁷ Luna (Luni) está en la orilla sur del río Magra, separada del golfo

por todos los puntos de la costa reunió naves de todas clases y al partir de Luna les dio orden de seguirlo hasta el puerto de Pireneo ³¹⁸, desde donde pensaba marchar contra el enemigo con la numerosa flota. Dejando atrás los montes Ligustinos y el golfo Gálico ³¹⁹, se encontraron en la fecha que había señalado. De allí pasaron a Roda ³²⁰, y desalojaron por la fuerza a la guarnición de hispanos que había en la fortaleza. Desde Roda, con viento a favor, llegaron hasta Emporias. Allí desembarcaron todas las tropas excepto las de marina.

Todavía en aquella época Emporias estaba formada por dos poblaciones separadas por una muralla. Una estaba habitada por griegos oriundos de Focea como los masilienses ³²¹, y la otra por hispanos. Pero la parte griega, que daba al mar, tenía una muralla cuyo perímetro no llegaba en total a los cuatrocientos pasos, mientras que la muralla de los hispanos, más alejada del mar, tenía una circunferencia de tres mil pasos. La colonia romana que después incorporó el divino César tras la derrota de los hijos de Pompeyo ³²² constituyó un tercer tipo de población; actualmente están todos amalgamados en un solo cuerpo, al habérseles concedido la ciudadanía romana primero a los hispanos y finalmente también a los griegos. Quien los observara entonces, se preguntaría extrañado qué era lo que los defendía, pues por un lado estaba el mar abierto y por otro tenían delante un pueblo tan fiero y belicoso como

de La Spezia por un cabo; se discute si el puerto estaba en la propia Luna o en dicho golfo.

³¹⁸ ¿El *portus Veneris*, Port Vendrés?

³¹⁹ El golfo de León.

³²⁰ Rosas.

³²¹ Ampurias era a su vez una colonia de Masilia.

³²² Gneo y Sexto, derrotados en Munda en el 45 a. C.

el hispano. El guardián de su débil posición era la disciplina, que el miedo obliga a mantener cuando se está rodeado por otros más fuertes. Tenían muy bien fortificada la 5 parte de muralla que daba al campo, y por aquel lado solamente habían puesto una puerta en la que siempre había alguno de los magistrados de guardia permanente. Durante 6 la noche, una tercera parte de los ciudadanos vigilaba en las murallas; y no lo hacían sólo por hábito o por obligación, sino que ponían tanto cuidado en los turnos de centinela y en las rondas como si el enemigo estuviera a las puertas. No dejaban entrar en la ciudad a ningún hispano, 7 ni tampoco salían ellos mismos sin una buena razón. La salida hacia el mar era libre para todos. Por la puerta que 8 daba a la ciudad de los hispanos nunca salían sino en grupos numerosos, generalmente la tercera parte a la que había correspondido la vigilancia la noche anterior. El motivo 9 de la salida era el siguiente: los hispanos, que no tenían experiencia en la navegación, se alegraban de comerciar con ellos y a su vez querían comprar los artículos que se importaban en barco y dar salida a los productos del campo. Estas ventajas mutuas eran la causa de que los griegos tuvieran libre acceso a la ciudad hispana. Éstos, por otra 10 parte, se sentían más seguros por estar a cubierto bajo la protección de la amistad romana, que cultivaban con tanta lealtad como los masilienses aunque sus recursos eran menores. También en esta ocasión acogieron amable y generosamente al cónsul y al ejército. Catón se detuvo allí unos 11 pocos días mientras averiguaba dónde estaban y cuántas eran las fuerzas del enemigo, y para evitar la inactividad incluso durante la espera, dedicó todo este tiempo al entrenamiento de sus hombres. Coincidió que era la época del 12 año en la que los hispanos tenían el trigo en las eras; dijo, pues, a los abastecedores que no suministrasen trigo, y los

envió a Roma diciendo: «La guerra se autoabastecerá».

13 Salió de Emporias y quemó y devastó los campos del enemigo, haciendo cundir el pánico y la huida por todas partes.

10 Por la misma época, cuando Marco Helvio abandonaba la Hispania ulterior con una escolta de seis mil hombres que le había dado el pretor Apio Claudio, le salieron al paso los celtíberos cerca de la ciudad de Iliturgi ³²³ con un enorme contingente de tropas. Valerio refiere que eran 2 veinte mil hombres armados, que fueron muertos doce mil de ellos, que la plaza de Iliturgi fue reconquistada y pasados por las armas todos sus jóvenes. Desde allí Helvio se 3 llegó hasta el campamento de Catón, y como la región estaba ya a salvo de enemigos mandó su destacamento de vuelta a la Hispania ulterior, marchó a Roma y entró en la ciudad recibiendo la ovación por el feliz resultado de 4 su acción. Ingresó en el erario catorce mil setecientas treinta y dos libras de plata en bruto, diecisiete mil veintitrés monedas de plata acuñada con la biga y ciento diecinueve mil cuatrocientas treinta y nueve de plata oscense ³²⁴.

5 La razón de que el senado le denegase el triunfo fue el hecho de haber combatido con los auspicios y en la provincia de otro. De hecho había vuelto pasados dos años, cuando ya había entregado la provincia a su sucesor Quinto Minucio ³²⁵, reteniéndolo allí durante todo el año siguiente una larga y grave enfermedad. Por eso Helvio entró en Roma y recibió la ovación sólo dos meses antes de 6 que entrase en triunfo su sucesor Quinto Minucio. Éste,

7

³²³ Si se trata de una población de la Hispania citerior no puede ser la Iliturgi de Menjíbar (Jaén), de la ulterior, que aparece en XXIII 49, 5 etc.

³²⁴ El denario acuñado en Hispania, tal vez desde 197.

³²⁵ Pero, según XXXIII 26, 2, Quinto Minucio Termo tenía a su cargo la citerior.

a su vez, aportó treinta y cuatro mil ochocientas libras de plata, setenta y tres mil monedas acuñadas con la biga y doscientas setenta y ocho mil de plata oscense.

Entretanto, en Hispania, el cónsul tenía su campamen- 11
to cerca de Emporias. Allí acudieron tres representantes 2
del régulo ilergete ³²⁶ Bilistage —uno de ellos era su propio
hijo—, y se quejaron de que sus plazas fortificadas esta-
ban siendo atacadas y no tenían la menor esperaza de re-
sistir a no ser que el romano enviase refuerzos; con tres 3
mil hombres habría suficiente, y el enemigo se alejaría si
llegaba un contingente de este volumen. A ello respondió
el cónsul que sin duda era sensible tanto a su peligro como
a su temor, pero que en modo alguno podía dividir el ejér- 4
cito y disminuir sus fuerzas sin riesgo cuando a corta dis-
tancia había un gran contingente de enemigos con el que
previsiblemente tendría que enfrentarse en batalla campal
cualquier día sin tardar mucho. Al oír esta respuesta los 5
enviados se echaron a los pies del cónsul llorando y le su-
plicaron que no los abandonase en tan apurada situación;
¿adónde acudirían si los romanos los rechazaban? No te- 6
nían ningún aliado, ninguna otra esperanza en ningún lu-
gar de la tierra; habrían podido verse fuera de aquel peli- 7
gro si hubieran estado dispuestos a faltar a la lealtad y
hacer causa común con los otros rebeldes; ninguna amena-
za, ningún susto había hecho mella en ellos, confiando en
que
tenían en los romanos apoyo y ayuda suficiente; si ésta 8
era inexistente, si el cónsul se la negaba, ponían a los dio-
ses y a los hombres por testigos de que muy a su pesar
se veían obligados a una ruptura, para no correr la misma
suerte que habían sufrido los saguntinos, y que estaban

³²⁶ Cf. XXI 22, 3 nota.

dispuestos a sucumbir junto con los demás hispanos en vez de ellos solos.

- 12 Al menos aquel día fueron despedidos así, sin respuesta. Durante la noche siguiente la inquietud mantuvo al cónsul en la incertidumbre: no quería abandonar a los aliados, y no quería reducir su ejército, porque esto podría suponer que tendría que retrasar el combate o implicaría un riesgo si combatía. Prevalció el criterio de no reducir las tropas, no fueran a infligirle entretanto alguna humillación los enemigos, y estimó que debía dar a los aliados la esperanza, ya que no la realidad, de una ayuda, que muchas veces, y especialmente en la guerra, lo aparente surte los efectos de lo real, y el que está convencido de contar con algún apoyo se salva gracias precisamente a esa confianza que le da esperanzas y audacia como si el apoyo fuese real.
- 5 Al día siguiente respondió a los diputados que aun temiendo reducir sus tropas para favorecer a otros con ellas, tenía más en cuenta sin embargo la situación de peligro en que ellos se encontraban que su propia situación. Manda dar instrucciones de que un tercio de los soldados de cada cohorte preparen con urgencia comida cocinada para cargarla en las naves y que éstas estén listas para dos días después. Manda que dos de los diputados informen de ello a Bilistage y los ilergetes, y retiene a su lado al hijo del reyezuelo a base de un trato cortés y de regalos. Los diputados no se pusieron en marcha hasta que vieron embarcados a los soldados; cuando informaron de ello como de algo ya indiscutible, la noticia de la inminente llegada de los romanos se extendió tanto entre los suyos como entre los enemigos.

*Batalla
cerca de Ampurias
y victoria
romana*

El cónsul, cuando los indicios de lo que ¹³
quería hacer creer fueron suficientes, or-
denó que se hiciera desembarcar a los sol-
dados. Como estaba ya próxima la época ²
del año en que era posible el desarrollo
de las operaciones, él emplazó su campa-
mento de invierno a tres millas de Emporias. Desde allí,
según se presentaban las circunstancias, llevaba a sus sol-
dados unas veces en una dirección y otras en otra a sa-
quear los campos de los enemigos dejando una pequeña
guarnición para la defensa del campamento. Salían casi ³
siempre por la noche para alejarse lo más posible del
campamento y coger al enemigo por sorpresa. Estas accio-
nes servían de entrenamiento a los nuevos reclutas, y a
la vez caían prisioneros un gran número de enemigos, que
ya no se atrevían a salir fuera de las fortificaciones de
sus plazas. Una vez que puso a prueba suficientemente la ⁴
moral de los suyos y del enemigo convocó una reunión
de tribunos y prefectos, caballería en pleno y centuriones.
«Ha llegado el momento, tantas veces deseado por voso- ⁵
tros, dijo, de que se os diera la oportunidad de poner a
prueba vuestro valor. Hasta ahora habéis llevado una cam-
paña más al estilo de salteadores que de guerreros; ahora ⁶
vais a enfrentaros en una batalla en toda regla, enemigos
contra enemigos; a partir de ahora vais a poder no ya de-
vastar campos sino vaciar las ciudades de sus riquezas.
Nuestros padres, a pesar de que los cartagineses tenían ge- ⁷
nerales y ejércitos en Hispania y ellos no tenían ni un sol-
dado, quisieron, no obstante, añadir al tratado de alianza
una cláusula estipulando que la frontera de su imperio es-
taría en el río Ebro ³²⁷. Ahora que Hispania está ocupada ⁸

³²⁷ Referencia al tratado del Ebro de 226.

por dos pretores ³²⁸, un cónsul y tres ejércitos romanos y desde hace ya casi diez años no hay ni un cartaginés en estas provincias, hemos perdido el dominio del lado de
9 acá del Ebro. Es necesario que lo recuperéis con vuestras armas y vuestro valor y obliguéis a estos pueblos, que más que empeñarse en una guerra sostenida se rebelan de forma temeraria, a aceptar de nuevo el yugo que se sacudie-
10 ron de encima». Después de arengarlos sobre todo con consideraciones de esta guisa les anunció que por la noche los llevaría hasta el campamento enemigo y con esto les mandó marchar a reponer fuerzas.

14 A media noche, después de tomar los auspicios, el cónsul se puso en marcha al objeto de tomar la posición que quería antes de que los enemigos se dieran cuenta; dando un rodeo dejó atrás el campamento enemigo y al despuntar el día formó en orden de batalla y envió tres cohortes
2 hasta el pie mismo de la empalizada. Los bárbaros, sorprendidos ante la aparición de los romanos a su espalda, corrieron a su vez a por las armas. Entretanto el cónsul se dirigió a sus hombres diciendo: «Sólo en el valor hay
3 esperanza, y yo deliberadamente me he ocupado de que así fuese. Entre nuestro campamento y nosotros se encuen-
4 tran los enemigos, y a nuestra espalda está el territorio enemigo. Tener la esperanza puesta en el valor es lo más hermoso y al mismo tiempo lo más seguro». Dicho esto dio orden de que las cohortes retrocedieran simulando una
5 huida para atraer a los bárbaros. Ocurrió tal como había previsto. Convencidos de que los romanos retrocedían presa del pánico, salieron de repente fuera de la puerta y cubrieron de combatientes todo el espacio que mediaba entre
6 su campamento y las líneas romanas. Mientras tratan de

³²⁸ Apio Claudio Nerón y Publio Manlio.

formar atropelladamente el frente de combate y están aún desorganizados, los ataca el cónsul con todos sus hombres preparados y en orden. Lanzó primero al combate a la caballería desde las alas, pero en el flanco derecho fue rechazada al instante y al retroceder en tropel sembró también el pánico entre la infantería. Nada más percatarse de 7 ello el cónsul ordenó que dos cohortes escogidas rodearan al enemigo por su lado derecho y aparecieran por la espalda antes de que se produjera el choque entre los frentes de infantería. Al cernirse esta amenaza sobre el enemigo 8 se restableció el equilibrio perdido a causa del pánico de los jinetes romanos; pero la confusión en la infantería y la caballería del ala derecha era tal que el propio cónsul tuvo que echar mano a algunos y volverlos hacia el enemigo. De esta forma, la batalla se mantenía indecisa mientras 9 se combatió con la armas arrojadizas, mientras que en el ala derecha, donde se inició el pánico y la huida, los romanos resistían a duras penas; por el flanco izquierdo y por 10 el centro los bárbaros, acosados, veían aterrados las cohortes que los amenazaban por la espalda. Cuando, después de lanzar los venablos de hierro y las faláricas ³²⁹, 11 desenvainaron las espadas, fue como si se iniciara de nuevo el combate; no recibían heridas por lanzamientos imprevisibles efectuados al azar desde lejos; en el cuerpo a cuerpo confiaban por entero en su valor y su fuerza.

Cuando sus hombres estaban ya agotados, el cónsul los 15 reanimó lanzando a la lucha a las cohortes de reserva desde la segunda línea. Se formó un nuevo frente. Los 2 hombres de refresco, atacando con sus armas de lanzamiento íntegras a unos enemigos extenuados, primeramente deshicieron su formación con una dura carga en forma de

³²⁹ Descrita en XXI 8, 10 ss.

cuña, y después, una vez dispersados, les hicieron emprender la huida: corriendo en desbandada por los campos trataban de llegar al campamento. Cuando vio que la huida estaba generalizada, Catón cabalgó de nuevo hacia la segunda legión que permanecía de reserva y le dio la orden de marchar tras las enseñas a paso de carga para atacar el campamento enemigo. Si algún soldado demasiado fogoso se adelantaba a la formación, él mismo le daba alcance a caballo, lo golpeaba con un pequeño venablo y ordenaba a los tribunos y centuriones que lo castigasen. Cuando ya se había iniciado el ataque al campamento, los romanos eran mantenidos a distancia de la empalizada a base de piedras, palos y toda clase de proyectiles. Al llegar la legión de refresco subió la moral de los atacantes al tiempo que los enemigos peleaban con más rabia en defensa de la empalizada. El cónsul lo examinó todo con la vista para lanzar el asalto por el punto en que la resistencia fuese menor. Vio que junto a la puerta izquierda había menos defensores, y dirigió hacia allí a los *principes* y *hastati* de la segunda legión. La guardia apostada junto a la puerta no resistió el ataque, y los demás, al ver que el enemigo estaba dentro de la empalizada y ellos habían perdido el campamento, arrojaron las enseñas y las armas. Fueron degollados en la estrechez de las puertas donde quedaban atascados debido a su propio número. Los soldados de la segunda legión descargaban tajos sobre las espaldas de los enemigos, los demás saqueaban el campamento. Valerio Anciate refiere que fueron muertos aquel día más de cuarenta mil enemigos; el propio Catón, nada dado, por cierto, a rebajar sus propias hazañas, dice que los muertos fueron muchos pero no da la cifra.

Se considera que el cónsul tomó aquel día tres decisiones dignas de encomio. Una, el haber llevado al ejército

dando un rodeo lejos de sus naves y de su campamento, iniciando el combate con el enemigo de por medio donde la única esperanza era el valor. La segunda, el haber puesto las cohortes como barrera a la espalda del enemigo. La tercera, el haber ordenado que la legión segunda, mientras todas las demás andaban dispersas en persecución del enemigo, avanzase hasta la puerta del campamento a plena marcha, pero en perfecto orden y formación con las enseñas al frente. Ni siquiera después de la victoria hubo descanso. Una vez dada la señal de retirada llevó a sus hombres de vuelta al campamento cargados de botín, les concedió unas pocas horas de descanso durante la noche y los llevó a los campos a saquear. Como los enemigos se habían dispersado en la huida, el saqueo se llevó a cabo en un radio más amplio. Esta circunstancia, no menos que la derrota sufrida el día anterior, indujo a la rendición a los hispanos de Emporias y a sus vecinos. También se rindieron muchos de otras ciudades que estaban refugiados en Emporias; a todos éstos se dirigió en tono amable y los mandó a sus casas después de darles vino y comida. A continuación emprendió la marcha con rapidez, y en todas partes por donde pasaba la columna salían a su encuentro diputaciones de ciudades que se le rendían; cuando llegó a Tarragona, toda la Hispania del lado de acá del Ebro estaba sometida, y los bárbaros le traían al cónsul como regalo los prisioneros romanos y aliados latinos que habían sido sorprendidos en Hispania por diversas circunstancias. Corrió luego el rumor de que el cónsul pensaba marchar a Turdetania al frente de su ejército, y a las montañas remotas llegó la falsa noticia de que había partido ya. Ante este infundado rumor que carecía de fuente segura se sublevaron siete plazas fuertes del país bergista-

que muchos se quitaron la vida ellos mismos, pues aquel pueblo indómito estaba convencido de que la vida sin armas no es tal. Cuando se informó de esto al cónsul convocó a los senadores de todas las ciudades y les dijo: «El no rebelaros va en interés vuestro tanto como nuestro, puesto que hasta ahora la rebelión siempre ha supuesto mayor daño para los hispanos que trabajo para el ejército romano. La única manera de evitar que ello ocurra es, a mi juicio, conseguir que no os sea posible rebelaros. Yo quiero conseguirlo por el procedimiento más suave. Ayudadme también vosotros en este empeño con vuestros consejos; ninguno seguiré de mejor grado que aquel que vosotros mismos me deis». Como guardaron silencio, dijo que les daba un plazo de algunos días para reflexionar. Convocados a una segunda reunión tampoco dijeron nada, y entonces en un solo día derribó las murallas de todas las ciudades, marchó contra los que aún no se habían sometido, y a medida que iba llegando a cada comarca se le sometían todos los pueblos que habitaban en el contorno. La importante y opulenta ciudad de Segéstica³³² fue la única plaza que tomó con manteletes y parapetos.

Tenía mayores dificultades para someter a los enemigos que los primeros³³³ que habían llegado a Hispania, porque los hispanos se pasaban a aquéllos por estar hartos de la dominación cartaginesa, mientras que él es como si tuviera que reducirlos a esclavitud después que habían conseguido la libertad; y lo encontró todo tan revuelto que unos estaban en armas en tanto que otros eran asediados para obligarlos a rebelarse y no iban a resisitir mucho más si

³³² Se desconoce su emplazamiento.

³³³ Gneo Cornelio Escipión, en 218 (XXI 60, 1-2), y Publio Cornelio Escipión, en 217 (XXII 22, 1).

3 no se acudía a tiempo en su auxilio. Pero el cónsul tenía tal fortaleza de espíritu y de carácter que se ocupaba personalmente de todos los asuntos, grandes y pequeños, y los resolvía, y no sólo pensaba y ordenaba lo que era pertinente sino que en la mayoría de los casos se ocupaba él mismo de su ejecución; a nadie imponía una disciplina más
4 rigurosa y estricta que a sí mismo; en austeridad, velas y fatigas competía con el último de los soldados, y aparte del rango y el mando no tenía ningún privilegio en su ejército.

19 Más difícil le ponían la guerra en Turdetania al pretor Publio Manlio los celtíberos contratados como mercenarios por el enemigo, como antes se ha dicho. Por eso el cónsul marchó para allá con sus legiones cuando el pretor
2 le pidió en una carta que acudiera. En el momento de su llegada, los celtíberos y los turdetanos tenían campamentos separados. Con los turdetanos, los romanos entablaron inmediatamente pequeños combates atacando sus puestos de avanzada, y siempre salían victoriosos incluso de los
3 enfrentamientos iniciados de forma temeraria. En cuanto a los celtíberos, el cónsul dio instrucciones a unos tribunos militares para que fuesen a entrevistarse con ellos y les die-
4 sen a elegir entre tres opciones; la primera, pasarse a los romanos, si querían, recibiendo el doble de paga que habían pactado con los turdetanos; la segunda, marcharse a
5 sus casas recibiendo públicas garantías de que no les acarrearía ningún perjuicio el hecho de haberse unido a los ene-
6 migos de los romanos; la tercera, si a toda costa optaban por la guerra, que fijasen el día y el lugar para medirse
7 con él en una batalla decisiva. Los celtíberos pidieron un día para deliberar. Celebraron una tumultuosa asamblea en la que participaron los turdetanos, razón de más para
8 que no se pudiera tomar ninguna decisión. Aunque no es-

taba muy claro si se estaba en guerra o en paz con los celtíberos, los romanos traían provisiones de los campos y plazas fuertes de los enemigos como en tiempo de paz, cruzando a menudo sus trincheras en grupos de diez, como si en una tregua particular hubieran pactado intercambios recíprocos. El cónsul, en vista de que no era capaz de atraer 9 al enemigo a una batalla, primeramente llevó algunas cohortes ligeras a saquear los campos de una comarca aún intacta, y después, enterado de que todos los bagajes y 10 el equipamiento de los celtíberos habían quedado en Seguncia ³³⁴, dirigió hacia allí su marcha para atacarla. Como no hubo forma de ponerlos en movimiento abonó 11 la soldada tanto a sus hombres como a los del pretor y regresó al Ebro con siete cohortes dejando el resto del ejército en el campamento del pretor.

Con estas fuerzas tan reducidas tomó algunas plazas. 20 Se pasaron a él los sedetanos, los ausetanos y los suesetanos. Los lacetanos, pueblo remoto y salvaje, continuaban en armas, bien por su natural fiereza o bien por su conciencia de haber saqueado a los aliados con incursiones por sorpresa mientras el cónsul estaba ocupado con su ejército en la guerra con los túrdulos. Por eso el cónsul, 3 para atacar su ciudad fortificada, además de las cohortes romanas llevó también a la juventud de los aliados, justamente resentidos hacia ellos. Tenían una ciudad muy ex- 4 tendida a lo largo pero mucho menos a lo ancho. Hizo alto a unos cuatrocientos pasos de distancia. Dejó allí un 5 retén de cohortes escogidas y les dio orden de no moverse de aquella posición hasta que él estuviese de vuelta; con el resto de las tropas dio un rodeo hasta el extremo opuesto de la ciudad. El contingente más numeroso de sus fuer-

³³⁴ Sigüenza.

- zas auxiliares estaba constituido por jóvenes suesetanos, a los que dio orden de avanzar para atacar la muralla.
- 6 Cuando los lacetanos reconocieron sus armas y enseñas recordaron con cuánta frecuencia se habían paseado impunemente por su territorio y cuántas veces les habían derrotado y puesto en fuga en batallas campales, abrieron súbitamente la puerta y se precipitaron en masa sobre ellos.
- 7 Los suesetanos apenas si resistieron su grito de guerra, cuánto menos su ataque. Cuando vio el cónsul que las cosas
- 8 se desarrollaban como había pensado que ocurriría galopó a lo largo de la muralla enemiga hasta las cohortes, se las llevó con él mientras andaban todos dispersos en persecución de los suesetanos, las metió en la ciudad por la parte
- 9 en que estaba silenciosa y desierta, y lo tomó todo antes de que volvieran los lacetanos. Poco después, como únicamente les quedaban las armas, se le rindieron.
- 21 Inmediatamente después el vencedor marchó hacia el frente de Bergio. Éste era más que nada un refugio de salteadores desde donde partían las incursiones a los territorios ya pacificados de la provincia. Desde allí se pasó al cónsul un jefe bergistano y comenzó a disculparse a sí mismo y a los suyos diciendo que ellos no tenían el gobierno en sus manos, que los bandidos a los que habían dejado
- 3 entrar se habían adueñado por completo del fuerte. El cónsul le dijo que volviese a casa y que inventase alguna explicación plausible de su ausencia; cuando viera que él estaba
- 4 al pie de las murallas y que los bandidos estaban concentrados en la defensa de las fortificaciones, que estuviese atento para ocupar la ciudadela con los hombres que estaban de su parte. Se hizo todo según sus instrucciones; de
- 5 repente cundió entre los bárbaros el pánico por un doble motivo: por una parte, los romanos estaban escalando los muros, y por otra, la ciudadela había sido ocupada. Due-

ño de esta posición el cónsul dispuso que quienes habían ocupado la ciudadela quedaran libres junto con sus parientes y conservaran sus bienes; dio órdenes al cuestor de poner en venta a los demás bergistanos, y a los bandidos los hizo ejecutar. Pacificada la provincia, estableció un elevado impuesto sobre las minas de hierro y plata, medida esta que supuso un enriquecimiento cada día mayor para la provincia. Con motivo de estas operaciones llevadas a cabo en Hispania, los senadores decretaron un triduo de acción de gracias.

En el mismo verano, el otro cónsul, 22
Lucio Valerio Flaco, se enfrentó en bata-
Oriente: lla regular con un ejército de boyos cerca
la guerra contra de la selva Litana ³³⁵, en la Galia, y el
Nabis resultado le fue favorable. Se habla de 2
ocho mil galos muertos; los demás abandonaron la guerra y se diseminaron por sus campos y aldeas. Durante lo que 3
quedaba de verano, el cónsul mantuvo su ejército en las proximidades del Po, en Placencia y Cremona, y levantó de nuevo lo que la guerra había destruido en estas ciudades.

Así estaban las cosas en Italia e Hispania. En Grecia, 4
entretanto, Tito Quincio había pasado el invierno siendo ésta la situación: exceptuando los etolios, que no habían obtenido los frutos esperados de la victoria y no podían encontrarse a gusto con una inactividad prolongada, toda Grecia disfrutaba plenamente de su situación saboreando al mismo tiempo las ventajas de la paz y de la libertad, y admiraba tanto la valentía del general romano en la guerra como su moderación, su equidad y su mesura después 5
de la victoria. Entonces llegó el decreto del senado por

³³⁵ Cf. XXIII 24, 7.

el que se declaraba la guerra contra el espartano Nabis.

6 Tras su lectura, Quincio anunció un congreso de las delegaciones de todas las ciudades aliadas, que se celebraría en Corinto en una fecha determinada. Acudieron a él de todas partes numerosos jefes, hasta el punto de que ni siquiera faltaban los etolios, y pronunció el siguiente discurso:

7 «Los romanos y los griegos hicieron la guerra contra Filipo de común acuerdo y con una única estrategia, pero unos

8 y otros tuvieron sus propias razones para la guerra. Pues por un lado él había faltado a la amistad con los romanos tanto al ayudar a sus enemigos los cartagineses como al

9 atacar aquí a nuestros aliados, y por otro se comportó con vosotros de forma tal que aunque nos olvidáramos de nuestros propios agravios, en los vuestros teníamos un motivo

10 que justificaba suficientemente una guerra. La decisión que hemos de tomar hoy depende por entero de vosotros. La cuestión que someto a vuestra consideración, en efecto, es si estáis dispuestos a consentir que Argos, ocupada, como bien sabéis, por Nabis, siga bajo su dominio, o si

11 pensáis que es justo que una ciudad tan noble y tan antigua, situada en el centro de Grecia, recobre la libertad y goce del mismo estatuto que las demás ciudades del Pelopon-

12 neso y de Grecia. Como veis, se debate aquí una cuestión que os concierne de lleno a vosotros. A nosotros sólo nos afecta en el sentido de que la falta de libertad de una sola ciudad impide que sea plena y total la gloria de haber libe-

13 rado Grecia. Pero si a vosotros no os preocupa esa ciudad ni el riesgo de que este ejemplo y este peligro se propague contagiando el mal más ampliamente, nosotros lo damos por bueno y aceptable. Os pido que os pronunciéis sobre este punto, y me atenderé a lo que decida la mayoría».

23 Después del discurso del general romano comenzó el

2 examen de las opiniones de los demás. El representante

de los atenienses puso el mayor énfasis en dar las gracias y resaltar los merecimientos de los romanos con respecto a Grecia —habían ayudado contra Filipo cuando se les había pedido, y se ofrecían espontáneamente para ayudar en 3 contra del tirano Nabis sin habérselo pedido— y mostró su indignación ante el hecho de que algunos en sus conversaciones criticaran estos merecimientos y pusieran en duda los futuros cuando más bien debían reconocerse agrade- 4 cidos por los pasados. Era evidente que el blanco de su ataque eran los etolios. Por eso, Alejandro, un jefe de este 5 pueblo, comenzó por lanzar sus invectivas contra los atenienses, otrora paladines y promotores de la libertad que ahora traicionaban la causa común buscando la adulación propia; después se quejó de que los aqueos, en otro tiempo 6 soldados de Filipo que habían desertado de su lado al declinar finalmente su estrella, tenían de nuevo Corinto en su poder y estaban maniobrando para hacerse con Argos, mientras que los etolios, los primeros enemigos de Filipo 7 y aliados permanentes de los romanos, se habían quedado sin Equino y Fársalo después de haberse suscrito el acuerdo de que una vez derrotado Filipo serían suyas sus ciudades y campos. Acusó a los romanos de fraude porque des- 8 pués de hacer ostentación del vacío título de libertadores estaban ocupando Cálcide y Demetriadé con sus guarniciones; cuando Filipo se mostraba remiso en retirar de allí sus guarniciones, ellos siempre le objetaban que jamás se- 9 ría libre Grecia mientras estuviesen ocupadas Demetriadé, Cálcide y Corinto; finalmente los acusó de poner a Nabis 10 y Argos como pretexto para mantenerse en Grecia reteniendo allí su ejército. Que se llevasen a Italia sus legiones, y los etolios garantizaban que Nabis retiraría de Argos 11 su guarnición de forma voluntaria y con condiciones, o

bien lo obligarían por la fuerza de las armas a someterse al poder de una Grecia unida.

- 24 Esta fatua palabrería provocó la reacción inmediata de
2 Aristeno, pretor de los aqueos. «Qué Júpiter Óptimo Máximo y Juno Reina, patrona de Argos, no permitan, dijo, que aquella ciudad sea el premio en disputa entre el tirano lacedemonio y los salteadores etolios, sometida al trance de recibir peor trato si vosotros la reconquistáis que cuando aquél la tomó. El mar que nos separa no nos defiende
3 de esos piratas, Tito Quincio; ¿qué va a ser de nosotros si se construyen una ciudadela en el centro del Peloponeso? De griegos sólo tienen la lengua, igual que de hombres
4 tienen únicamente la apariencia; viven de acuerdo con unas costumbres y unas prácticas más salvajes que las de cualquier bárbaro, peor incluso que las bestias salvajes. Por eso os rogamus, romanos, que le quitéis Argos de nuevo a Nabis y arregléis la situación de Grecia de forma que quede además suficientemente asegurada frente al bandi-
5 daje de los etolios esta zona». Todos lanzaban desde todas partes sus imprecaciones contra los etolios; entonces el romano dijo que habría dado a éstos una respuesta si no viera que todos estaban tan irritados contra ellos que era
6 preciso serenarlos en vez de encresparlos. Satisfecho, pues, del concepto en que se tenía a los romanos y a los etolios, dijo que les pedía que se pronunciasen acerca de la guerra contra Nabis en el caso de que no devolviera Argos a
7 los aqueos. Todos se manifestaron a favor de la guerra, y los instó a que enviasen tropas auxiliares según las posibilidades de cada ciudad. También mandó un emisario a los etolios, más con el objeto de descubrir su disposición de ánimo, como de hecho ocurrió, que con la esperanza de conseguir algo.

A los tribunos militares les dio orden de traer de Elacia 25 al ejército. Por las mismas fechas también llegaron emba- 2 jadores de Antíoco a negociar una alianza, y les respondió que en ausencia de la comisión de los diez no tenía nada que comentar, que tendrían que dirigirse a Roma, al senado. Con las tropas llegadas de Elacia siguió en dirección a Ar- 3 gos, y en las proximidades de Cleonas salió a su encuentro el pretor Aristeno con diez mil aqueos de a pie y mil de a caballo; reunieron sus fuerzas y acamparon no lejos de allí. Al día siguiente descendieron a las llanuras de Argos 4 y eligieron un emplazamiento para el campamento a unas cuatro millas de la ciudad. El comandante de la guarnición 5 de lacones era Pitágoras, yerno del tirano a la vez que hermano de su mujer; éste, poco antes de la llegada de los romanos, reforzó con sólidas defensas ambas ciudadelas —pues Argos tiene dos— y otros puntos estratégicos o susceptibles de un ataque. Pero al tiempo que tomaba estas 6 medidas no lograba ocultar el pánico producido por la llegada de los romanos.

A la alarma causada desde el exterior se sumó además una revuelta en el interior. Había un argivo, Damocles, 7 un joven con más corazón que cabeza, que habló con otros afines, previo juramento, acerca de la expulsión de la guarnición, y en su afán de conseguir mayores apoyos para la conspiración pecó bastante de incauto al sopesar las lealtades. Cuando, en el momento en que estaba hablando a 8 los suyos, vino a buscarlo un asistente enviado por el prefecto, se dio cuenta de que el plan había sido denunciado, y animó a los conjurados que estaban presentes a seguirle y empuñar las armas antes de morir torturados. Y así, con 9 unos pocos hombres, se dirigió directamente hacia el foro pidiendo a gritos que los siguieran como defensor y adalid de la libertad los que quisieran la salvación de la patria.

emprendido la guerra en contra del tirano y a favor de los argivos, sería de lo más incoherente desentenderse del enemigo y atacar Argos; él apuntaría al centro de la guerra, Lacedemón y su tirano. Y después de disolver el consejo mandó las cohortes ligeras a recoger trigo. El que había maduro por los alrededores fue segado y acarreado, el verde fue pisoteado y destrozado, para que el enemigo no se sirviera de él más adelante. A continuación levantó el campamento y después de salvar el monte Partenio ³³⁷ dejó atrás Tegea ³³⁸ y al tercer día acampó cerca de Carias ³³⁹. Allí esperó las tropas auxiliares aliadas antes de penetrar en territorio enemigo. Llegaron mil quinientos macedonios enviados por Filipo y cuatrocientos jinetes tesalios. Lo que ahora retenía al romano no eran las tropas auxiliares, de las que había más que suficiente, sino los suministros exigidos a las ciudades del contorno. Se iban concentrando también numerosos efectivos navales: había llegado ya de Léucade Lucio Quincio con cuarenta navíos, había ya dieciocho naves rodias con cubierta, el rey Éumenes se encontraba ya cerca de las islas Cícladas con diez naves cubiertas, con treinta pinazas y con otras embarcaciones de menor tamaño. También se concentraron en el campamento romano, con esperanzas de recuperar su patria, muchos de los exiliados de los propios lacedemonios injustamente expulsados por los tiranos. Eran ya muchos, en efecto, lo que a lo largo de varias generaciones, desde que los tiranos dominaban Lacedemón, habían sido expulsados por unos o por otros. El principal desterrado era

³³⁷ En la cadena montañosa entre la Argólide y Arcadia, al suroeste de Argos.

³³⁸ Una de las más antiguas ciudades de la Arcadia.

³³⁹ En Laconia, al norte, cerca del río Enunte.

Agesípolis, el heredero legítimo del trono lacedemonio, expulsado siendo aún niño por el tirano Licurgo tras la muerte de Cleómenes, que fue el primer tirano en Lacedemón.

- 27 A pesar de estar amenazado por una guerra de tanta envergadura por tierra y por mar y de que, si hacía una valoración realista de sus fuerzas y las del enemigo, casi
2 no tenía ninguna esperanza, aun así el tirano no dejó de preparar la guerra; hizo venir de Creta un millar de jóvenes escogidos, cuando ya tenía otros mil, y armó un ejército con tres mil soldados mercenarios, diez mil de su propio país y campensinos de las aldeas; y fortificó la ciudad con foso y empalizada. Para evitar que estallase alguna revuelta interna, dominaba los ánimos a base de miedo y castigos muy duros, ya que no podía esperar que quisie-
4 sen que el tirano estuviera a salvo. Como recelaba de algunos ciudadanos, hizo salir a todas las fuerzas armadas a
5 una llanura que ellos llaman Dromo ³⁴⁰, dio orden de que los lacedemonios se reunieran, sin armas, en una asamblea, y rodeó a los reunidos con sus guardias armados.
6 Después de explicar brevemente por qué en unas circunstancias como aquellas había que comprender que recelara de todo y tomara todas las precauciones, dijo que era por su propio interés si impedía que pudiesen tramar nada aquellos que las presentes circunstancias hacían sospechosos,
7 en lugar de castigarlos cuando tramasen algo; que tendría a algunos bajo custodia, por consiguiente, hasta que hubiese pasado la tormenta que se avecinaba; los dejaría libres inmediatamente una vez rechazados los enemigos; y por ese lado el peligro era menor si se tomaban las debidas
8 precauciones contra una traición desde dentro. Acto seguido mandó llamar por su nombre a unos ochenta jóve-

³⁴⁰ Cerca del río Eurotas.

nes principales, y a medida que fueron contestando según se los nombraba los hizo encarcelar. Durante la noche siguiente fueron ejecutados todos ellos. Después, algunos ilotas —se trata de una población rural, campesinos ya desde antiguo—, acusados de haber querido pasarse al enemigo, fueron azotados mientras eran llevados de aldea en aldea y luego se les dio muerte. El terror consiguiente paralizó las mentes de las masas y cualquier tentativa revolucionaria. El tirano mantenía sus tropas dentro del recinto fortificado, convencido de su inferioridad en caso de pretender combatir en una batalla regular, por un lado, y temeroso, por otro, de dejar la ciudad cuando estaban indecisos y en suspenso los ánimos de todos.

Quincio, una vez ultimados todos los preparativos, salió de los cuarteles y al día siguiente llegó a Selasia³⁴¹, en el río Enunte³⁴², lugar donde, según se decía, el rey de los macedonios Antígono había librado una batalla campal contra el tirano lacedemonio Cleómenes. Enterado de que el descenso desde allí era por un camino difícil y estrecho, mandó hombres por delante para que abrieran una ruta bordeando ligeramente los montes, y llegó, por un sendero bastante ancho y despejado, hasta el río Eurotas, que discurre casi al pie mismo de las murallas. Cuando los romanos estaban haciendo el trazado del campamento y el propio Quincio se había adelantado con la caballería y la infantería ligera, las tropas auxiliares del tirano sembraron el pánico y la confusión con un ataque con el que no contaban ni por asomo, porque durante toda la marcha no se habían encontrado con nadie y habían atravesado el territorio como si estuviera pacificado. Durante algún

³⁴¹ Al norte de Esparta a unos 12 Km.

³⁴² Afluente del Eurotas.

tiempo reinó el desconcierto; los soldados de infantería llamaban a los de caballería y éstos a los de infantería, pues ni unos ni otros confiaban demasiado en sus propias fuerzas. Al fin aparecieron las enseñas de las legiones, y al entrar en combate las cohortes de cabeza de la columna, los que poco antes habían sembrado el pánico fueron rechazados al interior de la ciudad en pleno desconcierto.

Los romanos se alejaron de la muralla lo justo para estar fuera del alcance de las armas arrojadizas y después de formar en orden de combate se mantuvieron así algún tiempo; luego, como no salía a enfrentárseles ningún enemigo, regresaron al campamento. Al día siguiente Quincio marchó al frente de sus tropas formadas, siguiendo el curso del río y dejando atrás la ciudad, en dirección a la falda misma del monte Menelao ³⁴³; abrían la marcha las cohortes de la legión, y la cerraban la infantería ligera y la caballería. Nabis tenía preparadas y alineadas bajo las enseñas dentro del recinto amurallado sus tropas mercenarias, en las que confiaba plenamente, con la intención de atacar al enemigo por la espalda. Cuando hubieron pasado los últimos de la columna, se lanzaron fuera de la ciudad, tan tumultuosamente como en la salida del día anterior, por muchos sitios a la vez. Cerrando la marcha iba Apio Claudio, que había preparado a sus hombres con vistas a lo que iba a ocurrir, para que no los cogiera por sorpresa; inmediatamente cambió la dirección de las enseñas y dirigió toda la formación de cara al enemigo. Consiguientemente, durante algún tiempo hubo una batalla regular, como si hubieran chocado dos frentes de combate en toda línea. Finalmente los soldados de Nabis emprendieron la huida. Ésta fue especialmente desastrosa y atropellada por-

³⁴³ Al sur de Esparta.

que los persiguieron de cerca los aqueos, conocedores del terreno, que hicieron una gran carnicería y desarmaron a la mayoría cuando la huida los había dispersado en todas direcciones. Quincio acampó cerca de Amiclas ³⁴⁴. Luego, ¹² tras devastar completamente todas las pobladas y fértiles tierras de los alrededores de la ciudad, como ya no salía de puertas afuera ningún enemigo, trasladó el campamento junto al río Eurotas. Desde allí salió a devastar el valle que se extiende al pie del Taigeto ³⁴⁵ y los campos que llegan hasta el mar.

Más o menos por la misma época recibió Lucio Quincio ²⁹ la sumisión de algunas poblaciones de la costa, en unos casos voluntaria y en otros consecuencia del miedo o de la fuerza. Enterado luego de que la plaza de Giteo ³⁴⁶ era ² para los lacedemonios lugar de almacenamiento de toda clase de efectos navales y de que el campamento romano no estaba lejos del mar, decidió atacar la plaza con todas sus tropas. En aquella época era una ciudad poderosa de- ³ bido, por un lado, al gran número de ciudadanos y residentes, y por otro, al hecho de estar equipada con toda clase de material bélico. Muy oportunamente, cuando se estaba ⁴ preparando para su nada fácil empresa, llegaron el rey Éumenes y la flota de los rodios. El enorme contingente ⁵ de marinos procedentes de las tres flotas llevó a cabo en cosa de pocos días todos los trabajos que se requerían para el ataque a una ciudad bien defendida por tierra y por mar. Tras acercar las «tortugas» estaba ya siendo socava- ⁶ da la muralla, estaba ya siendo batida por los arietes. Fue, pues, derribada con los repetidos golpes una de las torres,

³⁴⁴ Al este del Eurotas.

³⁴⁵ Montaña que separa Laconia de Mesenia.

³⁴⁶ En la costa occidental del *sinus Laconicus*.

y en su caída arrastró la parte de muro adosada a ella;
7 los romanos, para desviar la atención del enemigo de la zona más abierta, trataban de forzar la entrada por el lado del puerto, desde donde era más llano el camino de acceso, y, simultáneamente, de irrumpir por la brecha abierta con
8 el derrumbe. A punto estuvieron de penetrar por donde se lo habían propuesto; pero el asalto se retrasó al presentarse la posibilidad de que se rindiera la ciudad, esperanza que también se frustró poco después. Mandaban en la ciudad
9 Dexagóridas y Gorgopas con iguales poderes. Dexagóridas habían mandado un mensaje al legado romano diciendo que él estaba dispuesto a entregar la ciudad, y cuando ya se había convenido el momento y la forma de dicha operación, el traidor fue muerto por Gorgopas, y éste, en solitario, defendía la ciudad con mayor ahínco.
10 El asalto hubiera presentado mayores dificultades de no haber llegado Tito Quincio con cuatro mil soldados escogidos. Cuando éste se dejó ver con sus tropas en formación,
11 sobre la cima de una colina no muy distante de la ciudad, y desde el lado opuesto Lucio Quincio presionó a partir
12 de sus obras de asedio por tierra y mar, finalmente la desesperación obligó también a Gorgopas a tomar la misma decisión que había castigado con la muerte en el caso de
13 su colega, y entregó a Quincio la ciudad con la condición de que se le permitiera llevarse de allí los soldados que
14 tenía como guarnición. Antes de la rendición de Giteo, Pitágoras, que había quedado con el mando en Argos, confió la defensa de la ciudad a Timócrates de Pelene y fue a reunirse con Nabis, en Lacedemón, con mil soldados mercenarios y dos mil argivos.

*Entrevista
del tirano
Nabis
con Quincio
Flaminio*

Nabis se había alarmado con la llega- 30
da de la flota romana y la rendición de
las ciudades de la costa, y de igual modo
había albergado una pequeña esperanza
con la retención de Giteo por parte de
los suyos; pero cuando se enteró de que también se había 2
entregado esta plaza a los romanos, como por tierra no
había nada que esperar porque toda la zona circundante
era hostil y por mar estaba también completamente blo-
queado, consideró que era preciso rendirse a la suerte y 3
como primer paso envió un parlamentario al campamento
para enterarse de si los romanos permitirían que se les en-
viase una embajada. Obtenida la autorización se presentó 4
Pitágoras ante el general con una única petición: que el
tirano pudiese entrevistarse con el general. Reunido el con- 5
sejo, todos estaban de acuerdo en que se concediese la en-
trevista, y se fijó el día y el lugar. Llegaron a unas colinas 6
situadas en el centro de la comarca acompañados por una
reducida escolta armada, la dejaron de guardia en un sitio 7
bien visible desde ambos lados y descendieron acompaña-
dos Nabis por su escogida guardia personal y Quincio por
su hermano, por el rey Éumenes, el rodio Sósila, el pretor
aqueo Aristeno y unos pocos tribunos militares.

Se dejó elegir al tirano si prefería hablar primero o es- 31
cuchar, y comenzó así: «Si hubiera sido capaz de descubrir
por mí mismo, Tito Quincio, y vosotros los aquí presentes,
la razón de que me declaraseis e hicieseis la guerra, habría
esperado en silencio el desenlace de mi destino. Pero no 2
he podido contener mi deseo de saber, antes de sucumbir,
la razón por la que iba a sucumbir. Y, ¡por Hércules!, 3
si fueseis como dicen que son los cartagineses, entre los
cuales el compromiso de una alianza no es sagrado en nin-
gún sentido, no me sorprendería de que tampoco en mi

4 caso os preocupaseis demasiado por lo que hacíais. Pero
cuando os miro veo que sois romanos, para quienes lo más
sagrado en lo referente a los dioses son los tratados y en
lo referente a los hombres es la lealtad para con los aliados.
5 Si miro hacía mí, confío en ser el mismo que tiene con
vosotros un antiquísimo tratado de alianza al igual que
los demás lacedemonios, y, particularmente, un vínculo per-
sonal de alianza y amistad renovada recientemente durante
6 la guerra con Filipo. Y resulta que yo la he violado por
7 el hecho de ocupar la ciudad de Argos. ¿Cómo defender-
me de esta acusación? ¿Acudiendo a los hechos, o a las
circunstancias? Los hechos me defienden en un doble sen-
tido, pues me hice cargo de la ciudad, no la ocupé, porque
ellos mismos me llamaron y me la entregaron; y me hice
cargo de la ciudad cuando pertenecía a los partidarios de
8 Filipo y no estaba aliada con vosotros. Por lo que se refie-
re a las circunstancias, me exculpa el hecho de que ajusté
una alianza con vosotros cuando ya tenía Argos en mi po-
der, y lo convenido fue que os enviaría tropas auxiliares
para la guerra, no que retiraría de Argos mi guarnición.
9 Así que, ¡por Hércules!, en esta controversia concerniente
a Argos, la razón está de mi parte en mayor medida tanto
por la justicia de la acción en sí, puesto que acepté la en-
trega de una ciudad del enemigo, no vuestra, y por su pro-
10 pia voluntad, no obligada por la fuerza, como porque vo-
sotros así lo reconocisteis, puesto que al poner las condi-
11 ciones de la alianza me dejasteis Argos. Son, además, car-
gos contra mí el calificativo de tirano y algunos hechos:
el de llamar a los esclavos a la libertad, y el de llevar a
12 los campos a la plebe indigente. En cuanto al calificativo,
puedo responder que, cualquiera que sea mi condición, soy
el mismo que era cuando tú, Tito Quincio, pactaste conmi-
13 go una alianza. Recuerdo que entonces me llamabais rey;

veo que ahora me llamáis tirano. Pues bien, si hubiese cambiado yo el título en que se basa mi autoridad, yo debería dar cuentas de mi falta de consistencia; como sois vosotros los que lo cambiáis, vosotros debéis explicar la vuestra. Por lo que se refiere al aumento del número de ciudadanos 14 con la liberación de los esclavos y al reparto de tierras entre los necesitados, también en esto puedo, evidentemente, cubrirme con la justificación que me dan las circunstancias. Estas medidas, cualquiera que sea su valor, las había to- 15 mado ya cuando ajustasteis la alianza conmigo y aceptasteis mi ayuda en la guerra contra Filipo; pero aun en el 16 caso de que las hubiera tomado ahora, no os digo: '¿En qué os habría perjudicado con ello o habría lesionado vuestra amistad?', sino que os digo que he obrado de acuerdo con las costumbres y tradiciones de mis mayores. No mi- 17 dáis lo que se hace en Lacedemón con el patrón de vuestras leyes e instituciones. No hay ninguna necesidad de comparar los casos particulares. Vosotros escogéis la caballería y la infantería a tenor de la renta, y queréis que sean pocos los que destaquen por su riqueza y que la plebe esté sometida a ellos. Nuestro legislador no quiso que el Estado estu- 18 viese en manos de unos pocos, los que vosotros llamáis senado, ni que prevaleciera una u otra clase social dentro de la ciudadanía, sino que pensó que si se equiparaban la riqueza y la posición social, serían muchos los que estarían dispuestos a empuñar las armas por la patria. Reco- 19 nozco que me he extendido más de lo que corresponde a la concisión característica de mi país; pude haber dicho escuetamente que después de haber trabado amistad con vosotros no hice nada por lo que tengáis que estar pesarosos».

A esto replicó el general romano: «El tratado de alian- 32 za y amistad no lo hicimos contigo nunca, sino con Pélo-

2 pe, el rey legítimo y válido de los lacedemonios cuyos derechos usurparon además los tiranos que después se hicieron con el poder en Lacedemón por la fuerza aprovechando que nosotros estábamos empeñados en la Guerra Púnica, o en la de los galos, o en una tras otra sucesivamente; y lo mismo hiciste también tú cuando la reciente guerra
3 macedónica. ¿Habría acaso mayor incongruencia que establecer relaciones amistosas con un tirano quienes hacíamos la guerra contra Filipo por la libertad de Grecia? ¡Y precisamente con el tirano más cruel y violento para con los
4 suyos de cuantos han existido! Ahora bien, aun en el caso de que no hubieses ocupado Argos a traición ni la retuvieras fraudulentamente, nosotros, que nos proponíamos la liberación de toda Grecia, teníamos que devolverle también a Lacedemón su antigua libertad y sus propias leyes, las que tú acabas de mencionar como si emularas a Licurgo.
5 ¿Deberemos acaso preocuparnos de que sean retiradas de Jaso y de Bargilias las guarniciones de Filipo, y dejar bajo tus pies Argos y Lacedemón, esas dos famosísimas ciudades luminarias de Grecia en otro tiempo, para que su esclavitud nos afee el título de liberadores de Grecia?
6 Pero es que los argivos sintonizaron con Filipo. Te dispensamos del trabajo de indignarte por nosotros. Tenemos suficiente constancia de que esa responsabilidad es de dos o a lo sumo tres personas, no de toda la población,
7 igual, ¡por Hércules!, que, cuando se te llamó y se te dejó entrar en la ciudadela a ti y a tu guarnición, no se actuó
8 en ningún momento por decisión oficial. Sabemos que los tesalios, los focenses y los locrenses tomaron partido por Filipo por acuerdo unánime, y sin embargo los dejamos libres con el resto de Grecia. ¿Qué crees entonces que haremos en el caso de los argivos, que no son responsables
9 de una decisión pública? Decías que se aducen contra ti

los cargos de haber concedido la libertad a los esclavos y haber repartido tierras entre la gente necesitada, cargos estos que tampoco son irrelevantes, por cierto. Pero ¿qué significan en comparación con las fechorías que cometéis a diario una tras otra tú y los tuyos? Deja que se celebre 10 una asamblea libre en Argos o en Lacedemón si tienes el gusto de escuchar verdaderas acusaciones contra tu despótica tiranía. Dejando a un lado todos los otros crímenes 11 más antiguos, ¿qué masacre no perpetró en Argos, casi ante mis propio ojos, ese yerno tuyo, Pitágoras? ¿Y la que tú mismo llevaste a cabo cuando ya casi me encontraba yo en tierra de Lacedemón? Anda, manda que presenten 12 maniatados a los que fueron presos en una asamblea, y que tú anunciaste, de forma que lo oyeron todos tus conciudadanos, que los tendrías bajo custodia; que sus desdichados padres sepan que están vivos esos a los que lloran equivocadamente. Pero aun en caso de que así sea, dirás, 13 ¿qué os importa a vosotros, romanos? ¿Eso se lo vas a decir a los libertadores de Grecia?, ¿a los que cruzaron el mar e hicieron la guerra por tierra y mar para libertarla? 'Sin embargo, dices, a vosotros no os he agraviado; en 14 rigor, no he violado vuestra amistad y alianza'. ¿En cuántas ocasiones quieres que pruebe que lo hiciste? Pero no 15 quiero extenderme; resumiré la cuestión en un punto: ¿con qué hechos se viola la amistad? Sin duda, con estos dos especialmente: si tratas como enemigos a mis aliados, y si te unes a mis enemigos. Tú hiciste las dos cosas. En 16 efecto, tú, que también eras nuestro aliado, tomaste por la fuerza de las armas una ciudad aliada nuestra, Mesene, acogida a nuestra alianza con el mismo tratado y en los mismos términos que Lacedemón; y con Filipo, nuestro ene- 17 migo, no sólo negociaste una alianza, sino que, si así place a los dioses, estableciste relaciones de parentesco a través

18 de su prefecto Filocles; y como si estuvieses en guerra contra nosotros, infestaste el mar en torno al Maleo con naves piratas y apresaste y mataste casi más ciudadanos romanos
19 que el propio Filipo; y las costas de Macedonia eran más seguras que el promontorio de Malea para las naves que
20 transportaban los suministros para nuestros ejércitos. Por consiguiente, deja, por favor, de proclamar tu lealtad y los vínculos de la alianza, deja a un lado ese tono oratorio de compatriota, y habla como tirano y enemigo».

33 A continuación, Aristeno alternaba las advertencias a Nabis con los ruegos de que velase por sí mismo y por sus propios intereses mientras era posible, mientras tenía
2 la oportunidad; después comenzó a citar los nombres de los tiranos de las ciudades vecinas que tras abandonar el poder y devolver la libertad a sus conciudadanos habían pasado una vejez no sólo tranquila sino respetada entre
3 sus compatriotas. Tras estas intervenciones alternativas, la noche prácticamente puso fin a la conferencia. Al día siguiente Nabis dijo que dejaba Argos, que retiraba su guarnición, puesto que ése era el deseo de los romanos,
4 y que devolvería los prisioneros y desertores; si había alguna otra demanda, pidió que la hicieran constar por escrito con el objeto de poder discutirlo con sus amigos.
5 Se le concedió así un plazo al tirano para consultar, y Quincio celebró un consejo en el que participaron también los
6 jefes de los aliados. El criterio de una gran mayoría era que se debía continuar la guerra y eliminar al tirano, pues de lo contrario nunca estaría a salvo la libertad de Grecia;
7 que hubiera sido mucho mejor no iniciar la guerra contra
8 él que abandonarla una vez iniciada; por una parte, el propio tirano saldría fortalecido, al ser en cierto modo legitimado su despotismo si recibía el respaldo del pueblo romano para su injusto poder, y, por otra parte, su ejemplo

incitaría a muchos de otras ciudades a maquinar contra la libertad de sus conciudadanos. Personalmente, el general, en su fuero interno, era más proclive a la paz. Veía, en efecto, que después de haber encerrado al enemigo dentro de las murallas no quedaba más solución que el asedio, pero que éste iba a ser prolongado, pues no se trataba de tomar al asalto Giteo —que, por otra parte, no había sido asaltado sino que se había rendido—, sino Lacedemón, ciudad muy fuerte en hombres y armas. La única esperanza habría radicado en la posibilidad de que surgiera dentro de ella alguna escisión o alguna sublevación con la proximidad del ejército, pero nadie se había movido a pesar de ver que las enseñas avanzaban casi hasta las puertas. Además, la paz con Antíoco no era muy fiable, según manifestaba el legado Vilio al volver de allí; aquél había pasado a Europa con fuerzas de tierra y mar mucho más numerosas que la vez anterior. Si el ejército estaba ocupado con el asedio de Lacedemón, ¿con qué otras tropas harían la guerra contra un rey tan fuerte y poderoso? Esto era lo que exponía públicamente, pero más adentro tenía otra preocupación que no expresaba: que un nuevo cónsul obtuviera en suerte la provincia de Grecia, y que la victoria bélica iniciada hubiera de ser entregada a su sucesor.

Como sus argumentos a la contra no surtían ningún efecto en los aliados, aparentando que se adhería a su opinión los llevó a todos a aceptar su propio planteamiento. «Sitiemos Lacedemón enhorabuena, dijo, puesto que así lo deseáis, siempre que no os malengañéis en esto: dado que el asedio de una ciudad es una tarea que lleva tiempo, como bien sabéis, y a menudo cansa antes a los sitiadores que a los sitiados, conviene que desde ahora mismo os hagáis a la idea de que habrá que pasar el invierno en torno a las murallas de Lacedemón. Si esta espera implicara so-

lamente fatigas y peligros, yo os animaría a que estuvierais
 4 mental y físicamente preparados para arrostrarlos. Pero re-
 quiere además considerables gastos para los trabajos y las
 máquinas de lanzamiento y de asedio necesarias para asaf-
 tar una ciudad tan grande, para habilitar suministros para
 5 vosotros y para nosotros de cara al invierno. Por consi-
 guiente, para que no os llevéis algún susto inesperado o
 paséis la vergüenza de renunciar a la empresa una vez ini-
 ciada, creo que primero debéis escribir a vuestras ciudades
 y sondear cuál es la actitud y cuáles las fuerzas con que
 6 cuenta cada una. Tropas auxiliares tengo más que suficien-
 tes; pero cuantos más seamos, mayores serán nuestras ne-
 cesidades. En la tierra enemiga ya no queda nada más que
 el suelo pelado. A esto se sumará la estación invernal, con
 7 su dificultad para el transporte a larga distancia». Este dis-
 curso hizo que los pensamientos de todos se centraran por
 primera vez en la consideración de los problemas internos
 de cada uno: la inercia, la envidia y el resentimiento de
 los que se quedaban en casa con respecto a los combatien-
 8 tes, la libertad que hacía difícil el acuerdo, la falta de re-
 cursos públicos, la cicatería de los particulares a la hora
 9 de contribuir. Y así, en un súbito cambio de actitud, auto-
 rizaron al general a que hiciera lo que considerase confor-
 me con el interés común del pueblo romano y de los aliados.

35 Entonces Quincio reunió únicamente a
 Condiciones los legados y a los tribunos militares e
 de paz hizo consignar por escrito las condicio-
 ofrecidas nes en que se haría la paz con el tirano,
 a Nabis que eran éstas: habría una tregua de seis
 2 meses entre Nabis y los romanos, el rey Éumenes y los
 rodios. Tito Quincio y Nabis enviarían inmediatamente em-
 bajadores a Roma, para que la paz fuese ratificada con
 3 la autoridad del senado. La tregua comenzaría el mismo

día en que se le notificasen por escrito a Nabis las condiciones de la paz, y en un plazo de diez días a partir de esa fecha todas las guarniciones que hubiera en territorio argivo serían retiradas de Argos y del resto de las ciudades, que serían entregadas a los romanos desocupadas y libres, sin sacar de ellas ningún esclavo perteneciente al 4 rey, al Estado o a los particulares; y si se había sacado alguno anteriormente por medio de algún subterfugio oficial o particular, sería puntualmente devuelto a su dueño. Nabis devolvería las naves que hubiera quitado a las ciu- 5 dades de la costa, y él no conservaría nave alguna aparte de dos lembos, y éstos impulsados a lo sumo por dieciséis remos. Devolvería los tráfugas y los prisioneros a todas 6 las ciudades aliadas del pueblo romano, y a los mesenios todas cuantas pertenencias apareciesen y fuesen indentificadas por sus propietarios. Asimismo, a los lacedemonios 7 exiliados les enviaría los hijos y las esposas que quisieran seguir a sus maridos; ninguna sería obligada a acompañar a un desterrado si no quería. A los mercenarios de Nabis 8 que hubiesen vuelto a sus ciudades o se hubiesen pasado a los romanos, les serían devueltas escrupulosamente sus pertenencias. En la isla de Creta no tendría ninguna ciu- 9 dad, y las que hubiera ocupado las entregaría a los romanos. No formaría alianza ni haría la guerra con ningún pueblo de Creta ni con ningún otro. Retiraría sus guarni- 10 ciones de todas las ciudades que hubiese devuelto él o que se hubieran puesto ellas con sus posesiones bajo la protección y el dominio del pueblo romano, y tanto él como los suyos se mantendrían alejados de ellas. No fortificaría nin- 11 guna plaza ni levantaría ninguna fortaleza en territorio propio ni ajeno. Como garantía de que todo iba a ser así, entregaría los cinco rehenes que eligiera el general romano, entre ellos su propio hijo. Pagaría cien talentos de plata

al contado, y cincuenta talentos anuales durante ocho años.

- 36 Estas condiciones, consignadas por escrito, fueron re-
mitidas a Lacedemón después de trasladar el campamento
más cerca de la ciudad. Lo cierto es que nada de todo
2 ello satisfacía demasiado al tirano salvo el hecho de que,
contrariamente a lo que esperaba, no se hacía mención al-
guna a la vuelta de los exiliados. Pero lo que menos le
gustaba era el que se le privara de las naves y de las ciuda-
3 des de la costa. El mar, en efecto, había sido de gran utili-
dad para él, que tenía hostilizada con sus navíos piratas
toda la costa desde el Maleo; además, tenía en la juventud
de las ciudades de la zona una reserva de soldados de la
4 mejor clase con mucho. Estas condiciones las había discu-
tido en secreto personalmente con sus amigos, pero a pesar
de ello todos las comentaban públicamente, dada la ligere-
za de carácter de los cortesanos de los reyes para la fideli-
dad en general, y en particular para guardar secretos.
5 Más que criticarlas todas todas en general, cada uno criti-
caba las que le afectaban particularmente. Los que se ha-
bían casado con las mujeres de los exiliados o estaban en
posesión de alguno de sus bienes, se indignaban como si
6 se tratara de un expolio y no de una restitución. La pers-
pectiva que se les presentaba a los esclavos liberados por
el tirano era no sólo la futura anulación de su libertad,
sino una esclavitud mucho más penosa que antes para quie-
nes volverían a caer bajo el dominio de unos amos llenos
7 de rabia. Los mercenarios no se resignaban a la idea de
que en una situación de paz iban a perder los ingresos del
servicio de las armas, y veían que no tenían posibilidad
alguna de volver a sus ciudades, tan hostiles a los lacayos
de los tiranos como a los propios tiranos.

Al principio murmuraban entre ellos dejando caer estos 37
comentarios en los corrillos; después se precipitaron a las
armas repentinamente. Viendo, por este tumulto, que la 2
masa estaba ya de por sí bastante exasperada, el tirano
mandó convocar asamblea. En ella expuso las condiciones 3
exigidas por los romanos, a las que añadió algunas más
graves y humillantes, inventadas; cada una de ellas era re-
cibida con gritos unas veces por toda la asamblea y otras
por algún sector de la misma, y entonces preguntó qué
querían que respondiese o que hiciese. Casi al unísono 4
pidieron todos que no se respondiera nada y que se hiciese
la guerra. Todos a porfía, como suele ocurrir con la masa,
lo instaban a que no perdiese el ánimo ni la esperanza,
asegurando que la fortuna favorece a los valientes. Anima- 5
do con estas expresiones el tirano hace saber que contará
con la ayuda de Antíoco y de los etolios, y que, además,
él tiene fuerzas más que suficientes para resistir el asedio.
Cualquier idea de paz había desaparecido de las mentes 6
de todos y corrieron a sus puestos decididos a entrar en
acción de inmediato. La salida de unos pocos escaramu-
ceadores y un lanzamiento de venablos borraron también
en los romanos cualquier duda sobre la necesidad de com-
batir. En los primeros cuatro días siguientes se entablaron 7
combates ligeros sin ningún resultado decisivo. Al quinto 8
día, en una batalla casi regular, los lacedemonios fueron
rechazados presa del pánico al interior de las murallas has-
ta tal extremo que algunos soldados romanos penetraron
en la ciudad, descargando tajos sobre las espaldas de los
fugitivos, por las brechas que entonces había en las
murallas.

38

*Asalto
a Esparta.
Nabis capitula*

Entonces Quincio, considerando que este susto era suficiente para disuadir a los enemigos de hacer salidas y que sólo quedaba ya el asalto a la propia ciudad, mandó a buscar a Giteo a todas las fuerzas navales y mientras tanto él con los tribunos militares dio una vuelta alrededor de las murallas para estudiar la posición de la ciudad. Tiempo atrás, Esparta ³⁴⁷ no tenía murallas; hacía poco, los tiranos habían levantado un muro en los puntos abiertos y llanos; los sitios elevados y de difícil acceso se protegían con cuerpos armados en lugar de fortificaciones. Después de inspeccionarlo todo convenientemente, estimó que había que atacar en círculo y rodeó la ciudad con todas sus tropas, que rondaban los cincuenta mil hombres entre romanos y aliados, infantería, caballería, fuerzas terrestres y navales. Unos llevaban escalas; otros, antorchas; y otros, distintos elementos con los que atacar y además inspirar pánico. Recibieron orden de atacar desde todos los puntos al lanzar el grito de guerra, para que los lacedemonios no supiesen por dónde hacerles frente en primera instancia y por dónde enviar refuerzos. El grueso del ejército fue dividido en tres cuerpos; uno recibió orden de atacar desde el Febeo ³⁴⁸, otro desde el Dictineo, y el tercero desde un lugar llamado Heptagonia —todos estos son sitios abiertos, sin muralla—. Con la ciudad rodeada y tan seriamente amenazada por todas partes, el tirano al principio reaccionaba, ante los gritos repentinos y los mensajeros despavoridos, acudiendo personalmente o

³⁴⁷ Sólo en este caso y en XXXIX 37, 3 aparece esta denominación en lugar de la habitual, *Lacedaemo*.

³⁴⁸ Templo de Apolo, al sur de Esparta. El Dictineo, templo de Dictina, diosa cretense asimilada a Artemisa.

enviando algunos hombres a los puntos donde las dificultades eran mayores. Luego, al cundir la alarma en derredor por todas partes, quedó tan paralizado que no era capaz de escuchar ni de dar las indicaciones apropiadas; no es ya que le faltasen ideas, es que casi tenía la mente en blanco.

Al principio los lacedemonios contenían a los romanos en los pasos estrechos, y las tres divisiones combatían al mismo tiempo en sectores diferentes; luego, a medida que se fue ampliando el combate, la lucha era completamente desigual. Los lacedemonios, en efecto, luchaban con armas arrojadizas, de las cuales se defendían los soldados romanos con gran facilidad gracias al tamaño de sus escudos, aparte de que unos lanzamientos no daban en el blanco y otros eran demasiado flojos. Y es que, debido a la falta de espacio y a lo apiñados que estaban, no tenían sitio no ya para lanzar sus jabalinas tomando impulso, que es lo que les imprime mayor fuerza, sino ni siquiera para afirmar el pie con estabilidad y sin trabas. Por eso las armas lanzadas frente a frente no se clavaban nunca en el cuerpo, y en los escudos pocas veces; sí hirieron a algunos desde posiciones más elevadas los que estaban situados a los lados; al poco, también a los que iban avanzando los alcanzaron con armas arrojadas desde los tejados e incluso con tejas, con lo que no contaban. Entonces alzaron los escudos sobre la cabeza juntándolos unos con otros de forma que no quedara el menor resquicio ni para los golpes fortuitos ni tan siquiera para meter un arma desde cerca, y continuaban su avance formando la tortuga. Al principio quedaron retenidos algún tiempo en los pasos estrechos, donde se agolpaban ellos y los enemigos; después que, a base de presionar sobre el enemigo, se abrieron paso hasta una calle más ancha de la ciudad, no se pudo contener por más tiempo la fuerza de su ataque. Los lacedemonios

- volvieron la espalda y huyendo en desbandada trataron de alcanzar posiciones a mayor altura, y mientras Nabis, aterrizado como si la ciudad estuviese realmente tomada, buscaba en torno con la vista un sitio por donde escapar,
- 9 Pitágoras, que por lo demás se comportaba con el coraje y la responsabilidad de un general, en este caso fue él solo el que evitó que la ciudad fuese tomada, pues dio orden de prender fuego a los edificios más próximos a la muralla.
- 10 En un instante fueron pasto de las llamas, pues atizaban el fuego los que en otras ocasiones suelen ayudar a apagarlo;
- 11 los techos se desplomaban sobre los romanos; fragmentos de tejas e incluso maderos a medio quemar alcanzaban a los combatientes, las llamas se propagaban ampliamente, el humo provocaba una alarma mayor aún que el peligro.
- 12 La consecuencia fue que los romanos que se encontraban en el exterior de la ciudad y en ese momento estaban imprimiendo mayor impulso al asalto se apartaron de la muralla, y los que ya habían entrado se batieron en retirada para no quedar aislados de los suyos por el incendio que
- 13 había estallado a su espalda. Y Quincio, al ver cómo estaba la situación, mandó tocar retirada. Así, replegándose cuando ya casi estaba tomada la ciudad, volvieron al campamento.
- 40 Quincio, que cifraba sus esperanzas más en el pánico del enemigo que en los avances reales, durante los tres días siguientes lo tuvo amedrentado a base una vez de hostigarlo con ataques y de obras de asedio otras, bloqueando algunos puntos para no dejar salida por donde huir.
- 2 Constreñido el tirano por estas amenazas, envió una vez más a Pitágoras a parlamentar. De momento, Quincio, displicente, le mandó salir del campamento; después, cuando se puso a rogarle en tono suplicante y se echó a sus pies,
- 3 acabó por escucharlo. Comenzó diciendo que se remitía

en todo al libre criterio de los romanos; pero luego, como 4 estas inconcreciones faltas de consistencia no llevaban a ninguna parte, la negociación avanzó hasta acordar una tregua basada en las condiciones transmitidas por escrito pocos días antes, y se recibió el dinero y los rehenes.

Mientras el tirano estaba escondido, los argivos, al lle- 5 gar un mensajero tras otro diciendo que la caída de Lacedemón era inminente, se animaron también ellos, sumándose 6 además la circunstancia de que Pitágoras había salido con el componente más fuerte de la guarnición; despreocupándose de los que había en la ciudadela dado su reducido número, capitaneados por un tal Arquipo expulsaron a las tropas ocupantes. A Timócrates de Pelene lo dejaron mar- 7 char sano y salvo con un salvoconducto, por haber ejercido el mando con clemencia. En medio de la consiguiente alegría llegó Quincio, que había concedido la paz al tirano, había dejado que Éumenes y los rodios marcharan de Lacedemón, y había enviado a su hermano Lucio Quincio a la flota.

La ciudad, exultante, puso fecha a la celebración de 41 los Juegos Nemeos ³⁴⁹, la más concurrida y renombrada de sus festividades, suspendida en su día debido a las calamidades de la guerra; sería el día de la llegada del ejército romano, a cuyo general ofrecieron la presidencia de los juegos. Eran muchas las circunstancias que contribuían a 2 colmar su alegría: habían sido repatriados de Lacedemón los ciudadanos que se habían llevado últimamente Pitágoras y anteriormente Nabis; habían retornado los que ha- 3 bían huido al ser descubierta por Pitágoras la conjura y

³⁴⁹ Instituidos en 573, se celebraban los años primero y tercero de cada Olimpiada.

dar comienzo la matanza; tenían a la vista la libertad, después de un largo paréntesis, y tenían ante los ojos a los paladines de esa libertad, los romanos, que precisamente por ellos habían hecho la guerra al tirano. También, el mismo día de los Juegos Nemeos, la voz del pregonero
4 proclamó la libertad de los argivos. Para los aqueos, aunque la vuelta de Argos a la asamblea común aquea suponía un motivo de alegría, el hecho de que Lacedemón siguiera cautiva y con el tirano pegado a su costado impedía que
5 esta satisfacción fuese completa. Los etolios, por su parte, criticaban con acritud en todas las asambleas el hecho de que contra Filipo no había cesado la guerra hasta su salida de todas la ciudades de Grecia, pero al tirano se le había
6 dejado Lacedemón, mientras que su legítimo rey ³⁵⁰, que había estado en el campamento romano, y demás nobilísimos ciudadanos, vivirían en el exilio; el pueblo romano se había convertido en cómplice de la tiranía de Nabis.
7 Quincio volvió con sus tropas de Argos a Elacia, de donde había partido para la guerra de Esparta.
8 Según algunos relatos, el tirano no hizo la guerra saliendo desde la ciudad, sino que emplazó su campamento enfrente del campamento romano y dio largas a la situación
9 porque esperaba refuerzos de los etolios, y al fin se vio obligado a entrar en batalla al producirse un ataque de
10 los romanos a sus forrajeadores; derrotado en este combate y despojado del campamento pidió la paz, después de haber perdido catorce mil hombres y haber caído prisioneros más de cuatro mil.

³⁵⁰ Agesípolis.

Casi a un tiempo llegaron los informes 42
Roma: elecciones, enviados por Tito Quincio acerca de las
colonias, operaciones desarrolladas en Lacedemón
triunfo de Catón y por el cónsul Marco Porcio desde His-
 pania. El senado decretó tres días de ac-
 ción de gracias por cada uno de ellos.

El cónsul Lucio Valerio regresó a Roma para los comi- 2
 cios, dejando pacificada su provincia después de haber de-
 rrotado a los boyos junto a la selva Litana. Proclamó cón- 3
 sules ³⁵¹ a Publio Cornelio Escipión Africano por segunda
 vez ³⁵² y a Tiberio Sempronio Longo. Los padres de am-
 bos habían sido cónsules el primer año de la Segunda Gue-
 rra Púnica ³⁵³. A continuación se celebraron las elecciones 4
 de pretores, resultando elegidos Publio Cornelio Escipión ³⁵⁴
 y dos Gneo Cornelio, Merenda y Blasió, y Gneo Domicio
 Ahenobarbo, Sexto Digicio y Tito Juvencio Talna. Finali- 5
 zados los comicios, el cónsul retornó a su provincia. Du-
 rante aquel año los ferentinales intentaron una innovación
 jurídica: que pasasen a ser ciudadanos romanos los latinos
 que se inscribiesen para una colonia romana. Los que ha- 6
 bían dado sus nombres quedando inscritos como colonos
 para Putéolos, Salerno y Buxento, se consideraban por ello
 ciudadanos romanos; pero el senado decretó que no tenían
 tal condición.

A comienzos del año en que fueron cónsules Publio 43
 Escipión Africano por segunda vez y Tiberio Sempronio
 Longo, llegaron a Roma los embajadores del tirano Nabís.

³⁵¹ Para el año 194.

³⁵² Habían transcurrido los diez años desde la primera, en 205.

³⁵³ En 218.

³⁵⁴ Escipión Nasica.

- 2 El senado les dio audiencia en el templo de Apolo ³⁵⁵, fuera de la ciudad. Pidieron, y obtuvieron, la ratificación de
3 la paz acordada con Tito Quincio. Sometida a debate la cuestión de las provincias, el senado en pleno era del parecer de que Italia fuese la provincia de los dos cónsules, puesto que en Hispania y en Macedonia estaba finalizada
4 la guerra. Escipión opinaba que para Italia bastaba un cónsul, y que al otro debía serle asignada Macedonia: era inminente una dura guerra con Antíoco, que ya había pasado a Europa por propia iniciativa ³⁵⁶; ¿qué creían que haría a continuación, cuando por un lado lo llamaban a la guerra los etolios, enemigos declarados, y por otro lo estaba azuzando Aníbal, general famoso por las derrotas infligidas a los romanos? Mientras se discutía acerca de las provincias de los cónsules se hizo el sorteo para los pretores; a Gneo Domicio le correspondió la jurisdicción urbana y
7 a Tito Juvencio la de los extranjeros; a Publio Cornelio la Hispania ulterior, a Sexto Digicio la citerior, y a los dos Gneo Cornelio, Sicilia a Blasió y Cerdeña a Merenda.
8 No se aprobó el envío de un nuevo ejército a Macedonia; el que estaba allí sería conducido de vuelta a Italia por Quincio y sería licenciado; igualmente sería licenciado el ejército que estaba en Hispania a las órdenes de Marco
9 Porcio Catón; Italia sería la provincia de los dos cónsules, y éstos alistarían dos legiones urbanas, de suerte que, tras el licenciamiento de ejércitos decidido por el senado, fuesen ocho en total las legiones romanas.
44 El año anterior, siendo cónsules Marco Porcio y Lucio
2 Valerio, se había celebrado una primavera sagrada. El pon-

³⁵⁵ Fuera del *pomerium*, que no podían traspasar los embajadores de Estados que estaban en guerra con Roma.

³⁵⁶ En 196.

tífice Publio Licinio notificó primero al colegio y después, por encargo de éste, al senado, que no había sido celebrada en la forma debida; entonces los senadores decidieron que, de acuerdo con el criterio de los pontífices, había que repetirla de nuevo desde un principio, y que los Grandes Juegos prometidos con voto juntamente con ella ³⁵⁷ debían celebrarse con el presupuesto de costumbre. Se estimó ³ que estaban incluidos en la primavera sagrada los animales nacidos entre el uno de marzo y el treinta de abril durante el consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio.

A continuación tuvieron lugar los comicios para la elec- ⁴ ción de censores. Fueron elegidos Sexto Elio Peto y Gayo Cornelio Cetego. Éstos eligieron para cabeza de lista del senado al cónsul Publio Escipión, al que también habían elegido los censores anteriores. Solamente excluyeron de la lista a tres senadores, ninguno de los cuales había desempeñado una magistratura curul. Este estamento les quedó ⁵ también muy reconocido porque ordenaron a los ediles curules que reservaran puestos para los senadores, en los Juegos Romanos, separados de los del pueblo, pues anteriormente asistían entremezclados. También se les suprimió el caballo a unas personas muy contadas, pero no se tomaron medidas rigurosas contra ningún estamento. Estos mismos censores reconstruyeron y ampliaron el Atrio de la Libertad y la Residencia pública.

Se celebraron la primavera sagrada y los Juegos Roma- ⁶ nos que había prometido con voto ³⁵⁸ el cónsul Servio ³⁵⁹ Sulpicio Galba. Mientras la gente tenía puesta su atención

³⁵⁷ Cf. XXII 10, 7 y XXVII 33, 8.

³⁵⁸ En XXXI 9, 6, aparece la promesa votiva de los juegos, pero no la de la primavera sagrada.

³⁵⁹ Error por Publio.

- en la contemplación de los mismos, Quinto Pleminio, que había sido encarcelado por los muchos delitos cometidos en Locros contra los dioses y los hombres, compró a unos hombres para que provocasen incendios durante la noche en muchos puntos de Roma al mismo tiempo, con el objeto de poder forzar la puerta de la cárcel aprovechando el desconcierto de la población debido a la confusión nocturna. Sus cómplices denunciaron el hecho, y se pasó informe al senado. Pleminio fue trasladado a los sótanos de la prisión ³⁶⁰ y ejecutado.
- 45 Aquel año se enviaron a Putéolos, Volturno y Literno colonias de ciudadanos romanos de trescientos hombres cada una. También se fundaron colonias de ciudadanos romanos en Salerno y Buxento. Al frente de las mismas fueron los triúmviros Tiberio Sempronio Longo, que entonces era cónsul, Marco Servilio, y Quinto Minucio Termo.
- 3 Les fue asignado el territorio que había pertenecido a los campanos. Otros triúmviros, Décimo Junio Bruto, Marco Bebio Tánfilo y Marco Helvio, llevaron asimismo una colonia de ciudadanos romanos a Siponto ³⁶¹, a un territorio
- 4 que había pertenecido a los arpinos. También se enviaron colonias de ciudadanos romanos a Tempsa ³⁶² y Crotona ³⁶³. El territorio de Tempsa les había sido tomado a los brucios, que habían echado a los griegos; éstos ocupaban Crotona. Los triúmviros Gneo Octavio, Lucio Emilio Paulo y Gayo Letorio organizaron la colonia de Crotona, y Lucio Cornelio Mérula, Quinto ³⁶⁴... y Gayo Salonio la de Tempsa.

³⁶⁰ El Tuliano, donde se llevaban a cabo las ejecuciones.

³⁶¹ En Sta. Maria de Siponto, en la costa de Apulia.

³⁶² Donde hoy está Torre dei Lupi.

³⁶³ Véase XXIII 30, 6, nota.

³⁶⁴ Se ha perdido el *nomen* correspondiente a Quinto.

También aquel año se vieron en Roma algunos fenó- 6
menos extraños, y de otros llegaron noticias. En el foro,
en el comicio y en el Capitolio aparecieron gotas de san-
gre; además, llovió tierra varias veces y ardió la cabeza
de Vulcano. Se tuvo noticia de que había fluido leche en 7
el río Nar ³⁶⁵, en Arimino habían nacido sin ojos y sin
nariz unos niños de condición libre, y uno que no tenía
pies ni manos, en territorio piceno. Estos portentos fueron
expiados de acuerdo con el dictamen de los pontífices. Tam- 8
bién se celebró un sacrificio novendial porque los hadria-
nos dieron la noticia de que habían llovido piedras en su
territorio.

En la Galia, el procónsul Lucio Valerio Flaco se en- 46
frentó en una batalla campal cerca de Mediolano ³⁶⁶ con los
insubres y los boyos; éstos habían cruzado el Po, con Du-
rolato al frente, para sublevar a los insubres. Se dio muer-
te a diez mil enemigos. Por aquellos días, su colega Marco 2
Porcio Catón obtuvo el triunfo por lo hecho en Hispania.
Llevó en este desfile triunfal veinticinco mil libras de plata
en bruto, ciento veintitrés mil de plata acuñada con la *bi-*
ga, quinientas cuarenta mil de plata oscense, y mil cuatro-
cientas libras de oro. Del producto del botín dio a cada 3
soldado doscientos setenta ases de bronce, y el triple a ca-
da jinete.

El cónsul Tiberio Sempronio salió pa- 4
ra su provincia y primeramente dirigió las
legiones al territorio de los boyos. Boyó-
rix, que era entonces su reyezuelo, des-
pués de sublevar junto con dos hermanos
suyos a toda la nación, emplazó el campamento en un pa-

Galia Cisalpina:
batalla
contra los boyos

³⁶⁵ El Nera, en Umbría, afluente del Tíber.

³⁶⁶ Mediolano (Milán) era la principal ciudad de los insubres.

raje despejado para dejar bien claro que estaba dispuesto a luchar si el enemigo cruzaba sus fronteras. El cónsul, cuando tuvo conocimiento de cuál era el número de las fuerzas y cuál el grado de confianza del enemigo, mandó recado a su colega para que se sirviera darse prisa en acudir; él mantendría la situación hasta su llegada empleando una táctica dilatoria. La misma razón que tenía el cónsul para dar largas a la situación la tenían los galos para precipitar la acción —aparte del hecho de que la actitud remisa del enemigo les daba ánimos—, con el objeto de resolver la situación antes de que se unieran las tropas de los cónsules. No obstante, durante un par de días se limitaron a mantenerse quietos, preparados para entrar en combate si alguien venía en contra suya; al tercer día avanzaron hasta la empalizada y atacaron el campamento por todos los lados al mismo tiempo. El cónsul ordenó al instante a los soldados que empuñaran las armas; luego, los mantuvo en armas un breve espacio de tiempo para aumentar la estúpida confianza del enemigo y disponer sus tropas junto a la puerta por la que cada uno efectuaría su salida. Las dos legiones recibieron orden de sacar las enseñas por las dos puertas principales. Pero en el momento mismo de la salida les hicieron frente los galos tan apiñados que les cerraban el paso. Durante bastante tiempo se combatió en un espacio muy reducido, y no era sólo la diestra y la espada lo que se empleaba en la acción, sino, en la misma medida, el escudo y el cuerpo mismo, empujando con toda la fuerza los romanos para sacar las enseñas afuera y los galos para entrar ellos en el campamento o al menos impedir que salieran los romanos. Y no se logró desplazar el frente de combate en una u otra dirección hasta que Quinto Victorio, centurión primipilo de la segunda legión, y Gayo Atinio, tribuno militar de la cuarta, recurrieron

a una acción intentada a menudo en los combates encarnizados: arrebataron las enseñas a los abanderados y las arrojaron entre las filas enemigas. En el empeño por recuperar 13 su bandera los soldados de la segunda legión fueron los primeros en lanzarse fuera de la puerta.

Mientras que éstos combatían ya fuera de la empaliza- 47 da y la cuarta legión seguía atascada en la puerta, se originó otro combate en la parte opuesta del campamento. Los galos habían irrumpido por la puerta cuestoria ³⁶⁷, 2 y al ofrecerles una resistencia tenaz el cuestor Lucio Postumio, que tenía el sobrenombre de Tímpano, y los prefectos de los aliados Marco Atinio y Publio Sempronio, les habían dado muerte, a ellos y a unos doscientos soldados. Por aquel lado, el campamento estaba en poder del enemi- 3 go, pero entonces una cohorte especial enviada por el cónsul para defender la puerta cuestoria dio muerte a parte de los que estaban dentro de la empalizada y a otros los expulsó del campamento, y frenó a los que intentaban entrar. Casi al mismo tiempo también la cuarta legión salió 4 fuera de la puerta junto con dos cohortes especiales. De esta suerte, se desarrollaban a la vez tres combates en torno al campamento en puntos distantes, y los gritos confusos desviaban la atención de los combatientes de la lucha que tenían entre manos volviéndola hacia la situación incierta de los suyos. Hasta el mediodía se luchó en igualdad 5 de fuerzas y prácticamente con iguales esperanzas. El cansancio y el calor obligó a los galos a abandonar la lucha, pues son físicamente poco resistentes, chorrean sudor y no son capaces de soportar la sed; entonces los romanos cargaron con brío contra los pocos que resistían y los dispersaron obligándolos a volver a su campamento. En ese mo- 6

³⁶⁷ Otra denominación de la puerta decumana.

las suyas propias. Todo lo que dijo fue escuchado con grandes muestras de asentimiento, salvo cuando pasó a referirse a Nabis; se consideraba absolutamente impropio del libertador de Grecia el hecho de haber dejado, enquistado en las entrañas de una nobilísima ciudad, a un tirano que aparte de representar una carga para su propia patria era motivo de temor para todas las ciudades de alrededor.

Quincio, que no ignoraba los sentimientos sobre este particular, admitía que se tendrían que haber cerrado los oídos a la simple mención de la paz con el tirano si hubiese sido posible hacerlo sin que ello significara la ruina de Lacedemón; pero como la única posibilidad de aplastar al tirano era a costa de la destrucción de aquella importantísima ciudad, había parecido más conveniente dejar subsistir a un tirano debilitado y privado casi por completo de fuerzas para hacer daño a nadie, en lugar de permitir que sucumbiera la ciudad por aplicarle unos remedios más fuertes de lo que podía soportar, condenándola a morir en la acción con que se reivindicaría su libertad. Tras rememorar el pasado añadió que estaba en su ánimo marchar a Italia y llevarse todo el ejército; antes de diez días tendrían noticia de la retirada de las guarniciones de Demetriade y Cálcide; sin más tardanza iba a ver cómo entregaba desocupada Acrocorinto a los aqueos, para que todos supieran si quienes tenían la costumbre de mentir eran los romanos o los etolios, los cuales habían hecho circular, en sus conversaciones, la especie de que había sido un error confiar al pueblo romano la tutela de la libertad, que se había cambiado de amo reemplazando a los macedonios por los romanos; pero ellos nunca habían medido el alcance de lo que decían o de lo que hacían. A las demás ciudades les recomendaba que juzgasen a los amigos por sus hechos, no por sus palabras, y mirasen a ver de quién se podía

uno fiar y con quién había que tener cuidado; que usasen la
8 libertad con moderación, pues ésta, en su justa medida,
es muy saludable para el individuo y para la comunidad,
pero llevada al exceso, para los demás es una carga y para
quienes la ejercen es motivo de temeridad y falta de con-
9 trol; que velasen por la concordia en las ciudades los jefes
y los estamentos sociales entre sí, y todas las ciudades en
común; si se mantenían unidos, no habría rey ni tirano
10 alguno que tuviese fuerza suficiente contra ellos, pero la
falta de entendimiento y la sedición lo dejan todo expuesto
a las intrigas, pues la parte que lleva las de perder en las
confrontaciones intestinas se pone del lado de alguien de
11 fuera antes que ceder frente a un conciudadano; que pusie-
ran cuidado en salvaguardar y defender la libertad conse-
guida con las armas de otros y restituida por la lealtad
de los extranjeros, para que el pueblo romano supiera que
había otorgado la libertad a quienes eran dignos de ella,
y que su donación tenía un buen destinatario.

50 Al oír estas palabras pronunciadas en tono paternal,
a todos se les escaparon las lágrimas de alegría, hasta el
2 punto de conmover al propio orador. Durante unos ins-
tantes hubo murmullos por parte de los que mostraban
su aprobación a lo dicho y se instaban unos a otros a gra-
bar aquellas palabras en sus mentes y en sus corazones
3 como si hubieran sido pronunciadas por un oráculo. Des-
pués, una vez restablecido el silencio, Quincio les pidió que
buscasen a los ciudadanos romanos que pudiera haber co-
mo esclavos en sus países y se los remitiesen a Tesalia an-
tes de dos meses, que era un deshonor también para ellos
que los libertadores sirvieran como esclavos en la tierra que
4 habían libertado. Todos gritaron que aparte de lo demás
le agradecían también que les hubiera recordado el cumpli-
5 miento de un deber tan humano e insoslayable. Era muy

elevado el número de prisioneros de la Guerra Púnica que habían sido puestos en venta por Aníbal al no ser rescatados por los suyos. Prueba de lo elevado de su número es ⁶ el hecho de que, según escribe Polibio, su rescate les costó cien talentos a los aqueos, habiéndose fijado en quinientos denarios por cabeza el precio a abonar a sus dueños. Según esas cuentas, pues, Acaya reunió mil doscientos. Pue- ⁷ de hacerse un cálculo proporcional de los que probablemente había en toda Grecia.

Aún no se había disuelto la reunión cuando vieron có- ⁸ mo bajaba del Acrocorinto la guarnición, se dirigía directamente hacia la puerta, y se alejaba. El general salió tras ⁹ la columna; todos lo siguieron aclamándolo como salvador y libertador; después de saludarlos y despedirse de ellos regresó a Elacia por el mismo camino por donde había venido. De allí hizo salir al legado Apio Claudio con la ¹⁰ totalidad de las tropas con orden de marchar a través de Tesalia y el Epiro hasta Orico ³⁶⁸, y de esperarlo allí, pues era su intención que el ejército cruzase a Italia desde ¹¹ este lugar. También escribió a su hermano Lucio Quincio, legado suyo y comandante de la flota, para que concentrase allí las naves de transporte haciéndolas venir de toda Grecia.

Él marchó a Cálcide, y después de retirar las guarnicio- ⁵¹ nes tanto de Cálcide como de Óreo y Eretria convocó allí una asamblea de las ciudades de Eubea; les recordó en qué ² condiciones las había encontrado y en cuáles las dejaba, y las despidió. De allí se fue a Demetríade, retiró la guarni- ³ ción, y, seguido por la población en masa igual que en Corinto y en Cálcide tomó el camino de Tesalia, donde ⁴ aparte de liberar las ciudades era preciso hacerlas pasar

³⁶⁸ Cf. XXIV 40, 2.

del desbarajuste total y la confusión a alguna forma de
 5 organización tolerable. Estaban, en efecto, sumidas en el
 caos no sólo a causa de los vicios de la época y de la pre-
 potencia y arbitrariedad del rey sino debido también al ca-
 rácter turbulento de sus gentes, incapaces, ya desde un prin-
 cipio y hasta nuestra época, de sacar adelante unos comi-
 cios, una reunión, una asamblea sin disensiones y tumultos.
 6 Eligió senadores y jueces basándose sobre todo en la renta,
 y dio mayor poder a aquel sector de la ciudadanía que
 más beneficiado salía de una situación de seguridad y esta-
 bilidad general.

52 Después de esta minuciosa reorganiza-
 ción de Tesalia atravesó el Epiro y llegó
 a Oricó, donde iba a inciar la travesía ha-
 2 *Quincio Flamínio* cia Italia. Todas las tropas fueron trans-
 portadas desde Oricó a Brundisio; desde
 aquí llegaron a Roma marchando casi en triunfo a través de
 Italia llevando delante con el botín una columna casi tan
 3 larga como la del ejército. Una vez llegados a Roma, el
 senado se reunió fuera de la ciudad para escuchar un in-
 forme pormenorizado de Quincio sobre las operaciones de-
 sarrolladas, y de buen grado decretó un triunfo bien ganado:
 4 La ceremonia triunfal duró tres días. El primero hizo des-
 filar las armas ofensivas y defensivas y las estatuas de bronce
 y de mármol, siendo más las que había arrebatado a Filipo
 que las conquistadas en las ciudades. El segundo día hizo
 desfilar el oro y la plata, labrada, sin labrar, y acuñada.
 5 Había dieciocho mil doscientas setenta libras de plata sin
 labrar, y de plata labrada numerosos vasos de todas clases,
 en su mayoría cincelados, algunos de notable valor artísti-
 co; había también muchos objetos manufacturados en bron-
 6 ce, además de diez escudos de plata. De plata acuñada ha-
 bía ochenta y cuatro mil monedas áticas, llamadas tetrac-

mas, que pesan casi tres denarios cada una. En oro había 7
tres mil setecientas catorce libras, un escudo macizo, y
catorce mil quinientos catorce filipos. El tercer día desfi- 8
laron ciento catorce coronas de oro, donadas por las ciu-
dades; víctimas para el sacrificio, y delante del carro mu- 9
chos nobles, prisioneros y rehenes, entre los que se encon-
traban Demetrio, el hijo del rey Filipo, y el lacedemonio
Armenes, hijo del tirano Nabis. Por último hizo su entra- 10
da en la ciudad el propio Quincio. Detrás de su carro iba
un gran número de soldados, pues se había traído a todo
el ejército de la provincia. Se distribuyeron entre ellos dos- 11
cientos cincuenta ases a cada soldado de infantería, el do-
ble a los centuriones, y el triple a los de caballería. Dieron 12
realce al triunfo los que habían sido rescatados de la esclavitud, marchando detrás con sus cabezas rapadas.

Hacia finales de este año el tribuno de la plebe Quincio 53
Elio Tuberón, a iniciativa del senado, propuso a la plebe
y ésta aprobó la fundación de dos colonias latinas, una
en el Brucio y otra en el territorio de Turio. Para organi- 2
zarlas fueron elegidos triúnviros con un mandanto de tres
años, Quinto Nevio, Marco Minucio Rufo y Marco Furio
Crasípede ³⁶⁹ para el Brucio, y Aulo Manlio ³⁷⁰, Quinto
Elio y Lucio Apustio para Turio. Presidió los comicios pa-
ra la elección de las dos comisiones el pretor urbano Gneo
Domicio en el Capitolio.

Aquel año se dedicaron varios templos. Uno a Juno 3
Matuta ³⁷¹ en el mercado de las hortalizas; lo había pro-
metido con voto y había adjudicado su construcción hacia

³⁶⁹ Pretor en 187 y 173, uno de los pocos casos en que se desempeñó este cargo más de una vez.

³⁷⁰ Vulsón, el cónsul de 178.

³⁷¹ Juno Sospita, según XXXII 30, 10.

cuatro años, durante la guerra de la Galia, el cónsul Gayo
 4 Cornelio, el mismo que lo dedicó siendo censor. Otro a
 Fauno, cuya construcción habían adjudicado hacía dos
 años, con el dinero de las multas, los ediles Gayo Escribo-
 nio y Gneo Domicio; la dedicación la hizo este último, que
 5 era pretor urbano. Asimismo, Quinto Marcio Rala, nom-
 brado duúnviro con ese objeto, dedicó un templo a la For-
 6 tuna Primigenia en la colina Quirinal; lo había prometido
 con voto diez años antes, durante la Guerra Púnica, el cón-
 sul Publio Sempronio Sofo, el mismo que había adjudica-
 7 do su construcción siendo censor. Igualmente, el duúnviro
 Gayo Servilio dedicó a Júpiter en la isla el templo que ha-
 bía sido prometido con voto hacía seis años, durante la
 guerra contra la Galia, por el pretor Lucio Furio Purpu-
 rión, el mismo que después, siendo cónsul, había adjudica-
 do su construcción. Esto fue lo ocurrido durante aquel año.

54 Publio Escipión vino de su provincia
Elecciones, de la Galia para las elecciones de consu-
juegos, mandos. les. Tuvieron lugar los comicios, y en ellos
Embajada resultaron elegidos ³⁷² Lucio Cornelio Mé-
de Antíoco rula y Quinto Minucio Termo. Al día si-
 2 guiente fueron elegidos pretores Lucio Cornelio Escipión ³⁷³,
 Marco Fulvio Nobílior, Gayo Escribonio, Marco Valerio
 Mesala ³⁷⁴, Lucio Porcio Licino ³⁷⁵ y Gayo Flaminio.
 3 Los ediles curules Aulo Atilio Serrano ³⁷⁶ y Lucio Escribo-
 nio Libón ³⁷⁷ ofrecieron por primera vez los Juegos escéni-

³⁷² Para el año 193.

³⁷³ El cónsul de 190, hermano del Africano.

³⁷⁴ Sería cónsul en 188.

³⁷⁵ El cónsul de 184.

³⁷⁶ Cónsul en 170.

³⁷⁷ Pretor en 192.

cos Megalesios. A los Juegos Romanos que dieron estos 4
ediles asistieron por vez primera los senadores apartados
del pueblo, y esta innovación, como suele ocurrir con to-
das, dio lugar a comentarios; unos estimaban que por fin
se le había otorgado a este importantísimo estamento lo
que debía haberle sido concedido mucho antes; otros con- 5
sideraban que había sido sustraído de la dignidad del pueblo
lo que había sido añadido a la majestad de los senadores,
y que toda diferenciación tendente a establecer separacio-
nes entre los estamentos sociales, como aquélla, contribuía
a menoscabar la concordia y la libertad equitativa; desde 6
hacia quinientos cincuenta y ocho años no había habido
separación entre los espectadores; ¿qué había ocurrido de
pronto para que los senadores no quisieran que la plebe
se mezclara con ellos en las gradas? ¿Por qué el rico se 7
sentía incómodo por tener a un pobre sentado a su lado?
Era un nuevo y arrogante capricho que hasta entonces no
había deseado ni cumplido el senado de ninguna nación.
Dicen que hasta el propio Africano, que había promovido 8
una medida como aquélla cuando era cónsul, al final se
arrepintió. Hasta ese punto es recomendable no cambiar
nada de lo antiguo, siendo preferible atenerse a las viejas
prácticas salvo que la experiencia las desaconseje claramente.

A principio del año en que fueron cónsules Lucio Cor- 55
nelio y Quinto Minucio, las noticias referentes a temblores
de tierra circulaban con tanta frecuencia que la gente llegó
a cansarse no sólo de las referencias en sí sino de tantos
días de expiación decretados por este motivo; pues al 2
estar ocupados los cónsules con los sacrificios y ceremo-
nias expiatorias, no se podía reunir el senado ni adminis-
trar los asuntos públicos. Se acabó por dar instrucciones 3
a los decéviros para que consultaran los Libros, y a partir
de su respuesta hubo un triduo de rogativas. Tocados con 4

coronas, los ciudadanos hicieron súplicas ante todos los altares, y se dispuso que todos los miembros de una misma familia las hicieran juntos. Además, los cónsules, con el refrendo del senado, hicieron pública la prohibición de que se diese noticia de un terremoto el mismo día en que se hubiese decretado la expiación de otro. Sortearon después las provincias, primero los cónsules y a continuación los pretores. A Cornelio le tocó la Galia, y a Minucio el país de los lígures; a los pretores les correspondieron en el sorteo la jurisdicción urbana a Gayo Escribonio, la peregrina a Marco Valerio, Sicilia a Lucio Cornelio, Cerdeña a Lucio Porcio, a Gayo Flaminio la Hispania citerior, y a Marco Fulvio la ulterior.

Los cónsules no esperaban que hubiera ninguna guerra aquel año, pero llegó una carta de Marco Cincio, que era prefecto en Pisa, diciendo que veinte mil lígures armados, después de recorrer todos los pueblos juramentando a la nación entera, primeramente habían arrasado el territorio lunense, después habían cruzado la frontera de los pisanos y habían invadido toda la zona de la costa. Por ello, el cónsul Minucio, al que había correspondido la provincia de Liguria, siguiendo instrucciones del senado subió a la tribuna rostral y mandó que las dos legiones urbanas movilizadas el año anterior se concentrasen en Arrecio nueve días más tarde; para reemplazarlas, alistaría otras dos legiones urbanas. Igualmente, comunicó a los aliados y a los latinos, a los magistrados y diputados de los pueblos que estaban obligados a suministrar soldados, que fueran a verle al Capitolio. Les fijó una aportación de quince mil soldados de infantería y quinientos de caballería, proporcionalmente en cada caso al número de hombres en edad militar que tenían, y les mandó dirigirse desde el Capitolio a la puerta de la ciudad directamente, para agilizar la ope-

ración, y marchar a hacer la recluta. Un decreto asignó 8
a Fulvio y Flaminio un suplemento de tres mil soldados
de infantería romanos y cien jinetes a cada uno, y también
a cada uno cinco mil aliados latinos y doscientos jinetes,
y se dio orden a los pretores de licenciar a los soldados ve-
teranos en cuanto llegasen a su provincia. Los soldados 9
pertenecientes a las legiones urbanas acudían en gran nú-
mero a los tribunos de la plebe con el objeto de que exami-
naran sus motivos para quedar exentos del servicio militar
por haber cumplido el período reglamentario o por razo-
nes de salud. Zanjó esta cuestión una carta de Tiberio Sem-
pronio ³⁷⁸ en la que decía que diez mil lígures habían inva- 10
dido el territorio de Placencia y lo habían arrasado, ma-
tando e incendiando, hasta las murallas mismas de la colo-
nia y hasta las riberas del Po; y también el pueblo de
los boyos estaba al borde de la insurrección. Debido a es- 11
tas circunstancias, el senado decretó el estado de guerra,
oponiéndose a que los tribunos de la plebe examinaran las
causas de exención para no presentarse a la concentración
prescrita. Ordenó, además, que los aliados latinos que ha- 12
bían servido en el ejército de Publio Cornelio y Tiberio
Sempronio y habían sido licenciados por dichos cónsules
se concentrasen en Etruria en la fecha y en el lugar fijado
por el cónsul Lucio Cornelio, y que cuando el cónsul Lu- 13
cio Cornelio se dirigiese a su provincia, alistase soldados,
si lo consideraba oportuno, en las poblaciones y en los
campos por donde pasase, los armase, y los llevase con
él, quedando facultado para licenciar a quienes quisiese
y cuando quisiese.

Cuando salieron los cónsules hacia sus provincias tras 57
llevar a cabo la recluta, Tito Quincio pidió que el senado

³⁷⁸ El cónsul de 194.

escuchase su exposición acerca de las medidas que había tomado juntamente con la comisión de los diez, y las ratificase con su autoridad si lo estimaba conveniente; les resultaría más fácil hacerlo si escuchaban las palabras de los diputados llegados de toda Grecia y gran parte de Asia y los enviados por los reyes. El pretor urbano Gayo Escríbonio fue quien introdujo en el senado estas embajadas, que recibieron corteses respuestas todas ellas.

Como el debate referente a Antíoco era más largo, fue remitido a la comisión de los diez, parte de la cual había estado con el rey en Asia o en Lisimaquia. Se confió a Tito Quincio la misión de reunirlos y escuchar con ellos las palabras de los embajadores del rey, y darles la respuesta que fuese posible respetando la dignidad y los intereses del pueblo romano. La embajada del rey estaba encabezada por Menipo y Hegesianacte. Menipo dijo que no comprendía qué problemas había con su embajada, cuando habían venido simplemente a pedir amistad y estrechar una alianza; que había tres clases de tratados con los cuales se hacen los pactos de amistad entre los estados y los reyes; la primera, cuando se le imponen condiciones a los vencidos en una guerra, ya que la rendición completa a quien ha demostrado un superior poder con las armas, da a éste el derecho de decidir qué ha de quedar en posesión de los vencidos y qué quiere confiscarles; la segunda, cuando llegan a un acuerdo de paz y amistad en condiciones iguales los iguales en la guerra, ya que entonces se hacen y se satisfacen las demandas a través de un acuerdo, y si la guerra ha trastocado la posición de algún bien, se arregla esa diferencia conforme a las normas del derecho antiguo o según los intereses de ambas partes; el tercer caso se da cuando los que nunca han sido enemigos se unen para establecer relaciones amistosas con un tratado de alianza;

en ese caso no hay imposición ni aceptación de condiciones, ya que esto ocurre entre vencedores y vencidos. Como 10 éste era precisamente el caso de Antíoco, estaba sorprendido, dijo, de que a los romanos les pareciese apropiado imponer condiciones especificando cuáles de las ciudades de Asia querían ellos que fuesen libres y exentas de tributos y cuáles tributarias, y en cuáles les quedaba prohibida la entrada a las guarniciones del rey y al propio rey; ésa era, 11 efectivamente, la manera en que debía hacerse la paz con Filipo, un enemigo, y no el tratado de alianza con Antíoco, un amigo.

A esto replicó Quincio: «Ya que os gusta establecer dis- 58 tinciones precisas y enumerar las distintas formas de alianzas amistosas, también yo fijaré dos condiciones para que le hagáis saber al rey que sin ellas no hay ninguna posibilidad de alianza amistosa con el pueblo romano. La prime- 2 ra: si quiere que nosotros no nos intereseamos en absoluto por lo que atañe a las ciudades de Asia, que él a su vez se mantenga alejado por completo de Europa. Y la segun- 3 da: si él no se mantiene dentro de los límites de Asia y pasa a Europa, los romanos por su parte tendrán derecho a defender los tratados de amistad que tienen y a establecer otros nuevos con las ciudades de Asia». Hegesianacte 4 dijo que era realmente indignante incluso el escuchar que Antíoco se mantuviese alejado de las ciudades de Tracia y del Quersoneso, siendo así que se las había legado Seleu- 5 co, su bisabuelo, que las había conquistado gloriosamente tras vencer en la guerra y dar muerte al rey Lisímaco en el campo de batalla; y Antíoco en unos casos las había reconquistado con las armas, de forma no menos gloriosa, tras ser ocupadas por los tracios, mientras que en otros casos, cuando habían quedado abandonadas como la propia Lisimaquia las había repoblado propiciando el regreso

- de sus habitantes, y a costa de grandes inversiones había reconstruido las que habían sido arrasadas e incendiadas.
- 6 ¿Qué parecido había, por consiguiente, entre privar a Antíoco de estas posesiones, así adquiridas y así recuperadas, y no intervenir los romanos en Asia, que jamás les había
- 7 pertenecido? Antíoco pretendía la amistad de los romanos, pero una amistad cuyo logro fuese para él motivo de gloria, no de humillación. A esto replicó Quincio: «Puesto
- 8 que estamos valorando lo honorable —lo único o al menos lo primero que debe valorar un pueblo que está a la cabeza
- 9 del mundo y un rey tan importante—, ¿qué te parece, en definitiva, más honorable, pretender que sean libres todas las ciudades que hay en cualquier parte de Grecia, o
- 10 convertirlas en esclavas y tributarias? Si Antíoco considera noble reducir de nuevo a esclavitud a las ciudades que su bisabuelo ocupó por derecho de conquista y que su abuelo
- 11 y su padre jamás reivindicaron como suyas, el pueblo romano a su vez considera acorde con su lealtad y su práctica constante no renunciar al compromiso que ha adquirido
- 12 de defender la libertad de los griegos. Igual que liberó Grecia de Filipo, de la misma forma tiene intención de liberar del dominio de Antíoco a las ciudades de Asia que lleven
- 13 el nombre de Grecia. No se enviaron colonias a Eólida y a Jonia, en efecto, con el propósito de que fueran esclavas de un rey, sino con el de engrandecer la estirpe de un pueblo antiquísimo y propagarlo por todo el mundo».
- 59 Hegesianacte quedó indeciso, pues no podía negar que es más honorable el título de la libertad que el de la esclavitud para dar cobertura a una causa; entonces habló Publio Sulpicio, el miembro de más edad de la comisión de
- 2 los diez: «¿A qué andarnos con rodeos? Elegid una de las dos opciones que con tanta claridad acaba de proponer
- 3 Quincio, o dejad de hablar de amistad». «Pero nosotros,

dijo Menipo, no queremos ni podemos formalizar ningún acuerdo que empequeñezca el reino de Antíoco».

Al día siguiente, presentó Quincio ante el senado a todas las diputaciones de Grecia y Asia, con el objeto de hacerles saber cuál era la postura del pueblo romano y cuál la de Antíoco con respecto a las ciudades de Grecia, y les expuso cuáles eran sus demandas y cuáles las del rey; debían volver a sus ciudades y comunicarles que el pueblo romano defendería su libertad frente a Antíoco, si éste no se retiraba de Europa, con la misma valentía y la misma lealtad con que la había defendido frente a Filipo. Entonces Menipo se puso a suplicar insistentemente tanto a Quincio como a los senadores que no tomaran una decisión precipitada con la que provocarían un desbarajuste en el mundo entero; que se tomasen tiempo y se lo dieseen al rey para reflexionar; que éste reflexionaría cuando se le informase de las condiciones, y lograría alguna concesión o cedería en algo en aras de la paz. Quedó así aplazada la cuestión por entero. Se acordó enviar al rey como embajadores a los mismos que habían sido recibidos por él en Lisimaquia: Publio Sulpicio, Publio Vilio y Publio Elio.

Quando éstos acababan de partir llegaron

*Aníbal y Antíoco.
Repercusiones
en Cartago*

de Cartago unos diputados anunciando que Antíoco, sin lugar a dudas, se estaba preparando para la guerra con la colaboración de Aníbal, y crearon inquietud por temor a que se suscitara al mismo tiempo una guerra púnica. Aníbal, huido de su patria, había llegado al lado de Antíoco, como queda dicho ³⁷⁹, y el rey lo tenía en gran consideración por el único mérito de ser el confidente más cualificado al que hacer partícipe de los planes

³⁷⁹ En XXXIII 49, 7.

de guerra contra Roma que llevaba barajando largo tiempo.

- 3 La opinión de Aníbal era siempre una sola y siempre la misma: la guerra había que hacerla en Italia; Italia proporcionaría suministros y soldados a un enemigo venido de
4 fuera; si se dejaba Italia tranquila y se le permitía al pueblo romano hacer la guerra fuera con los recursos y las tropas de Italia, no había rey ni pueblo alguno que pudiera
5 medirse con los romanos. Pedía que se le confiasen a él cien naves cubiertas, diez mil hombres de infantería y mil de caballería; con una flota así, su primer paso sería dirigirse a África; tenía plena confianza en poder inducir a
6 los cartagineses a reemprender la guerra; si éstos se mostraban remisos, él suscitaría una guerra contra los romanos en alguna parte de Italia; el rey debía pasar a Europa con todas las fuerzas restantes y mantenerlas en algún sitio de Grecia sin cruzar el mar, pero preparado para hacerlo, lo cual era suficiente para suscitar la imagen y los comentarios acerca de una ofensiva.

- 61 Cuando hubo conseguido que el rey hiciese suyo este plan, consideró que debía predisponer los ánimos de sus compatriotas con vistas al mismo, pero no se aventuró a escribir una carta por temor a que desvelase su intento si
2 por algún azar era interceptada. En Éfeso había entrado en contacto con un tirio, un tal Aristón, cuya habilidad había comprobado en encargos de menor importancia; por una parte le colmó de regalos, y por otra despertó en él la esperanza de recompensas, en lo cual también se comprometió el rey, y lo envió a Cartago con una misión.
3 Le dio los nombres de las personas con las que tenía que ponerse en contacto, y le proporcionó también unas señales secretas por las que identificarían como suyas las instrucciones sin lugar a dudas. Cuando este Aristón se dejó
4 ver por Cartago, los adversarios de Aníbal supieron el mo-

tivo de su venida tan pronto como sus amigos. Primera- 5
mente, el hecho fue tema frecuente de comentarios en reu-
niones y banquetes; después, en el senado, algunos decían 6
que no se había adelantado nada con el exilio de Aníbal
si incluso estando ausente podía tramar revueltas y deses-
tabilizar la situación de la ciudad soliviantando los ánimos
de la gente; un tal Aristón, un visitante tirio, había llegado 7
portando instrucciones de Aníbal y del rey Antíoco; deter-
minadas personas se entrevistaban con él en secreto todos
los días; se estaba cociendo en la sombra algo que muy
pronto iba a estallar acarreando la ruina general. Todos 8
dijeron a gritos que había que llamar a Aristón y pregun-
tarle a qué había venido, y si no se explicaba, enviarlo
a Roma con una embajada; bastantes penalidades se ha-
bían sufrido ya por la temeridad de una sola persona;
los particulares correrían con la responsabilidad de su mal 9
comportamiento; era preciso mantener al Estado exento no
sólo de culpa sino de sospecha de culpa. Una vez convoca- 10
do, Aristón proclamaba su inocencia y aducía como argu-
mento más sólido en su defensa el hecho de no haber
traído ninguna carta para nadie; pero no explicaba sufi- 11
cientemente los motivos de su venida, y se mostraba es-
pecialmente vacilante cuando se le acusaba de haber
tenido contactos sólo con personas de la facción de
los Barca. A continuación se originó una discusión entre 12
los partidarios de arrestarlo inmediatamente y meterlo en
la cárcel por espía y los que decían que no había razón
para alborotarse, que sería un mal precedente castigar a
un visitante sin una buena razón, pues les podría ocurrir 13
otro tanto a los cartagineses en Tiro o en otros centros
de comercio a los que acudían con frecuencia. El asunto
quedó aplazado por aquel día. Aristón, poniendo en juego 14
entre cartagineses una astucia cartaginesa, a la caída de

la tarde, en un lugar muy frecuentado donde los magistrados celebraban a diario sus sesiones, colgó unas tablillas escritas, y al tercer relevo de la guardia embarcó en una nave y huyó. Al día siguiente, cuando los *sufetes* tomaron
15 asiento para administrar justicia, se descubrieron las tablillas, que fueron descolgadas y leídas. El contenido de lo escrito era que Aristón no había traído encargos privados para nadie sino públicos para los de más edad —así llama-
16 ban al senado—. Al haberse extendido a todos la acusación, la investigación, circunscrita a unos pocos, fue menos intensa. Se acordó, no obstante, enviar a Roma una delegación para informar del asunto a los cónsules y al senado, y al propio tiempo para quejarse de los desmanes de Masinisa.

62 Masinisa se dio cuenta de que los cartagineses estaban desacreditados y además desavenidos entre sí, pues el senado recelaba de los principales debido a sus contactos con Aristón, y el pueblo recelaba del senado a causa de la denuncia del mismo Aristón. Entonces pensó que era un buen momento para una agresión, arrasó la zona costera y obligó a algunas ciudades tributarias de los cartagineses a pagarle tributo a él. Emporios³⁸⁰ es el nombre que dan a aquella comarca; es la zona costera de la Sirte menor, de fértil suelo; su única ciudad, Lepcis³⁸¹, estuvo pagando
4 a los cartagineses un tributo de un talento al día. Por esta época, Masinisa había hostilizado toda esta región, y, con respecto a una parte de la misma, había conseguido que se pusiera en duda si pertenecía a su reino o a los cartagineses. Y como se enteró de que éstos pensaban acudir a
5 Roma para defenderse de las acusaciones y al mismo tiem-

³⁸⁰ Véase XXIX 25, 12, nota.

³⁸¹ O Leptis (Magna).

po para presentar quejas contra él, envió a su vez a Roma embajadores para incrementar la gravedad de los cargos con nuevas sospechas y al mismo tiempo discutir la legitimidad de los tributos. Los cartagineses, oídos en primer lugar en relación con el visitante tirio, sembraron en los senadores la inquietud ante la perspectiva de tener que combatir con Antíoco y con los cartagineses al mismo tiempo. La sospechosa circunstancia de que no hubiesen tenido bajo vigilancia, tanto a él como a su nave, a quien habían detenido y pensaban enviar a Roma, agravaba la acusación contra ellos. Luego, con los embajadores del rey, se abrió la discusión acerca del territorio ocupado. Los cartagineses basaban la defensa de su causa en el derecho de fronteras, porque estaba dentro de los términos con que Publio Escipión había delimitado, después de su victoria, un territorio que legalmente pertenecía a los cartagineses; y la basaban también en el hecho de que el rey así lo había reconocido, pues cuando perseguía a Aftir, que había huido de su reino y vagaba por los alrededores de Cirenas con un grupo de númidas, les había pedido permiso para pasar por aquel territorio precisamente, dando por hecho que era jurisdicción cartaginesa sin la menor duda. Los númidas, por un lado los acusaban de mentir en lo referente a la fijación de límites hecha por Escipión, y por otro decían que si se quería llegar hasta los verdaderos orígenes de aquel derecho, ¿de qué territorio de África eran realmente propietarios los cartagineses? Venidos de fuera, les había sido concedido, como favor, para construir una ciudad, el trozo de tierra que pudieran abarcar con una piel de buey cortada; todo cuanto ocupaban más allá de Bursa³⁸², su sede, era tierra ganada por la fuerza y sin dere-

³⁸² Nombre de la ciudadela, palabra fenicia que tiene ese significado.

cho. Y con respecto al territorio en cuestión, no podían probar que habían ejercido su posesión no ya ininterrumpidamente desde que lo habían ocupado, sino ni siquiera durante un largo período de tiempo. Según las circunstancias, habían reclamado su derecho sobre el mismo unas veces ellos y otras los reyes númeridas, y siempre había sido su poseedor el de mayor poder militar. Que dejaran, pues, que la situación quedase como estaba antes de ser los cartagineses enemigos de los romanos, cuando el rey de los númeridas era aliado y amigo suyo, y no impidieran que fuese dueño del territorio quien era capaz de hacerlo. Se decidió responder a los diputados de ambas partes que se enviaría a África una comisión para dirimir sobre el terreno las diferencias entre el pueblo cartaginés y el rey. Enviados Publio Escipión Africano, Gayo Cornelio Cetego y Marco Minucio Rufo, oídas las partes y examinada la cuestión, lo dejaron todo en suspenso sin inclinar su veredicto a favor de ninguna de las partes. No hay certeza acerca de si lo hicieron por su propia iniciativa o porque se les habían dado instrucciones en ese sentido; sí parece claro que, dadas las circunstancias, era conveniente dejar sin resolver el enfrentamiento, pues en caso contrario, Escipión por sí solo, tanto por su conocimiento de los hechos como por su autoridad por los buenos servicios prestados a ambas partes, hubiera podido poner fin a la disputa con un simple gesto.

LIBRO XXXV

SINOPSIS

AÑO 193 a. C.

La guerra en Hispania (1 - 2).

Italia: guerra contra lígures y boyos (3 - 5).

Roma: medidas referentes a las elecciones; medidas sobre la usura (6 - 8).

Prodigios. Colonias. Elecciones. Guerra en Liguria (9 - 11).

AÑO 192 a. C.

Oriente: etolios, Nabis, Antíoco, Aníbal (12 - 19).

Roma: provincias, mandos, prodigios. Victoria en Liguria (20 - 21).

Galia, Hispania, medidas defensivas, elecciones (22 - 24).

Grecia: guerra entre la Liga Aquea (Filopemén) y Esparta (Nabide) (25 - 30).

La embajada de Flaminio (31 - 33).

Movimientos de los etolios. Muerte de Nabis (34 - 36).

La acción en torno a Cálcid. Demetríade (37 - 39).

Roma e Italia (40 - 41).

Grecia y Asia: Toante, Aníbal, Antíoco (42 - 44).

Debate entre Finea y Toante. Tentativa en Cálcid (45 - 47).

Congreso de Egio. Ocupación de Cálcid por Antíoco (48 - 51).

Al fin los romanos pusieron mayor brío en su empuje y los lusitanos cedieron terreno y luego emprendieron una franca huida; los vencedores persiguieron de cerca a los que huían, y resultaron muertos en torno a los doce mil enemigos, cayeron prisioneros quinientos cuarenta, casi todos jinetes, y se capturaron ciento treinta y cuatro enseñas militares. El ejército romano perdió setenta y tres hombres. La batalla se desarrolló no lejos de Ilipa³⁸³, ciudad a la que regresó Publio Cornelio al frente de su ejército victorioso y cargado de botín. El botín quedó todo expuesto delante de la ciudad, y se ofreció a los propietarios la posibilidad de identificar sus pertenencias; se le entregó al cuestor y lo que quedó para su puesta en venta, y el producto de la misma fue repartido entre los soldados.

Cuando ocurría todo esto en Hispania, no había partido aún de Roma el pretor Gayo Flaminio. Por eso, las derrotas, en mayor medida que las victorias eran tema frecuente de conversación por parte suya y de sus amigos; y puesto que había estallado en la provincia una guerra de grandes proporciones e iba a recibir de Sexto Digicio un ejército con muy pocos supervivientes, y esos pocos, además, llenos de miedo y prontos a la huida, intentó que se le asignase una de las legiones urbanas; a éstas le sumaría los soldados que él había reclutado en virtud de un decreto del senado, y del total elegiría seis mil doscientos soldados de infantería y trescientos de caballería; con la legión resultante —pues el ejército de Sexto Digicio no daba pie para muchas esperanzas— llevaría adelante la campaña. Los senadores de más edad sostenían que no se debían elaborar decretos del senado sobre la base de rumores infundados inventados por particulares para con-

³⁸³ Alcalá del Río.

graciarse a los magistrados; lo único que se debía dar por confirmado era lo que comunicasen desde las provincias
 7 los pretores por escrito o sus emisarios de palabra; si en Hispania había revueltas, podía autorizarse al pretor a hacer una recluta extraordinaria fuera de Italia. El criterio del senado fue que se hiciese esa leva de emergencia en
 8 Hispania. Valerio Anciate refiere que Gayo Flamínio navegó hasta Sicilia para hacer una recluta, y que durante la travesía de Sicilia a Hispania fue desviado hacia África por una borrasca, que tomó el juramento militar a los soldados que quedaban sueltos del ejército de Publio Africano,
 9 y que a las levas de estas dos provincias añadió una tercera en Hispania.

3 Tampoco era menos vivo el desarrollo de la guerra contra los lígures en Italia.
Italia:
guerra contra Había ya cuarenta mil hombres concen-
lígures y boyos trados en torno a Pisa, pues día tras día
 fluían en masa con la esperanza del bo-
 2 tín al oír hablar de la guerra. El cónsul Minucio llegó a Arrecio en la fecha que había fijado a los soldados para concentrarse. De allí marchó hacia Pisa con su ejército en formación de batalla, y como el enemigo había trasladado su campamento al otro lado del río a no más de una milla de la población, el cónsul entró en la ciudad, que, sin lu-
 3 gar a dudas, se salvó gracias a su llegada. Al día siguiente acampó a su vez al otro lado del río a unos quinientos pasos del enemigo. Desde allí, con pequeños combates, de-
 4 fendía de los saqueos el territorio de sus aliados, sin arriesgarse a salir al campo de batalla con tropas recién alistadas formadas por hombres de procedencias muy diversas, que no se conocían entre sí lo suficiente como para poder con-
 5 fiar unos en otros. Los lígures, confiados en su número, presentaban batalla dispuestos a librar un combate decisi-

vo, y además, como tenían hombres en abundancia, enviaban en todas direcciones muchos grupos armados a saquear por los últimos confines del territorio, y cuando habían reunido una cantidad importante de animales y de botín, estaba preparado un destacamento para su conducción a 6 sus poblados fortificados y sus aldeas.

Como la guerra ligustina estaba estancada en torno a 4 Pisa, el otro cónsul, Lucio Cornelio Mérula, condujo su ejército por los últimos confines de los lígures hasta el territorio de los boyos; allí el planteamiento bélico era muy diferente al de la guerra contra los lígures. El cónsul pre- 2 sentaba batalla y los enemigos rehusaban el combate; y como nadie salía a hacerles frente, los romanos se dispersaban corriendo a saquear, prefiriendo los boyos que fueran saqueadas impunemente sus posesiones a trabar combate para defenderlas. Cuando todo quedó arrasado a hie- 3 rro y fuego, el cónsul salió del territorio enemigo, y se dirigía a Mútina ³⁸⁴ marchando sin tomar precauciones, por entender que era una zona pacificada. Cuando los boyos 4 se dieron cuenta de que el enemigo había salido de su territorio lo siguieron marchando en silencio, buscando un lugar para una emboscada. Durante la noche rebasaron el campamento romano y se emboscaron en un desfiladero por donde tenían que pasar los romanos. Como no lo hi- 5 cieron con suficiente sigilo, el cónsul que tenía por costumbre levantar el campamento bien entrada la noche, esperó el amanecer para evitar que la oscuridad incrementase el pánico en un confuso combate, y aun cuando emprendió la marcha ya de día, aun así envió un escuadrón de jinetes a hacer un reconocimiento. Cuando recibió su informe acer- 6

³⁸⁴ Módena, la antigua ciudad etrusca, no estaba aún en poder de los boyos.

ca de cuántos eran y dónde estaban las tropas enemigas dio la orden de que se apilaran en el centro los bagajes de toda la columna y que los triarios levantaran una empalizada alrededor y avanzó en dirección al enemigo con el resto del ejército en formación de combate. Lo mismo hicieron también los galos al ver que su emboscada había sido descubierta y que era preciso enfrentarse sin rodeos en una batalla regular en la que se impusiera de verdad el valor.

El choque se produjo aproximadamente a la hora segunda. La primera línea de combate estaba formada por el ala izquierda aliada y las tropas especiales, a las órdenes de dos legados consulares, Marco Marcelo³⁸⁵ y Tiberio Sempronio, el cónsul del año anterior. El nuevo cónsul estaba unas veces junto a las enseñas de vanguardia y otras conteniendo a las legiones de reserva para que no se lanzasen hacia adelante, en su afán de combate, antes de que se diera la señal. Ordenó a los tribunos militares Quinto y Publio Minucio que se llevasen a los jinetes de estas legiones a un espacio abierto desde el que se lanzarían a la carga sin estorbos cuando diera la señal. Mientras se ocupaba de esto llegó un mensajero de Tiberio Sempronio diciendo que las tropas especiales no aguantaban la acometida de los galos: habían muerto ya muchísimos, y además los que quedaban habían remitido en su combatividad debido en parte a la fatiga y en parte al miedo; que enviase, si le parecía, a una de las dos legiones antes de que se sufriese una humillación. Fue enviada la legión segunda, y las tropas especiales fueron retiradas. Entonces, al producirse el relevo con hombres de refresco, con una legión con todos sus efectivos, se reequilibró la lucha; ade-

³⁸⁵ Marco Claudio Marcelo, el cónsul de 196.

más el ala izquierda fue retirada del combate y la derecha pasó a primera línea. Los ardientes rayos del sol abrasaban los cuerpos de los galos, que soportaban muy mal las altas temperaturas; no obstante, resistían las cargas de los romanos manteniendo cerradas las filas, apoyándose a veces unos en otros y a veces en los escudos. Al percatarse de ello el cónsul ordenó a Gayo Livio Salinátor, que mandaba la caballería de las alas, que lanzase a los caballos a todo galope y que quedase en la reserva la caballería legionaria. Este huracán ecuestre empezó por crear confusión y desconcierto y después abrió huecos en la formación de los galos, aunque no hasta el extremo de que emprendieran la huida. Lo impedían los jefes, golpeando con los astiles las espaldas de los que eran presa del pánico y obligándolos a volver a sus puestos, cosa que no les permitían los jinetes de las alas que galopaban entre ellos. El cónsul instaba a sus hombres a que se reforzaran un poco más, que la victoria estaba al alcance de la mano; debían presionar mientras veían desorganizados y amedrentados a los enemigos; si dejaban que se reorganizaran las filas, reiniciarían una batalla nueva de resultado incierto. Dio orden a los abanderados de avanzar con las enseñas. Todos se emplearon a fondo y al fin pusieron en fuga al enemigo. Cuando comenzaron a volver la espalda y dispersarse huyendo en desbandada, se lanzó en su persecución la caballería de las legiones. Aquel día fueron muertos catorce mil boyos y apresados con vida mil noventa y dos, entre ellos setecientos veintiún jinetes y tres de sus jefes, y capturadas doscientas doce enseñas militares y sesenta y tres carros. Tampoco fue incruenta la victoria para los romanos: perdieron más de cinco mil hombres, suyos o aliados, veintitrés centuriones, cuatro prefectos de los aliados y

los tribunos militares Marco Genucio y Quinto y Marco Marcio, de la legión segunda.

- 6 *Roma: medidas referentes a las elecciones; medidas sobre la usura* Casi al mismo tiempo llegaron cartas de los dos cónsules, la de Lucio Cornelio refiriéndose a la batalla librada en Múti-
na contra los boyos, y la de Quinto Minucio, desde Pisa, diciendo que según el
2 sorteo le correspondía a él los comicios, pero que con los lígures estaba todo tan en el aire que su alejamiento de allí sería la ruina de los aliados y un daño para el Esta-
do; si los senadores así lo entendían, que mandasen aviso
3 a su colega para que fuese él, que tenía resuelta su campaña, quien volviese a Roma para los comicios; en caso de
4 que pusiera inconveniente para hacerlo por no haberle correspondido en suerte esa tarea, él, obviamente, haría lo que el senado decidiera, pero que examinara detenidamente si no sería más acorde con los intereses del Estado la
apertura de un interregno que el abandono por su parte
5 de una provincia en aquellas condiciones. El senado encomendó a Gayo Escribonio la misión de enviar al cónsul Lucio Cornelio dos diputados de rango senatorial para trasladarle la carta de su colega al senado y notificase que
6 si él no acudía a Roma para la elección de nuevos magistrados, el senado estaba dispuesto a permitir que se abriera un interregno antes de alejar a Quinto Minucio de una guerra aún por decidir. Se enviaron los diputados, y volvieron
7 con la noticia de que vendría a Roma Lucio Cornelio para las elecciones de nuevos magistrados. La carta que había escrito Lucio Cornelio después de la batalla librada contra los boyos fue objeto de debate en el senado. El motivo fue que su legado Marco Claudio había escrito en privado
8 a muchos senadores diciendo que era a la fortuna del pueblo romano y al valor de los soldados a quien había que

agradecer el que las cosas hubieran salido bien; al cónsul se debía el que se hubiera escapado el ejército enemigo, cuando se había presentado la oportunidad de acabar con él; habían muerto más hombres de la cuenta porque las tropas de ayuda a los que estaban en dificultades habían salido demasiado tarde de las líneas de reserva; se había dejado escapar de las manos a los enemigos porque se había tardado mucho en dar la señal a la caballería de las legiones y no había podido perseguir a los fugitivos.

Sobre esta cuestión se acordó no tomar ninguna decisión precipitada, dejando su discusión para una sesión más concurrida. Y es que había otro problema más apremiante: los intereses de los préstamos eran una grave carga para la población, y a pesar de las numerosas leyes sobre los préstamos con que se reprimía la usura, se había abierto una vía para el fraude poniendo los préstamos a nombre de aliados, que no estaban obligados por dichas leyes. Pensaban así sobre los deudores unos intereses sin límite. Buscando un sistema para controlarlos, se acordó poner como fecha tope la próxima festividad de *Feralia*; los aliados que prestasen dinero a los ciudadanos romanos a partir de entonces, lo declararían, y desde ese día los derechos del acreedor estaría sujetos a la normativa sobre préstamos que eligiera el deudor. Luego, cuando a partir de las declaraciones salió a la luz la magnitud de las deudas contraídas por este método fraudulento, el tribuno de la plebe Marco Sempronio³⁸⁶, con el refrendo del senado, propuso a la plebe y ésta aprobó que la normativa sobre préstamos aplicable a los ciudadanos romanos fuese extensible a los aliados y latinos.

³⁸⁶ Sempronio Tuditano, que sería pretor en 189 y cónsul en 185.

Éstos fueron los acontecimientos civiles y militares ocurridos en Italia. En Hispania la guerra no tuvo las proporciones que los rumores le habían atribuido. En la Hispania citerior Gayo Flaminio tomó la plaza de Ilucia³⁸⁷, en el territorio de los oretanos, y después condujo a sus hombres a los cuarteles de invierno; también durante el invierno se produjeron algunos combates, que no merecen ser recordados, para hacer frente a las correrías de salteadores más que de soldados enemigos, aunque con resultados diversos y no sin pérdida de hombres. Más importantes fueron las operaciones llevadas a cabo por Marco Fulvio. Cerca de la ciudad de Toledo se enfrentó en batalla campal a los vaceos, los vetones y los celtíberos; derrotó y puso en fuga a un ejército de estos pueblos y capturó vivo al rey Hilerno.

Mientras ocurría esto en Hispania, se aproximaba ya la fecha de las elecciones. Por consiguiente, el cónsul Lucio Cornelio dejó el mandó del ejército a su legado Marco Claudio y marchó a Roma. Hizo una exposición ante el senado acerca de las empresas llevadas a cabo por él y de la situación en que se encontraba la provincia, y después se quejó a los padres conscriptos por el hecho de que no se hubiera honrado a los dioses inmortales cuando con una sola victoria se había cerrado tan brillantemente una campaña tan importante, y a continuación pidió que decretasen una acción de gracias y al mismo tiempo un triunfo. Sin embargo, antes de que se formalizase la moción, Quinto Metelo, que había sido cónsul y dictador, dijo que habían llegado al mismo tiempo la carta del cónsul Lucio Cornelio al senado y las de Marco Marcelo a gran parte de los senadores y que se contradecían entre sí, por lo cual

³⁸⁷ ¿Identificable con Ilugo, el núcleo oretano al noreste de Cástulo?

había quedado aplazada su discusión con el objeto de que se celebrase el debate en presencia de los autores de dichas cartas; por eso él había contado con que el cónsul, que estaba al tanto de que su legado había escrito algo en contra suya, lo traería consigo a Roma, ya que él tenía que venir —aparte de ser más lógico que se le entregase el man- 6 do a Tiberio Sempronio, investido ya de la más alta autoridad, que a un legado—; pero parecía como si, intencio- 7 nadamente, se hubiera mantenido alejado al que podría exponer personalmente lo que había manifestado por escrito y argumentarlo de viva voz, y se le podía rebatir si hiciera alguna afirmación carente de base, hasta que quedase establecida la verdad con toda nitidez; por consiguiente, 8 su opinión era que de momento no procedía tomar decisiones sobre ninguna de las peticiones del cónsul. Como éste 9 insistía con la misma energía en la propuesta de que se decretase la acción de gracias y se le permitiese entrar en triunfo en la ciudad, los tribunos de la plebe Marco y Gayo Titinio declararon que ellos pondrían el veto si se aprobaba algún decreto del senado sobre el particular.

Eran censores Sexto Elio Peto y Gayo 9

Prodigios. Cornelio Cetego, elegidos el año anterior.

Colonias. Cornelio cerró el lustro. Se censaron dos- 2

Elecciones. cientos cuarenta y tres mil setecientos

Guerra en Liguria cuatro ciudadanos. Fue aquél un año de

lluvias torrenciales, y el Tíber inundó la zona baja de la ciudad, derrumbándose incluso algunos edificios en el en- 3 torno de la puerta Flumentana. La puerta Celimontana ³⁸⁸ fue alcanzada por un rayo, al igual que varios puntos de la muralla contigua a ella. Hubo lluvia de piedras tanto 4 en Aricia como en Lanuvio y en el Aventino. Y de Capua

³⁸⁸ En el Celio.

llegaron noticias de que había ido volando hasta el foro un enorme enjambre de avispas, yendo a posarse en el templo de Marte, y que habían sido recogidas cuidadosamente y quemadas. Con motivo de estos portentos se pidió a los decénaviros que consultaran los Libros: se celebraron nueve días de sacrificios, se decreto una rogativa y se purificó la ciudad. Por las mismas fechas Marco Porcio Catón dedicó una capilla a la Victoria Virgen, cerca del templo de la Victoria, dos años después de haberlo prometido con voto.

En el mismo año los triúmviros Aulo Manlio Volsón, Lucio Apustio Fulón y Quinto Elio Tuberón, promotor de la iniciativa, establecieron una colonia latina en el fuerte Ferentino. La componían tres mil hombres de a pie y trescientos de a caballo, cifra exigua en comparación con la extensión del territorio. Podían habersele asignado treinta yugadas a cada soldado de a pie y sesenta a cada jinete, pero, a propuesta de Apustio, se reservó un tercio del territorio con el objeto de poder incorporar nuevos colonos, si se quería, más adelante; los de a pie recibieron veinte yugadas por cabeza, y los de a caballo cuarenta.

El año tocaba ya a su fin y la campaña electoral para los comicios consulares estaba más al rojo que nunca. Había muchos e influyentes candidatos, tanto patricios como plebeyos. Los patricios eran Publio Cornelio Escipión³⁸⁹, hijo de Gneo, que acababa de regresar de la provincia de Hispania donde había llevado a cabo grandes empresas, Lucio Quincio Flaminio, que había comandado la flota en Grecia, y Gneo Manlio Volsón. Y los plebeyos, Gayo Lelio, Gneo Domicio, Gayo Livio Salinátor y Manio

³⁸⁹ Escipión Nasica.

Acilio. Pero el centro de la atención de todas las miradas 4
eran Quincio y Cornelio, pues los dos eran patricios y as-
piraban a una misma plaza, y los dos tenían el aval de
su reciente gloria militar. Pero sobre todo avivaban la con- 5
frontación los hermanos ³⁹⁰ de los candidatos, los dos ge-
nerales más brillantes de su época. La gloria de Escipión
era mayor, y precisamente por ello más expuesta a la envi-
dia; la de Quincio era más reciente, pues había desfilado
en triunfo aquel año ³⁹¹. Aparte de esto estaba el hecho 6
de que a Escipión lo había estado viendo la gente todos
los días desde hacía diez años, circunstancia que hace me-
nos venerables a los grandes hombres por el hastío que
produce; después de haber derrotado a Aníbal había sido
cónsul por segunda vez, y censor ³⁹². En el caso de Quin- 7
cio todo era nuevo y reciente para su popularidad; nada
había demandado del pueblo después del triunfo, y nada
había obtenido. Insistía en que pedía el voto para su her- 8
mano de sangre, no para un primo suyo; para quien había
sido su legado y copartípe en la dirección de la campaña:
él había dirigido las operaciones en tierra, y su hermano
en el mar. Con estos argumentos consiguió que fuera pre- 9
ferido al candidato que apoyaba su hermano el Africano
y la familia Cornelia en unos comicios presididos por un
Cornelio cónsul, y que el senado tenía en tan alta estima
que lo había considerado el mejor de los ciudadanos ³⁹³
para recibir a la Madre del Ida a su llegada a Roma desde
Pesinunte.

³⁹⁰ En realidad, Escipión y Nasica eran primos.

³⁹¹ En año anterior: XXXIV 52, 4.

³⁹² En el transcurso de diez años, cónsul en 205, censor en 199 y cónsul en 194.

³⁹³ Episodio referido en XXIX 14, 8.

10 Resultaron elegidos cónsules ³⁹⁴ Lucio Quincio y Gneo
Domicio Ahenobarbo, ni siquiera en el caso del cónsul ple-
beyo resultó efectivo el Africano, que se volcó a favor de
11 Gayo Lelio. Al día siguiente fueron elegidos pretores Lu-
cio Escribonio Libón, Marco Fulvio Centumalo, Aulo Ati-
lio Serrano, Marco Bebio Tánfilo, Lucio Valerio Tapón
y Quinto Salonio Sarra. Destacaron aquel año como ediles
Marco Emilio Lépidio y Lucio Emilio Paulo; impusieron
12 multas a muchos arrendadores de pastos públicos, y con
el dinero recaudado colocaron escudos dorados en el fron-
tón del templo de Júpiter y levantaron dos pórticos, uno
fuera de la puerta Trigémína al que se añadió un muelle
junto al Tíber, y otro que llegaba desde la puerta Fontinal
hasta el altar de Marte, por donde se pasaba al Campo
de Marte.

11 Hacía ya tiempo que no ocurría en Liguria nada rese-
ñable. Hacia finales de aquel año la situación estuvo por
dos veces abocada a un grave peligro, pues el campamento
2 del cónsul fue atacado y costó trabajo defenderlo, y por
otra parte, no mucho tiempo después, cuando el ejército
romano marchaba atravesando un estrecho paso, el ejérci-
3 to de los lígures bloqueó la salida misma. Como por allí
no había paso, el cónsul dio media vuelta e intentó volver
atrás. Pero a su espalda una parte de los enemigos blo-
queaba la entrada del desfiladero, y la imagen del desastre
de Caudio no sólo les venía a la mente sino que casi se
4 materializaba ante sus ojos. Entre las tropas auxiliares te-
nía alrededor de ochocientos jinetes númidas, cuyo jefe ase-
guró al cónsul que él con sus hombres forzaría una salida
por cualquiera de los dos lados, el que prefiriera, sólo con
que le dijera en qué lado había mayor número de aldeas;

³⁹⁴ Para el año 192.

las atacaría, y lo primero que haría sería prender fuego 5
a las casas para que la consiguiente alarma obligase a los
lígures a abandonar el bloqueo del desfiladero y correr a
prestar ayuda a los suyos. El cónsul lo colmó de elogios 6
y de promesas de recompensa. Los númidas montaron en
sus caballos y comenzaron a cabalgar por delante de los
puertos de guardia enemigos sin hacer ninguna provoca-
ción. Nada menos preocupante, a primera vista: caballos 7
y hombres pequeñitos y frágiles, jinetes desceñidos y sin
más armas que la jabalina que llevan consigo, caballos sin 8
bridas, de movimientos incluso faltos de elegancia en su
galopar con el cuello rígido y la cabeza extendida hacia
delante. Deliberadamente acentuaban este aspecto impre-
sentable dejándose caer de los caballos y ofreciendo un
espectáculo ridículo. Y de este modo los que al principio 9
se habían mantenido en sus puestos atentos y preparados
por si eran atacados, ahora se dedicaban a mirar, desar-
mados y sentados, en su mayor parte. Los númidas se acer- 10
caban al galope y después retrocedían, pero poco a poco
se iban aproximando cada vez más a la salida como si no
fueran capaces de controlar a sus monturas y éstas los lle-
varan sin ellos pretenderlo. Finalmente picaron espuelas y
salieron de estampida por entre los puestos de vigilancia
enemigos, y cuando llegaron a terreno más abierto incen- 11
diaron todos los edificios próximos al camino. A continua-
ción prendieron fuego a la aldea más cercana, arrasándolo
todo a hierro y fuego. Primeramente la vista del humo, 12
después los gritos de terror que se oían en las aldeas y
por último la llegada de ancianos y niños en busca de refu-
gio sembraron la confusión en el campamento. Así que 13
cada uno corría por su cuenta a defender sus pertenencias,
sin plan ni mando, y en un instante quedó abandonado

el campamento. Y el cónsul, liberado del bloqueo, llegó a su punto de destino.

12 Pero ni los boyos ni los hispanos, con
 los que se había estado en guerra aquel
 Oriente:
 etolios, Nabis,
 Antíoco, Aníbal año, eran enemigos tan encarnizados de
 los romanos como el pueblo de los etolios.

2 Éstos, tras la retirada de Grecia de los
 ejércitos, al principio habían concebido esperanzas de que
 Antíoco se adueñaría de una Europa desocupada, y que
 3 tampoco Filipo o Nabis permanecerían pasivos. Cuando
 vieron que en ninguna parte se producía ningún movimien-
 to, pensaron que era preciso crear algo de agitación y de
 perturbación para evitar que languidecieran sus planes si
 se daban largas, y convocaron una asamblea en Naupacto.
 4 En ella, el pretor Toante ³⁹⁵ se quejó vivamente de los de-
 safueros de los romanos y de la situación de los etolios,
 que después de una victoria a la que ellos habían contri-
 buido decisivamente, eran, de todos los pueblos y ciudades
 5 de Grecia, los menos recompensados; después expuso su
 criterio de que se debían enviar embajadores a los reyes
 de su entorno no sólo para sondear sus intenciones sino
 además para impulsarlos, con los estímulos apropiados en
 6 cada caso, a una guerra contra Roma. Damócrito ³⁹⁶ fue
 enviado a Nabis, Nicandro ³⁹⁷ a Filipo, y Dicearco ³⁹⁸,
 7 hermano del pretor, a Antíoco. Al tirano lacedemonio le
 dijo Damócrito que su poder había quedado debilitado al
 quitarle las ciudades de la costa, de las que había sacado
 soldados, naves y tripulaciones; confinado casi en sus pro-

³⁹⁵ *Strategós* en 203, 194, 181 y 173.

³⁹⁶ *Strategós* en 200 y 196.

³⁹⁷ *Strategós* en 190, 184 y 177.

³⁹⁸ *Strategós* en 195.

pías murallas, veía a los aqueos dominando en el Pelopon-
neso; jamás iba a tener oportunidad de recuperar lo que 8
era suyo si dejaba escapar la que ahora se le brindaba:
no había ningún ejército romano en Grecia, ni Giteo u
otras regiones costeras de Laconia iban a ser consideradas
por los romanos como una razón suficiente para traer de
nuevo a Grecia sus legiones. Esto se lo decía para acicatear 9
el ánimo del tirano con el fin de que la conciencia de haber
violado el acuerdo de amistad con los romanos agravando
a sus aliados, lo llevase a unirse con Antíoco cuando éste
pasase a Grecia. Nicandro, por su parte, incitaba a Filipo 10
hablándole en un tono similar; además tenía mayor núme-
ro de argumentos por cuanto al rey se le había hecho caer
desde mayor altura que al tirano, y también era más lo
que se le había quitado. Aparte de esto le recordaba el 11
viejo renombre de los reyes de Macedonia, y el triunfal
recorrido de su pueblo por el mundo entero; además, el
plan que le proponía no presentaba riesgos ni en su arran-
que ni en sus resultados, pues no sugería que Filipo diese 12
ningún paso antes de que Antíoco hubiese pasado a Grecia
con su ejército, y, por otra parte, si había sostenido sin 13
Antíoco una guerra tan prolongada frente a los romanos
y los etolios, con Antíoco a su lado y teniendo como alia-
dos a los etolios, que entonces habían sido enemigos más
temibles que los romanos, ¿con qué fuerzas podían real-
mente hacerle frente los romanos? Añadía también algu- 14
nas consideraciones acerca de un general como Aníbal, ene-
migo nato de los romanos, que les había matado más ge-
nerales y soldados que los que les quedaban. Así le habla- 15
ba Nicandro a Filipo. Dicearco, con Antíoco, empleaba
otros argumentos. En primer lugar, le decía que el botín
era de los romanos pero la victoria sobre Filipo se debía
a los etolios, que nadie más que los etolios había franquea-

- do a los romanos la entrada a Grecia, y eran también ellos quienes les habían proporcionado fuerzas para vencer.
- 16 A continuación le hizo saber qué número de tropas de infantería y de caballería estaban en condiciones de poner a disposición de Antíoco para la guerra, qué base para las tropas de tierra, y qué puertos para las fuerzas navales.
- 17 Finalmente, mintiendo sin rebozo con respecto a Filipo y a Nabis, le decía que tanto uno como el otro estaban dispuestos para levantarse en armas y que aprovecharían la primera ocasión que se presentase, cualquiera que fuese,
- 18 para recuperar lo que habían perdido con la guerra. De esta manera concitaban los etolios la guerra contra los romanos en todo el mundo simultáneamente.
- 13 Y sin embargo los reyes no se movieron o se movieron con bastante lentitud. Nabis mandó inmediatamente emisarios a todas las poblaciones de la costa para promover revueltas en ellas, y a base de regalos atrajo a su causa algunos dirigentes mientras que a otros, obstinados en mantenerse dentro de la alianza con Roma, les dio muerte.
- 2 Tito Quincio había encomendado a los aqueos la misión de defender a todos los lacones de la costa. Por consiguiente, enviaron de inmediato una diputación al tirano
- 3 para recordarle el pacto de alianza con Roma e instarlo a que no turbara la paz que había pedido con tanto empeño, y por otra parte enviaron refuerzos a Giteo, que estaba ya siendo atacada por el tirano, y embajadores a Roma para informar de estos hechos.
- 4 Durante aquel invierno el rey Antíoco había casado a su hija en Rafia, en Fenicia, con el rey de Egipto Tolomeo; y después de regresar a Antioquía, atravesando Cilicia y cruzando el monte Tauro ³⁹⁹ llegó a Éfeso cuando

³⁹⁹ La gran cadena montañosa del sur de Anatolia.

el invierno tocaba ya a su fin. Luego, a comienzos de la primavera, envió a su hijo Antíoco a Siria para vigilar la zona más remota de su reino, a fin de prevenir cualquier movimiento que pudiera surgir a su espalda durante su ausencia; él, con todas las fuerzas de tierra, se fue a atacar a los písidas que habitan en los aledaños de Sida. Por entonces los diputados romanos Publio Sulpicio y Publio Vilio, que como antes se ha dicho habían sido enviados a Antíoco, recibieron instrucciones de dirigirse primero a Éumenes; llegaron hasta Elea⁴⁰⁰ y desde allí subieron a Pérgamo, donde estaba el palacio de Éumenes. Éste estaba deseoso de una guerra contra Antíoco por estar convencido de que un rey con un poder tan superior al suyo era un vecino peligroso en condiciones de paz, mientras que si estallaba la guerra, no iba a dar frente a los romanos más juego del que había dado Filipo: o bien sería completamente barrido, o si se le concedía la paz tras derrotarlo, muchas de las posesiones que le serían quitadas pasarían a él, a Éumenes, de suerte que en adelante podría defenderse de él sin ninguna ayuda de los romanos; incluso en caso de sobrevenir algún contratiempo era preferible afrontar cualquier eventualidad teniendo a los romanos como aliados a quedarse solo y soportar la supremacía de Antíoco o verse obligado a ello, si se mostraba renuente, por la fuerza de las armas. Por estos motivos empleaba toda la fuerza de su autoridad y de su estrategia para inducir a los romanos a la guerra.

Sulpicio enfermó y se quedó en Pérgamo. Vilio, al oír que el rey estaba ocupado en una guerra en Pisidia, marchó a Éfeso y mientras esperaba allí unos cuantos días hizo lo posible por entrevistarse en varias ocasiones con

⁴⁰⁰ El puerto de Pérgamo.

Aníbal, que casualmente se encontraba allí por entonces, para sondear su actitud y, en la medida de lo posible, disipar su temor a que los romanos representasen algún peligro para él. Es cierto que con aquellas entrevistas no se logró ningún otro resultado, pero sí tuvieron una consecuencia lógica que parecía buscada de intento: debido a ellas Aníbal perdió ascendiente ante el rey, inspirando menos confianza en todos los sentidos.

Claudio, siguiendo los libros griegos de Acilio, refiere que Publio Africano formaba parte de aquella delegación y que se entrevistó con Aníbal en Éfeso, e incluso recoge una de las conversaciones: al preguntarle el Africano a Aníbal quien había sido, en su opinión, el más grande de los generales, respondió que Alejandro, el rey de los macedonios, porque con un puñado de hombres había derrotado a ejércitos incalculablemente numerosos, y porque había recorrido regiones remotísimas que el hombre no tenía esperanzas de visitar. Cuando a continuación le preguntó a quién ponía en segundo lugar, dijo que Pirro, que había sido el primero en enseñar el arte de emplazar un campamento, aparte de que nadie lo había superado en habilidad para elegir el terreno y organizar una defensa; además había demostrado tal arte para atraerse a la gente que los pueblos de Italia preferían el imperio de un rey extranjero al del pueblo romano, tanto tiempo a la cabeza de aquel país. Le siguió preguntando a quién consideraba el tercero, y dijo que sin lugar a dudas a él mismo. Entonces Escipión rompió a reír y añadió: «¿Qué dirías si me hubieras vencido?» «En ese caso, la verdad, —replicó— me pondría delante de Alejandro y de Pirro y de cualquier otro general». Y la respuesta, elaborada con púnica sutileza, así como aquella forma de adulación con la que no contaba, impresionaron a Escipión, porque lo había situado fuera

del conjunto de los generales, como si no admitiera parangón ⁴⁰¹.

Desde Éfeso, Vilio siguió adelante hasta Apamea ⁴⁰². 15 Antíoco, enterado de la llegada de los delegados romanos, fue también allí a su encuentro. El debate entre los reuni- 2 dos en Apamea fue prácticamente el mismo que el que había habido en Roma entre Quincio y los embajadores del rey. La noticia de la muerte de Antíoco, el hijo del rey, que como ya he dicho antes había sido enviado a Siria, interrumpió las conversaciones. Hubo un sentido duelo en 3 el palacio real, siendo muy añorado aquel joven, pues había dado ya tales muestras de su manera de ser que se veía claramente que habría habido en él el talante de un rey grande y justo si hubiera tenido una vida más larga. Cuanto más querido y aceptado era por todos, mayores 4 fueron a su muerte las sospechas de que su padre, convencido de que aquel peligroso heredero era una amenaza para su vejez, lo había quitado de enmedio con veneno valiéndose de unos eunucos, que se ganan el favor de los reyes prestando servicios de esa calaña. Se aducía además otra 5 razón para aquel crimen secreto: el hecho de que había dado Lisimaquia a su hijo Seleuco y no tenía otra sede equivalente para dársela a Antíoco con el objeto de mantenerlo también a él alejado de su presencia confiriéndole un honor. Con todo, durante varios días el palacio real 6 se entregó a manifestaciones de profundo dolor, y el delegado romano, por temor a ser un visitante inoportuno en un momento poco apropiado, se dirigió a Pérgamo; el rey, abandonando la guerra que había emprendido, regresó a

⁴⁰¹ Sobre los problemas de fuentes y autenticidad del pasaje 5-12, véase J. BRISCOE, *o. c.*, pág. 165 s.

⁴⁰² La Apamea de Frigia, fundada por Antíoco I.

- 7 Éfeso. Allí, con el palacio cerrado durante el período de
luto, discutió sus planes secretos con su principal amigo,
8 un tal Minión. Éste, que estaba poco versado en política
exterior y valoraba la fuerza del rey por las acciones lleva-
das a cabo en Siria o en Asia, creía firmemente no sólo
que la causa de Antíoco era superior porque las pretensio-
nes de los romanos no eran justas en absoluto, sino que
9 además resultaría vencedor en una guerra. El rey quería
evitar el debate con los delegados, bien porque ya había
comprobado que no era especialmente fructífero o bien por-
que estaba sumido en su reciente pesar; pero Minión se
comprometió a hablar él en favor de su causa y lo conven-
ció para hacer venir de Pérgamo a los delegados.
- 16 Sulpicio estaba ya restablecido, de modo que acudieron
a Éfeso ambos delegados. Minión excusó al rey, en cuya
2 ausencia se iniciaron las conversaciones. En su estudiada
intervención, Minión dijo: «Veo, romanos, que os arrogáis
al vistoso título de libertadores de las ciudades griegas; pe-
ro vuestros hechos no son acordes con vuestras palabras,
y establecéis una norma para Antíoco y usáis otra distinta
3 para vosotros. Pues ¿en qué son más griegos los de Esmir-
na y de Lámpsaco que los neapolitanos, los reginos y los
tarentinos, a los que exigís la entrega de un tributo ⁴⁰³ y
4 unas naves en virtud de un tratado? ¿Por qué enviáis to-
dos los años a Siracusa y a otras ciudades griegas de Sicilia
un pretor con la más alta autoridad, con varas y segures?
Seguramente lo único que podéis alegar es que vosotros
les impusisteis estas condiciones después de vencerlos con
5 las armas. Admitidle entonces a Antíoco la misma justifi-
cación en el caso de Esmirna, de Lámpsaco y de las ciuda-
6 des de Jonia y Eólida. Reivindica un antiguo derecho so-

⁴⁰³ En realidad sólo Tarento pagaba *stipendium*.

bre ellas, que fueron vencidas en guerra por sus antepasados y convertidas en estipendiarias y tributarias. Yo desearía, por consiguiente, que se le responda a estos puntos, si es que se trata de debatir sobre la base de la equidad y no de buscar un pretexto para la guerra». A esto respondió Sulpicio: «Obró con modestia Antíoco al preferir que fuese cualquier otro y no él quien expusiera semejantes argumentos si no había otros que aducir en defensa de su causa. ¿Hay algún parecido, en efecto, entre las ciudades que has comparado? A los reginos, neapolitanos y tarentinos, desde el momento en que pasaron a nuestro poder les exigimos lo que nos deben de acuerdo con el tratado, manteniendo continuamente el mismo derecho siempre ejercido y jamás interrumpido. ¿Puedes afirmar que así como esos pueblos no alteraron el tratado ni por sí mismos ni por ningún otro, así también las ciudades de Asia desde que pasaron a poder de los antepasados de Antíoco han pertenecido ininterrumpidamente a vuestro reino y no estuvieron unas en poder de Filipo y otras en el de Tolomeo mientras que otras reivindicaron su libertad a lo largo de muchos años sin que nadie se la cuestionara? Pues el hecho de que alguna vez, obligadas por circunstancias adversas, se hayan visto privadas de su libertad va a dar derecho a reducirlas a esclavitud después de tantos siglos, ¿no es tanto como decir que no sirvió de nada lo que nosotros hicimos al liberar a Grecia del dominio de Filipo, y que sus descendientes pueden reclamar Corinto, Cálcidre, Demetríade y toda la nación de los tesalios? Pero ¿por qué defendiendo yo la causa de esas ciudades cuando es más conforme a la justicia que ellos mismos la defiendan y tanto el propio rey como nosotros la juzguemos?»

A continuación mandó llamar a las delegaciones de las ciudades. Previamente las había preparado y aleccionado

Éumenes, el cual consideraba que toda la fuerza que perdiese Antíoco la ganaría su propio reino. Entró un número considerable, y como cada uno por su lado formulaban quejas a la vez que demandas y mezclaban cosas justas con otras no justas, convirtieron el debate en un altercado. En consecuencia los diputados, sin haber conseguido ni concedido nada, regresaron a Roma tal como habían venido sin saber a qué atenerse en ninguna cuestión.

El rey, después de despedirlos, trató en consejo el tema de la guerra con Roma. En la reunión, en un tono a cuál más violento porque la expectativa de popularidad era mayor cuanto más ásperos fueran los términos que cada uno empleara contra los romanos, lanzaban ⁴⁰⁴ invectivas contra la insolencia de las pretensiones de quienes imponían condiciones a Antíoco, el más grande de los reyes de Asia, como a un derrotado Nabis; con todo, a Nabis se le había dejado el poder absoluto en su patria, una patria como Lacedemón, y sin embargo se consideraba intolerable, en el caso de Antíoco, que Esmirna y Lámpsaco acataran sus disposiciones. Para otros, aquellas ciudades eran poco importantes y apenas se podía decir que constituyeran un motivo justificado de guerra para un rey tan importante, pero siempre hay causas fútiles en el origen de una dominación injusta —a no ser que creyeran que cuando los persas habían pedido agua y tierras a los lacedemonios estaban necesitados de un puñado de tierra y un trago de agua—; algo parecido estaban intentando los romanos en el caso de las dos ciudades, y cuando otras vieran que aquellas dos se habían sacudido el yugo, se pasarían al pueblo libertador; aun en el caso de que la libertad no fuese preferible a la esclavitud, sin embargo la perspectiva de cambiar

⁴⁰⁴ Seguimos la propuesta de Crevier, excluyendo *alius*.

las cosas es más atractiva para cualquiera que cualquier situación presente.

Asistía al consejo el acarnán Alejandro. Amigo de Fi- 18
lipo en otro tiempo, lo había abandonado recientemente
para unirse a la corte de Antíoco, más próspera; como 2
experto en las cuestiones de Grecia y aceptable conocedor
de las romanas había llegado a tal grado de amistad con
el rey que tenía entrada incluso en las deliberaciones
más secretas. Éste, dando por sentado que el tema del 3
debate no era si procedía hacer la guerra o no, sino dónde
y de qué manera había que hacerla, aseguró que él preveía
una victoria incuestionable si el rey pasaba a Europa y to-
maba algún lugar de Grecia como base para las operacio-
nes bélicas; en principio iba a encontrar ya en armas a los 4
etolios, que habitaban en el ombligo ⁴⁰⁵ de Grecia, prepa-
rados como vanguardia frente a las más duras dificultades
de la guerra; en las dos alas, por así decir, de Grecia, Na- 5
bis, partiendo del Peloponeso, lo revolvería todo tratando
de recuperar la ciudad de Argos, de reconquistar las ciuda-
des costeras de donde lo habían desalojado los roma-
nos recluyéndolo entre los muros de Lacedemón; y desde 6
Macedonia, Filipo empuñaría las armas en cuanto oyese
el toque de combate de las trompetas: él conocía bien su
estado de ánimo y su temperamento, sabía que desde hacía
ya largo tiempo hervía en su pecho una rabia profunda
como la de una fiera enjaulada o sujeta con cadenas;
además recordaba con cuánta frecuencia solía Filipo suppli- 7
car a todos los dioses que le concediesen la ayuda de An-
tíoco; si ahora veía escuchados sus ruegos, no tardaría ni

⁴⁰⁵ Recuérdese la leyenda según la cual en el santuario de Apolo, en Delfos, estaba el *omphalós*, la piedra sagrada que señalaba el centro de la tierra.

8 un instante en sublevarse; lo único que se precisaba era no vacilar ni permanecer inactivos, pues la clave de la victoria estaba en adelantarse a ocupar las posiciones apropiadas y a ganar a los aliados; también había que enviar a Aníbal a África sin dilación para dividir la atención de los romanos.

- 19 Aníbal no fue llamado al consejo por haber suscitado los celos del rey debido a sus contactos con Vilio y no
2 gozar de ninguna consideración a partir de entonces. Al principio sobrellevó en silencio aquella humillación. Después, pensando que era mejor preguntar la razón de tan repentina relegación y justificarse, en el momento oportuno preguntó sin rodeos por el motivo del enfado. Oída
3 la respuesta dijo: «Siendo yo muy niño aún, Antíoco, cuando mi padre Amílcar estaba ofreciendo un sacrificio me acercó al altar y me hizo jurar que jamás sería amigo del
4 pueblo romano. Bajo este juramento combatí durante treinta y seis años; este juramento me trajo hasta tu corte desterrado de mi patria; con él como guía, si tú defraudas mis esperanzas iré allí donde sepa que hay fuerzas, que hay armas, buscando algún enemigo de Roma por el universo entero. Por tanto, si a algunos de los tuyos les gusta
5 hacer méritos ante ti con acusaciones contra mí, que busquen otro medio de medrar a mis expensas. Odio a los romanos y soy odiado por ellos. Mi padre Amílcar y los dioses son testigos de que digo la verdad. Por consiguiente, cuando pienses en una guerra contra Roma, cuenta con Aníbal entre tus amigos más cercanos; si alguna circunstancia te impulsa hacia la paz, busca a otro con quien dis-
7 cutir ese proyecto». Tales palabras no sólo hicieron mella en el rey sino que lo reconciliaron con Aníbal. Del consejo se salió con la idea de que habría guerra.

Roma: Los comentarios en Roma daban a An- 20
provincias, mandos, tíoco por enemigo seguro, pero aparte de
prodigios. hacerse a la idea no se hacía ningún otro
Victoria en preparativo con vistas a dicha guerra.
Liguria Se les asignó a ambos cónsules la provin- 2
 cia de Italia, debiendo llegar a un acuerdo entre ellos o
 echar en suerte cuál de los dos presidiría los comicios de
 aquel año; el que quedase libre de dicho menester estaría 3
 preparado por si era necesario que marchase al frente de
 las legiones a algún destino fuera de Italia. Se autorizó 4
 a este cónsul a reclutar dos nuevas legiones y veinte mil alia-
 dos latinos y ochocientos jinetes. Al otro cónsul le fueron 5
 asignadas las dos legiones que había tenido a sus órdenes
 Lucio Cornelio ⁴⁰⁶, el cónsul del año anterior, y del mismo
 ejército quince mil aliados y latinos y quinientos jinetes.
 A Quincio Minucio se le prorrogó el mando con el ejército 6
 que tenía en Liguria; además se dispuso que como comple-
 mento se alistasen cuatro mil romanos de infantería y cien-
 to cincuenta de caballería, y que se les exigieran a los alia-
 dos cinco mil soldados de a pie y doscientos cincuenta de
 a caballo. A Gneo Domicio le correspondió una provincia 7
 fuera de Italia, la que el senado acordara; a Lucio Quin-
 cio, la Galia y la presidencia de los comicios. A continua- 8
 ción sortearon sus provincias los pretores, tocándole a Mar-
 co Fulvio la pretura urbana y a Lucio Escribonio Libón
 la peregrina, Sicilia a Lucio Valerio Tapón, Cerdeña a Quin-
 to Salonio Sarra, a Marco Bebio Tánfilo la Hispania cite-
 rior y la ulterior a Aulo Atilio Serrano. Pero en el caso 9
 de estos dos últimos hubo un cambio de destino en virtud
 primero de un decreto del senado y después también de
 un plebiscito, asignándole a Atilio la flota y Macedonia, 10

⁴⁰⁶ Cornelio Mérula.

- 11 y a Bebio el Brucio. A Flaminio y a Fulvio ⁴⁰⁷ les fue pro-
rogado el mando en las Hispanias. Se le asignaron a Ati-
lio, para el Brucio, las dos legiones urbanas del año ante-
rior, y además exigiría a los aliados, para ese mismo desti-
no, quince mil soldados de infantería y quinientos de ca-
12 ballería. Bebio Tánfilo recibió instrucciones de construir
treinta quinquerremes, sacar de los astilleros las naves vie-
jas si había alguna que pudiera servir, y enrolar soldados
de marina; además se dio orden a los cónsules de que le
entregasen dos mil aliados y latinos así como mil romanos
13 de infantería. Se comentaba que estos dos pretores y sus
dos ejércitos, el de tierra y el naval, estaban preparados
para hacer frente a Nabis, que estaba ya atacando abier-
14 tamente a los aliados del pueblo romano; pero en realidad
se estaba esperando a los diputados enviados a Antíoco,
y el senado había prohibido al cónsul Gneo Domicio salir
de la ciudad antes de que éstos estuvieran de vuelta.
- 21 Los pretores Fulvio y Escribonio, cuya misión era ad-
ministrar justicia en Roma, recibieron el encargo de equi-
par cien quinquerremes aparte de la flota que iba a coman-
dar Bebio.
- 2 Antes de que el cónsul y los pretores salieran para sus
destinos se celebró una rogativa para expiar los prodigios.
3 Del Piceno llegaron noticias de que una cabra había pari-
do tres cabritos en un solo parto, y de que había nacido
4 en Arrecio un niño con una sola mano; había llovido tierra
en Amiterno, en Formias habían sido alcanzados por el
rayo una puerta y un muro y, lo más inquietante, un buey
del cónsul Gneo Domicio había pronunciado las palabras
5 «Roma, ten cuidado». Se hizo una rogativa para expiar
el resto de los prodigios, y en cuanto al buey los arúspices

⁴⁰⁷ Están intercambiados los nombres de Fulvio y Bebio.

dispusieron que fuese conservado y alimentado cuidadosamente. El Tíber se desbordó sobre la ciudad con mayor violencia que el año precedente arrastrando dos puentes y muchos edificios sobre todo en las proximidades de la puerta Flumentana. Una roca de gran tamaño que se desprendió del Capitolio a causa de las lluvias o de un seísmo no tan intenso como para que se percibieran sus efectos en otros sitios se precipitó sobre el barrio Yugario y aplastó a mucha gente. En los campos, inundados aquí y allá, fueron arrastradas cabezas de ganado y quedaron destruidos muchos caseríos.

Antes de que el cónsul Lucio Quincio llegara a su provincia, Quinto Minucio se enfrentó a los lígures en batalla campal en territorio pisano; mató nueve mil enemigos y derrotó y puso en fuga a los demás obligándolos a refugiarse en el campamento. Éste fue atacado y defendido encarnizadamente hasta el anochecer. Durante la noche partieron sigilosamente los lígures, y al amanecer entraron los romanos en el campamento vacío. El botín hallado no fue muy abundante, porque ellos mandaban enseguida a sus casas el fruto de sus capturas por los campos. A partir de ese momento Minucio no dio al enemigo ni un momento de tregua: desde el territorio pisano marchó al de los lígures y arrasó por completo sus enclaves fortificados y sus aldeas a hierro y fuego. Allí se enriquecieron los soldados romanos con el botín etrusco que habían enviado los saqueadores.

*Galia,
Hispania,
medidas
defensivas,
elecciones*

Por la misma época retornaron a Roma los delegados enviados a los reyes. Según sus informes, solamente había motivos suficientes para hacer la guerra contra el tirano lacedemonio, el cual, según anunciaban también embajadores aqueos, estaba atacando

la costa de Laconia, contraviniendo el pacto de alianza; entonces se envió a Grecia al pretor Atilio con la flota para defender a los aliados. Puesto que Antíoco no representaba una amenaza inminente, se acordó que los dos cónsules marcharan a sus provincias. Llegaron al país de los boyos, Domicio por el camino más corto, desde Arímimo, y Quincio a través del territorio de los lígures. Los dos ejércitos consulares recorrieron el país enemigo por lados opuestos devastando una amplia zona. Se pasaron a los cónsules primero los soldados de caballería, pocos, con sus prefectos; después el senado en pleno, y por último los que tenían cierto nivel de renta o de rango social, en número aproximado a los mil quinientos.

También en las dos Hispanias se desarrollaron con éxito las operaciones aquel año, pues Gayo Flaminio tomó al asalto con manteletes la plaza de Licabro⁴⁰⁸, fortificada y rica, y cogió vivo al famoso régulo Corribilón, y por otra parte, el procónsul Marco Fulvio libró con éxito dos batallas contra dos ejércitos enemigos y tomó al asalto dos plazas de los hispanos, Vescelia y Elón⁴⁰⁹, y muchos reductos fortificados; otras se entregaron voluntariamente. Luego se internó en el territorio de los oretanos, y después de apoderarse allí de dos plazas, Nobila y Cusibe⁴¹⁰, continuó su avance en dirección al río Tajo. Allí se encontraba Toledo, una ciudad pequeña pero bien defendida por su posición. Cuando la atacó, acudió un numeroso ejército de vetones en ayuda de los toledanos. Se enfrentó a ellos

⁴⁰⁸ Desde Schulten, *Licabrum* es identificado con *Igabrum*, correspondiendo por tanto a Cabra (Córdoba).

⁴⁰⁹ No es posible precisar con seguridad de qué plazas fortificadas se trata. ¿*Vesci Faventia*, que a su vez podría corresponder a Archidona, la primera? ¿*Ilupa Laus*, que podría ser Loja, la segunda?

⁴¹⁰ Se desconoce la situación de las dos.

con éxito en una batalla campal, y una vez derrotados los vetones tomó Toledo con obras de asedio.

Pero en aquel período de tiempo preocupaban menos 23 a los senadores las guerras que se estaban desarrollando que la expectativa de la guerra con Antíoco aún no iniciada. Pues a pesar de que de tanto en tanto hacían un control completo de la situación por medio de delegados, sin embargo, rumores de los que nadie se hacía responsable mezclaban muchas noticias falsas con las verdaderas. Entre otros había circulado el de que tan pronto como Antíoco llegase a Etolia iba a enviar a Sicilia una flota inmediatamente. Por ello el senado, a pesar de que había enviado 4 a Grecia al pretor Atilio con una flota, como aparte de 5 las tropas era necesaria la autoridad personal para mantener la confianza de los aliados, envió a Grecia como delegados a Tito Quincio, Gneo Octavio, Gneo Servilio y Publio Vilio; también decidió que Marco Bebio trasladara sus legiones desde el Brucio a Tarento y Brundisio, y que, si 6 las circunstancias lo requirieran, hiciera la travesía desde allí a Macedonía; que el pretor Marco Fulvio enviara una flota de veinte navíos para proteger las costas de Sicilia, y que el comandante de la flota estuviese investido del más alto mando —la comandó Lucio Opio Salinátor, que había sido 7 edil de la plebe el año anterior—; y que el mismo pretor informase por escrito a su colega Lucio Valerio del peligro que había de que la flota del rey Antíoco cruzara desde Etolia a Sicilia; que, por ello, era voluntad del senado que aparte del ejército que tenía alistase un complemento de emergencia de unos doce mil hombres de a pie y cuatrocientos de a caballo con el que poder defender las costas de la provincia que miraban a Grecia. El pretor no 9 limitó a Sicilia tal recluta sino que la extendió a las islas de alrededor y guarneció todas las ciudades costeras situa-

10 das enfrente de Grecia. Dio pábulo a nuevos rumores la llegada de Átalo ⁴¹¹, el hermano de Éumenes, que trajo la noticia de que el rey Antíoco había cruzado el Helesponto con un ejército, y que los etolios se estaban preparando para estar movilizados en el momento de su llegada.

11 Se les dieron las gracias tanto a Éumenes, ausente, como a Átalo, presente, y a éste se le ofreció residencia libre y hospitalidad, y se le hicieron obsequios: dos caballos, dos equipos para enjaezarlos, vasos de plata y oro que pesaban cien libras.

24 Como llegaban sin parar noticias de que la guerra era inminente, se estimó que procedía elegir cónsules 2 lo antes posible. Por eso el senado aprobó un decreto disponiendo que el pretor Marco Fulvio remitiese una carta al cónsul para comunicarle que era voluntad del senado que dejase la provincia y el ejército a cargo de los legados 3 y que regresase a Roma, y que sobre la marcha enviase por delante un edicto de convocatoria de los comicios para elegir cónsules. El cónsul obedeció aquel mensaje, mandó por delante el edicto y llegó a Roma.

4 También aquel año hubo una gran confrontación electoral porque aspiraban a un mismo cargo tres patricios: Publio Cornelio Escipión ⁴¹², hijo de Gneo, que había tenido un fracaso el año anterior, Lucio Cornelio Escipión ⁴¹³ 5 y Gneo Manlio Volsón. Se le dio al consulado a Publio Escipión, quedando así claro que a un personaje como él no se le había negado sino sólo aplazado la concesión del cargo. Como colega procedente de la plebe fue elegido Ma- 6 nio Acilio Glabrión. Al día siguiente fueron elegidos pre-

⁴¹¹ El que sería Átalo II.

⁴¹² Escipión Nasica.

⁴¹³ El cónsul de 190, hermano del Africano.

tores Lucio Emilio Paulo, Marco Emilio Lépido, Marco Junio Bruto, Aulo Cornelio Mámula, Gayo Livio y Lucio Opio; estos dos últimos tenían el sobrenombre de Salinátor. Opio era el mismo que había llevado a Sicilia la flota de veinte navíos. Mientras sorteaban las provincias los 7 nuevos magistrados, se dio orden a Marco Bebio de trasladarse desde Brundisio al Epiro con todas sus tropas y mantenerlas en los alrededores de Apolonia, y se encomendó al 8 pretor urbano Marco Fulvio la tarea de construir cincuenta nuevas quinquerremes.

Grecia:
guerra entre
la Liga Aquea
(Filopemén)
y Esparta
(Nabis)

Y mientras el pueblo romano se pre- 25
paraba así frente a cualquier intento de
Antíoco, Nabis ya no daba largas a la 2
guerra sino que atacaba Giteo con gran
violencia y devastaba los campos de los
aqueos, resentido contra ellos porque ha-
bían enviado refuerzos a los sitiados. Los aqueos no se 3
decidían a entrar en guerra antes de que retornasen de Ro-
ma sus embajadores, a fin de saber qué pensaba el senado;
tras la vuelta de los embajadores convocaron asamblea en 4
Sición y enviaron diputados a Tito Quincio para pedirle
consejo. En la asamblea, todas las opiniones eran partida- 5
rias de entrar en guerra inmediatamente. Pero sembró la
duda una carta de Tito Quincio en la que proponía que
se esperara al pretor y la flota romana. Mientras que algu- 6
nos dirigentes se mantenían en su idea y otros pensaban
que se debía seguir el consejo de la persona a la que ha-
bían consultado, la mayoría estaba esperando la opinión
de Filopemén. Éste era entonces pretor, y en aquella época 7
superaba a todos en buen criterio y prestigio. Comenzó
diciendo que entre los etolios había la sana costumbre de
que el pretor no expusiese su propio criterio cuando era
la guerra el tema a debate, y les pidió que decidieran ellos

- 8 cuanto antes lo que querían; el pretor cumpliría fiel y escrupulosamente su decisión y se esforzaría para que, dentro de los límites de la prudencia humana, no tuvieran que arrepentirse de haber optado por la paz o por la guerra.
- 9 Estas palabras surtieron mayor efecto para incitarlos a la guerra que si la hubiese aconsejado abiertamente dejando
- 10 entrever sus deseos de dirigir las operaciones. Se decidió, pues, la guerra por abrumadora mayoría, dejando libertad al pretor en cuanto al momento y la forma de plantearla.
- 11 Filopemén, compartiendo el criterio de Quincio, también pensaba que se debía esperar a la flota romana, que podría
- 12 defender Giteo desde el mar; pero, temeroso de que la situación no admitiera demora, no fuera a ser que se perdiera Giteo y también la guarnición enviada para defender la ciudad, echó al agua las naves de los aqueos.
- 26 También el tirano había preparado una pequeña flota de tres naves cubiertas, lanchas y navíos ligeros para impedir que les llegasen refuerzos por mar a los sitiados, pues la antigua flota la había entregado a los romanos, en conformidad con el tratado. Para probar la rapidez de estas nuevas naves y al propio tiempo para tenerlo todo suficientemente preparado con vistas a un combate, todos los días hacía salir a alta mar a remeros y soldados y los entrenaba con simulacros de batallas navales, persuadido de que las posibilidades de éxito del asedio se basaban en
- 3 interceptar las ayudas por mar. El pretor de los aqueos, en el arte de los combates terrestres igualaba en experiencia y talento a cualquiera de los generales famosos, pero era un inexperto en temas navales: nacido en Arcadia, hombre de tierra adentro, desconocía además todo lo relativo al exterior con la salvedad de su militancia en Creta como
- 5 prefecto de las tropas auxiliares. Existía aún una vieja nave cuadrirreme capturada ochenta años atrás cuando trans-

portaba a Nicea, la esposa de Crátero, desde Naupacto a Corinto. Animado por su renombre, pues en otro tiempo 6 había sido un navío famoso en la flota real, mandó que la trajeran de Egio, a pesar de que estaba ya bastante podrida y a punto de deshacerse de puro vieja. Esta nave, 7 pretoria en esta ocasión, en la que había embarcado el almirante de la flota Tisón Patrense, iba al frente de la escuadra cuando le salieron al paso desde Giteo las naves laconias; al primer choque contra una nave nueva y sólida, 8 la vieja, que ya de por sí hacía agua por todas las ensambladuras, se desencuadernó y fueron apresados todos los que iban embarcados en ella. Tras la pérdida de la nave 9 pretoria las demás que componían la flota huyeron cada una como pudo a fuerza de remos. El propio Filopemén huyó en una embarcación ligera de observación y no interrumpió la huida hasta llegar a Patras. Este traspié no 10 desalentó lo más mínimo a aquel guerrero avezado en mil peripecias; muy al contrario, el hecho de haber tenido tan sólo un tropiezo en un terreno que desconocía como era el naval le dio mayores esperanzas en la práctica en cuya actividad se había curtido, y aseguraba que él haría que no le durase mucho la alegría al tirano.

Nabis se llenó de moral con el éxito, y como además 27 había alcanzado esperanzas firmes de que no se corría ya ningún peligro por mar, quiso cerrar también los accesos 2 por tierra situando tropas estratégicamente. Retiró del asedio de Giteo un tercio de los efectivos y emplazó el campamento cerca de Pleyas, posición que domina tanto Leucas 3 como Acrias ⁴¹⁴, por donde suponía que avanzaría el ejér-

⁴¹⁴ En Laconia, al oeste de Giteo, Acrias (Kokkina) en la orilla del golfo, y Leucas podría referirse a la llanura situada al oeste del monte Korkoula.

cito enemigo. Aquel era un campamento estable pero eran pocos los que tenían tienda, y todos los demás habían cubierto los barracones, hechos de cañas entrelazadas, con ramaje que únicamente ofrecía sombra. Filopemén decidió sorprender al enemigo, antes de que lo avistase, con una clase de ataque con que no contaba. Reunió pequeñas embarcaciones en un fondeadero escondido de la costa argiva, e hizo que embarcaran en ellas tropas ligeras equipadas la mayoría con *caetra*, con hondas, venablos y demás tipos de armamento ligero. Desde allí, bordeando la costa, llegó hasta un promontorio cercano al campamento enemigo; desembarcó, y por senderos conocidos llegó a Pleyas durante la noche; como los centinelas estaban dormidos al no atisbar ningún peligro en las cercanías, prendió fuego a las barracas en todos los puntos del campamento. Muchos murieron en el incendio antes de darse cuenta de la llegada del enemigo, y los que sí se habían dado cuenta no pudieron prestarles ninguna ayuda. El hierro y el fuego acabaron con todo; muy pocos huyeron de este doble azote, y huyeron buscando refugio en Giteo, en el campamento principal. Tras derrotar de esta forma a los enemigos Filopemén marchó directamente a saquear Trípoli, en territorio de Laconia, el confín más cercano de los megapolitas, de donde se llevó gran cantidad de animales y hombres, alejándose antes de que el tirano enviase protección armada a los campos desde Giteo. Luego, concentró el ejército en Tegea, donde convocó también a los aqueos y a los aliados a una asamblea en la que participaron además los dirigentes de los epirotas y de los acarnanes; y, puesto que los suyos estaban bastante recuperados de la vergüenza de la humillación marítima y los enemigos bastante amedrentados, decidió marchar sobre Lacedemón, en el convencimiento de que éste era el único medio de poder arran-

car al enemigo del asedio de Giteo. Primero acampó en 13 Carias, en tierra enemiga. Precisamente aquel día fue asaltada Giteo. Desconociendo esta circunstancia Filopemén avanzó su campamento hasta el Barbostene, monte situado a diez millas de Lacedemón. Nabis, por su parte, después 14 de reconquistar Giteo salió de allí con su ejército sin bagajes, dejó atrás Lacedemón en una marcha muy rápida, y ocupó el llamado Campamento de Pirro, lugar al que estaba seguro de que se dirigían los aqueos. Desde allí salió al encuentro de los enemigos. Éstos ocupaban con su larga 15 columna cerca de cinco millas debido a la estrechez del camino; cerraban la columna la caballería y la mayor parte de las tropas auxiliares, porque Filopemén pensaba que el tirano atacaría por retaguardia a los suyos con las tropas mercenarias, en las que tenía la máxima confianza. Quedó 16 desconcertado por la coincidencia de dos circunstancias con las que no contaba; la primera, el que estuviera ya ocupada la posición a la que se dirigía, y la segunda, el ver que el enemigo había salido al paso de la cabeza de la columna, donde no veía posibilidad de desplegar las enseñas sin el apoyo de las tropas ligeras, pues la marcha discurría por terreno poco practicable.

Pero Filopemén estaba dotado de una especial habili- 28 dad y sentido práctico para dirigir una columna y elegir una posición, y se había entrenado particularmente para ello no sólo en tiempos de guerra sino también en momentos de paz. Cuando caminaba en la dirección que fuese 2 y llegaba a un paso difícil de atravesar, primero observaba las características del terreno en todas direcciones, y cavilaba cuando estaba solo; si los tenía, preguntaba a sus acompañantes qué medidas habría que tomar en caso de que 3 el enemigo apareciese por allí, si atacaba de frente o por este o aquel flanco o por la retaguardia, si podía además

presentarse formado en orden de batalla o sin alinear, en
4 un orden apropiado únicamente para la marcha. Reflexio-
nando o haciendo preguntas estudiaba qué posición debe-
ría ocupar y cuántos hombres armados emplearía y con
qué tipo de armamento, pues ésta era una cuestión de la
mayor importancia; dónde colocaría los bagajes y la impe-
5 dimenta, y dónde la masa de no combatientes; con cuántas
tropas, y de qué clase, los custodiaría; si sería preferible
continuar por el camino emprendido o desandar lo andado;
6 y además, qué emplazamiento elegiría para el campamen-
to, cuánta extensión de terreno rodearía de defensas, dón-
de sería fácil aprovisionarse de agua, dónde habría forraje
y madera en abundancia, por dónde sería segura la marcha
si levantaban el campamento al día siguiente, y cuál sería
7 la disposición de la columna. Se había preparado mental-
mente desde muy joven de tal forma con el planteamiento
de estos problemas que en esta materia no tenía nada que
8 discurrir sobre la marcha. También en esta ocasión lo pri-
mero que hizo fue detener la columna; seguidamente man-
dó a la cabeza a las tropas auxiliares cretenses y los jinetes
llamados tarentinos llevando consigo dos caballos cada uno,
ordenó a la caballería que lo siguiera y ocupó una roca
situada encima de un torrente en el que podía surtirse de
9 agua. Reunió allí toda la impedimenta y la masa de sir-
vientes, situó tropas a su alrededor y fortificó el campa-
mento como permitía la naturaleza del terreno, pues resul-
taba difícil afianzar las tiendas en el suelo abrupto y desi-
10 gual. El enemigo estaba a quinientos pasos de distancia.
Unos y otros se aprovisionaron de agua en el mismo arroyo
escortados por tropas ligeras, y antes de que se enzarza-
ran en una pelea como es habitual cuando los campamen-
11 tos están próximos, llegó la noche. Era evidente que al
día siguiente habría que pelear para proteger a los aguado-

res en las proximidades del arroyo. Durante la noche Filopemén apostó en un valle apartado de la vista del enemigo todos los soldados armados de *caetra* que podía ocultar el lugar.

En cuanto amaneció, las tropas ligeras cretenses y los 29 jinetes tarentinos entablaron combate junto al arroyo. El cretense Telemnasto mandaba a sus compatriotas, y el megalopolitano Licortas a los soldados de a caballo. También 2 los enemigos que protegían a los aguadores eran cretenses auxiliares, y de la misma procedencia, tarentinos, sus jinetes. La lucha se mantuvo incierta durante algún tiempo, cosa lógica al ser por ambas partes del mismo tipo los combatientes e iguales las armas. En el transcurso de la pelea 3 se fue imponiendo la superioridad numérica de las tropas auxiliares del tirano, porque además Filopemén había dado orden a sus prefectos de que emprendieran la huida después de librar un combate ligero y atrajeran al enemigo al lugar de la emboscada. Lanzados por la hondonada en una desordenada persecución de los fugitivos, muchos de ellos cayeron heridos o muertos antes de avistar al enemigo escondido. En la medida en que lo permitía la anchura 4 del valle, los soldados armados de *caetra* se habían apostado colocándose de forma que los suyos, en su huida, pudieran pasar fácilmente por los espacios que quedaban libres entre sus filas. Después aparecen ellos frescos, des- 5 cansados y formados, y cargan contra los enemigos desorganizados, desbandados, y además agotados por el esfuerzo y las heridas. La victoria fue aplastante. Las tropas del 6 tirano volvieron la espalda inmediatamente y fueron rechazadas hasta el campamento, huyendo en una carrera bastante más acelerada que cuando eran los perseguidores. Fueron muchos los que resultaron heridos o cayeron pri- 7 sioneros en aquella huida. Incluso en el campamento hu-

quiera cundido el pánico si Filopemén no hubiera dado orden de tocar a retirada, temeroso no tanto del enemigo como de lo abrupto del terreno, accidentado en cualquier dirección en que se aventurase.

8 Luego, imaginándose por el desenlace del combate y por el carácter del general en qué estado de desconcierto se encontraría éste en aquellos momentos, envió a uno
9 de sus auxiliares con la misión de fingirse desertor y asegurarle como hecho comprobado que los aqueos avanzarían al día siguiente hasta el río Eurotas, que discurre lamiendo casi las murallas mismas, para bloquear el paso y evitar que el tirano pudiera retirarse a la ciudad cuando quisiera
10 o que se transportaran suministros al campamento desde la ciudad; al mismo tiempo, tanteaban también la posibilidad de inducir a algunos al abandono de la causa del tirano. Más que conseguir que creyeran lo que decía, el desertor
11 brindó una excusa razonable para abandonar el campamento a quien estaba dominado por el pánico. Al día
12 siguiente dio orden a Pitágoras de montar guardia delante de la empalizada con las tropas auxiliares y la caballería; él salió con el grueso del ejército como si fuera a presentar batalla, y dio orden de avanzar a toda prisa hacia la ciudad.

30 Cuando Filopemén vio que la columna marchaba presurosa por el camino estrecho y pendiente, lanzó a toda la caballería y las tropas auxiliares cretenses contra la guardia enemiga que estaba delante del campamento. Ésta, al ver que se acercaba el enemigo y que los suyos la habían dejado sola, primeramente intentó refugiarse en el campamento; luego, como se acercaban alineadas en formación de combate todas las tropas de los aqueos, temiendo ser capturada a la vez que el propio campamento, se decidió por seguir a la columna de los suyos que le llevaba bastante ventaja. Inmediatamente, los aqueos armados de *caetra*

irrumpen en el campamento y lo saquean; los demás se lanzan directamente a la persecución de los enemigos. La naturaleza del camino era tal que a duras penas podía avanzar por él una columna que no se viera inquietada por el enemigo. Por ello, en cuanto se desencadenó el combate en la retaguardia y los gritos de terror y pánico llegaron desde atrás hasta la vanguardia, arrojaron las armas cada uno por su cuenta y huyeron en todas direcciones hacia los bosques que flanqueaban el camino. En un instante quedaron amontonadas las armas a los lados del camino, sobre todo las lanzas, que al caer de punta la mayoría obstruían el paso formando una especie de barrera. Filopemén ordenó a sus tropas auxiliares que persiguieran al enemigo lo más cerca que pudieran, pues ni siquiera los de a caballo tendrían fácil la huida, y él, con las tropas más pesadas, marchó hacia el río Eurotas por una ruta más despejada. Hacia la puesta del sol acampó y se mantuvo allí a la espera de las tropas ligeras que había dejado para perseguir al enemigo. Cuando éstas llegaron durante el primer relevo de la guardia con la noticia de que el tirano había entrado en la ciudad en compañía de unos pocos y que todos los demás vagaban sin armas dispersos por todo el desfiladero, les mandó reponer fuerzas. Él eligió unos hombres entre la masa de los que al haber llegado antes al campamento se habían recuperado tomando alimento y descansando un poco, les hizo salir al instante llevando consigo únicamente las espadas y los formó en la rutas de las dos puertas que conducen a Faras⁴¹⁵ y Barbostene, por donde suponía que se retirarían los enemigos tras la huida. Y no resultó fallida esta suposición. Los lacemonios, en efecto, mientras quedaba algo de día bus-

⁴¹⁵ ¿Veria, cerca de Vasara en dirección noreste?

del tributo que le había sido impuesto, entre otros rumores infundados había circulado también el de que los romanos pensaban devolverle Demetriáde. Para evitar que esto ocurriera, Euríloco, jefe de los magnetes, y algunos de sus partidarios, preferían que se produjera un cambio total en la situación con la llegada de los etolios y de Antíoco. Era preciso hablarles evitando que por disipar esos infundados temores se le cercenase esa esperanza a Filipo, poniéndolo en contra, pues él era en todos los sentidos más importante que los magnetes. Únicamente se recordó que si toda Grecia estaba en deuda con los romanos por el bien de la libertad, aquella ciudad lo estaba de un modo especial, pues aparte de haber albergado una guarnición de macedonios se había construido en ella una residencia real para que se viera obligada a tener siempre ante los ojos la presencia de su dueño; pero nada se había conseguido con ello si los etolios llevaban a Antíoco al palacio de Filipo e iban a tener un rey nuevo y desconocido en lugar del antiguo y conocido. Al magistrado de mayor rango lo llaman magnetarca. Lo era entonces Euríloco, y basándose en esa autoridad aseguró que ni él ni los magnetes tenían por qué fingir que ignoraban lo que estaba en boca de todos respecto a que Demetriáde iba a ser devuelta a Filipo; para que ello no ocurriera, los magnetes tenían que intentar y atreverse a cualquier cosa. Y dejándose llevar más allá de lo prudente en su arrebatado oratorio, dejó caer que además Demetriáde entonces era libre aparentemente, pues en realidad se hacía todo a un gesto de cabeza de los romanos. Estas palabras fueron recibidas con un murmullo de reacciones diversas de los presentes, manifestando unos su aprobación y otros su indignación por el hecho de que hubiera tenido semejante osadía; Quincio, por su parte, se encendió de ira de tal forma que tendió

las manos al cielo y tomó a los dioses por testigos de la
14 ingratitud y mala voluntad de los magnetes. Todos queda-
ron aterrados con estas palabras, y Zenón, uno de los diri-
gentes, persona de gran autoridad tanto por el decoro con
que había llevado su vida como por haber sido siempre
partidario de los romanos, pidió llorando a Quincio y a
los demás diputados que no hicieran responsable a la ciu-
15 dadanía del desatino de una sola persona, que cada uno
corre con el riesgo de sus propios desvaríos. Los magnetes
debían a Tito Quincio y al pueblo romano no sólo la liber-
tad sino todo lo que para el hombre es sagrado y querido;
16 cualquier cosa que uno pueda implorar a los dioses inmor-
tales, los magnetes la tenían gracias a los romanos, y antes
de violar la amistad con Roma, estaban dispuestos a ensa-
ñarse en sus propios cuerpos en un arrebató de locura.
32 A su discurso siguieron los ruegos de la multitud. Eurí-
loco se marchó de la asamblea en dirección a la puerta
por calles apartadas, y de allí huyó directamente a Etolia.
2 Los etolios, en efecto, dejaban ya traslucir cada día con
mayor claridad sus intenciones de ruptura, y precisamente
entonces se daba la coincidencia de que un dirigente de
aquel pueblo, Toante, que había sido enviado ante Antío-
co, había regresado de su misión acompañado de Menipo,
3 un emisario del rey. Antes de ser recibidos por la asam-
blea ⁴¹⁶, los dos habían cansado los oídos de todo el mun-
do con la enumeración de los efectivos terrestres y navales
4 del rey, diciendo que estaban en camino enormes contin-
gentes de infantería y caballería, que se habían traído ele-
fantes desde la India, y sobre todo —argumento que consi-
deraban muy eficaz para influir en el ánimo de multitud—,
llegaba oro suficiente como para poder comprar incluso

⁴¹⁶ La asamblea panetólica de 192.

a los romanos. No había ninguna duda acerca del efecto 5
que semejantes palabras surtirían en la asamblea, pues los
enviados romanos estaban informados de la llegada de
aquellos dos y de todo lo que hacían. A pesar de que ha- 6
bían quedado prácticamente truncadas las esperanzas, aun
así a Quincio le pareció que no estaba de más que algunos
embajadores de los aliados intervinieran en aquella asam-
blea para recordar a los etolios su alianza con Roma atre-
viéndose a expresar libremente su oposición al embajador
del rey. Se consideró que los más idóneos para ese cometi- 7
do eran los atenienses, tanto por el prestigio de su ciudad
como por su antigua alianza con los etolios. Quincio les
pidió que enviasen representantes al congreso panetólico
En dicho congreso habló en primer lugar Toante, dando 8
cuenta de su embajada. El siguiente en intervenir, Menipo,
dijo que lo mejor para las poblaciones de Grecia y Asia
habría sido que Antíoco hubiera podido intervenir cuan-
do las posibilidades de Filipo estaban intactas; cada uno 9
habría conservado lo suyo y no se hubiera llegado a depen-
der en todo de la voluntad y el dominio de los romanos.
«Pero aun ahora, dijo, solamente con que vosotros llevéis 10
hasta el final con firmeza los proyectos que habéis puesto
en marcha, con la ayuda de los dioses y contando con los
etolios como aliados podrá Antíoco devolver la situación
de Grecia, no obstante su declive, a su antigua dignidad.
Ahora bien, esa dignidad tiene como base la libertad que 11
se sostiene con sus propias fuerzas, no la que depende del
arbitrio ajeno». Los primeros a quienes se dio la oportuni- 12
dad de decir lo que quisieran tras la intervención del dele-
gado real fueron los atenienses; sin hacer la menor alusión
al rey, recordaron a los etolios su alianza con Roma y los
servicios prestados por Tito Quincio a Grecia entera, ins- 13
tándolos a que no acarrearán su ruina irresponsablemente

con unas decisiones demasiado precipitadas, pues las resoluciones adoptadas en caliente y con osadía son atractivas a primera vista, difíciles de llevar a la práctica y funestas en sus resultados; los enviados romanos, y Tito Quincio entre ellos, estaban a poca distancia de allí; antes de dar un paso irreversible, era preferible discutir de palabra las cuestiones aún por resolver en vez de armar a Asia y Europa para una guerra funesta.

La mayoría de los presentes, deseosos de un vuelco en la situación, eran del todo favorables a Antíoco y opinaban que ni siquiera se debía admitir a los romanos en la asamblea. Fueron sobre todo los dirigentes de mayor edad quienes con su influencia consiguieron que la asamblea los oyera. Cuando los atenienses le trasladaron esta resolución, Quincio estimó que debía acudir a Etolia; podría, en efecto, influir en algo, o al menos serían todos testigos de que la responsabilidad de la guerra era imputable a los etolios mientras que los romanos tomarían las armas justificada y casi obligadamente. Una vez allí, Quincio comenzó su intervención en la asamblea refiriéndose a los comienzos de la alianza de los etolios con los romanos y a las muchas ocasiones en que ellos habían incumplido las obligaciones del tratado, y después hizo una breve exposición acerca de los derechos de las ciudades en cuestión; si en todo caso creían tener razón en algo, ¿no hubiera sido mucho mejor enviar a Roma embajadores para someterlo a debate o, si lo preferían, para apelar al senado, antes que meter al pueblo romano en una pelea contra Antíoco, actuando de provocadores los etolios, en medio de una gran conmoción en la humanidad y la ruina de Grecia? Además, los primeros en sentir los desastrosos efectos de aquella guerra iban a ser quienes la hubiesen desencadenado. Esta especie de vaticinio del romano resultó en vano. A

continuación fueron oídos Toante y los demás de su mismo partido con muestras de asentimiento general, y sin que ni siquiera se aplazara la asamblea y se ausentaran los romanos, consiguieron que se aprobase un decreto en el que se invitaba a Antíoco a venir a liberar Grecia y resolver las diferencias entre etolios y romanos. Su pretor ⁴¹⁷ Damócrito añadió un insulto personal a tan arrogante decreto; en efecto, cuando Quincio se lo pidió, él, sin respetar la dignidad del personaje, contestó que en ese momento tenía cosas más urgentes que atender, que el decreto y la respuesta se los daría en breve en Italia después de plantar su campamento a la orilla del Tíber. Hasta ese punto llegó en aquellas circunstancias el desatino de los etolios y de sus magistrados.

*Movimientos
de los etolios.
Muerte de Nabis*

Quincio y los diputados regresaron a Corinto, donde tomaban nota de cualquier noticia que llegara referente a Antíoco. Los etolios, para no dar la impresión de que no hacían nada sino que esperaban sentados la llegada del rey, cierto es que no celebraron asamblea general después de la marcha de los romanos, pero en cambio, por medio de los «apocletos» — así llaman a su consejo más venerable integrado por personalidades escogidas— discutían la forma de provocar un cambio en la situación de Grecia. Todos tenían constancia de que los dirigentes y los aristócratas de las ciudades eran partidarios de la alianza con los romanos y estaban a gusto con la situación establecida, mientras que las masas y aquellos cuya situación no era la que ellos esperaban, querían un cambio total. Los etolios tomaron la decisión de ocupar Demetriáde, Cálcide y Lacedemón, propósito no ya

⁴¹⁷ *Strategós* de la federación.

audaz sino descarado no sólo como hecho sino incluso como expectativa. Se envió un dirigente a cada una de estas ciudades: Toante a Cálcide, Alexámeno⁴¹⁸ a Lacedemón y Diocles a Demetriade. Euríloco, el exiliado de cuya huida y del motivo de la misma ya se ha hablado antes, colaboró con este último porque era la única esperanza que tenía de retornar a su patria. Sus allegados y amigos y los miembros de su partido, puestos en antecedentes por una carta de Euríloco, llevaron a una concurrida asamblea a su mujer y a sus hijos vestidos de duelo y portando ramos de olivo de los suplicantes, y pidiendo a todos y cada uno que no dejaran envejecer en el exilio a un hombre inocente que no había sido condenado. Movidas las personas sencillas por la compasión, y los malvados y sediciosos por la esperanza de complicar la situación con el levantamiento de los etolios, cada uno por sus propios motivos pedían que se le llamara. Dados estos pasos preparatorios, salió Diocles con toda la caballería, pues por entonces era también el jefe de ésta, aparentando que iba a llevar a su huésped exiliado. Marchando día y noche cubrió una larga distancia, y cuando estaba a seis millas de la ciudad se adelantó al amanecer con tres escuadrones escogidos dando orden al resto de la caballería de que viniera detrás. Cuando estaba aproximándose a la puerta de la ciudad mandó que desmontaran todos y llevaran los caballos de la brida sin guardar filas justamente como si fueran de viaje, para que pareciera la comitiva del prefecto más que un destacamento armado. Dejó allí junto a la puerta a uno de los escuadrones para evitar la posibilidad de un corte con la caballería que venía detrás, y llevando a Euríloco de la mano por el centro de la ciudad cruzó el foro y lo

⁴¹⁸ *Strategós* etolio en 197.

condujo hasta su casa mientras muchos salían a su encuentro y lo felicitaban. Al poco, la ciudad estaba llena de jinetes y eran ocupados los puntos entratégicos. Entonces se mandaron soldados a las casas para dar muerte a los líderes del partido contrario. Así pasó Demetriade a poder de los etolios.

En Lacedemón no era cuestión de emplear la fuerza contra la ciudad sino de coger al tirano mediante un engaño. Desposeído por los romanos de las ciudades de la costa, 2 confinado además en esos momentos en el interior de las murallas de Lacedemón por los aqueos, cualquiera que tomase la iniciativa de darle muerte se ganaría el agradecimiento de los lacedemonios por toda la operación. Tuvieron una excusa para mandarle a alguien porque los agobiaba pidiendo que se le enviaran refuerzos ya que se había sublevado instigado por ellos. Se le dieron a Alexámeno mil 4 hombres de infantería y treinta jóvenes escogidos de caballería. El pretor Damócrito, en el consejo nacional secreto del que se ha hablado, les hace saber que no deben pensar 5 que han sido enviados a la guerra con los aqueos o a ninguna otra empresa que alguno de ellos pudiera imaginarse; que estén preparados para cumplir puntualmente cualquier decisión que las circunstancias aconsejen tomar a Alexámeno, por inesperada o temeraria o aventurada que sea, y que la tomen como si supieran que se les ha enviado desde su patria con aquel único objetivo. Con ellos así 6 preparados llegó Alexámeno junto al tirano, y al llegar lo llenó de esperanzas inmediatamente diciéndole que Antíoco 7 había pasado ya a Europa, que muy pronto estaría en Grecia, y que iba llenar tierras y mares de hombres y armamento; se iban a convencer los romanos de que no tenían que vérselas con un Filipo; era incalculable el número de soldados de infantería, de jinetes y de navíos; la sola vi-

sión de su contingente de elefantes pondría fin a la guerra.

8 Los etolios estaban dispuestos para venir a Lacedemón con todo su ejército cuando la situación lo exigiera, pero habían querido mostrarle al rey a su llegada unas fuerzas

9 armadas numerosas. El propio Nabis, por su parte, debía poner los medios para evitar que las tropas con que contaba se enervaran estando inactivas bajo techo; debía, por el contrario, sacarlas y obligarlas a hacer maniobras con las armas, entrenarlas tanto física como mentalmente;

10 con el hábito, el esfuerzo sería más llevadero, pudiendo incluso no resultar ingrato merced a la afabilidad y la indulgencia de su jefe. A partir de entonces comenzaron a salir con frecuencia a una llamada, delante de la ciudad,

11 junto al río Eurotas. Los miembros de la escolta personal del tirano se situaban por lo general en el centro de la formación; el tirano, acompañado a lo sumo por tres jinetes entre los que habitualmente se encontraba Alexámeno, cabalgaba por delante de las enseñas pasando revista a los

12 últimos de las alas. En el ala derecha estaban los etolios, tanto los que habían sido auxiliares de Nabis como los

13 mil que habían llegado con Alexámeno. Éste tenía por costumbre recorrer algunas filas acompañado al tirano y hacerle las recomendaciones que le parecían pertinentes,

14 y otras veces galopaba hacia sus hombres, hacia el ala derecha, y enseguida regresaba junto al tirano, como si hubiera dado las órdenes que el momento requería.

15 Pero el día que había fijado para perpetrar el crimen, cabalgó unos instantes al lado del tirano y después se acercó

16 a los suyos y dijo a los jinetes enviados con él desde su patria: «Muchachos, tenemos que ocuparnos con decisión de la misión que se os dio orden de cumplir sin vacilar bajo mi mando. Tened pronto el ánimo y la diestra de

17 forma que nadie vacile cuando vea lo que yo hago. Si al-

guno se muestra remiso e interfiere mi plan con uno suyo, sepa que para él no habrá retorno al hogar». Todos fueron presa del pánico, y recordaban las instrucciones que habían recibido al partir. El tirano venía del ala izquierda. 18 Alexámeno ordena a los jinetes que dejen las lanzas y le miren atentamente; él, por su parte, concentra su mente, confusa ante la idea de una acción de tanta trascendencia. Al acercarse el tirano se lanza sobre él, le atraviesa el caballo, lo derriba, y una vez abatido lo acribillan los jinetes; después de descargar en vano muchos golpes sobre la cora- 19 za, al fin alcanzan a herir su cuerpo desprotegido y antes de que acudieran en su ayuda desde el centro de la formación, expiró.

Alexámeno tomó dirección al palacio con todos los 36 etolios, apresurando la marcha, para ocuparlo. Los miembros de la escolta en un principio fueron presa del pánico mientras la acción se desarrollaba delante de sus ojos; luego, cuando vieron que las tropas etolias se alejaban, 3 se arremolinaron en torno al cadáver abandonado del tirano, convirtiéndose en un grupo de espectadores los que tenían la misión de guardar su vida y vengar su muerte. Y no se habría movilizad o nadie si de inmediato se 4 hubiera convocado a la población, tras deponer las armas, a una asamblea y se hubieran pronunciado las palabras adecuadas al momento, y luego, los etolios armados se hubieran mantenido concentrados sin cometer desmanes contra nadie. Pero, como no podía ser menos en una 5 operación iniciada con un engaño, todo contribuyó a precipitar la ruina de quienes la habían llevado a cabo. El jefe, encerrado en el palacio, dedicó un día y una noche 6 a buscar los tesoros del tirano; los etolios, que pretendían aparecer como los libertadores de la ciudad, se entregaron al saqueo como si la hubieran conquistado. La indignación 7

por lo ocurrido y el desprecio mostrado hacia ellos dieron ánimos a los lacedemonios para unirse. Unos decían que había que echar por la fuerza a los etolios y recuperar la libertad que les había sido arrebatada precisamente cuando parecía que les estaba siendo devuelta; otros decían que se debía investir de autoridad, al menos aparentemente, a alguien de la familia real, para que hubiera una cabeza en el desarrollo de la acción. De esa estirpe era Lacónico, un muchacho aún, educado con los hijos del tirano. Lo subieron a un caballo, echaron mano de las armas y mataron a los etolios que andaban por la ciudad. Después irrumpieron en el palacio y allí degollaron a Alexámeno, que ofreció resistencia junto con unos pocos hombres. Los etolios congregados en torno al Calcieco —se trata de un templo de bronce dedicado a Minerva— fueron masacrados; unos pocos arrojaron las armas y huyeron unos a Tegea y otros a Megalópolis; allí fueron apresados por los magistrados y vendidos como esclavos.

37 Filopemén, al enterarse de la muerte del
La acción tirano salió para Lacedemón, donde se
en torno a encontró con que todo era miedo y con-
Cálcide. fusión. Convocó a los dirigentes y des-
2 *Demetríade* pués de pronunciar un discurso como el
que debiera haber pronunciado Alexámeno, incorporó a
3 los lacedemonios a la Liga Aquea, operación facilitada por
el hecho de que casualmente por aquellos mismos días lle-
gó Aulo Atilio a Giteo con veinticuatro quinquerre-
4 En Cálcide, por las mismas fechas, Toante contó con
la colaboración de Eutimidas, un dirigente expulsado a raíz
de la llegada de Tito Quincio y los legados debido a la
influencia de los partidarios de la alianza con Roma,
5 y con la de Herodoro, un comerciante que era de Cía pero
que gracias a su riqueza tenía gran influencia en Cálcide.

A pesar de que estaban dispuestos para la traición los que pertenecían al partido de Eutimidas, no tuvo la misma fortuna que había jugado a favor en la ocupación de Demetriade por mediación de Euríloco. Desde Atenas, que había elegido como lugar de residencia, Eutimidas se dirigió primero a Tebas y luego a Salgánea ⁴¹⁹, y Herodoro se fue a Tronio. No lejos de allí, en el golfo Malíaco, tenía Toante dos mil soldados de a pie y doscientos de a caballo y alrededor de treinta naves pequeñas de transporte. Herodoro recibió instrucciones de llevar en ellas seiscientos soldados de infantería hasta la isla de Atalante ⁴²⁰ para pasar de allí a Cálcide cuando tuviese conocimiento de que las tropas de a pie estaban ya cerca de Áulide ⁴²¹ y del Euripo; Toante, con el resto de las fuerzas, realizando las marchas sobre todo de noche, se dirigía a Cálcide con toda la celeridad que podía.

Micición y Xenóclides, que controlaban todo el poder en Cálcide desde la expulsión de Eutimidas, o bien sospecharon la trama por sí mismos o bien alguien les informó de ello, y en los primeros momentos de pánico no veían por ningún lado más esperanza que la huida. Después, recuperados ya de su miedo, como veían que eso sería hacer traición y abandonar no sólo a la patria sino a la alianza con los romanos, centraron su atención en el siguiente plan.

Coincidía que se celebraba entonces en Eretria la fiesta anual de Diana de Amarinto ⁴²², en cuya celebración se reunían no sólo los del país sino también los caristios. Mandaron allá unos emisarios para pedir a los eretrienses

⁴¹⁹ Puerto de Beocia, en el mar de Eubea.

⁴²⁰ Pequeña isla muy próxima a la Lócride.

⁴²¹ Al sur del Euripo.

⁴²² Justo al este de Eretria.

y los caristios que se compadecieran de su suerte ya que había nacido en la misma isla, y que tuvieran en cuenta la alianza con Roma, y que no permitieran que Cálcide pasase a poder de los etolios; si retenían Cálcide, serían dueños de Eubea; si pesado había sido el dominio de los macedonios, mucho menos soportables iban a ser los etolios. La consideración hacia los romanos pesó en las ciudades más que ninguna otra cosa, pues habían experimentado recientemente su valor durante la guerra y su equidad y clemencia en la victoria. En consecuencia, las dos ciudades armaron y enviaron lo mejor de su juventud. Los habitantes de Cálcide confiaron a ésta la defensa de la muralla, y ellos cruzaron el Euripo con todas sus fuerzas y acamparon cerca de Salgánea. Desde allí enviaron una comisión a los etolios precedida por un heraldo, a preguntar qué habían dicho o hecho para que vinieran a atacarlos ellos que eran amigos y aliados. Toante, el general de los etolios, respondió que ellos no venían a atacarlos sino a liberarlos de los romanos; que ahora estaban atados con una cadena más deslumbrante pero mucho más pesada que cuando tenían en la ciudadela una guarnición de macedonios. Los calcidenses, por el contrario, afirmaron que ellos no eran esclavos de nadie ni necesitaban la protección armada de nadie. De esta manera abandonaron la entrevista los enviados regresando junto a los suyos. Toante y los etolios habían basado todas sus esperanzas en un ataque por sorpresa, y como estaban en clara inferioridad para una batalla regular y para el asedio de una ciudad defendida por tierra y mar, regresaron a su país. Eutimidás, cuando se enteró de que sus compatriotas estaban acampados en Salgánea y que los etolios se habían marchado, regresó a su vez de Tebas a Atenas. Herodoro, por su parte, después de permanecer atento en Atalante durante varios días

a la espera de una señal que no llegó, envió una nave espía para averiguar el motivo de la tardanza, y al ver que los aliados habían abandonado la operación regresó a Tronio, de donde había partido.

Quincio, enterado también de estos acontecimientos, 39 navegando desde Corinto se encontró con el rey Éumenes en la margen calcídica del Euripo. Convinieron en que el rey 2 se dirigiese a Atenas dejando en Cálcide una guarnición de quinientos hombres. Quincio siguió hacia su punto de 3 destino, Demetriadé, convencido de que la liberación de Cálcide influiría de alguna forma en los magnetes para hacerles volver a la alianza con Roma. Y para dar un poco 4 de apoyo a la gente de su partido escribió a Éunomo el pretor de los tesalios diciéndole que armase a la juventud y envió por delante a Vilio a Demetriadé para sondear el estado de ánimo de sus habitantes, dispuesto a no lanzarse al empeño sí al menos una parte de ellos no se inclinaba a tener en cuenta la antigua alianza. Vilio se desplazó 5 en una nave quinquerreme hasta la bocana del puerto; hasta allí acudieron en masa todos los magnetes, y Vilio les preguntó si preferían que se hubiese dirigido a ellos considerando los amigos o enemigos. Respondió el magnetarca 6 Euríloco que se encontraba entre amigos, pero que se abstuviera de entrar en el puerto y dejara que los magnetes estuvieran en paz y libertad, sin inquietar a la población con el pretexto de una estrevista. Lo que hubo a continua- 7 ción fue un altercado, no unas conversaciones, pues el romano reconvenía a los magnetes por su ingratitud y les anunciaba desastres inminentes, y el gentío se alborotaba acusando unas veces al senado y otras a Quincio. Pero 8 éste, después de mandar un mensaje al pretor para que llevara sus tropas de vuelta a su país, retornó a Corinto con las naves.

- 40 En cierto modo me han desviado de mi rumbo los acontecimientos de Grecia que implicaban a los romanos, y no porque tuviese mayor importancia el consignarlos con detalle sino porque fueron la causa
- Roma e Italia*
- 2 de la guerra con Antíoco. Una vez designados cónsules —pues ahí había comenzado mi digresión—, Lucio Quincio y Gneo Domicio partieron hacia sus provincias, Quincio hacia Liguria y Domicio a hacer frente a los boyos.
- 3 Los boyos permanecieron tranquilos; es más, los senadores junto con sus hijos y los prefectos junto con la caballería —mil quinientas personas en total— hicieron ac-
- 4 to de sumisión al cónsul. El otro cónsul llevó a cabo una amplia devastación en el territorio de los lígures y tomó algunos enclaves fortificados, donde aparte de aprehender toda clase de botín así como prisioneros, también fueron liberados bastantes ciudadanos y aliados que estaban en poder del enemigo.
- 5 Este mismo año, en virtud de un decreto del senado y de un plebiscito, se envió una colonia a Vibón. Fueron tres mil setecientos hombres de a pie y trescientos de a
- 6 caballo, conducidos por los triúmviros Quinto Nevio, Marco Minucio y Marco Furio Crasípede. Se le asignaron a los de a pie quince yugadas a cada uno y el doble a los de a caballo. El territorio había pertenecido últimamente a los brucios, que se lo habían quitado a los griegos.
- 7 Por la misma época ocurrieron en Roma dos hechos muy alarmantes; uno de ellos fue más duradero pero más benigno: hubo temblores de tierra durante treinta y ocho días. A lo largo de todo ese tiempo los días festivos transcurrieron entre la inquietud y el miedo. Con este motivo
- 8 se celebró un triduo de rogativas. El otro no fue motivo de pánico sin fundamento, sino que fue una auténtica ca-

tástrofe para muchos: se declaró un incendio en el mercado de bueyes y durante un día y una noche estuvieron ardiendo los edificios que daban al Tíber, y fueron pasto de las llamas todas las tiendas con mercancías de gran valor.

El año tocaba ya a su fin, y de día en día iban en 41
aumento los rumores de guerra con Antíoco así como la
preocupación de los senadores, por ello, se comenzó a tra- 2
tar la cuestión de las provincias de los magistrados designados, para que todos estuviesen más alerta. Se decidió 3
que las provincias de los cónsules fuesen Italia y aquella que el senado acordase —todo el mundo sabía que ésta sería la guerra contra el rey Antíoco—. A aquel a quien 4
correspondiese ésta en suerte se le asignaron cuatro mil soldados romanos de infantería y trescientos de caballería, y seis mil aliados latinos de a pie y cuatrocientos jinetes. Se encargó al cónsul Lucio Quincio que llevara a cabo su 5
reclutamiento, para que nada impidiera al nuevo cónsul partir inmediatamente hacia el destino que hubiese decidido el senado. Asimismo, con respecto a las provincias de los 6
pretores, se decidió que el designado por la suerte en primer lugar tendría dos jurisdicciones, la urbana y la de los conflictos entre ciudadanos y forasteros. Para el segundo, el Brucio. Para el tercero, la flota, debiendo embarcar hacia donde hubiera decidido el senado. Para el cuarto, Sicilia; Cerdeña para el quinto, y la Hispania ulterior para el sexto. Además, se dio orden al cónsul Lucio Quincio 7
de alistar dos legiones nuevas de ciudadanos romanos, y veinte mil aliados y latinos de infantería y ochocientos de caballería. Estas tropas quedaron asignadas al pretor a quien tocase en suerte la provincia del Brucio.

En aquel año fueron dedicados en el Capitolio los dos 8
templos de Júpiter que había prometido con voto Lucio

Furio Purpurión durante la guerra de la Galia, uno siendo pretor y el otro siendo cónsul. Los dedicó el duúnviro Quinto Marcio Rala. También aquel año se sustanciaron con rigor muchos procesos contra los usureros, ejerciendo la acusación contra los particulares los ediles curules Marco Tucio⁴²³ y Publio Junio Bruto. Con lo recaudado por multas se erigieron en el Capitolio cuadrigas doradas, y doce escudos de oro en el frontispicio del santuario de Júpiter. Los mismos ediles levantaron también un pórtico fuera de la puerta Trigémína, en el barrio de los carpinteros.

42 Si los romanos se entregaban a los preparativos de la nueva guerra, también por parte de Antíoco era incensante la actividad. Lo retenían tres ciudades: Esmirna, Alejandría de Tróade⁴²⁴ y Lámpsaco;

hasta entonces no había sido capaz ni de tomarlas por asalto ni de atraerlas a su amistad con condiciones, y no quería 3 dejarlas a su espalda al pasar a Europa. También lo retuvieron sus dudas con respecto a Aníbal. En primer lugar, las naves abiertas que había pensado mandar con él a África se retrasaron; luego, se suscitó la discusión acerca de si era cuestión de mandarlo o no, planteada sobre todo por el etolio Toante; éste alegaba que mientras en Grecia la confusión lo dominaba todo, él tenía Demetríade en su 5 poder, y con las mismas mentiras con que refiriéndose al rey había levantado los ánimos de muchos en Grecia a base de exagerar de palabra sus fuerzas, con esas mismas henchía también las esperanzas del rey: todos deseaban que 6 se le llamara, y acudirían en masa a los puntos de la costa

⁴²³ Sería pretor en 190.

⁴²⁴ Fundada a finales del siglo iv con el nombre de Antigonia, Lisímaco cambió su nombre tras la batalla de Ipso.

desde los que hubiera avistado la flota real. Fue también Toante quien tuvo la osadía de disuadir al rey de su decisión, prácticamente definitiva ya, con respecto a Aníbal. Pues, en su opinión no se debía dejar marchar una parte 7 de las naves separándola de la armada real, y en caso de que fuera preciso hacerlo, Aníbal era el menos indicado para confiarle el mando de esa flota; era un desterrado y un cartaginés, a quien su condición o su carácter podía inspirar mil nuevos planes cada día, y aquella misma gloria militar 8 asociada a Aníbal como una especie de dote era excesiva para el prefecto de un rey. Al rey debían volverse los ojos, el rey debía aparecer como el único jefe, el único general con autoridad suprema. Si Aníbal perdía una flota o un 10 ejército, el daño sería el mismo que si se perdía por intervención de otro general; si algo salía bien, la gloria consiguiente sería de Aníbal, no de Antíoco; si la suerte les de- 11 paraba una victoria sobre los romanos en la guerra en su conjunto, ¿había alguna esperanza de que Aníbal estuviese dispuesto a vivir bajo un rey, sometido a una sola persona él que a duras penas había soportado a su patria? Su ma- 12 nera de conducirse desde la edad juvenil, dando cabida en su mente a la esperanza de dominar el mundo entero, no hacía prever que en la vejez fuese a tolerar un amo. El rey no tenía ninguna falta de Aníbal como general, podía utilizar sus servicios en la guerra como acompañan- 13 te y asesor. Un aprovechamiento moderado de unas cualidades como las suyas no sería ni gravoso ni inútil; pero si se pretenden los mejores resultados, ello puede redundar en perjuicio de quien los proporciona y de quien los recibe.

No hay carácter tan proclive a la envidia como el de 43 aquellos cuyo ánimo no está a la altura de su linaje y su fortuna, porque aborrecen el valor y el bien ajenos. El proyecto de enviar a Aníbal —la única idea provechosa que

se había tenido desde el comienzo de la guerra— fue descartado inmediatamente. Crecido sobre todo porque Demetriade se había pasado de los romanos a los etolios, decidió no retrasar más su salida para Grecia. Antes de zarpar subió a Ilio desde la costa para ofrecer un sacrificio a Minerva. Después de regresar a la flota salió de allí con cuarenta naves cubiertas y sesenta descubiertas, seguido de doscientas de transporte con provisiones de todas clases y otro material bélico. Primero puso rumbo a la isla de Imbros; de allí cruzó a Esciatos, donde reagrupó las naves que se habían dispersado en alta mar y llegó a Pteleo, primera etapa del continente. Allí fueron a encontrarse con él desde Demetriade el magnetarca Euríloco y los dirigentes de los magnetes. Satisfecho de que fueran tantos, al día siguiente hizo su entrada en el puerto de la ciudad con la flota y desembarcó las tropas no lejos de allí. Había diez mil soldados de infantería y quinientos de caballería, y seis elefantes, fuerzas apenas suficientes para ocupar una Grecia indefensa, cuánto menos para afrontar una guerra contra Roma.

Los etolios, apenas recibieron la noticia de que Antíoco había llegado a Demetriade, convocaron una asamblea general y elaboraron un decreto invitándolo a venir. El rey había salido ya de Demetriade porque sabía que tomarían esa decisión y había llegado hasta Fálara ⁴²⁵, en el golfo Malíaco. Tras recibir el decreto marchó de allí a Lamia, siendo recibido por la multitud con enorme entusiasmo entre aplausos y aclamaciones y demás signos que expresan la alegría incontenible de la gente.

Al llegar a la asamblea fue introducido por el pretor Fencas y otros dirigentes, no sin dificultad, y cuando se

⁴²⁵ Al norte de Escarfea, en la orilla de enfrente.

guardó silencio tomó la palabra el rey. La primera parte 2 de su discurso fue para disculparse por haber llegado con fuerzas mucho menos numerosas de lo que todos pensaban y esperaban; debía verse en ello la mejor prueba de su bue- 3 na disposición hacia ellos, porque a pesar de no estar debidamente preparado en ningún terreno y de no ser aún la época del año propicia para la navegación, había respondido sin poner peros a la llamada de sus embajadores, en el convencimiento de que sólo con verle los etolios estima- 4 rían que su defensa se basaba por entero en él, incluso solo. Por lo demás, estaba dispuesto a responder con cre- 4 ces a sus esperanzas, incluso a las de aquellos cuyas expectativas parecían truncadas de momento. En efecto, en cuan- 5 to la primera estación del año abriese el mar a la navegación, pensaba llenar toda Grecia de armas, soldados y caballos, y de flotas toda la costa, y no iba a escatimar gas- 6 tos ni fatigas ni peligros hasta sacudir de su cerviz el dominio romano y hacer realmente libre a Grecia y dar a los etolios la supremacía en ella. Con los ejércitos llegarían 7 también de Asia suministros de todas clases; de momento debían ocuparse los etolios de que se proporcionase a sus hombres trigo en abundancia y otros alimentos a un precio asequible.

*Debate
entre Feneas
y Toante.
Tentativa
en Cálcide*

Después de hablar en esta línea entre 45 grandes muestras de aprobación por parte de todos, el rey se retiró. Tras la mar- 2 cha del rey hubo un enfrentamiento entre los dos jefes etolios, Feneas y Toante.

Feneas sostenía que se debía asignar a Antíoco el papel 3 de conciliador de la paz y mediador en los puntos en conflicto entre ellos y el pueblo romano, más que el de conductor de la guerra; su llegada y su autoridad serían más 4 eficaces que sus armas con vista a imponer respeto a los

- romanos; con tal de no tener que recurrir a la guerra, los hombres conceden voluntariamente muchas cosas que no es posible arrancarles con la lucha armada. Toante afirmaba que Feneas no tenía intenciones de paz sino que pretendía interrumpir los preparativos bélicos con el fin de que perdiese fuerza el ímpetu del rey por aburrimiento y de que tuviesen tiempo los romanos para prepararse; se había comprobado fehacientemente, con tantas embajadas como se había enviado a Roma y tantas entrevistas como se habían celebrado con el propio Quincio, que no se podía obtener de los romanos ninguna justicia, y de no haberse visto truncadas todas las esperanzas no se hubiera pedido la ayuda de Antíoco; ofrecida ésta con mayor prontitud de lo que nadie esperaba, no se debía perder la fuerza, se debía más bien pedir al rey que, ya que había venido a liberar a Grecia personalmente, que era lo más importante, hicisiese venir también a sus tropas terrestres y navales; el rey, armado, conseguiría algún resultado; sin armas, no ejercería ninguna influencia en los romanos no ya en favor de los etolios sino ni siquiera de sí mismo.
- Prevaleció este criterio, y se decidió que el rey sería nombrado general en jefe y se eligieron treinta dirigentes para que consultara con ellos lo que deseara.
- 46 Con esto se disolvió la asamblea y se marchó todo el mundo, cada uno a su ciudad. Al día siguiente el rey consultó con los apocletos por dónde comenzar la guerra.
- 2 Se estimó que lo mejor era atacar primero Cálcide, que recientemente había sido objeto de un intento infructuoso por parte de los etolios, y que para esa empresa más que grandes esfuerzos y preparativos lo que hacía falta era rapidez. Así pues, el rey emprendió la marcha a través de la Fócide con los mil soldados de a pie que lo habían seguido desde Demetríade, y los jefes etolios, después de mo-

vilizar a un reducido número de jóvenes, fueron por otra ruta a encontrarse con él en Queronea y lo siguieron en diez naves cubiertas. El rey emplazó el campamento en Sal- 4 gánea y él, con los jefes etolios, cruzó el Euripo con las naves. Desembarcó a poca distancia del puerto, y también los magistrados y los dirigentes de los calcidenses salieron hasta la puerta. Unas pocas personas por una y otra parte se reunieron a conferenciar. Los etolios ponían gran em- 5 peño en persuadir a los otros para que, dejando a salvo la amistad con los romanos, aceptaran también al rey como aliado y amigo, pues ésta había pasado a Europa no 6 para traer la guerra sino para libertar a Grecia, y para libertarla de verdad, no de palabra y en apariencia como habían hecho los romanos; y de hecho no había nada 7 más provechoso para las ciudades de Grecia que estrechar esta doble amistad, pues así siempre estarían defendidos contra las injusticias de las dos partes gracias a la protección y el compromiso de una de ellas; pues si rechazaban 8 al rey, que tuviesen en cuenta lo que iban a sufrir muy en breve, teniendo tan lejos la ayuda de los romanos y ante las puertas a Antíoco, un enemigo al que no podían resistir con sus propias fuerzas. A esto replicó Micición, 9 uno de los dirigentes, que él se preguntaba extrañado a quién iba a liberar Antíoco al pasar a Europa abandonando su propio reino, pues él no conocía en Grecia nin- 10 guna ciudad que albergara una guarnición o pagara tributo a los romanos, o estuviera sometida a una leyes que no fueran de su agrado, comprometida por un tratado injusto; en consecuencia, los calcidenses no tenían ninguna 11 necesidad de un libertador, puesto que eran libres, ni de una guarnición, puesto que gracias al bien hacer del mismo pueblo romano gozaban de paz y libertad; no desdeña- 12 ban la amistad del rey ni de los propios etolios; la primera

muestra de amistad que podían dar era retirarse de la isla y alejarse, pues ellos estaban resueltos a no dejar entrar a nadie dentro de sus murallas, y más aún a no pactar ninguna alianza sin el consentimiento de los romanos.

47 Cuando el rey recibió esta respuesta en las naves donde había permanecido, decidió regresar a Demetriade de momento, pues no había venido con tropas suficientes como 2 para emprender una acción por la fuerza. Una vez allí consultó con los etolios cuál podía ser el paso siguiente dado que la primera tentativa había resultado infructuosa. Se acordó sondear a los beocios, a los aqueos y a Aminandro, el rey de los atamanes. Estaban convencidos de que el pueblo beocio había vuelto la espalda a los romanos ya desde la muerte de Braquiles y los acontecimientos sub- 4 siguientes; pensaban que Filopemén, el líder de los aqueos y Quincio, eran hostiles el uno al otro debido a su rivali- 5 dad por la gloria de la guerra de Laconia. Aminandro tenía por esposa a Apama, hija de un tal Alejandro de Megalópolis que se consideraba descendiente de Alejandro Magno y había puesto los nombres de Filipo y Alejandro a sus 6 dos hijos y el de Apama a su hija; cuando ésta había llegado a ser ilustre por su enlace con un rey, Filipo, el mayor 7 de los hermanos, la había seguido a Atamania. Ocurrió que éste era de natural vanidoso, y los etolios y Antíoco habían alentado sus aspiraciones al trono de Macedonia, basadas en que realmente era de la estirpe de los reyes, si lograba unir en alianza a Aminandro y los atamanes 8 con Antíoco. Y estas vanas promesas surtieron su efecto no sólo en Filipo sino también en Aminandro.

*Congreso
de Egio.
Ocupación
de Cálcide
por Antíoco*

En Acaya, la asamblea de Egio recibió ⁴⁸
a los enviados de Antíoco y de los eto-
lios en presencia de Tito Quincio. El em- ²
bajador de Antíoco fue oído antes que
los etolios. Éste, pretencioso como la ma-
yoría de los que se mantienen de los recursos de los reyes,
llenó mares y tierras con su palabrería sin contenido:
un número incontable de jinetes estaba cruzando el Heles- ³
ponto en dirección a Europa, parte de ellos equipados con
coraza, los llamados «catafractos», y parte capaces de ma-
nejar las flechas desde el caballo y de clavarlas con bastan-
te precisión al huir montando de espaldas, contra lo cual
no hay protección que baste. Aunque con estas fuerzas de ⁴
caballería se podía aplastar incluso a los ejércitos de toda
Europa reunidos en uno solo, él añadía tropas y tropas
de infantería, y asustaba a los oyentes dando además los ⁵
nombres de pueblos de los que apenas habían oído hablar,
citando a los dahas ⁴²⁶, medos, alimeos y cadusios ⁴²⁷;
en cuanto a fuerzas navales, según él no había puertos en ⁶
Grecia capaces de darles cabida; formaban el flanco dere-
cho los sidonios y los tirios, y el izquierdo los aradios y
los sidetas ⁴²⁸ de Panfilia, pueblos jamás igualados por nin-
gún otro en valor ni en habilidad náutica; era innecesario ⁷
hablar de dinero o de otras necesidades de la guerra, pues
los propios oyentes sabían que el oro había abundado siem-
pre en los reinos de Asia; por consiguiente, los romanos
no iban a vérselas con un Filipo o un Aníbal, adalid el
uno de una sola ciudad y encerrado el otro dentro de los

⁴²⁶ Vivían cerca del mar Caspio. Eran mercenarios, no súbditos, de Antíoco.

⁴²⁷ Pueblos sometidos que vivían al suroeste del mar Caspio.

⁴²⁸ Todos fenicios. Los aradios, de la isla de Arados.

límites del reino de Macedonia únicamente, sino con el magno rey de toda Asia y parte de Europa; no obstante, aunque éste venía de los últimos confines de Oriente para libertar a Grecia, no pedía de los aqueos nada que lesionara su lealtad hacia los romanos, cuya alianza y amistad eran anteriores, pues no les pedían que empuñaran las armas uniéndose a él contra ellos sino que no se unieran a ninguno de los dos bandos, que desearan la paz para ambas partes como corresponde a unos amigos comunes, sin intervenir en la guerra. Más o menos en la misma línea, Arquidamo, el representante de los etolios, pidió que permanecieran quietos, que era lo más fácil y seguro, y que, como espectadores de la guerra, se mantuvieran a la espera del desenlace de la suerte ajena sin riesgo alguno para la suya. Luego, en su incontinencia verbal, llegó a los insultos unas veces contra los romanos en general y otras contra el propio Quincio en particular, llamándoles desagradecidos y echándoles en cara que tanto la victoria sobre Filipo como la salvación se habían logrado gracias al valor de los etolios, con cuya intervención se habían salvado él y su ejército; ¿cuándo había cumplido él, en efecto, con el papel de un general? Arquidamo lo había visto en el campo de batalla tomando auspicios, sacrificando víctimas y formulando votos como un ministro de los sacrificios, mientras él, para defenderlo, exponía su cuerpo a las armas de los enemigos.

En respuesta a esto, Quincio dijo que Arquidamo había tenido en cuenta ante quiénes más que entre quiénes hablaba, pues los aqueos sabían perfectamente que la fiereza de los etolios residía más en sus palabras que en sus hechos y se manifestaba más en asambleas y mítines que en el campo de batalla; por eso había dado menos importancia a la opinión de los aqueos, que sabían que los cono-

cían bien, y su jactancia había ido dirigida a los enviados del rey, y a través de ellos al rey ausente. Y si hasta entonces ignoraba qué era lo que había llevado a Antíoco y los etolios a unirse, podía deducirlo claramente de las palabras de sus enviados; rivalizando en mentiras y presumiendo de unas fuerzas que no tenían se habían insuflado mutuamente vanas esperanzas. «Mientras éstos cuentan que a 5 Filipo lo vencieron ellos y que a los romanos los protegió su valor y que, como acabáis de oír, vosotros y el resto de los pueblos y ciudades vais a seguir sus pasos, el rey, por su parte, baraja nubes de soldados de infantería y caballería y cubre los mares de flotas. El caso recuerda mu- 6 chísimo al de la cena de un huésped mío de Cálcide, hombre de bien y excelente anfitrión; después de ser recibidos amablemente en tiempo de verano, nos preguntábamos sorprendidos de dónde sacaría en aquella época del año una caza tan variada y abundante; el hombre, que no era pre- 7 suntuoso como éstos, contestó sonriente que aquella variedad y aquel aspecto de carne de animal salvaje se habían logrado a base de condimentos a partir de un cerdo doméstico». Esto podía ser aplicado con propiedad a las tro- 8 pas del rey de las que se había hecho alarde hacía unos momentos, pues las diferentes clases de armas y los numerosos nombres de pueblos que se habían oído —dahas, medos, cadusios y alimeos— eran todos sirios, raza de esclavos mucho más que de soldados debido a su índole servil. «Y ojalá pudiera poner ante vuestros ojos, aqueos, las 9 carreras de ese gran rey desde Demetriáde bien hacia Lamia, a la asamblea de los etolios, bien hacia Cálcide. Veríais en el campamento real algo lejanamente parecido 10 a un par de pequeñas legiones mal completas; veríais al rey en unos casos casi mendigando trigo de los etolios para racionarlo entre sus tropas, en otros buscando dinero pres- 11

tado para la paga militar, y en otra ocasión detenido ante las puertas de Cálcide y, al serle negada la entrada, regresar poco después a Etolia sin haber hecho otra cosa que contemplar Áulide y Euripo. Mal hicieron al confiar Antíoco en los etolios y los etolios en la vanidad del rey; 12 con mayor razón vosotros no debéis dejaros engañar sino que más bien debéis confiar en la probada y comprobada 13 lealtad de los romanos. Pues en cuanto a eso que dicen ser lo mejor, que vosotros no intervengáis en la guerra, todo lo contrario: no hay nada tan opuesto a vuestros intereses, puesto que seréis el premio del vencedor, sin renoci- mientos y sin dignidad».

50 Daba la impresión de que había atinado en su respuesta a unos y otros, y era natural que su discurso fuese acogido favorablemente por los oyentes que estaban de su parte. Sin la menor discusión o duda, por lo tanto, convinie- 2 ron todos que quienes fuesen considerados enemigos o amigos por el pueblo romano serían también enemigos o amigos del pueblo aqueo, y dispusieron que se declarase la 3 guerra a Antíoco y a los etolios. También se enviaron inmediatamente tropas de apoyo a donde Quincio decidió, quinientos hombres a Cálcide y otros tantos al Pireo. 4 La situación en Atenas, en efecto, estaba próxima a un levantamiento, pues algunos, con la esperanza de ser recompensados, intentaban poner de parte de Antíoco a la población dispuesta a dejarse comprar, hasta que los que estaban de parte de los romanos llamaron a Quincio y el promotor de la rebelión, Apolodoro, actuando como acusador un tal Leronte, fue condenado y arrojado al exilio.

5 También la embajada trajo al rey una dura respuesta de los aqueos; los beocios no dieron una contestación defi-

nitiva: cuando Antíoco llegase a Beocia estudiarían qué procedía hacer.

Al enterarse Antíoco de que tanto los aqueos como el 6 rey Éumenes habían enviado tropas a la guarnición de Cálcide pensó que había que darse prisa para que los suyos llegasen antes y, si podían, sorprendiesen a los otros cuando llegasen. Envió a Menipo con unos tres mil hombres y a 7 Polixénidas con toda la flota, y él marchó pocos días después al frente de seis mil de sus hombres y un número inferior de etolios de los que así de pronto se pudieron reunir en Lamia. Los quinientos aqueos y el pequeño cuer- 8 po de apoyo enviado por el rey Éumenes, mandados por Xenóclides de Cálcide, cruzaron el Eurípo sin peligro, pues aún no estaban bloqueadas las rutas, y llegaron a Cálcide. Los soldados romanos, en torno a los quinientos también, 9 llegaron cuando ya Menipo tenía el campamento delante de Salgánea, cerca del Hermeo, punto de tránsito desde Beocia a la isla de Eubea. Los acompañaba Micición, el 10 emisario enviado a Quincio desde Cálcide precisamente para solicitarle aquel refuerzo armado. Éste, cuando vio que 11 el paso estaba bloqueado por el enemigo, abandonó la ruta de Áulide y giró en dirección a Delio con la intención de cruzar desde allí a Eubea.

Delio es un templo de Apolo situado sobre el mar; dis- 12 ta cinco millas de Tanagra, y desde allí a la costa de Eubea más cercana hay una travesía de menos de cuatro millas por mar. Allí, en el templo y el bosque sagrado, lugares 2 protegidos por el carácter religioso y el derecho de los santuarios que ampara los recintos llamados «asilos» por los griegos, en unos momentos además en que aún no había sido declarada la guerra o al menos, si se había desencade- 3 nado, no habían llegado noticias de que se hubieran desen- vainado las espadas o se hubiera producido derramamien-

to de sangre en ninguna parte, los soldados estaban muy desocupados; unos se dedicaban a visitar el templo y el bosque sagrado, otros vagaban por la playa desarmados, y gran parte de ellos se habían diseminado por los campos para recoger leña y forraje. Cuando andaban dispersos aquí y allá, Menipo los atacó de improviso, mató ⁴²⁹ a... y cogió vivos a unos cincuenta. Escaparon muy pocos, entre ellos Micición, que fue recogido por una pequeña embarcación de carga. Este hecho disgustó a Quincio y a los romanos porque se perdieron hombres, pero al mismo tiempo parecía dar mayor legitimidad a una ofensiva bélica contra Antíoco. Éste, después de acercarse a Áulide con su ejército, envió de nuevo parlamentarios a Cálcide —en parte gente suya y en parte etolios— para proponer lo mismo que anteriormente pero en un tono más conminatorio. A pesar de los esfuerzos en contra que hicieron Micición y Xenóclides, consiguió que se le abrieran las puertas sin mayor dificultad. Los que estaban de parte de los romanos abandonaron la ciudad a la llegada del rey. Las tropas de los aqueos y de Éumenes ocupaban Salgánea, y en el Euripo unos pocos soldados romanos estaban construyendo un fuerte ⁴³⁰ para defender la posición. Menipo se dispuso a atacar Salgánea, y el propio rey el fuerte del Euripo. Los aqueos y los soldados de Éumenes abandonaron la posición tras llegar al acuerdo de que se les permitiera marchar indemnes; los romanos defendían el Euripo con más tenacidad. Pero tampoco éstos aguantaron el asedio, al estar sitiados por tierra y mar y ver que estaban llegando máquinas de asedio y lanzamiento. Una vez que el rey tenía ocupada aquella posición que era la llave de Eubea,

⁴²⁹ Se supone la falta de un numeral.

⁴³⁰ En la colina que está justo al norte del puente del Euripo.

las demás ciudades de dicha isla tampoco rehusaron su autoridad. Tenía así la impresión de haber iniciado la guerra con muy buen pie, puesto que habían pasado a su dominio una isla tan grande y tantas ciudades estratégicamente situadas.

ÍNDICE DE NOMBRES*

- abideno(s), XXXI 17, 1; 18, 2 y 7. XXXII 21, 22.
- Abidos, XXXI 14, 4, 16, 6; 18, 1, 2, 8 y 9; 31, 4. XXXII 33, 7. XXXIII 30, 3; 38, 4 y 8.
- Academia, XXXI 24, 10.
- Acantos, XXXI 45, 15.
- acarnán(es), XXXI 14, 7 y 9; 23, 8; 29, 15. XXXII 40, 7. XXXIII 14, 5; 16, 1, 3 y 4. XXXV 18, 1; 27, 11.
- Acarnania, XXXI 14, 10. XXXII 18, 3 y 5. XXXIII 17, 1, 5-8 y 15.
- Acarras, XXXII 13, 13.
- Acaya, XXXI 26, 1 y 4; 31, 4. XXXII 5, 4; 25, 1; 37, 3; 38, 1. XXXIII 14, 8; 15, 16; 18, 22; 29, 8. XXXIV 50, 7. XXXV 48, 1.
- Acesímbroto, XXXI 46, 6; 47, 2. XXXII 16, 6; 32, 11.
- Acila, XXXIII 48, 1.
- Acilio, (Gayo), XXXV 14, 5.
- Acilio Glabrión, Manio (cónsul en 191), XXXI 50, 5. XXXIII 24, 2; 25, 2; 26, 1; 36, 2. XXXV 24, 5. Manio Acilio, XXXV 10, 3.
- Acras, XXXV 27, 3.
- Acrea, XXXII 23, 10.
- Acrefia, XXXIII 29, 6 y 9.
- Acrocorinto, XXXIII 31, 11. XXXIV 49, 5; 50, 8.

* Los números romanos hacen referencia a los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son seguidos y por coma si son salteados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma, y las de los libros por punto. Las menciones indirectas van entre paréntesis. En la elaboración de este índice ha prestado una valiosa colaboración la profesora Araceli Fernández Rodríguez.

- Adrumeto, XXXIII 48, 4.
- Afranio (Estelión), Gayo (pre-
tor en 185), XXXIII 22, 2.
- África, XXXI 4, 1 y 6; 7, 13;
8, 6; 11, 4, 10, 17 y 18; 14,
2; 19, 1; 49, 4 y 5; 50, 1.
XXXII 3, 3 y 5; 9, 1; 26, 6.
XXXIII 48, 2. XXXIV 60,
5; 62, 11 y 15. XXXV 2, 8;
18, 8; 42, 3.
- Africano, ver Cornelio.
- Afrodisíade, XXXIII 20, 4.
- Aftir, XXXIV 62, 10.
- Agésipolis, XXXIV 26, 14.
- agreo(s), XXXII 34, 4.
- agrián(es), XXXIII 18, 9 y 15.
- Alabanda, XXXIII 18, 7.
- Albano (monte), XXXII 1, 9.
XXXIII 23, 3 y 8.
- Albo, XXXII 9, 2.
- Alejandría, XXXI 18, 1; 43, 5.
- Alejandría de Tróade, XXXV
42, 2.
- Alejandro (acarnán), XXXV
18, 1.
- Alejandro (epirota), XXXII 10,
2.
- Alejandro (hijo de Aminandro),
XXXV 47, 5.
- Alejandro (Isio), XXXII 33, 9;
34, 1. XXXIV 23, 5.
- Alejandro Magno, XXXV 47,
5. Alejandro, XXXV 14, 7
y 11.
- Alejandro de Megalópolis,
XXXV 47, 5.
- Alexámeno, XXXXV 34, 5; 35,
4-6, 11, 12 y 18; 36, 1 y 9;
37, 2.
- Alífera, XXXII 5, 4.
- Alopeconeso, XXXI 16, 5.
- Amarinto, XXXV 38, 3.
- Ambracia, XXXII 14, 7; 15, 5
y 6.
- Ambriso, XXXII 18, 7.
- Amiclas, XXXIV 28, 12.
- Amílcar, XXXI 10, 2; 11, 15;
19, 1; 21, 18. XXXII 30, 12.
XXXIII 23, 5.
- Amílcar (Barca), XXXV 19, 3
y 6.
- Aminandro, XXXI 28, 1 y 3;
41, 1, 6 y 7; 42, 8. XXXII
13, 15; 14, 1 y 7; 32, 11; 36,
10. XXXIII 3, 10; 12, 2; 34,
11. XXXV 47, 2, 5, 7 y 8.
- Amiterno, XXXV 21, 4.
- Ampio, Gayo, XXXI 2, 6 y 9.
Ampio, XXXI 2, 7.
- Anciate, Valerio, XXXV 2, 8.
- andrio(s), XXXI 45, 7.
- Andros, XXXI 15, 8; 45, 2 y
9; 46, 6. XXXII 16, 7.
- Androcles, XXXIII 16, 4.
- Andróstenes, XXXII 23, 5.
XXXIII 14, 1 y 5; 15, 1.
- Anemurio, XXXIII 20, 4.
- anfíloco(s), XXXII 34, 4.
- Angeia, XXXII 13, 10.
- Aníbal, XXXI 1, 10; 2, 3; 7,
4-8 y 13; 11, 5; 18, 9; 31, 12;
49, 6. XXXII 3, 3; 23, 9.

- XXXIII 12, 7; 45, 5 y 6; 46, 3 y 5; 47, 1, 3-7 y 9; 48, 2, 7, 9 y 10; 49, 1, 5 y 7.
- XXXIV 3, 7; 6, 11; 43, 5; 50, 5; 60, 1-3; 61, 4, 6 y 7.
- XXXV 10, 6; 12, 14; 14, 2 y 4-6; 18, 8; 19, 1, 6 y 7; 42, 3, 6, 7 y 9-12; 43, 2; 48, 7.
- Antedón, XXXIII 28, 14.
- Antícira, XXXII 18, 4 y 6; 39, 4; 40, 7. XXXIII 31, 7.
- Antífilo, XXXIII 1, 3 y 7.
- Antigonea, XXXII 5, 9.
- Antígono, XXXII 21, 25; 22, 10; 34, 11. XXXIV 28, 1.
- Antíoco, XXXI 14, 5. XXXII 8, 10, 13 y 15; 27, 1. XXXIII 13, 15; 18, 22; 19, 6 y 8; 20, (2), 4, (6-7), 10 y 11; 27, 6; 31, 6, 10 y 11; 34, 2, 3 y (5); 35, 2 y 6; 38, 1, (6)-8; 39, 1, 2 y 4-6; 40, 1 y 2; 41, 2, 3, (5) y (8); 43, 6; 44, 5 y 6; 45, 2, 5 y 6; 47, 6; 49, 2 y (6-7). XXXIV 22, 5; 33, 12; 37, 5; 43, 4; 57, 4, 10 y 11; 58, 4-7, 10 y 12; 59, 3-5; 60, 1, 2 y (6); 61, (1, 2) y 7; 62, 6. XXXV 12, 2, 6, 9, 12, 13, 15 y 16; 13, 4, 6, 7 y 9; (14, 1 y 4); 15, 1, (6), 8 y (9); 16, 2, 5, 7 y 10; 17, 1, (3), 4 y 6; 18, 1 y 7; 19, (1), 3 y (7); 20, 1 y 14; 22, 3; 23, 1, 3, 8 y 10; 25, 1; 31, 1, 4, 6 y 10; 32, 2, 8, 10 y (12); 33, 1, 6 y 8; 34, 1; 35, 7; 40, 1; 41, 1 y 3; 42, 1, (5, 6), 10 y (12); 43, 7 y (8); (44, 1); 45, (1, 2), 3, (5), 6 y (7-9); 46, (1, 3-5), (8-10) y 11; 50, 2 y 4-6; 51, 5.
- Antíoco (hijo), XXXV 13, 5; 15, 2 y 15.
- Antioquía, XXXIII 19, 8; 41, 9; 49, 5. XXXV 13, 4.
- Antipatrea, XXXI 27, 2.
- Áoo (río), XXXII 5, 10; 6, 5; 10, 2; 13, 10; 21, 14. XXXIII 4, 1.
- Apama, XXXV 47, 5.
- Apama (hija), XXXV 47, 5.
- Apamea, XXXV 15, 1 y 2.
- apódoto(s), XXXII 34, 4.
- Apolo, XXXII 1, 10; 25, 2; 40, 8. XXXV 43, 2. XXXV 51, 1.
- Apolodoro, XXXV 50, 4.
- Apolonia, XXXI 18, 9; 22, 4; 27, 1; 40, 6. XXXV 24, 7.
- apoloniata(s), XXXIII 3, 10.
- Apelauro, XXXIII 14, 10.
- Apso (río), XXXI 27, 1.
- apulio(s), XXXI 4, 2.
- Apustio Fulón, Lucio (pretor en 196), XXXI 4, 7. XXXIII 24, 2; 26, 1. XXXV 9, 7. Lucio Apustio, XXXI 27, 1; 44, 1. XXXII 16, 5. XXXIV 53, 2. Apustio, XXXI 27, 2; 46, 5; 47, 2. XXXV 9, 8.

- aqueo(s), XXXI 25, 2, 3, 8 y 9. XXXII 5, 4 y 5; 19, 1 y 4-6; 20, 3; 21, 1, 6 y 16; 22, 6; 23, 1, 3, 4, 8 y 13; 25, 6, 9 y 11; 32, 10 y 11; 33, 8; 34, 11; 35, 1, 4 y 11; 39, 7, 8 y 11; 40, 4. XXXIII 2, 4 y 9; 14, 1 y 6; 18, 10, 15 y 16; 20, 10-12; 31, 11; 32, 5; 34, 7 y 9. XXXIV 23, 6; 24, 1 y 6; 25, 3; 28, 11; 30, 7; 41, 4; 49, 5; 50, 6. XXXV 12, 7; 13, 2; 22, 2; 25, 2, 3 y 12; 26, 3; 27, 11 y 14; 29, 9; 30, 3, 4 y 13; 31, 1 y 2; 35, 2 y 5; 37, 2; 47, 2 y 4; 48, 8; 49, 2, 3 y 9; 50, 2, 5 y 8; 51, 7 y 8.
- aradio(s), XXXV 48, 6.
- Arato, XXXII 21, 23.
- árcade(s), XXXII 5, 5.
- Arcadia, XXXV 26, 4.
- Árdea, XXXII 1, 9; 9, 2.
- Ardie, XXXIII 19, 9.
- Argenta, XXXII 14, 3.
- argivo(s), XXXII 22, 9 y 11; 25, 8; 38, 4; 39, 9; 40, 1 y 2. XXXIV 25, 7; 26, 2 y 7; 29, 14; 32, 6 y 8; 35, 3; 40, 5; 41, 3.
- Argos, XXXI 7, 9; 25, 2. XXXII 25, 1 y 11; 33, 8; 34, 12; 35, 11; 23, 6, 10 y 11; 24, 2, 4 y 6; 25, 3-5; 26, 4 y 7; 29, 14; 31, 6 y 8-10; 32, 4, 5, 10 y 11; 33, 3; 35, 3; 41, 4 y 7. XXXV 18, 5.
- Aricia, XXXV 9, 4.
- Arimino, XXXI 10, 5; 11, 1; 21, 1 y 2; 48, 9. XXXIII 2 y 5. XXXIV 45, 7. XXXV 22, 3.
- Aristeno, XXXII 19, 2; 20, 3; 21, 1; 22, 1; 32, 11. XXXIII 2, 4. XXXIV 24, 1; 25, 3; 26, 6; 30, 7; 33, 1.
- Aristón, XXXIV 61, 2, 4, 7, 8, 10, 14 y 15; 62, 1.
- Armenes, XXXIV 52, 9.
- arpino(s), XXXIV 45, 3.
- Arpos, XXXIV 6, 11.
- Arquelao, XXXIII 16, 5.
- Arquidamo, XXXII 4, 2. XXXV 48, 10 y 13; 49, 1.
- Arquipo, XXXIV 40, 6.
- Arrecio, XXXI 21, 1. XXXII 9, 3. XXXIV 56, 4. XXXV 3, 2; 21, 3.
- Asdrúbal, XXXI 10, 2.
- Asia, XXXI 1, 7; 2, 1; 47, 2. XXXII 16, 6; 33, 7. XXXIII 18, 3 y 22; 21, 3 y 6; 30, 2 y 3; 31, 3 y 4; 32, 2; 33, 7; 34, 3; 36, 1; 38, 1; 39, 3 y 7; 40, 2; 41, 5; 49, 6. XXXIV 4, 3; 57, 2, 4 y 10; 58, 2, 3 y 6; 59, 4. XXXV 15, 8; 16, 10; 17, 4; 32, 8 y 14; 44, 7; 48, 7.
- Asnao, XXXII 5, 11.
- Astragón, XXXIII 18, 6.

- Atalante, XXXV 37, 7; 38, 14.
 Atálida, XXXI 15, 6.
 Átalo I, XXXI 2, 1; 14, 4 y 11;
 15, (1), 6, 7 y 9; 16, 1 y 6-8;
 17, 3; 18, 2; 24, 10; 25, 1;
 28, 3; 33, 2; 44, 1; 45, 1, 7
 y (8); 46, (2), 3, 5, 9, (10),
 13 y 16; 47, (2) y 3. XXXII
 8, 9-13, 15 y 16; 16, 6, 9 y
 14; 19, 3, 5 y 11; 21, 4; 23,
 1, 4, 8, 12 y 13; 27, 1; 32,
 11; 33, 5; 34, 7 y 8; 35, 10;
 39, 2, 3, 5, 7, (8) y (9); 40,
 1, (2) y 8. XXXIII 1, 1, 2
 y (3); 2, 1, (3) y 7; 3, 3; 21,
 1; 30, 9 y 10; 34, 10.
 Átalo II, XXXV 23, 10 y 11.
 atamán(es), XXXI 28, 1; 40, 7;
 41, 1; 42, 6-8. XXXII 13, 15;
 14, 4; 36, 10. XXXIII 3, 10;
 12, 2. XXXV 47, 2 y 7.
 Atamania, XXXI 41, 6. XXXII
 14, 1. XXXV 47, 6.
 Atenágoras, XXXI 27, 6; 35,
 1; 36, 2; 40, 8; 43, 1 XXXII
 5, 9 y 11. XXXIII 7, 11.
 Atenas, XXXI 7, 6; 9, 3; 14,
 3, 4 y 10; 22, 5; 24, 3 y 4;
 26, 6-8; 44, 3. XXXII 16, 5.
 XXXIII 29, 9. XXXIV 4, 4.
 XXXV 31, 3; 37, 6; 38, 13;
 39, 2; 50, 4.
 ateniense(s), XXXI 1, 10; 5, 6
 y 7; 9, 1; 14, 3, 6, 9 y 11;
 15, 5 y 7; 16, 2; 22, 7 y 8;
 24, 10 y 17; 26, 1 y 6; 29,
 2; 30, 1 y 11; 31, 1 y 3; 44,
 1, 6, 7 y 9; 45, 2. XXXII 19,
 5 y 12; 21, 21. XXXIII 20,
 2; 29, 10; 30, 11. XXXIV 23,
 2 y 5. XXXV 32, 7 y 12; 33,
 2.
 Ateo, XXXI 34, 7.
 Ática, XXXI 14, 10; 25, 11; 26,
 11; 30, 8; 45, 10. XXXII 17,
 3.
 ático(s), XXXII 21, 21. XXXIV
 52, 6.
 Atilio, Lucio (pretor en 197),
 XXXII 27, 7. Atilio, XXXII
 28, 2.
 Atilio Serrano, Aulo (cónsul en
 170), XXXIV 54, 3. XXXV
 10, 11; 20, 8. Aulo Atilio,
 XXXV 34, 3. Atilio, XXXV
 20, 10 y 11; 22, 2; 23, 4.
 Atinio, Gayo (pretor en 188),
 XXXIV 46, 2.
 Atinio, Marco, XXXIV 47, 2.
 Atinio Labeón, Gayo (pretor en
 190), XXXIII 22, 2; 25, 6;
 42, 7; 43, 5. Gayo Atilio,
 XXXII 29, 3.
 Atrage, XXXII 15, 8; 17, 4.
 XXXIII 4, 1.
 Atrio de la Libertad, XXXIV
 44, 5.
 Áulide, XXV 37, 8; 49, 11; 50,
 11; 51, 6.
 Aurelio, Lucio, XXXIII 42, 2.
 Aurelio, Marco, XXXI 3, 4; 5,
 5. Aurelio, XXXI 3, 6; 5, 7.

- Aurelio Cota, Gayo (cónsul en 200), XXXI 4, 4; (47, 6); (48, 3-5, 8 y 9); (49, 1, 3 y 9).
 Gayo Aurelio, XXXI 5, 1; 11, 1; 12, 3 y 10; 22, 3; 47, 4; 49, 8. XXXII 1, 4; 7, 5.
 Aurelio, XXXI 6, 2.
- Aurelio Cota, Marco, XXXI 50, 5.
- ausetano(s), XXXIV 20, 1.
- Aventino, XXXIV 7, 14. XXXV 9, 4.
- Barbostene (monte), XXXV 27, 13; 30, 9.
- Barca (los), XXXIV 61, 11.
- Bardón, XXXIII 21, 8.
- Bargilias, XXXII 33, 6; 35, 10. XXXIII 18, 19; 30, 3; 35, 2; 39, 2. XXXIV 32, 5.
- Bato, XXI 28, 1.
- Bebe, XXXI 41, 4.
- Bebio, Quinto, XXXI 6, 4.
- Bebio Tánfilo, Gneo (cónsul en 182), XXXI 49, 12; 50, 3. XXXII 7, 5. Gneo Bebio, XXXII 1, 2. Bebio, XXXII 1, 4.
- Bebio Tánfilo, Marco (cónsul en 181), XXXIV 45, 3. XXXV 10, 11; 20, 8. Marco Bebio, XXXV 22, 5; 24, 7. Bebio Tánfilo, XXXV 20, 12. Bebio, XXXV 20, 10; 21, 1.
- Belona, XXXI 47, 7. XXXIII 22, 1; 24, 5.
- Beocia, XXXI 24, 3; 26, 13; 45, 6. XXXII 17, 3; 18, 5; 23, 11. XXXIII 1, 1; 2, 6; 29, 5. XXXV 50, 5 y 9.
- beocio(s), XXXIII 1, 1, 3 y 7; 2, 1, 4 y 9; 14, 5; 27, 5, 7 y 8; 29, 1, 7, 8 y 10-12. XXXV 47, 2 y 3; 50, 5.
- Bergio, XXXIV 21, 1.
- bergistano(s), XXXIV 16, 9; 17, 5; 21, 2 y 6.
- Besadine, XXXIII 44, 4.
- Beturia, XXXIII 21, 8.
- Bevo, XXXI 33, 6.
- Bianor, XXXIII 16, 5.
- Bilistage, XXIV 11, 2; 12, 7.
- Bitinia, XXXIII 30, 4.
- Bizacio, XXXIII 48, 1.
- bizantino(s), XXXII 33, 7.
- Bóreas, XXXI 45, 12.
- boyo(s), XXXI 2, 5, 6 y 11; 10, 2. XXXII 29, 7 y 8; 30, 1, 3 y 4; 31, 1, 2 y 5. XXXIII 22, 4; 23, 8; 36, 4, 8, 9 y 15; 37, 1-5 y 10; 43, 4. XXXIV 22, 1; 42, 2; 46, 1 y 4; 48, 1; 56, 10. XXXV 4, 1, 2 y 4; 5, 13; 6, 1 y 8; 12, 1; 22, 3; 40, 2 y 3.
- Boyórix, XXXIV 46, 4.
- Braquiles, XXXIII 27, 8; 28, 1. XXXV 47, 3.
- Brixia, XXXII 29, 6.

- Bruanio, XXXI 39, 5.
 Brucio, XXXI 6, 2; 8, 7; 12, 1 y 3. XXXII 1, 7 y 11. XXXIV 53, 1 y 2. XXXV 20, 10 y 11; 22, 5; 41, 6 y 7.
 brucio(s), XXXI 7, 11. XXXIV 45, 4. XXXV 40, 6.
 Brundisio, XXXI 14, 1 y 2. XXXII 9, 6. XXXIV 52, 2. XXXV 22, 5; 24, 7.
 Brutos, XXXIV 8, 2.
 Budare, XXXIII 44, 4.
 Bursa, XXXIV 62, 12.
 Buxento, XXXII 29, 4. XXXIV 42, 6; 45, 2.
 cadusio(s), 48, 5; 49, 8.
 Cálcede, XXXIV 23, 8 y 9; 49, 5; 51, 1 y 3. XXXV 16, 12; 31, 3; 34, 4 y 5; 37, 4, 5, 8 y 9; 39, 1, 4, 5 y 7; 39, 2 y 3; 46, 2; 49, 6, 9 y 11; 50, 3, 6, 8 y 10; 51, 6.
 calcidense(s), XXXV 38, 10; 46, 4 y 11.
 calcídico(s), XXXV 39, 1.
 Calciéco, XXXV 36, 9.
 Calcis, XXXI 22, 7; 23, 1, 4 y 11; 24, 2 y 5; 25, 7. XXXII 16, 8, 12 y 14; 37, 3. XXXIII 31, 3, 4 y 11.
 Calífera, XXXII 13, 11.
 Calímede, XXXI 16, 4.
 Calípolis, XXXI 16, 6.
 Calpurnio, Lucio, XXXII 19, 11.
 Campamento de Pirro, XXXII 13, 2. XXXV 27, 14.
 Campania, XXXI 8, 9.
 campano(s), XXXI 29, 11; 31, 10. XXXIV 45, 3.
 Campo de Marte, XXXI 7, 1. XXXII 7, 11. XXXV 10, 12.
 Canastreo, XXXI 45, 15.
 Cannas, XXXIV 6, 11.
 Caonia, XXXII 5, 9.
 Capena (puerta), XXXIII 26, 9.
 capenate(s), XXXIII 26, 8.
 Capitolio, XXXI 14, 1. XXXII 8, 1; 27, 1; 29, 2. XXXIII 25, 7; 36, 13. XXXIV 1, 4; 5, 8; 45, 6; 53, 2; 56, 5 y 7. XXXV 21, 6; 41, 8 y 10.
 Capua, XXXI 29, 10 y 11; 31, 6 y 15. XXXII 7, 3; 9, 2. XXXIV 6, 11. XXXV 9, 4.
 Caria, XXXIII 18, 9; 19, 11; 30, 11.
 Carias, XXXIV 26, 9. XXXV 27, 13.
 caristio(s), XXXI 45, 10. XXXII 16, 8. XXXV 38, 3 y 4.
 Caristos, XXXI 45, 10. XXXII 16, 8; 17, 1; 21, 13. XXXIII 34, 10.
 Caríteles, XXXII 21, 23.
 Carmone, XXXIII 21, 8.
 Caropo, XXXII 6, 1; 11, 1, 4 y 5; 14, 5.
 cartagines(es), XXXI 1, 4 y 10; 2, 3; 5, 1; 7, 5, 8 y 13; 10,

- 2; 11, 9 y 13; 19, 1; 21, 18; 29, 6; 31, 9. XXXII 2, 1; 26, 5, 8 y 16; 30, 12. XXXIII 12, 7 y 8; 23, 5; 26, 6; 45, 5; 4, 6, 8 y 9; 49, 3 y 4. XXXIV 13, 7 y 8; 18, 1; 22, 8; 31, 3; 60, 5; 61, 13 y 14; 62, 1-4, 6, 8-11, 14 y 15. XXXV 42, 8.
- Cartago, XXXI 1, 6 y 9; 7, 10; 11, 4, 5, 7 y 8; 31, 15. XXXIII 46, 1; 47, 6 y 7; 48, 9; 49, 2 y 5. XXXIV 60, 1; 61, 2 y 4.
- Casandrea, XXXI 45, 14.
- Castro, XXXII 7, 3.
- Castro de Salerno, XXXII 29, 3.
- Catón, ver Porcio.
- Caudio, XXXV 11, 3.
- Cauno, XXXIII 20, 12.
- Cea, XXXI 15, 8.
- Cecilio (Metelo), Marco (pretor en 206), XXXI 21, 8.
- Cecilio Metelo, Quinto (cónsul en 206), XXXI 4, 3. Quinto Metelo, XXXV 8, 4.
- Cela, XXXI 47, 1.
- Celatará, XXXII 13, 12.
- celayete(s), XXXII 29, 7.
- Cele, XXXII 4, 3.
- Celesiria, XXXIII 19, 8.
- Celetro, XXXI 40, 1 y 4.
- Celimontana (puerta), XXXV 9, 3.
- celino(s), XXXI 10, 2.
- celtíbero(s), XXXIV 10, 1; 17, 4; 19, 1-3, 7, 8 y 10. XXXV 7, 8.
- Cencreas, XXXII 17, 3; 19, 3; 21, 7; 23, 3 y 4; 40, 9.
- cenomano(s), XXXI 10, 2. XXXII 29, 6; 30, 1, 4, 6, 7 y 11. XXXIII 22, 4; 23, 4.
- Cercecio (monte), XXXII 14, 7.
- Cerceyos, XXXII 26, 7 y 8.
- Cercina, XXXIII 48, 3, 4 y 11.
- Cercinio, XXXI 41, 1 y 3.
- Cerdeña, XXXI 8, 10. XXXII 1, 2 y 6; 8, 5 y 7; 27, 2 y 3; 28, 2. XXXIII 26, 2; 43, 9. XXXIV 43, 7; 55, 6. XXXV 20, 8; 41, 6.
- cerdiciate(s), XXXII 29, 7.
- Ceres, XXXI 14, 7; 30, 9; 47, 2. XXXIII 25, 3. XXXIV 6, 15.
- Cermalo, XXXIII 26, 9.
- César, XXXIV 9, 3.
- Cía, XXXV 37, 5.
- ciano(s), XXXII 21, 22. XXXIII 30, 4.
- ciciceno(s), XXXI 17, 6.
- Cícladas, XXXIV 26, 11.
- Ciclíadas, XXXI 25, 3 y 9. XXXII 19, 2; 32, 10.
- Cidante, XXXIII 3, 10.
- Cierio, XXXII 15, 3.
- Cífera, XXXII 13, 15.
- Cilarabi, XXXIV 26, 23.
- Cilicia, XXXIII 19, 11; 20, 2 y 4. XXXV 13, 4.

- Cincia (ley), XXXIV 4, 9.
 Cincio, Marco, XXXIV 56, 1.
 Cineas, XXXIV 4, 6 y 11.
 Cinosarges, XXXI 24, 17 y 18.
 Cinoscéfalas, XXXIII 7, 3; 16, 1; 17, 15; 20, 10.
 Cios, XXXI 31, 4. XXXII 33, 16; 34, 6.
 Ciparisia, XXXII 21, 23.
 Cipsela, XXXI 16, 5.
 Circo Máximo, XXXIII 27, 5.
 Cirecia, XXXI 41, 5.
 Cirenas, XXXIV 62, 10.
 Citerón, XXXI 26, 1.
 Citnos, XXXI 15, 8; 45, 9.
 Clastidio, XXXII 29, 7; 31, 4.
 Claudio, Publio, XXXIII 36, 5.
 Claudio (Caudice), Apio (cónsul en 264), XXXI 1, 4.
 Claudio (Cuadrigario, Quinto), XXXIII 10, 9; 30, 8; 36, 13. XXXV 14, 5.
 Claudio Centón, Gayo, XXXI 14, 3. Gayo Claudio, XXXI 22, 5. Claudio, XXXI 22, 8; 23, 3.
 Claudio (Marcelo), Marco (cónsul en 222, 210, 208), XXXI 13, 2.
 Claudio Marcelo, Marco (cónsul en 196), XXXI 50, 1. XXXII 7, 13; 8, 5. XXXIII 24, 1; 25, 4 y (6); (36, 14 y 15); 47, 7. Marco Claudio, XXXV 6, 8; 8, 1. Marco Marcelo, XXXII 27, 3. XXXIII 42, 5 y 7. XXXV 5, 1; 8, 4. Marcelo, XXXII 8, 7. XXXIII 25, 5; 36, 4, 9 y 10; 37, 9.
 Claudio Nerón, Apio (pretor en 195), XXXIII 42, 7; 43, 5. XXXIV 17, 1. Apio Claudio, XXXII 35, 7; 36, 10. XXXIII 43, 7. XXXIV 10, 1; 28, 10; 50, 10.
 Claudio Nerón, Gayo (cónsul en 207), XXXI 2, 3. Gayo Claudio, XXXI 12, 8.
 Claudio (Pulcro), Apio (cónsul en 185), XXXIII 29, 9. Apio, XXXIII 44, 3.
 Claudio Pulcro, Gayo (cónsul en 177), XXXIII 44, 3.
 Cleomedonte, XXXII 21, 8, 12, 16 y 33.
 Cleómenes, XXXIV 26, 14; 28, 1.
 Cleonas, XXXIII 14, 7 y 11; 15, 3 y 7. XXXIV 25, 3.
 Cnido, XXXI 27, 6.
 Codrión, XXXI 27, 5.
 Come, XXXII 13, 10.
 comense(s), XXXIII 36, 9; 37, 10.
 Como, XXXIII 36, 14 y 15.
 Copaide, XXXIII 29, 6.
 Coracesio, XXXIII 20, 4 y 5.
 Corcira, XXXI 18, 9; 22, 5; 44, 1; 47, 2. XXXII 6, 1 y 4; 9, 6-8; 14, 7; 16, 2; 23, 13; 39, 4. XXXIII 16, 1 y 6; 17, 2.

Córico, XXXIII 20, 4.
corintio(s), XXXII 17, 3; 23, 5.

XXXIII 14, 2 y 5; 32, 5.

Corinto, XXXI 7, 7; 22, 6; 25, 2, 7 y 11. XXXII 18, 4; 19, 3 y 4; 23, 3, 10 y 11; 25, 1, 7 y 11; 33, 8; 34, 13; 35, 11; 37, 3; 38, 1 y 2; 40, 5 y 7. XXXIII 14, 1; 15, 3 y 12; 31, 3, 4, 7 y 11; 34, 9. XXXIV 4, 4; 22, 6; 23, 6 y 9; 48, 3; 51, 3. XXXV 16, 12; 26, 5; 34, 1; 39, 1 y 8.

Cornelia (familia), XXXV 10, 9.

Cornelio Blasió, Gneo (pretor en 194), XXXIII 27, 1. XXXIV 42, 4; 43, 7.

Cornelio Cetego, Gayo (cónsul en 197), XXXI 49, 7; 50, 6. XXXII 7, 14, 27, 5; (29, 8 y 10). XXXIV 44, 4; 62, 16. XXXV 9, 1. Gayo Cornelio, XXXI 50, 10. XXXII 28, 1. XXXIII 22, 4 y 5; 23, 1 y 4. XXXIV 53, 3. Cornelio, XXXII 29, 6; 30, 5. XXXV 9, 2.

Cornelio Cetego, Marco (cónsul en 204), XXXIII 42, 5.

Cornelio Escipión, Gneo (¿cónsul en 176?), XXXII 7, 15. (Cornelio Escipión), Gneo (cónsul en 222), XXXI 49, 6. XXXV 1, 3; 10, 2; 24, 4.

Cornelio Escipión, Lucio (cónsul en 190, hermano del Africano), XXXIV 54, 2. XXXV 24, 4. Lucio Cornelio, XXXIV 55, 6.

Cornelio Escipión, Publio (hijo de Gneo), XXXI 49, 6.

Cornelio (Escipión), Publio (cónsul en 218, padre del Africano), XXXIII 24, 9. (XXXIV 42, 3).

Cornelio Escipión Africano, Publio (cónsul en 205 y 194), XXXII 7, 2. XXXIV 42, 3. Publio Cornelio Escipión, XXXI 49, 4. Publio Escipión Africano, XXXIII 47, 4. XXXIV 43, 1; 62, 16. Publio Africano, XXXV 2, 8; 14, 5. Publio Cornelio, XXXIV 44, 3; 56, 12. Publio Escipión, XXXI 4, 1 y 6; 8, 6. XXXIV 44, 4; 54, 1; 62, 9. Africano, XXXIV 54, 8. XXXV 10, 9 y 10; 14, 6. Escipión, XXXIV 43, 4; 48, 1; 62, 11 y 18. XXXV 10, 5 y 6; 14, 10 y 12.

Cornelio Escipión (Nasica), Publio (cónsul en 191), XXXIII 25, 1. XXXIV 42, 4. XXXV 1, 3 y (8); (2, 7); 10, 2; 24, 4. Publio Cornelio, XXXIV 43, 7. XXXV 1, 11. Publio Escipión, XXXV 24, 5. Cor-

- nelio, XXXV 10, 4. Escipión, XXXV 1, 4.
- Cornelio Léntulo, Gneo (cónsul en 201), XXXI 50, 11. XXXII 2, 7. Gneo Cornelio, XXXI 14, 2. XXXIII 35, 2. Cornelio, XXXIII 35, 8.
- Cornelio Léntulo, Lucio (cónsul en 199), XXXI 20, 1; 49, 12. XXXII (7, 8); 26, 8, (10) y (18). Lucio Cornelio, XXXII 26, 2 y 16. XXXIII 39, 1 y 2; 41, 2. Lucio Léntulo, XXXI 20, 6. XXXII 1, 2; 2, 6; 7, 1 y 7; 8, 3; 9, 5. Léntulo, XXXII 1, 3.
- (Cornelio) Léntulo (Caudino), Publio (pretor en 203), XXXIII 35, 2; 39, 2.
- Cornelio Mámula, Aulo (pretor en 217), XXXIII 44, 2.
- Cornelio Mámula, Aulo (pretor en 191), XXXV 24, 6.
- Cornelio Merenda, Gneo (pretor en 194), XXXIV 42, 4; 43, 7.
- Cornelio Mérula, Lucio (cónsul en 193), XXXII 7, 13; 8, 5. XXXIV 45, 5; 54, 1. XXXV 4, 1, (2, 3 y 5); (5, 2, 8 y 11; 6, 9; 8, 5 y 8). Lucio Cornelio, XXXIV 55, 1; 56, 12 y 13. XXXV 6, 1, 5, 7 y 8; 8, 1 y 4; 20, 5. Cornelio, XXXIV 55, 6. XXXV 10, 9.
- Corolamo, XXXIII 36, 4.
- Coronea, XXXIII 29, 6 y 9.
- Corrago, XXXI 27, 2.
- Corribilón, 22, 5.
- cosano(s), XXXII 2, 7. XXXIII 24, 8.
- Crátero, XXXV 26, 5.
- Cremona, XXXI 10, 3; 21, 2. XXXIV 22, 3.
- cremonense(s), XXXII 26, 3. XXXIII 23, 1 y 6.
- Creta, XXXIII 3, 10. XXXIV 27, 2; 35, 9. XXXV 26, 4.
- cretense(s), XXXI 35, 1 y 3; 36, 8; 37, 4; 39, 12. XXXII 40, 4 y 5. XXXIII 14, 4; 18, 9. XXXV 28, 8; 29, 1 y 2; 30, 1.
- Crotona, XXXIV 45, 4 y 5.
- Ctimene, XXXII 13, 10.
- Culca, XXXIII 21, 7 y 8.
- Curio, Manio, XXXII 7, 8.
- Cusibe, XXXV 22, 7.
- Chipre, XXXIII 41, 6 y 9.
- Dafne, XXXIII 49, 6.
- daha(s), XXXV 48, 5; 49, 8.
- Damocles, XXXIV 25, 7.
- Damócrito, XXXI 32, 1 y 5; 40, 9; 41, 1 y 11; 43, 6. XXXV 12, 6 y 7; 33, 9; 35, 4.
- dárdano(s), XXXI 28, 1 y 2; 33, 3; 34, 6; 38, 7; 40, 7, 8 y 10; 43, 1 y 2. XXXIII 19, 1.
- Dasarecia, XXXII 9, 9.

- dasarecio(s), XXXI 33, 4, 6 y 7; 40, 4.
- Delio, XXXI 45, 6 y 8. XXXV 50, 11; 51, 1.
- Delos, XXXIII 30, 11.
- Demetriade, XXXI 24, 1; 33, 1; 46, 7. XXXII 32, 9; 37, 3. XXXIII 31, 3, 4 y 11. XXXIV 23, 8 y 9; 49, 5; 51, 3. XXXV 16, 12; 31, 3, 5, 11 y 12; 34, 4, 5 y 12; 37, 5; 39, 3 y 4; 42, 4; 43, 2, 5, 7 y 8; 46, 3; 47, 1; 49, 9.
- Demetrio (II), XXXI 28, 2.
- Demetrio (hijo de Filipo V), XXXIII 13, 14; 30, 10. XXXIV 52, 9.
- Dexagóridas, XXXIV 29, 8 y 9.
- Diana, XXXI 17, 5. Diana de Amarinto, XXXV 38, 3.
- Diáulide, XXXII 18, 7.
- Dicearco, XXXV 12, 6 y 15.
- Dicearco de Platea, XXXIII 2, 6.
- Dictineo, XXXIV 38, 5.
- Digicio, Sexto (pretor en 194), XXXIV 42, 4; 43, 7. XXXV 1, 1; 2, 3 y 5.
- Dimas, XXXII 21, 28; 25, 6.
- dimeo(s), XXXII 22, 9 y 10.
- Dinócrates, XXXIII 18, 6, 9, 19 y 21.
- Dío, XXXIII 3, 5.
- Diocles, XXXV 34, 5 y 9.
- Dionisodoro, XXXII 32, 11.
- Dioxipo, XXXI 24, 6 y 10.
- Dipilon, XXXI 24, 9.
- Dirraquio, XXXI 27, 1.
- dólope(s), XXXIII 34, 6.
- Dolopia, XXXII 13, 15.
- Domicio Ahenobarbo, Gneo (cónsul en 192), XXXIII 42, 10. XXXIV 42, 4. XXXV 10, 10; (40, 3). Gneo Domicio, XXXIV 43, 6; 53, 2 y 4. XXXV 10, 3; 20, 7 y 14; 21, 4; 40, 2. Domicio, XXXV 22, 3.
- Dorisco, XXXI 16, 5.
- Dromo, XXXIV 27, 4.
- Durolato, XXXIV 46, 1.
- Ebro, XXXIV 13, 7 y 8; 16, 6; 17, 5; 19, 11. XXXV 1, 3.
- Éfeso, XXXIII 38, 1, 4 y 8; 41, 5; 49, 7. XXXIV 61, 2. XXXV 13, 4; 14, 1 y 5; 15, 1 y 6; 16, 1.
- Éfula, XXXII 29, 2.
- Egina, XXXI 14, 11; 15, 7-9; 25, 1; 28, 3; 33, 2. XXXII 39, 2 y 3. XXXIII 30, 10.
- Eginio, XXXII 15, 4.
- Egio, XXXV 26, 6; 48, 1.
- Egipto, XXXI 2, 3; 14, 5; 43, 5. XXXII 33, 4. XXXIII 41, 3 y 5; 44, 7. XXXV 13, 4.
- Elacia, XXXII 18, 9; 19, 1; 21, 14; 24, 1; 32, 1; 39, 2. XXXIII 1, 1, 2, 8; 3, 6 y 11;

- 29, 9; 31, 7. XXXIV 25, 1 y 3; 41, 7; 48, 2; 50, 9.
- elatense(s), XXXII 24, 1 y 7.
- Elea, XXXV 13, 6.
- eleo(s), XXXII 5, 4.
- Eleunte, XXXI 16, 5.
- Eleusis, XXXI 25, 2; 26, 1, 3, 4 y 7; 30, 9.
- Elimea, XXXI 40, 1.
- elimeo(s), XXXV 48, 5; 49, 8.
- Elio Peto, Publio (cónsul en 201), XXXI (2, 10-11); 4, 3. XXXII 2, 7; 7, 2. Publio Elio, XXXI 2, 5; 3, 2; 4, 4; 8, 8. XXXIV 59, 8.
- Elio Peto, Sexto (cónsul en 198), XXXI 50, 1. XXXII 2, 7; 7, 12; 8, 1. XXIV 44, 4. XXXV 9, 1. Sexto Elio, XXXII 26, 1; 27, 5. Elio, XXXII 8, 4; 9, 5.
- Elio Tuberón, Quinto (tribuno pl. en 193), XXXIV 53, 1. XXXV 9, 7. Quinto Elio, XXXIV 53, 2.
- Elón, XXXV 22, 6.
- Emilio Lépidio, Marco (cónsul en 187 y 175), XXXI 2, 3. XXXII 7, 15. XXXV 10, 11; 24, 6. Marco Emilio, XXXI 18, 1.
- Emilio Paulo, Lucio (cónsul en 182 y 168), XXXIV 45, 5. XXXV 10, 11; 24, 6.
- Emporias, XXXIV 8, 7; 9, 1 y 13; 11, 1; 13, 2; 16, 4 y 5.
- Emporios, XXXIV 62, 3.
- Enesidemo, XXXII 25, 6 y 9.
- eniane(s), XXXIII 3, 8.
- Eno, XXXI 16, 4; 31, 4.
- Enunte, XXXIV 28, 1.
- Eólido, XXXIII 38, 3. XXXIV 58, 13. XXXV 16, 6.
- Eordea, XXXI 39, 7; 40, 1. XXXIII 8, 5.
- Epiro, XXXI 7, 9; 18, 9. XXXII 5, 9; 9, 7; 13, 3; 14, 5; 16, 1; 21, 14 y 20; 33, 3. XXXIII 4, 2; 8, 4; 17, 5. XXXIV 50, 10; 52, 1. XXXV 24, 7.
- epirota(s), XXXII 10, 1; 11, 1; 14, 5 y 8; 15, 5. XXXV 27, 11.
- Equedemo, XXXIII 16, 4.
- Equino, XXXII 33, 16. XXXIII 13, 6. XXXIV 23, 7.
- Eretria, XXXII 13, 9; 16, 8 y 10; 21, 13. XXXIII 6, 10; 31, 3; 34, 10. XXXIV 51, 1. XXXV 38, 3.
- eretriense(s), XXXV 38, 4.
- Erígono, XXXI 39, 6.
- Escarfea, XXXIII 3, 6.
- Escerdiledo, XXXI 28, 1.
- Esciatos, XXXI 28, 6; 45, 12 y 16. XXXV 43, 4.
- Escileo, XXXI 44, 1.
- Escipión, ver Cornelio.
- Esciros, XXXI 45, 11. XXXIII 30, 11.
- Escopas, XXXI 43, 5 y 7.

- Escotusa, XXXIII 6, 8 y 11.
- Escribonio Curión, Gayo (pretor en 193), XXXIII 42, 10. Gayo Escribonio, XXXIV 54, 2; 55, 6; 57, 2. XXXV 6, 5.
- Escribonio (Libón), Gayo, XXXIV 53, 4.
- Escribonio Libón, Lucio (pretor en 192), XXXIV 54, 3. XXXV 10, 11; 20, 8. Escribonio, XXXV 21, 1.
- Esmirna, XXXIII 38, 3 y 4. XXXV 16, 3 y 5; 17, 6; 42, 2.
- Esparta, XXXIV 38, 2; 41, 7. espartano(s), XXXIV 22, 5.
- Esperquias, XXXII 13, 10.
- Esquilina (puerta), XXXIII 26, 9.
- Estado, XXXI 5, 4; 8, 11; 9, 4; 11, 2; 12, 7; 13, 2, 4, 5 y 8. XXXIII 31, 5; 45, 3 y 4; 47, 1, 2 y 4. XXXIV 1, 5; 2, 5; 31, 18; 35, 4; 61, 9. XXXV 6, 2 y 4.
- Estena, XXXII 5, 9.
- Estertinio, Lucio, XXXI 50, 11. XXXIII 27, 3; 35, 2.
- Estinfalia, XXXIII 14, 10.
- Estobos, XXXIII 19, 3.
- Estratonicea, XXXIII 18, 4, 6, 7, 19 y 21; 30, 11.
- Estratónida, XXXIII 28, 10.
- Estrimón, XXXII 14, 3.
- Estuberra, XXXI 39, 4.
- Etolia, XXXI 15, 9; 30, 8; 42, 8; 43, 6. XXXII 15, 3 y 5; 34, 4. XXXIII 17, 5. XXXV 23, 3 y 8; 32, 1; 33, 2; 49, 11.
- etolio(s), XXXI 1, 8 y 9; 15, 10; 28, 3 y 6; 29, 1, 3, 4 y 15; 30, 11; 31, 18; 32, 1 y 5; 33, 3; 40, 7 y 9; 41, 1, 5, 7 y 10; 42, 5, 6 y 8; 43, 4; 46, 1, 2, 4 y 5. XXXII 4, 2; 13, 9 y 15; 14, 4; 15, 2; 21, 17 y 18; 32, 2, 3, 11, 14 y 16; 33, 8, 9 y 15; 34, 2, 4, 5 y 7; 35, 1, 4 y 11. XXXIII 3, 7 y 8; 4, 6; 6, 6; 7, 7 y 13; 10, 6; 11, 4, 6 y 8-10; 12, 3, 5 y 12; 13, 5, 7, 9, 10 y 13; 16, 2; 28, 3; 31, 8; 34, 7; 35, 9-11; 43, 6; 44, 7; 49, 2 y 8. XXXIV 22, 4 y 6; 23, 4, 7 y 11; 24, 2 y 4-7; 37, 5; 41, 9; 43, 5; 49, 6. XXXV 12, 1, 4, 13, 15 y 18; 18, 4; 23, 10; 25, 7; 31, 1, 4, 6 y 10; 32, 2, 6, 7, 10 y 12; 33, 3, 4, 6, 8 y 11; 34, 1, 4, 8 y 12; 35, 8 y 12; 36, 1, 3, 4 y 6-9; 38, 4, 5, 8, 9, 11 y 13; 42, 4; 43, 2 y 7; 44, 3, 6 y 7; 45, 2 y 8; 46, 2-5 y 12; 47, 2 y 7; 48, 1, 2, 10 y 12; 49, 2, 4 y 9-11; 50, 2 y 7; 51, 6.
- Etruria, XXXI 11, 1 y 3; 21, 1; 47, 5 y 6; 48, 9. XXXIII 36, 1; 43, 9. XXXIV 56, 12.

etrusco(s), XXXV 21, 11.
 Eubea, XXXI 23, 3; 26, 1; 45, 10 y 16; 47, 1. XXXII 16, 7 y 9; 17, 3; 21, 7 y 10; 37, 3. XXXIII 32, 5. XXXIV 51, 1. XXXV 38, 5; 50, 9; 51, 1 y 10.
 Éumenes, XXXIII 30, 9; 34, 10. XXXIV 26, 11; 29, 4; 30, 7; 35, 2; 40, 7. XXXV 13, 6 y 8; 17, 1; 23, 10 y 11; 39, 1; 50, 6 y 8; 51, 7-8.
 Éunomo, XXXV 39, 4.
 Euríloco, XXXV 31, 6 y 11; 32, 1; 34, 6, 7 y 11; 37, 5; 39, 6; 43, 5.
 Eurimedonte, XXXIII 41, 6.
 Euripo, XXXI 22, 7; 23, 11 y 12; 24, 3. XXXV 37, 8; 38, 7; 39, 1; 46, 4; 49, 11; 50, 8; 51, 7 y 8.
 euromense(s), XXXII 33, 6.
 Euromo, XXXIII 30, 3.
 Europa, XXXI 1, 7. XXXIII 13, 15; 30, 2; 31, 6; 34, 4; 39, 7; 40, 4; 44, 7. XXXIV 33, 12; 43, 4; 58, 2 y 3; 59, 5; 60, 6. XXXV 12, 2; 18, 3; 32, 14; 35, 7; 42, 2; 46, 6 y 9; 48, 3, 4 y 7.
 Eurotas, XXXIV 28, 2 y 12. XXXV 29, 9; 30, 7; 35, 10.
 Eutímidas, XXXV 37, 4-6; 38, 1 y 13.
 Evidrio, XXXII 13, 9.

Fabio Buteón, Quinto (pretor en 196), XXXIII 24, 2; 26, 2 y 3; 43, 7. Quinto Fabio, XXXII 36, 10.
 Fabio Labeón, Quinto (cónsul en 183), XXXIII 42, 2.
 Fabio (Máximo Cunctátor), Quinto (cónsul en 215), 1, 3; 6, 9.
 Fabio Máximo, Quinto (augur), XXXIII 42, 6; 44, 3.
 Fabricio Luscino, Gayo (pretor en 195), XXXIII 42, 7; 43, 5.
 Facio, XXXII 13, 9.
 Fálara, XXXV 43, 8.
 Faloria, XXXII 15, 1, 3 y 4.
 Fanotea, XXXII 18, 6.
 Faras, XXXV 30, 9.
 Farcadón, XXXI 41, 8.
 Farsalia, XXXIII 6, 11.
 Fársalo, XXXII 33, 16; 35, 11. XXXIII 13, 6; 34, 7; 49, 8. XXXIV 23, 7.
 Fauno, XXXIII 42, 10. XXXIV 53, 4.
 Febeo, XXXIV 38, 8.
 Feca, XXXII 14, 1.
 Felsina, XXXIII 37, 3.
 Feneas, XXXII 32, 11 y 16; 33, 8; 34, 2 y 3. XXXIII 3, 9; 12, 12; 13, 5 y 9. XXXV 44, 1; 45, 2, 3 y 5.
 Fenicia, XXXV 13, 4.
 fenicio(s), XXXIII 48, 3.
 Feralia, XXXV 7, 3.

Feras, XXXII 13, 9. XXXIII 6, 2 y 3.

ferentine(s), XXXIV 42, 5.

Ferentino, XXXII 2, 4. XXXV 9, 7.

Ferías Latinas, XXXII 1, 9.

Ferinio, XXXII 14, 3.

Feronia, XXXIII 26, 8.

Filipo, XXXI 1, 8 y 9; 2, 4;

3, 1, (4) y 6; 5, 1, (6) y 9;

6, 1; 7, 2, 4, (6), 8, 9 y 12;

8, 2 y 3; 9, 1 y 3; 11, 9; 14,

(4), 6, 9 y 11; 15, 3, 5 y 10;

16, 1 y 6; 17, (2), 4, (10) y

11; 18, 1, 5, 8 y 9; 23, 9;

24, 1, (4), 7, 11 y 17; 25, (1),

4 y 11; 26, 1, 4, (5) y (6);

28, 2-4; 29, (1), 3-5, 13, 14

y 16; 30, (1) y 7; 31, 2, 3,

17, 18 y 20; 32, (2); 33, 1,

6, (7) y (10); 34, 1, (5) y (9);

(35, 1, 3 y 6); (36, 1, 7 y 10);

(37, 3, 4, 9 y 10); 38, 1, (2),

(4-6) y 9; 39, 2, 3, 5 y (6);

40, 7; 41, (2), 10 y (13); 42,

7 y 9; 43, (1) y 4; 44, 1, 2,

4 y 6-9; 45, 12; 46, 3 y 4;

47, 3. XXXII 4, 1 y 6; 5, 2

y 4; (6, 1, 2, 5 y 6); 8, 15;

(9, 10); 10, 1, (2-3), 4, 6, (7

y 10); (11, 2 y 6); (12, 3, 4,

8 y 10); 13, (2, 4) y 8; 15,

9; 16, 1 y (12); 19, (1), 2, (4,

7) y 12; 20, 3; 21, 4-10, 12,

17, (19-21), 23, 25, (28) y 36;

22, 3, 10 y 11; 23, (4), 9 y

(11); (24, 2 y 7); 25, (1), 2,

4, 7 y (11); (28, 5); 32, (4-6,

12, 13) y 16; 33, (1, 3), 8,

10 y 14; 34, 1 y 3; 35, 1, 2,

8 y 9; 36, 1, 3 y (7-9); 37,

(1, 3), 4, (5) y 6; 38, 1 y (3);

39, 3 y 11; 40, 5. XXXIII 2,

9; 3, 1 y 11; (4, 5); (5, 4);

6, (3, 6), 8, 10 y 11; 7, 1 y

(8); 8, 2 y 7; (9, 3); 10, 1

y (6); 11, 1, (2-4), 6, (7) y

9; 12, (1), 4, 8, 12 y (13); 13,

(1), 3, 6, 7, (8), 11, 14 y 15;

14 (1) y 2; 16, 2, 4 y 11; 18,

1, (4) y (6); 19, 1, 5, 6 y 11;

20, 3, 9 y 10; 21, 6; 24, 3,

5, (6) y 7; 25, (5) y 6; 27,

5, 7, (8) y 11; (28, 1); 30, 1,

2, 5, (8), 9 y 11; 31, 9 y 10;

32, 5 y 6; 34, 3, (6) y 11;

35, 2, (3, 4), 7, 11 y 12; 39,

5; 40, 4 y 5; 44, 6 y 9; 49,

1. XXXIV 22, 7; 23, 2 y 6-8;

26, 10; 31, 5, 7 y 15; 32, 3,

5, 6, 8, 17 y 18; 41, 5; 48,

2; 52, 4 y 9; 57, 11; 58, 12;

59, 5. XXXV 12, 2, 6, 10,

12, 15 y 17; 13, 7; 16, 10 y

12; 18, 1, 6 y 7; 31, 5, 7,

10 y 11; 32, 8; 35, 7; 47, 8;

48, 7 y 12; 49, 5.

Filipo (hijo de Aminandro),

XXXV 47, 5 y 6.

Filocles, XXXI 16, 2; 26, 1, 6

y 9. XXXII 16, 12 y 14; 23,

11; 25, 1, 5, 9 y 10; 38, 2,

- 3 y 5; 40, 1, 5 y 6. XXXIV 32, 17.
- Filopemén, XXXI 25, 3. XXXV 25, 6 y 11; 26, 9; 27, 4, 9, 13 y 15; 28, 1 y 11; 29, 3 y 7; 30, 1, 7 y 12; 37, 1; 47, 4.
- Flaminio, Gayo (cónsul en 187), XXXIII 42, 8. XXXIV 54, 2; 55, 6. XXXV 2, 1 y 8; 7, 7; 22, 5. Flaminio, XXXIII 42, 9. XXXIV 56, 8. XXXV 20, 11.
- Flaminio, Gayo (cónsul en 223 y 217), XXXIII 42, 8; 44, 2.
- Fliunte, XXXIII 14, 7 y 11; 15, 2 y 14.
- Flumentana (puerta), XXXV 9, 3; 21, 5.
- Focca, XXXIV 9, 1.
- focense(s), XXXIII 32, 5; 34, 8. XXXIV 32, 8.
- Fócide, XXXII 18, 4, 6 y 9; 21, 7 y 13; 24, 1; 32, 1; 36, 9. XXXIII 1, 1. XXXV 46, 3.
- Fontinal (puerta), XXXV 10, 12.
- Formias, XXXII 1, 10; 29, 2. XXXV 21, 4.
- Foro, XXXI 50, 4.
- Fortuna, XXXIII 27, 4. Fortuna Primigenia, XXXIV 53, 5.
- Fregelas, XXXII 29, 1.
- Frigia, XXXIV 3, 8.
- Frusinón, XXXI 12, 7. XXXII 29, 2.
- ftiota(s), XXXIII 32, 5.
- Ftiótide, XXXI 46, 7. XXXIII 3, 10; 5, 1; 6, 10; 34, 7.
- Fulvio, Marco, XXXII 7, 8.
- Fulvio, Quinto, XXXII 36, 10.
- Fulvio, Quinto (tr. pl. en 197), XXXII 28, 3.
- Fulvio Centumalo, Marco (pretor en 192), XXXV 10, 11. Marco Fulvio, XXXV 20, 8. Fulvio, XXXV 21, 1.
- Fulvio Flaco, Marco, XXXI 4, 3.
- Fulvio Gilón, Quinto, XXXI 4, 4; 6, 2; 8, 8.
- Fulvio Nobilior, Marco (cónsul en 189), XXXIII 42, 8. XXXIV 54, 2. Marco Fulvio, XXXIV 55, 6. XXXV 7, 7; 22, 6; 23, 6; 24, 2 y 8. Fulvio, XXXIV 56, 8. XXXV 20, 11.
- Fundanio, Marco (tr. pl. en 195), XXXIV 1, 2; 2, 6.
- Furia (familia), XXXI 48, 12.
- Furio, Marco (*legatus* en 200), XXXI 21, 8.
- Furio Crasípede, Marco (pretor en 187 y 173), XXXIV 53, 2. XXXV 40, 6.
- Furio Purpurión, Lucio (cónsul en 196), XXXI 4, 4; 6, 2; 8, 7; 10, 5; (47, 4); (48, 4, 5, 7 y 8); (49, 9 y 11). XXXIII 24, 1; 37, 1. XXXIV 53, 7. XXXV 41, 8. Lucio Furio,

- XXXI 21, 2; 47, 6; 48, 12; 49, 1 y 2. XXXIII 25, 4.
- Gades, XXXII 2, 5.
- gaditano(s), XXXII 2, 5.
- Galia, XXXI 2, 5; 6, 2; 8, 7; 11, 5; 21, 1; 22, 3; 48, 9. XXXII 1, 5; 7, 5; 8, 5; 9, 5; 26, 1 y 4; 27, 5; 29, 5; 31, 6. XXXIII 22, 7; 43, 4 y 9. XXXIV 22, 1; 46, 1; 53, 3 y 7; 54, 1; 55, 6. XXXV 20, 7; 41, 8.
- Gálico (golfo), XXXIV 8, 6.
- galo(s), 2, 8; 10, 1; 11, 2 y 6; 19, 1; 21, 2, 4, 5, 10, 14, 15, 17 y 18; 48, 7 y 12; 49, 2 y 11. XXXII 29, 7; 30, 13. XXXIII 12, 10; 18, 3; 21, 3; 23, 4, 5 y 8; 36, 9, 12 y 14. XXXIV 5, 9; 32, 2; 46, 6, 9 y 11; 47, 2, 5, 7 y 8. XXXV 4, 7; 5, 4, 7 y 9. Galos cisalpinos, XXXII 28, 9. Galos insubres, XXXII 7, 5.
- Gaurio, XXXI 45, 3.
- Génova, XXXII 29, 6.
- Genusio, Marco, XXXV 5, 14.
- Geresto, XXXI 45, 10.
- Gerrunio, XXXI 27, 2.
- Giteo, XXXIV 29, 2 y 14; 30, 1; 33, 10; 38, 1. XXXV 12, 8; 13, 3; 25, 2, 11 y 12; 26, 7; 27, 2, 8, 10 y 12-14; 34, 3.
- Gonfos, XXXI 41, 6. XXXII 14, 1-3; 15, 4 y 6.
- Gonos, XXXIII 10, 6.
- Gorgopas, XXXIV 29, 8, 9 y 12.
- gortinio(s), XXXIII 3, 10.
- Grandes Juegos, XXXI 9, 10. XXXIV 44, 2.
- Grecia, XXXI 9, 2; 11, 10; 15, 10; 23, 12; 26, 13; 30, 8. XXXII 25, 12; 27, 2; 33, 8; 34, 4; 35, 12; 37, 4 y 6. XXXIII 2, 1; 7, 13; 10, 10; 11, 9; 12, 2, 4 y 10; 14, 2; 16, 1; 20, 3; 21, 6; 31, 1, 3, 3, 4 y 7-9; 32, 2 y 3; 33, 7; 35, 11; 36, 1; 44, 7-9. XXXIV 4, 3; 22, 4, 11 y 12; 23, 2 y 9-11; 24, 4; 32, 3-5, 8 y 13; 33, 6 y 14; 41, 5; 48, 5; 50, 7 y 11; 57, 2; 58, 9 y 12; 59, 4; 60, 6. XXXV 10, 2; 12, 2, 4, 8, 9, 12 y 15; 16, 12; 18, 2-5; 22, 2; 23, 4, 5, 8 y 9; 31, 8; 32, 8, 10 y 12; 33, 6 y 8; 34, 2; 35, 7; 40, 1; 42, 4 y 5; 43, 2 y 6; 44, 5-7; 46, 6, 7 y 10; 48, 6 y 8.
- griego(s), XXXI 24, 11; 29, 15; 34, 4; 45, 5 y 13. XXXII 6, 8; 20, 1; 23, 8; 33, 3. XXXIII 5, 5; 20, 1; 30, 2; 34, 3; 35, 8. XXXIV 9, 1-3 y 9; 22, 7; 24, 3; 45, 4; 48, 4; 58, 11.

- XXXV 14, 5; 16, 2-4; 40, 6; 51, 2.
- Guerra Púnica, XXXIV 1, 3; 50, 5; 53, 6.
- hadriano(s), XXXIV 45, 8.
- Halicarnaso, XXXIII 20, 12.
- Hefestia, XXXIII 35, 2.
- Hegesianacte, XXXIV 57, 6; 58, 4; 59, 1.
- Helesponto, XXXI 15, 11. XXXII 33, 7. XXXIII 38, 3, 8 y 12. XXXV 23, 10; 48, 3.
- Helvio, Gayo (pretor en 198), XXXII 7, 13; 8, 5; 26, 2. Helvio, XXXII 9, 5.
- Helvio, Marco (pretor en 197), XXXII 27, 7. XXXIII 21, 7. XXXIV 10, 1; 45, 3. Helvio, XXXII 28, 2. XXXVI 10, 3 y 6.
- Heptagonia, XXXIV 38, 5.
- Heraclea, XXXI 46, 2. XXXIII 3, 7 y 8.
- Heraclides, XXXI 16, 3; 33, 2; 46, 8. XXXII 5, 7.
- Hércules, XXXI 24, 17. XXXII 1, 10; 9, 2; 21, 10; 25, 2. XXXIV 3, 3; 7, 5; 31, 3 y 9; 32, 7.
- Herea, XXXII 5, 4. XXXIII 34, 9.
- Hereo, XXXIII 17, 2.
- Hermeo, XXXV 50, 9.
- Hermíone, XXXI 44, 1; 45, 1.
- Herodoro, XXXV 37, 5-7; 38, 14.
- Hiámpolis, XXXII 18, 7.
- Hilermo, XXXV 7, 8.
- Hispania(s), XXXI 7, 3; 20, 1 y 4; 49, 5 y 7; 50, 6, 10 y 11. XXXII 1, 6; 7, 4; 9, 1; 28, 2 y 11. XXXIII 19, 7; 21, 6 y 9; 25, 8 y 9; 26, 2, 3 y 5; 27, 1 y 3; 42, 5; 43, 2, 5 y 8; 44, 4 y 5. XXXIV 10, 1 y 3; 11, 1; 13, 7 y 8; 16, 6 y 7; 17, 1; 18, 1; 21, 8; 22, 4; 42, 1; 43, 3, 7 y 8; 46, 2; 55, 6. XXXV 1, 1 y 3; 2, 1 y 7-9; 7, 6 y 7; 8, 1; 10, 2; 20, 8 y 11; 22, 5; 41, 6.
- hispano(s), XXXI 34, 4; 49, 7. XXXIII 26, 6; 44, 4. XXXIV 8, 6; 9, 1-4, 7-9 y 12; 11, 8; 16, 14; 17, 2, 5 y 8; 18, 1. XXXV 12, 1; 22, 6.
- Hostilio Catón, Aulo (pretor en 207), XXXI 4, 3.
- Hostilio Catón, Lucio, XXXI 4, 3.
- Icos, XXXI 45, 11.
- Ida, XXXIV 3, 8; 5, 10. XXXV 10, 9.
- ilergete(s), XXXIV 11, 2; 12, 7.
- Ilio, XXXV 43, 3.
- Ilipa, XXXV 1, 11.
- Iliria, XXXII 33, 3; 35, 9.

- ilirio(s), XXXI 34, 4; 35, 1 y 3; 40, 10. XXXIII 4, 4; 12, 10; 14, 4; 34, 11.
 Ilturgi, XXXIV 10, 1 y 2.
 ilota(s), XXXIV 27, 9.
 Ilucia, XXXV 7, 7.
 ilvate(s), XXXI 10, 2. XXXII 29, 8; 31, 4.
 Imbros, XXXIII 30, 11. XXXV 43, 4.
 India, XXXV 32, 4.
 insubre(s), XXXI 10, 2. XXXII 29, 6; 30, 1, 3, 4, 7, 9, 10 y 13; 31, 1, 2 y 5. XXXIII 22, 4; 23, 4; 36, 9 y 15; 37, 10; 43, 4. XXXIV 46, 1.
 Isa, XXXII 21, 27.
 iseo(s), XXXI 45, 10.
 Istmo, XXXII 21, 26; 23, 4.
 Italia, XXXI 6, 2; 7, 2-5, 7 y 10-13; 8, 11; 11, 10; 29, 10; 31, 12. XXXII 1, 2; 3, 5; 8, 1 y 4; 21, 18; 28, 3 y 8; 29, 6. XXXIII 22, 3; 25, 4 y 10; 27, 10; 39, 7; 40, 2; 43, 2 y 5; 44, 9. XXXIV 6, 11; 22, 4; 23, 10; 43, 3, 4, 8 y 9; 49, 4; 50, 11; 52, 1 y 2; 60, 3, 4 y 6. XXXV 2, 7; 3, 1; 7, 5; 14, 9; 29, 2, 3 y 7; 22, 10; 41, 3.
 itálico(s), XXXII 23, 9. XXXIII 17, 11; 28, 3.
 Jaso, XXXII 33, 6; 35, 10. XXXIII 30, 3. XXIV 32, 2.
 Jenofonte, XXXII 32, 11.
 Jonia, XXXIII 38, 3. XXXIV 58, 13. XXXV 16, 5.
 Juegos de Dafne, XXXIII 49, 6.
 Juegos Ístmicos, XXXIII 30,, 2; 32, 1; 34, 1.
 Juegos Magelesios, XXXIV 54, 3.
 Juegos Nemeos, XXXIV 41, 1 y 3.
 Juegos Plebeyos, XXXI 50, 3. XXXII 7, 13. XXXIII 25, 2; 42, 11.
 Juegos Romanos, XXXI 50, 2. XXXII 7, 14; 27, 8. XXXIII 25, 1; 42, 9. XXXIV 44, 5 y 6; 54, 4.
 Junio Bruto, Décimo, XXXIV 45, 3.
 Junio Bruto, Marco (cónsul en 178), XXXIV 1, 4. XXXV 24, 6.
 Junio Bruto, Publio (pretor en 190), XXXIV 1, 4. XXXV 41, 9.
 Junio (Peno), Marco (pretor en 201), XXXI 4, 2.
 Junio Silano, Marco (pretor en 212), XXXIII 36, 5.
 Juno (cabo), XXXII 23, 10.
 Juno Matuta, XXXIV 53, 3.
 Juno Reina, XXXI 12, 9. XXXIV 24, 2. Juno Sós-pita, XXXI 12, 6. XXXII 30, 10.

- Júpiter, XXXI 4, 7; 9, 6; 21, 12; 30, 9; 50, 7. XXXII 1, 10; 6, 7; 7, 13 y 14; 9, 2; 25, 2. XXXIII 36, 13. XXXIV 5, 13; 53, 7. XXXV 1, 8; 10, 12; 41, 8 y 10. Júpiter Óptimo Máximo, XXXIV 24, 2.
- Juvencio, Tito, XXXIII 22, 8.
- Juvencio Talma, Tito (pretor en 194), XXXIV 42, 4. Tito Juvencio, XXXIV 43, 6.
- Lacedemón, XXXII 40, 10. XXIV 26, 8, 13 y 14; 29, 14; 31, 17; 32, 2, 4, 5, 10, 11 y 16; 33, 10 y 13; 34, 2; 36, 1; 40, 5 y 7; 41, 2, 4 y 5; 42, 1; 49, 1. XXXV 17, 5; 18, 5; 27, 12-14; 34, 4 y 5; 35, 1, 2 y 8; 37, 1.
- lacedemonio(s), XXXI 25, 3, 4, 7 y 8. XXXII 19, 6; 21, 9, 11 y 28; 22, 10; 38, 2; 40, 2 y 4. XXXIII 43, 6; 44, 8; 45, 3. XXXIV 24, 2; 25, 11; 26, 3, 12 y 14; 27, 5; 28, 1; 29, 2; 31, 5; 32, 1; 35, 7; 37, 8; 38, 4; 39, 1, 2 y 8; 52, 9. XXXV 12, 7; 17, 7; 22, 2; 30, 10; 35, 2; 36, 7; 37, 2.
- lacetano(s), XXXIV 20, 2, 6 y 9.
- lacon(es), XXXIV 25, 5. XXXV 13, 2.
- Laconia, XXXI 25, 5. XXXV 12, 8; 22, 2; 27, 9; 30, 12 y 13; 47, 4.
- Lacónico, XXXV 36, 8.
- laconio(s), XXXV 36, 7.
- Lamia, XXXII 4, 3. XXXV 43, 9; 49, 9; 50, 7.
- Lámpsaco, XXXIII 38, 3 y 4. XXXV 16, 3 y 5; 17, 6; 42, 2.
- Lampso, XXXII 14, 3.
- Lanuvinio, XXXI 12, 6. XXXII 9, 2. XXXV 9, 4.
- Larisa, XXXI 31, 4. XXXII 15, 8; 25, 5; 33, 16; 35, 11. XXXIII 6, 3; 11, 1 y 2.
- Larisa Cremaste, XXXI 46, 12. XXXIII 13, 6.
- latino(s), XXXI 5, 4; 7, 15; 8, 8 y 10; 10, 5; 21, 1. XXXII 6, 8; 8, 2 y 7; 28, 11. XXXIII 26, 4; 36, 10; 42, 3. XXXIV 7, 5; 16, 7; 42, 5; 53, 1; 56, 5, 8 y 12. XXXV 7, 5; 9, 7; 20, 4, 5 y 12; 41, 4 y 7.
- laudiceno(s), XXXIII 18, 3.
- Lelio, Gayo (cónsul en 190), XXXIII 24, 2; 25, 2; 26, 2. XXXV 10, 3 y 10.
- Lemnos, XXXIII 30, 11.
- Leonte, XXXV 50, 4.
- Lepcis, XXXIV 62, 3.
- Lequeo, XXXII 23, 4 y 11.
- Letorio, Gayo (pretor en 210), XXXI 21, 8. XXXIV 45, 5.

- Léucade, XXXII 15, 5. XXXIII 16, 3; 17, 1, 2, 7 y 11; 34, 7. XXXIV 26, 11.
- Leucadia, XXXIII 17, 6 y 8; 49, 8.
- leucadio(s), XXXIII 17, 11.
- Leucas, XXXV 27, 3.
- Levino, ver Valerio.
- levo(s), XXXIII 37, 6.
- Líber, XXXIII 25, 3.
- Líbera, XXXIII 25, 3.
- Libros (Sibilinos), XXXI 12, 9. XXXIV 55, 3. XXXV 9, 5.
- libuo(s), XXXIII 37, 6.
- Licabro, XXXV 22, 5.
- Liceo, XXXI 24, 18.
- Licia, XXXIII 19, 11; 41, 5.
- Licina (ley), XXXIV 4, 9.
- Licinio, Publio (pontífice), XXXIV 44, 2.
- Licinio (Craso Dívite, Publio; cónsul en 105), XXXI 9, 7 y (9).
- Licinio Lúculo, Gayo, XXXIII 42, 1.
- Licinio Téguila, Publio, XXXI 12, 10.
- Licnido, XXXIII, 34, 11.
- Licortas, XXXV 29, 1.
- Licurgo, XXXIV 26, 14; 32, 4.
- Liginas, XXXII 14, 3.
- lígur(es), XXXI 11, 6. XXXII 29, 6-8. XXXIII 23, 8; 37, 2, 5 y 6; 43, 5. XXXIV 48, 1; 55, 6; 56, 2 y 10. XXXV 3, 1 y 5; 4, 1; 6, 2; 11, 2 y 5; 21, 7, 9 y 10; 22, 3; 40, 4.
- Lígures ingaunos, XXXI 2, 11.
- Liguria, XXXIII 22, 7. XXXIV 56, 3. XXXV 11, 1; 20, 6; 40, 2.
- Ligurio, Gneo, XXXIII 22, 8.
- Ligustinos (montes), XXXIV 8, 6.
- ligustino(s), XXXI 10, 2. XXXII 31, 4. XXXV 4, 1.
- Lilibeo, XXXI 29, 8.
- Linco, XXXI 33, 6. XXXII 9, 9.
- Lincon, XXXII 13, 2.
- Lisímaco, XXXIII 40, 4 y 5. XXXIV 58, 5.
- lisimaquense(s), XXXIII 38, 12.
- Lisimaquia, XXXII 33, 15; 34, 6. XXXIII 38, 10; 39, 2; 40, 5 y 6; 41, 4. XXXIV 57, 4; 58, 5; 59, 8. XXXV 15, 5.
- Litana (selva), XXXIV 22, 1; 42, 2.
- Literno, XXXIV 45, 1.
- Literno (río), XXXII 29, 3.
- Litubio, XXXII 29, 7.
- Livio (Andrónico), XXXI 12, 10.
- Livio (Salinátor), Marco (cónsul en 219 y 207), XXXI 12, 8.
- Livio Salinátor, Gayo (cónsul en 188), XXXV 5, 8; 10, 3; 24, 6. Gayo Livio, XXXII 16, 3.

- locrense(s), XXXIII 32, 5; 34, 8. XXXIV 32, 8.
- Lócride, XXXII 18, 5; 21, 7 y 13; 32, 1; 36, 9.
- Locros, XXXI 12, 1; 13, 1. XXXII 1, 8.
- Longaro, XXXI 28, 1 y 2.
- Lucania, XXXI 12, 5 y 7.
- lucano(s), XXXI 7, 11.
- Lucrecio, Espurio (pretor en 205), XXXI 11, 18.
- Luna (puerto), XXXIV 8, 4 y 5.
- lunense(s), XXXIV 56, 2.
- lusitano(s), XXXV 1, 5 y 9.
- Luxinio, XXXIII 21, 7 y 8.
- Macedonia, XXXI 1, 6; 2, 2; 3, 2 y 3; 5, 9; 6, 1 y 3; 7, 2, 4, 9 y 13; 9, 6; 10, 1; 13, 4; 14, 2 y 11; 15, 8; 19, 2 y 4; 27, 2; 28, 1, 2 y 4; 31, 17 y 20; 34, 6; 38, 7; 40, 5, 8 y 10; 46, 4 y 7. XXXII 1, 2 y 12; 3, 2, 3 y 5; 4, 7; 6, 3 y 4; 7, 1; 8, 1, 2, 4 y 11; 9, 9; 13, 3 y 9; 21, 18, 19 y 24; 28, 3, 5, 10 y 12. XXXIII 8, 5; 11, 1; 12, 10; 19, 1 y 3; 21, 6; 24, 7; 25, 4 y 8; 30, 6; 34, 6; 36, 1; 43, 6. XXXIV 32, 19; 43, 3, 4 y 8; 48, 4. XXXV 12, 11; 18, 6; 20, 10; 22, 6; 47, 7; 48, 7.
- macedónico(s), XXXIV 32, 2.
- macedonio(s), XXXI 6, 1; 7, 8; 14, 9; 15, 5; 18, 4; 23, 2; 26, 1; 29, 2 y 15; 30, 1; 31, 1 y 2; 33, 10; 37, 4 y 12; 39, 10 y 15; 42, 6 y 9; 44, 6; 45, 7; 46, 11. XXXII 4, 2; 5, 3, 6 y 8; 14, 4; 15, 1 y 2; 16, 12; 17, 2, 7, 11 y 13; 19, 7 y 12; 21, 28; 22, 11; 23, 5, 7 y 8; 25, 7; 32, 10 y 16; 33, 12. XXXIII 3, 2 y 12; 14, 1 y 3; 5, 5; 7, 8, 9 y 11; 8, 4, 7 y 13; 9, 7 y 10; 10, 3 y 4; 11, 9; 12, 10; 14, 3 y 4; 15, 10; 16, 1; 18, 9 y 17; 24, 5 y 6; 32, 5. XXXIV 26, 10; 28, 1; 49, 6. XXXV 14, 7; 31, 9; 38, 5 y 10.
- Macra, XXXII 13, 10.
- Maditos, XXXI 16, 6. XXXIII 38, 8.
- Madre del Ida, XXXIV 3, 8; 5, 10. XXXV 10, 9.
- Magna Grecia, XXXI 7, 11.
- magnete(s), XXXIII 32, 5; 34, 6. XXXV 31, 4, 6, 7, 11-13, 15 y 16. XXXV 39, 3 y 5-7; 43, 5.
- Magón, XXXI 11, 5.
- malacino(s), XXXIII 21, 8.
- Malea, XXXI 41, 5. XXXIV 32, 19.
- Maleo, XXXI 44, 1; 47, 2. XXXII 16, 4 y 5. XXXIV 32, 18; 36, 3.

- Malíaco, XXXI 46, 1. XXXII 4, 3; 32, 9. XXXV 37, 7; 43, 8.
 mamertino(s), XXXI 7, 3.
 Manlio, Publio (pretor en 195 y 182), XXXIII 42, 1 y 7; 43, 5 y 8. XXXIV 17, 1; 19, 1 y (11).
 Manlio Acidino, Lucio (pretor en 210), XXXI 50, 11. XXXII 7, 4.
 Manlio Volsón, Aulo (cónsul en 178), XXXV 9, 7. Aulo Manlio, XXXIV 53, 2.
 Manlio Volsón, Gneo (cónsul en 189), XXXIII 25, 1; 42, 7; 43, 5. XXXV 10, 2; 24, 4.
 Manlio Volsón, Lucio (pretor en 197), XXXII 27, 7. Manlio, XXXII 28, 2.
 Marcio, Marco, XXXV 5, 14.
 Marcio, Quinto, XXXV 5, 14.
 Marcio Coriolano (Gneo), XXXIV 5, 9.
 Marcio Rala, Quinto, XXXIII 25, 6. XXXIV 5, 3, 5. XXXV 41, 8.
 Marcio Séptimo, Lucio, XXXII 2, 5.
 Maronea, XXXI 16, 3 y 4; 31, 4.
 marso(s), XXXIII 36, 10.
 Marte, XXXV 9, 4; 10, 12.
 masiliense(s), XXXIV 9, 1 y 10.
 Masinisa, XXXI 11, 4, 8, (11) y 14; 19, 3. XXXII 27, 2. XXXIII 47, 8. XXXIV 61, 16; 62, 1, 4, (8) y (15).
 Mater Matuta, XXXIII 27, 4.
 Mediolano, XXXIV 4, 6, 1.
 medo(s), XXXV 48, 5; 49, 8.
 Megalópolis, XXXII 5, 5. XXXV 36, 10; 47, 5.
 megalopolita(s), XXXII 5, 4. XXXV 27, 9.
 megalopolitano(s), XXXII 22, 9 y 10. XXXV 29, 1.
 Mégara, XXXI 22, 6; 25, 2.
 Melambio, XXXIII 6, 11.
 Memnón, XXXII 22, 5.
 Mendeo, XXXI 45, 14.
 Menelao (monte), XXXIV 28, 7.
 Menipo, XXXIV 57, 6; 59, 3 y 6. XXXV 32, 2 y 8; 50, 7 y 9; 51, 4 y 8.
 Meropo, XXXII 5, 11.
 Mesena, XXXII 21, 23.
 Mesene, XXXI 31, 4. XXXIV 32, 16.
 mesenio(s), XXXIV 35, 6.
 Mesina, XXXI 29, 6-8.
 Metrópoli, XXXII 13, 11; 15, 3.
 Micénica, XXXII 39, 6.
 Micición, XXXV 38, 1; 46, 9; 50, 10; 51, 4 y 6.
 Mincio, XXXII 30, 4.

Mindo, XXXIII 20, 12.

Minerva, XXXI 30, 9. XXXV 36, 9; 43, 3.

Minión, XXXV 15, 7 y 9; 16, 1 y 2.

Minucio, Publio, XXXV 5, 3.

Minucio, Quinto, XXXV 5, 3.

Municio Rufo, Marco (pretor en 197), XXXII 27, 7. XXXIV 53, 2; 62, 16. Marco Minucio, XXXV 40, 6. Minucio, XXXII 28, 2.

Minucio Rufo, Quinto (cónsul en 197), XXXI 4, 4 y 7; 6, 2; 8, 7. XXXII 27, 5; (31, 3). Quinto Minucio, XXXI 11, 3; 12, 1; 13, 1. XXXII 1, 7 y 11; 28, 1; 29, 6. XXXIII 22, 3 y 7; 23, 3 y 8. Minucio, XXXII 31, 1.

Minucio Termo, Quinto (cónsul en 193), XXXII 27, 8; 29, 4. XXXIII 24, 2; 26, 2. XXXV 45, 2; 54, 1. (XXXV 6, 3; 11, 1, 3, 4, 6 y 13). Quinto Minucio, XXXIII 26, 3; 43, 8; 44, 4. XXXIV 10, 5 y 6; 17, 1; 55, 1. XXXV 6, 1 y 6; 20, 6; 21, 7. Minucio, XXXIV 55, 6; 56, 3. XXXV 3, 2; 21, 10.

Mirina, XXXIII 30, 3.

Mitridates, XXXIII 19, 9.

mniesuta(s), XXXIII 18, 3.

Molótide, XXXII 13, 2.

Moneta, XXXIII 26, 8.

Mútilo, XXXI 2, 7. XXXIII 37, 2.

Mútina, XXXV 4, 3; 6, 1.

Nabis, XXXI 25, 3, 4, 7 y 10.

XXXII 19, 6; 21, 9-11, 13 y 28; 38, 2, 3 y (4-6); (39, 1, 5, 8 y 9); 40, 1; (2-5) y 10. XXXIII 43, 6; 44, 8; 45, (27 y 3. XXXIV 22, 5 y 11; 23, 3; 10 y 11; 24, 4 y 6; 28, 8 y 11; 29, 14; 30, 1 y 7; 33, 1 y 3; 35, 2; 3; 5 y 8; 39, 8; 41, 2 y 6; 43, 1; 48, 5; 52, 9. XXXV 12, 2, 6 y 17; 13, 1; 17, 4 y 5; 18, 5; 20, 13; 25, 2; (26, 1 y 10); 27, 1 y 14; (29, 3; 3; 9 y 10); (30, 8 y 12); 31, (1) y 2; 35, 9; (11); 12; (13-15) y (18); (30, 3; 6 y 8); (37, 1).

Nar, XXXIV 45, 7.

narniense(s), XXXII 2, 6 y 7.

Naupacto, XXXI 29, 8; 40, 9. XXXV 12, 3; 26, 5.

neapolitano(s), XXXV 16, 3 y 8.

Nemea (río), XXXIII 15, 1.

Nevio, Quinto (pretor en 184), XXXIV 53, 2. XXXV 40, 6.

Nicandro, XXXV 12, 6; 10 y 15.

Nicanor, XXXIII 8, 8.

Nicea (ciudad), XXXII 32, 9; 35, 2.

- Nicea (esposa de Crátero), XXXV 26, 5.
- Niceforio, XXXII 33, 5; 34, 9.
- Nicóstrato, XXXII 39, 7; 40, 4. XXXIII 14, 6 y 9; 15, 3 y 13.
- Noliba, XXXV 22, 7.
- Norba, XXXII 2, 4; 26, 7 y 8.
- númida(s), XXXI 11, 10; 19, 3. XXXIII 47, 8. XXXIV 62, 10, 11 y 13. XXXV 11, 4, 6 y 10.
- Numidia, XXXI 11, 4; 19, 3.
- Octavio, Gneo (pretor en 205), XXXI 3, 2 y 3; 11, 18. XXXIV 45, 5. XXXV 23, 5.
- Ogulnio, Marco, XXXIII 36, 5.
- Onquesto (río), XXXIII 6, 10.
- Opia (ley), XXXIV 1, 2 y 4; 4, 6, 10 y 21; 6, 15; 7, 11; 8, 4.
- Opio, Gayo, XXXIV 1, 3.
- Opio Salinátor, Lucio (pretor en 191), XXXV 23, 7; 24, 6. Lucio Opio, XXXII 28, 3.
- opuncio(s), XXXII 32, 4.
- Opunte, XXXII 32, 1.
- Orcómeno, XXXII 5, 4.
- Oreo, XXXI 25, 7; 40, 10; 46, 6, 9 y 14. XXXIII 31, 3; 34, 10. XXXIV 51, 1.
- oresta(s), XXXIII 34, 6.
- Orestide, XXXI 40, 1.
- oretano(s), XXXV 7, 7; 22, 7.
- Orgeso, XXXI 27, 2.
- Orico, XXXIV 50, 10; 52, 1 y 2.
- Origines*, XXXIV 5, 7.
- oscense(s), XXXIV 10, 4 y 7.
- Osfago, XXXI 39, 5.
- Ostia, XXXI 1, 10.
- Otobolo, XXXI 36, 6; 40, 10.
- Palefársalo, XXXII 13, 9.
- Palene, XXXI 45, 15.
- Panetólica, XXXI 29, 1; 32, 3 y 4.
- panetólico(s), XXXV 32, 7.
- Panfilia, XXXIII 41, 6. XXXV 48, 6.
- Paros, XXXI 15, 8; 31, 4.
- Partenio, XXXIV 26, 9.
- partino(s), XXXIII 34, 11.
- Pátaras, XXXIII 41, 5.
- Patras, XXXV 26, 9.
- Pausanias, XXXII 10, 2.
- Pausístrato, XXXIII 18, 2 y 4.
- Pedastos, XXXIII 30, 3.
- Pelagonia, XXXI 28, 5; 33, 3; 34, 6; 39, 4.
- Pelene, XXXII 22, 5. XXXIII 14, 7; 15, 2 y 14.
- Pelión, XXXI 40, 4.
- Pélope, XXXIV 32, 7.
- Peloponeso, XXXI 7, 9; 25, 8. XXXII 18, 5; 21, 23 y 26. XXXIII 34, 9; 44, 9. XXXIV 22, 11; 24, 3. XXXV 12, 7; 18, 5.
- Peneo, XXXII 15, 8.
- Peonia, XXXIII 19, 3.

- Pepareto, XXXI 28, 6.
 Perea, XXXII 33, 6; 34, 8; 35, 10. XXXIII 18, 1, 3 y 20.
 Pérgamo, XXXI 46, 4. XXXIII 21, 1. XXXV 13, 6; 14, 1; 15, 6 y 9.
 Perinto, XXXII 33, 7. XXXIII 30, 3.
 Perrebia, XXXI 41, 5 y 6. XXXII 15, 8.
 perrebo(s), XXXIII 32, 5; 34, 6.
 persa(s), XXXIII 20, 2. XXXV 17, 7.
 Perseo, XXXI 28, 5; 33, 3.
 Pesinunte, XXXIV 3, 8. XXXV 10, 9.
 Piceno, XXXV 21, 3.
 piceno(s), XXXIV 45, 7.
 Pilaica, XXXIII 35, 8.
 Pireneo (puerto), XXXIV 8, 5.
 Pireo, XXXI 14, 11; 22, 5; 23, 10; 25, 1 y 2; 26, 5-8; 39, 9; 45, 1 y 2; 47, 1. XXXII 16, 5 y 9; 23, 13. XXXV 50, 3.
 Piresias, XXXII 13, 9.
 Pirras, XXXI 46, 1.
 Pirro, XXXI 3, 6; 7, 8-10; 31, 6. XXXII 13, 2. XXXIV 4, 6. XXXV 14, 8 y 11; 27, 14.
 pisanos(s), XXXIV 56, 2. XXXV 21, 7 y 10.
 Pisa, XXXIII 43, 5 y 9. XXXIV 56, 1. XXXV 3, 1 y 2; 4, 1; 6, 1.
 Pisias, XXXII 22, 5.
 pisida(s), XXXV 13, 5.
 Pisidia, XXXV 14, 1.
 Pisístrato, XXXI 44, 8. XXXIII 27, 9; 28, 9, 11, 13 y 15.
 pisueta(s), XXXIII 18, 3.
 Pitágoras (yerno de Nabis), XXXIV 25, 5; 29, 14; 30, 4; 32, 11; 39, 9; 40, 2 y 6; 41, 2 y 3. XXXV 29, 12.
 Placencia, XXXI 10, 2; 21, 18. XXXIV 22, 3; 47, 8; 56, 10.
 placentino(s), XXXIII 23, 1 y 6.
 Platea, XXXIII 2, 6.
 Plemínio, Quinto, XXXIV 44, 6. Plemenio, XXI 12, 2; 44, 8.
 Pléurato, XXXI 28, 1 y 2; 34, 6; 38, 7; 40, 10. XXXIII 34, 11.
 Pleyas, XXXV 27, 2 y 6.
 Pluina, XXXI 39, 4 y 5.
 Po, XXXI 10, 3. XXXII 29, 7; 30, 1. XXXIII 22, 4; 36, 9; 37, 6. XXXIV 22, 3; 46, 1; 56, 10.
 Polibio, XXXIII 10, 10. XXXIV 50, 6.
 Polixénidas, XXXV 50, 7.
 Pompeyo, XXXIV 9, 3.
 Pomponio (Matón), Marco (pretor en 204), XXXI 12, 3.
 Porcio Catón, Marco (cónsul en 195), XXXII 7, 13; 27, 3. XXXIII 42, 7; 43, 1 y (5).

- XXXIV 1, 7; (6, 1; 7, 14; 9, 10; 11, 1, 3, 5 y 8; 12, 1; 13, 1; 14, 1, 3 y 6-8; 15, 1 y 6; 16, 1, 7 y 8-10; 17, 5 y 7; 18, 3; 19, 1, 3 y 9; 20, 2, 3 y 7; 21, 2, 3 y 5); 43, 8; 46, 2. XXXV 9, 6. Marco Porcio, XXXII 8, 5. XXXIV 5, 2; 8, 4; 42, 1; 44, 1. Marco Catón, XXXIV 5, 6. XXXV 1, 1. Catón, XXXII 8, 7. XXXIII 43, 5. XXXIV 7, 5; 9, 11; 10, 3; 15, 3 y 9.
- Porcio Leca, Publio (pretor en 195), XXXII, 7, 4. XXXIII 42, 1 y 7; 43, 5 y 9.
- Porcio Licino, Lucio (cónsul en 184), XXXIV 54, 2. Lucio Porcio, XXXIV 55, 6.
- Postumio Tímpano, Lucio, XXXIV 47, 2.
- Prasias, XXXI 45, 10.
- Preneste, XXXII 26, 15.
- Priverno, XXXI 12, 5.
- Prosérpina, XXXI 12, 1. XXXII 1, 8.
- Prusias, XXXII 34, 6. XXXII 30, 4.
- Pteleo, XXXV 43, 4.
- Pteleon, XXXI 46, 13.
- Ptia, XXXII 33, 16.
- púnico(s), XXXI 1, 1 y 3; 7, 3 y 12; 8, 11; 10, 6; 13, 4; 31, 19 y 20; 36, 4. XXXII 21, 18. XXXIII 19, 6; 26, 5.
- XXXIV 1, 3; 32, 2; 42, 3; 60, 1. XXXV 14, 12.
- Putéolos, XXXII 7, 3; 29, 3. XXXIV 42, 6; 45, 1.
- Quelidonias, XXXIII 20, 2; 41, 6.
- Queronea, XXXV 46, 3.
- Quersoneso, XXXI 16, 5. XXXIII 38, 8, 9 y 12; 40, 5. XXXIV 58, 4.
- Quincio Flaminio, Lucio (cónsul en 192), XXXI 4, 5; 49, 12. XXXII 28, 11; (39, 7 y 8); (40, 7). (XXXIV 30, 7. XXXV 10, 2; (24, 2 y 3; 40, 4). Lucio Quincio, XXXII 1, 2; 16, 2 y 9; 19, 5; 23, 3; 39, 4. XXXIII 16, 1. XXXIV 26, 11; 29, 1 y 11; 50, 11. XXXV 10, 10; 20, 7; 21, 7; 40, 2; 41, 5 y 7. Flaminio, XXXIII 17, 2. Quincio, XXXII 16, 15. XXXV 10, 4; 22, 3.
- Quincio Flaminio, Tito (cónsul en 198), XXXI 4, 3; 49, 6. XXXII 7, 9 y 12; 8, 1; (10, 2, 3 y 6); (11, 1 y 3-5); (12, 1); (13, 1); (14, 1 y 5); (15, 2); (16, 1); (17, 4 y 9); (18, 1); (19, 1 y 5); (21, 7); (24, 1 y 7); (35, 5 y 6); (39, 5 y 9); (40, 6). XXXIII (1, 3 y 6); (7, 6); (12, 3); 25, 11; (29, 1); (23, 1). (XXXIV 32, 1;

50, 9). Tito Quincio, XXXII 6, 4 y 8; 9, 1 y 6; 10, 7; 28, 9; 32, 1 y 16. XXXIII 24, 3, 5 y 7; 27, 5; 32, 5; 43, 6; 45, 3; 49, 8. XXXIV 22, 4; 24, 3; 29, 10; 31, 1 y 12; 35, 2; 42, 1; 43, 2; 48, 2; 57, 1 y 5. XXXV 13, 2; 23, 5; 25, 4 y 5; 31, 15; 32, 12 y 13; 37, 4; 48, 1. Quincio, XXXII 8, 4; 21, 20; 23, 12; 28, 6 y 10; 32, 6 y 13; 35, 2 y 9; 36, 2, 3, 6 y 10; 37 5; 39, 2, 3, 5, 7 y 8; 40, 5 y 7. XXXIII 1, 1 y 5; 2, 5 y 7; 3, 6 y 9; 5, 1; 6, 1 y 11; 9, 1 y 6; 10, 3; 11, 2; 12, 1 y 5; 13, 8 y 11; 27, 6 y 7; 30, 4; 31, 7 y 8; 34, 1 y 10; 41, 5. XXXIV 22, 6; 26, 2 y 6; 28, 1, 3, 7 y 12; 29, 13; 30, 7; 33, 5; 35, 1; 38, 1; 39, 13; 40, 1, 2 y 7; 41, 7; 43, 8; 49, 1; 50, 3; 52, 3 y 10; 58, 1 y 8; 59, 2, 4 y 6. XXXV 10, 5 y 7; 15, 2; 25, 11; 31, 13 y 14; 32, 6 y 7; 33, 2, 4 y 9; 34, 1; 39, 1, 3 y 7; 45, 6; 47, 4; 48, 11; 49, 1; 50, 3, 4 y 10; 51, 5.

Quinto, XXXIV 45, 5.

Quíos, XXXII 33, 5.

Qulrinal, XXXIV 53, 5.

Quirites, XXXI 7, 2. XXXIV 2, 1 y 5; 4, 15 y 19.

Rafia, XXXV 13, 4.

regino(s), XXXI 31, 6 y 7. XXXV 16, 3 y 8.

Regio, XXXI 29, 10; 31, 6.

Residencia, XXXIV 44, 5.

Roda, XXXIV 8, 6 y 7.

Rodas, XXXI 15, 8. XXXIII 20, 6.

rodio(s), XXXI 2, 1; 14, 4 y 11; 15, 4-8 y 10; 16, 1, 6 y 7; 17, 6; 18, 2; 22, 8; 23, 9; 28, 4; 46, 6; 47, 2 y 3. XXXII 16, 6; 19, 3, 5 y 11; 21, 4; 23, 1; 32, 11; 33, 6; 34, 7 y 8; 35, 10. XXXIII 3, 3; 18, 1, 8, 10 y 19; 20, 1, 6, 10 y 12; 30, 11. XXXIV 26, 11; 29, 4; 35, 2; 40, 7.

Roma, XXXI 1, 2 y 4; 2, 11; 5, 1; 7, 10; 14, 1; 18, 9; 19, 2 y 6; 22, 1 y 3; 25, 8; 27, 3; 29, 3, 4 y 10; 31, 12; 43, 4; 47, 6 y 7; 49, 8. XXXII 1, 8; 2, 1 y 2; 3, 1; 7, 1, 4, 7 y 8; 9, 1; 22, 3 y 12; 23, 2; 26, 4, 8 y 17; 27, 5; 28, 6; 29, 1 y 2; 31, 6; 36, 4; 37, 1. XXXIII 2, 6; 3, 1; 10, 10; 13, 14; 16, 3 y 5; 20, 8 y 9; 22, 1; 27, 1; 30, 1; 31, 1, 4, 8 y 10; 34, 2; 35, 5 y 12; 37, 9; 39, 5; 42, 1 y 8; 49, 1, 7 y 8. XXXIV 5, 9; 6, 11; 7, 2; 9, 12; 10, 3 y 6; 25, 2; 35, 2; 43, 1; 44, 7;

- 45, 6; 48, 1; 52, 2 y 3; 60, 2; 61, 8 y 16; 62, 5 y 7. XXXV 2, 1; 6, 3, 6 y 7; 8, 1 y 5; 10, 9; 12, 5; 13, 1 y 3; 15, 2; 17, 2 y 3; 19, 4 y 6; 20, 1; 21, 1 y 4; 22, 1; 24, 2 y 3; 25, 3; 31, 16; 32, 6 y 12; 33, 5; 37, 4; 38, 4; 39, 3; 40, 7; 43, 6; 45, 6.
- romano(s), XXXI 1, 9; 2, 3 y 4; 3, 6; 4, 2 y 5; 5, 4 y 6; 6, 1; 8, 11; 9, 2-4; 10, 4 y 7; 11, 6, 10, 12 y 14-17; 15, 4 y 11; 16, 1; 18, 3 y 4; 19, 6; 21, 6 y 7; 22, 2, 5 y 8; 23, 11; 24, 2; 25, 1; 26, 5; 27, 5 y 7; 28, 1, 3 y 6; 29, 4, 9, 14 y 16; 30, 1, 4, 9 y 11; 31, 1, 2 y 20; 32, 1; 33, 2, 3 y 109; 34, 5 y 7-9; 35, 2, 4 y 6; 36, 3, 4, 7, 8 y 10; 37, 3, 6 y 7; 38, 8; 39, 2, 5, 7, 12 y 13; 40, 10; 41, 1; 44, 1; 45, 1, 3, 5, 7 y 10; 46, 2, 5, 9, 10, 15 y 16; 49, 10. XXXII 2, 5; 5, 3; 8, 9 y 12-16; 9, 7; 10, 10; 11, 10; 12, 1-3 y 10; 13, 15; 15, 2 y 9; 16, 12; 17, 2, 8 y 13; 18, 8 y 9; 19, 1-4, 6 y 11; 20, 3; 21, 4, 6-9, 11-13, 16-18, 28, 30 y 34; 22, 10; 23, 2, 4, 7-9 y 13; 24, 3 y 5; 25, 3, 7, 11 y 12; 27, 1; 28, 9; 30, 7, 8 y 13; 32, 2, 3, 11, 12 y 15; 33, 1-4 y 8; 34, 4, 8 y 13; 35, 1 y 9; 39, 5, 9 y 10; 40, 4 y 6. XXXIII 2, 5; 3, 3, 7 y 11; 4, 6; 5, 9; 6, 3, 8, 10 y 12; 7, 4, 6 y 12; 8, 1, 3 y 9; 10, 6; 11, 4 y 6; 12, 2-5 y 7; 13, 2, 4, 7, 8, 10 y 15; 16, 6 y 11; 17, 11; 20, 1, 3, 8 y 13; 26, 7; 27, 7, 9 y 10; 28, 1; 29, 1 y 12; 30, 2, 5 y 7; 31, 2; 32, 3 y 5; 35, 9-12; 36, 6 y 11; 37, 5, 6 y 8; 39, 4, 6 y 7; 40, 1, 2 y 4; 41, 4; 44, 7 y 9; 45, 6; 46, 9; 47, 2-4 y 9; 48, 11; 49, 1, 3 y 4. XXXIV 4, 4; 9, 3 y 10; 11, 2, 6 y 7; 12, 8; 13, 8; 14, 2, 5, 8 y 9; 15, 5; 16, 7; 17, 2 y 8; 19, 2, 4, 5 y 8; 20, 3; 21, 5; 22, 5, 7 y 8; 23, 2, 7 y 8; 24, 4-6; 25, 5, 6 y 11; 26, 1, 3, 10 y 12; 28, 3 y 6; 29, 2, 7 y 9; 30, 1-3; 31, 4; 32, 13 y 18; 33, 3 y 8; 34, 8; 35, 2, 3, 6 y 8-11; 37, 3, 6 y 8; 38, 3; 39, 1, 2, 11 y 12; 40, 3; 41, 1, 3, 6, 8 y 9; 42, 5; 43, 5 y 9; 45, 1-3; 46, 11; 47, 5, 7 y 8; 48, 4; 49, 6 y 11; 50, 3; 56, 8; 57, 5 y 10; 58, 1, 3, 6, 7 y 11; 59, 4 y 5; 60, 4 y 6; 62, 14. XXXV 1, 8-10; 4, 2 y 4; 5, 7 y 14; 6, 9; 7, 3 y 5; 11, 2; 12, 1, 4, 8, 9, 13-15 y 18; 13, 7-10; 14, 3 y 9; 15, 1, 6 y 8; 16, 2;

- 17, 3 y 8; 18, 2, 5 y 8; 19, 3 y 6; 20, 6, 12 y 13; 21, 9 y 11; 25, 1, 5 y 11; 26, 1; 30, 13; 31, 1, 4, 5, 8, 12 y 14-16; 32, 4, 5, 9 y 13; 33, 1, 3, 4 y 6-8; 34, 2 y 3; 35, 2 y 7; 38, 2, 6 y 9; 39, 7; 40, 1; 41, 4 y 7; 42, 1 y 11; 43, 2; 44, 6; 45, 3-6 y 8; 46, 5, 8, 10, 11 y 13; 47, 3; 48, 7, 8 y 11; 49, 5 y 12; 50, 2, 4 y 9; 51, 5, 7 y 8.
- Rómulo, XXXIV 5, 8.
- Sabina, XXXI 12, 6. XXXIII 26, 7.
- sabino(s), XXXIV 5, 8.
- Sacro (monte), XXXIV 7, 14.
- saguntino(s), XXXI 7, 3; 17, 5. XXXIV 11, 8.
- Sagunto, XXXI 7, 6 y 7; 18, 9.
- Salerno, XXXII 29, 3. XXXIV 42, 6; 45, 2.
- Salgánea, XXXV 37, 6; 38, 7 y 13; 46, 4; 50, 9; 51, 7 y 8.
- Salonio, Gayo, XXXIV 45, 5.
- Salonio Sarra, Quinto (pretor en 192), XXXV 10, 11; 20, 8.
- Same, XXXII 16, 3.
- samnita(s), XXXI 4, 2; 7, 11; 31, 10.
- Samos, XXXI 31, 4. XXXIII 20, 12.
- Sanco, XXXI 2, 6. XXXIII 37, 1.
- Sardes, XXXIII 19, 9.
- Saro (río), XXXIII 41, 7.
- Secia, XXXII 26, 5, 7, 8 y 12.
- sedetano(s), XXXI 49, 7. XXXIV 20, 1.
- Segéstica, XXXIV 17, 12.
- Seguncia, XXXIV 19, 10.
- Selasia, XXXIV 28, 1.
- Seleucia, XXXIII 41, 9.
- Seleuco, XXXIII 40, 4 y 6; 41, 4. XXXIV 58, 5. XXXV 15, 5.
- Selimbria, XXXIII 39, 1 y 2.
- Selinunte, XXXIII 20, 4.
- Sempronio, Publio, XXXIV 47, 2.
- Sempronio Graco, Tiberio (prefecto), XXXIII 36, 5.
- Sempronio (Graco), Tiberio (cónsul en 215 y 213), XXXIV 1, 3; 6, 9.
- Sempronio Longo, Tiberio (cónsul en 194), XXXI 20, 5. XXXII 27, 8; 29, 4. XXXIII 24, 2; 26, 2; 43, 9. XXXIV 42, 3; 43, 1; 45, 2; (46, 5, 6 y 8; 47, 3 y 6-8). Tiberio Sempronio, XXXIV 44, 3; 46, 4; 576, 9 y 12. XXXV 5, 1 y 4; 8, 6.
- Sempronio (Longo), Tiberio (cónsul en 218, padre del anterior), XXXIII 24, 9. XXXIV 42, 3.
- Sempronio Sofo, Publio (cónsul en 268), XXXIV 53, 6.

- Sempronio Tuditano, Gayo (pretor en 197), XXXII 27, 7. XXXIII 25, 9; 27, 1; 42, 5. Sempronio, XXXII 28, 2.
- Sempronio (Tuditano), Marco (cónsul en 185), XXXV 7, 4.
- Sempronio Tuditano, Publio (cónsul en 204), XXXI 2, 3.
- Sergio Plauto, Gayo (pretor en 200), XXXI 4, 4; 6, 2. Gayo Sergio, XXXII 1, 6.
- Sergio Silo, Marco (pretor en 197), XXXII 27, 7. Marco Sergio, XXXII 31, 6. XXXIII 21, 9; 24, 4. Sergio, XXXII 28, 2.
- Serreio, XXXI 16, 5.
- Servilio, Marco, XXXIV 45, 2.
- Servilio, Publio, XXXI 4, 3.
- Servilio (Cepión), Gneo (cónsul en 203), XXXIII 47, 7. XXXV 23, 5.
- Servilio Gémino, Gayo (cónsul en 203), XXXI 4, 3. Gayo Servilio, XXXIV 53, 7.
- Servilio (Gémino), Gneo (cónsul en 217), XXXIII 44, 2.
- Servilio Gémino, Marco (cónsul en 202), XXXI 4, 3. XXXII 29, 4.
- Sesto, XXXII 33, 7. XXXIII 38, 9.
- setino(s), XXXII 26, 6.
- sexetano(s), XXXIII 21, 8.
- Sicilia, XXXI 3, 2; 6, 2; 8, 8; 29, 6-8; 31, 9. XXXII 1, 2 y 6; 3, 3 y 5; 8, 5 y 7; 27, 2 y 3; 28, 2. XXXIII 26, 2; 43, 5. XXXIV 43, 7; 55, 6. XXXV 2, 8; 16, 4; 20, 8; 23, 6, 8 y 9; 24, 6; 41, 6.
- siciliano(s), XXXIII 42, 8.
- Sición, XXXII 19, 5; 21, 23; 23, 4 y 10; 39, 3 y 4; 40, 8. XXXIII 14, 6 y 8; 15, 1, 2, 7 y 13. XXXV 25, 4.
- Sículo, XXXIII 17, 5.
- Sida, XXXV 13, 5.
- sideta(s), XXXV 48, 6.
- sidonio(s), XXXV 48, 6.
- Sífax, XXXI 11, 8, 13 y 15.
- Signia, XXXII 2, 4.
- Sinuesa, XXXI 12, 7. XXXII 9, 3.
- Siponto, XXXIV 45, 3.
- Siracusa, XXXI 29, 6-8; 31, 6. XXXIV 4, 4. XXXV 16, 4.
- siracusano(s), XXXI 31, 8.
- Siria, XXXI 14, 5. XXXIII 19, 6; 39, 4; 45, 2. XXXV 13, 5; 15, 2 y 8.
- sirio(s), XXXV 49, 8.
- Sirte, XXXIV 62, 3.
- Solos, XXXIII 20, 4.
- Sópatro, XXXI 23, 8.
- Sósila, XXXIV 30, 7.
- Suesa, XXXII 1, 10.
- Suesa Aurunca, XXXII 9, 3.
- suesetano(s), XXXIV 20, 1, 5, 7 y 8.
- Sulpicio Galba, Gayo, XXXII 7, 15.

- Sulpicio Galba, Publio (cónsul en 211 y 200), XXXI 4, 4; 5, 1; (6, 5); (7, 1); (8, 4); (9, 8 y 9); (18, 9); (22, 4); (29, 2); (33, 4, 6, 7 y 10); (34, 9); (36, 4); (37, 1); (38, 1, 2, 5 y 9); (39, 1 y 3); (40, 1, 4 y 6); (47, 3). Publio Sulpicio, XXXI 5, 2; 6, 1; 14, 1. XXXII 1, 3 y 12; 28, 12. XXXIII 8, 5; 24, 7. XXXIV 59, 1 y 8. XXXV 13, 6. Sulpicio, XXXI 8, 3. XXXV 14, 1; 16, 1 y 7; 27, 1. XXXII 6, 3; 21, 19; 28, 5.
- Sulpicio Galba, Servio, XXXII 7, 15. XXXIV 44, 6.
- Sumano, XXXII 29, 1.
- Sunio, XXXI 22, 7; 23, 3. XXXII 17, 3.
- Taigeto (monte), XXXIV 28, 12.
- Tajo, XXXV 22, 7
- Tanagra, XXXIII 28, 10. XXXV 51, 1.
- Tapso, XXXIII 48, 1 y 4.
- tarentino(s), XXXI 7, 11. XXXV 16, 3 y 8; 28, 8; 29, 1 y 2.
- Tarento, XXXI 29, 10. XXXIV 6, 11. XXXV 22, 5.
- tarmiano(s), XXXIII 18, 3.
- Tarragona, XXXIV 16, 6 y 10.
- Tasos, XXI 31, 4. XXXIII 30, 3; 35, 2; 39, 2.
- Taumacos, XXXII 4, 1, 3 y 5; 13, 14.
- Tauro, XXXV 13, 4.
- tebano(s), XXXIII 29, 1.
- Tebas, XXXII 33, 16; 35, 11. XXXIII 1, 1; 2, 7; 5, 1; 6, 3; 13, 7; 21, 1; 28, 11 y 14. XXXV 37, 6; 38, 13.
- Tebas Ftías, XXXIII 13, 6. Tebas Ftiótide, XXXIII 34, 7.
- Tegca, XXXIV 26, 9. XXXV 27, 11; 36, 10.
- Telemnasto, XXXV 29, 1.
- Tempe, XXXII 15, 9. XXXIII 10, 6; 13, 1; 35, 7.
- Tempsa, XXXIV 45, 4 y 5.
- Tendeba, XXXIII 18, 4 y 6.
- Ténedos, XXXI 16, 7.
- Teoxeno, XXXIII 18, 5.
- Tera, XXXIII 18, 4.
- Terencio Culeón, Quinto (pretor en 187), XXXIII 47, 7.
- Terencio Masiliota, Lucio (pretor en 187), XXXI 50, 3. Lucio Terencio, XXXIII 35, 2; 39, 2.
- Terencio Varrón, Gayo (cónsul en 216), XXXI 11, 18; 49, 6.
- tereo(s), XXXIII 18, 3.
- Termópilas, XXXI 23, 12; 32, 3 y 4. XXXII 4, 3. XXXIII 3, 6; 35, 8.
- Tesalia, XXXI 33, 1; 41, 7; 46, 12. XXXII 4, 3; 12, 9; 13, 3-5 y 10; 14, 1, 4 y 8; 15, 1, 5 y 9; 18, 5; 21, 13 y 20;

- 33, 14; 37, 3. XXXIII 5, 4;
6, 2; 13, 12; 18, 22; 24, 3;
35, 7. XXXIV 50, 3 y 10; 51,
3; 52, 1. XXXV 31, 3.
- tesalio(s), XXXII 10, 7; 14, 3;
15, 9. XXXIII 3, 8; 7, 11;
18, 7; 32, 5; 34, 7. XXXIV
26, 10; 32, 8. XXXV 16, 12;
31, 3; 39, 4.
- Tesalónica, XXXIII 19, 5.
- Tetideo, XXXIII 6, 11; 7, 4.
- Teuma, XXXII 13, 12.
- Tíber, XXXV 9, 2; 10, 12; 21,
5; 33, 10; 40, 8.
- Tifata, XXXII 7, 3.
- Timaro, XXXII 14, 3.
- Timócrates de Pelene, XXXIV
29, 14; 40, 7.
- Timón, XXXIII 5, 1.
- tirio(s), XXXIV 61, 2 y 7; 62,
6. XXXV 48, 6.
- Tiro, XXXIII 48, 3; 49, 5.
XXXIV 61, 13.
- Tisón Patrense, XXXV 26, 7.
- Titinio, Gayo, XXXV 8, 9.
- Titinio, Marco, XXXV 8, 9.
- Titinio, Publio, XXXI 21, 8.
- Toante, XXXV 12, 4; 32, 2 y
8; 33, 7; 34, 5; 37, 4, 7 y
9; 38, 9 y 11; 42, 4 y 6; 45,
2 y 5.
- toledano(s), XXXV 22, 7.
- Toledo, XXXV 7, 8; 22, 7
y 8.
- Tolomeo, XXXI 2, 3; 9, 1, (2)
y (4); 14, 5; 16, 4; 43, 5.
- XXXII 33, 4. XXXIII 19, 8
y 11; 34, 3; 39, 1 y 4; 40,
3 y 5; 41, 1, 2 y 5. XXXV
13, 4; 16, 10.
- Tolomeo Filópator, XXXII 33,
4.
- Torona, XXXI 45, 15.
- Tracia, XXXI 15, 11. XXXIII
35, 2; 38, 14; 39, 2; 40, 5.
XXXIV 58, 4.
- tracio(s), XXXI 26, 1; 39, 11.
XXXII 25, 10; 34, 6.
XXXIII 4, 4; 7, 11; 12, 10;
14, 4; 15, 6 y 13; 18, 9; 38,
11 y 14; 40, 6. XXXIV
58, 5.
- trale(s), XXXI 35, 1. XXXIII
4, 4.
- Trica, XXXII 13, 5.
- Trifilia, XXXII 5, 4 y 5; 13,
2. XXXIII 34, 9.
- Trigémia (puerta), XXXV 10,
12; 41, 10.
- Trípoli, XXXV 27, 9.
- Tróade, XXXV 42, 2.
- Tronio, XXXII 36, 2. XXXIII
3, 6. XXXV 37, 6; 38, 14.
- Tucio, Marco (pretor en 190),
XXXV 41, 9.
- Turda, XXXIII 44, 4.
- Turdetania, XXXIV 16, 8; 17,
1; 19, 1.
- turdetano(s), XXXIV 17, 2; 19,
2, 4 y 7.
- túrdulo(s), XXXIV 17, 4; 20, 2.

Turios, XXXIV 53, 1 y 2.

Tusco, XXXIII 26, 9.

Umbria, XXXI 2, 6.

vaceo(s), XXXV 7, 8.

Valerio Anciate, XXXII 6, 5.

XXXIII 30, 8 y 10; 36, 13.

XXXIV 15, 9. Valerio,

XXXIII 10, 8. XXXIV 10, 2.

Valerio Faltón, Marco (pretor en 201), XXXI 8, 9.

Valerio Flaco, Gayo (pretor en 183), XXXI 50, 7 y (9).

XXXII 7, 14. Flaco, XXXI 50, 8.

Valerio Flaco, Lucio (cónsul en 195), XXXI 4, 5; 21, 8; 49, 12; 50, 9. XXXIII 42, 5 y 7; 43, 1. XXXIV 22, 1 y (3); (42, 5); 46, 1. Lucio Valerio, XXXI 21, 13. XXXII 1, 2. XXXIV 42, 2; 44, 1. Valerio, XXXIII 43, 5.

Valerio Levino, Marco (cónsul en 210), XXXI 3, 3; 5, 5; 50, 4. Marco Valerio, XXXI 13, 2. Levino, XXXI 7, 4. Valerio, XXXI 5, 7.

(Valerio Levino), Marco (hijo del anterior), XXXI 50, 4.

(Valerio Levino), Publio (hermano del anterior), XXXI 50, 4.

Valerio Mesala, Marco (cónsul en 188), XXXIV 54, 2. Marco Valerio, XXXIV 55, 6.

Valerio Tapón (pretor en 192), XXXV 10, 11; 20, 8. Lucio Valerio, XXXIV 23, 8. XXXV 1, 2; 2, 6; 5, 1.

Vélitras, XXXII 1, 10; 9, 3.

Venus, XXXII 33, 5; 34, 9.

Venusia, XXXI 49, 6.

Vermina, XXXI 11, 13-15 y 17; 19, 4.

Vescelia, XXXV 22, 6.

veton(es), XXXV 7, 8; 22, 7 y 8.

Veyos, XXXII 9, 2.

Vibón, XXXI 3, 3. XXXV 40, 5.

Victoria, XXXV 9, 6. Victoria Virgen, XXXV 9, 6.

Victorio, Quinto, XXXIV 46, 12.

Vilio, Publio, XXXIII 26, 7.

Vilio Tápulo, Lucio (pretor en 199), XXXI 49, 12. Lucio Vilio, XXXII 1, 2.

Vilio Tápulo, Publio (cónsul en 199), XXXI 4, 3; 49, 12. XXXII (3, 6); (6, 1). Publio Vilio, XXXII 1, 2; 3, 2; 28, 12. XXXIII 24, 7; 35, 2; 39, 2. XXXIV 59, 8. XXXV 13, 6; 23, 5. Vilio, XXXII 1, 3; 6, 5 y 8; 9, 8; 28, 5. XXXIV

- 33, 12. XXXV 14, 4, 1; 15, 1; 19, 1; 39, 4, 5 y 7.
 volsco(s), XXXIV 5, 9.
 Volturno, XXXIV 45, 1.
 Volturno (río), XXXII 29, 3.
 Vulcano, XXXII 29, 1. XXXIV 45, 6.
- Xenóclides de Cálcide, XXXV 50, 8. Xenóclides, XXXV 38, 1; 51, 6.
- Xinias, XXXII 13, 13 y 14. XXXIII 3, 8.
- Yugario (barrio), XXXV 21, 6.
- Zefirio, XXXIII 20, 4.
 Zelasio, XXXI 46, 7.
 Zenón, XXXV 31, 14.
 Zeuxida, XXXIII 16, 5.
 Zeuxipo, XXXIII 27, 9; 28, 5, 7 y 9-14; 29, 1.

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
NOTA TEXTUAL	7
LIBRO XXXI	11
LIBRO XXXII	87
LIBRO XXXIII	149
LIBRO XXXIV	219
LIBRO XXXV	303
ÍNDICE DE NOMBRES	375